

**ADIÓS,
MUÑECA**
Raymond Chandler



librosparatablet.com

Era una de las manzanas de Central Avenue donde todavía no todos los habitantes son negros. Yo acababa de salir de una peluquería de cierta importancia en la que una agencia de colocaciones creía que podía estar trabajando un barbero suplente llamado Dimitrios Aleidis. Era un asunto de poca monta. Su mujer estaba dispuesta a gastar algún dinero para conseguir que volviera a casa.

No llegué a encontrarlo, pero la verdad es que la señora Aleidis tampoco me pagó por el tiempo empleado. Era un día tibio, casi a finales de marzo, y, delante de la peluquería, me paré a mirar un prominente cartel luminoso que anunciaba, en el piso de arriba, un emporio de comidas y juego de dados llamado Florian's. Otra persona miraba también el anuncio. Contemplaba las polvorientas ventanas con una fijeza en la expresión cercana al éxtasis, como un robusto inmigrante que divisara por vez primera la Estatua de la Libertad. Era un hombre grande, aunque no medía más allá de un metro noventa y cinco ni era mucho más ancho que un camión de cerveza. Se hallaba a una distancia de unos tres metros, con los brazos completamente caídos y un humeante cigarro olvidado entre los enormes dedos de su mano izquierda.

Negros esbeltos y silenciosos iban y venían por la calle y lo miraban de reojo porque era todo un espectáculo. Llevaba el sombrero de fieltro típico de un gánster, una chaqueta gris de sport con bolas de golf en miniatura a modo de botones, una camisa marrón, una corbata amarilla, pantalones grises de franela con la raya muy marcada y zapatos de piel de cocodrilo con las punteras de color blanco.

Del bolsillo del pecho le caía en cascada un pañuelo que hacía juego con el amarillo brillante de la corbata. También llevaba dos plumas de colores metidas en la banda del sombrero, pero hay que reconocer que no las necesitaba. Incluso en Central Avenue, que no es la calle más discreta del mundo en materia de vestimenta, pasaba tan inadvertido como una tarántula en un trozo de bizcocho.

Estaba demasiado pálido y necesitaba un afeitado. Pensándolo bien, siempre daría la impresión de necesitar un afeitado. Pelo negro rizado y cejas muy tupidas que casi se unían por encima de su nariz porruda. Las orejas, en cambio, resultaban pequeñas y delicadamente dibujadas para un individuo de su tamaño, y sus ojos tenían un brillo similar al que otorgan las lágrimas y que a menudo parece una característica de los ojos grises. Durante un rato conservó la inmovilidad de una estatua y, finalmente, sonrió.

Luego cruzó despacio la acera hacia la doble puerta batiente que cerraba la escalera por la que se subía al piso de arriba. La empujó para abrirla, examinó desapasionadamente la calle a izquierda y derecha, y acabó entrando. Si hubiera sido un tipo menos gigantesco y hubiese ido vestido de manera un poco menos llamativa, quizá habría pensado yo que se disponía a perpetrar un atraco a mano armada. Pero no con aquella ropa; no con aquel sombrero y todo aquel conjunto.

Las puertas batientes giraron de nuevo hacia afuera y casi se detuvieron, pero antes de inmovilizarse por completo se abrieron de nuevo, con violencia.

Algo atravesó volando la acera y fue a caer en la calzada, entre dos coches estacionados. Aterrizó sobre las manos y las rodillas y emitió un sonido muy agudo, como de rata acorralada. Luego se levantó muy despacio, recogió el sombrero que había perdido y regresó a la acera. Era un negro joven de tez clara, delgado, estrecho de hombros, con un traje color lila y un clavel en el ojal. Pelo negro muy brillante y peinado. Mantuvo la boca abierta y lloriqueó durante un momento. La gente lo miró con aire distraído. El joven optó por volver a colocarse el sombrero con rapidez, se deslizó hasta la pared de la casa y echó a andar sin hacer nuevos ruidos, los pies hacia afuera, calle adelante.

Silencio. El tráfico recobró la normalidad. Yo me acerqué a las puertas batientes y me detuve delante. Se habían inmovilizado ya. No eran asunto mío. Pero las empujé para abrirlas y miré dentro.

Una mano en la que me podría haber sentado salió de la oscuridad, me agarró por un hombro y lo hizo añicos. Luego la mano me hizo atravesar la puerta y sin esfuerzo alguno me levantó en el aire la altura de un escalón. La cara de grandes dimensiones se me quedó mirando. Una voz suave y grave me habló muy bajo:

—¿Morenos aquí, no es eso? Explíquemelo, amigo.

El comienzo de la escalera estaba a oscuras y en silencio. De lo alto llegaban vagos ruidos de humanidad, pero nosotros estábamos solos. El gigante me miró fijamente con expresión solemne y siguió aplastándome el hombro.

—Un negro —dijo—. Acabo de echarlo fuera. ¿Me ha visto echarlo fuera?

Me soltó el hombro. No parecía tener roto el hueso, pero sí dormido el brazo.

—Es uno de esos sitios —dije, frotándome la parte dolorida—. ¿Qué esperaba?

—No diga eso, amigo —ronroneó suavemente el gigante, como cuatro tigres después de cenar—. Velma trabajaba aquí. Mi pequeña Velma.

Me buscó otra vez el hombro. Traté de esquivarlo, pero era tan rápido como un felino. Empezó a machacarme otra vez los músculos con sus dedos de hierro.

—Sí —dijo—. Mi pequeña Velma. Llevo ocho años sin verla. ¿Dice que es un local para negros?

Respondí que sí con un hilo de voz. El gigante me levantó dos escalones más. Me zafé como pude y traté de conseguir un mínimo de espacio para maniobrar. No llevaba pistola. No había considerado que me hiciera falta para buscar a Dimitrios Aleidis. Tampoco creo que me hubiera servido de gran cosa. Probablemente mi acompañante me la hubiese quitado y se la habría comido.

—Suba y compruébelo usted mismo —dije, tratando de que mi voz no reflejara el dolor que sentía.

Me soltó una vez más y se me quedó mirando con una expresión como de tristeza en los ojos grises.

—Me siento bien —dijo—. No me gustaría que nadie se enfadara conmigo. Vamos a subir usted y yo y quizá nos tomemos unas copas.

—No le servirán bebidas. Ya le he dicho que es un local para negros.

—Hace ocho años que no veo a Velma —dijo con su voz grave y triste—. Ocho largos años desde que le dije adiós. Y seis sin escribirme. Pero seguro que ha tenido sus razones. Trabajaba aquí. Era una preciosidad. Vamos a subir usted y yo, ¿eh?

—De acuerdo —grité—. Subiré con usted. Pero deje de llevarme. Permítame que ande. Estoy perfectamente. Ya terminé de crecer. Incluso voy solo al cuarto de baño. Deje de llevarme.

—Mi pequeña Velma trabajaba aquí —dijo con suavidad. No me estaba escuchando. Subimos las escaleras. Me permitió que caminara. Me dolía el hombro y tenía húmeda la nuca.

En el piso alto otras dos puertas batientes separaban la escalera de lo que hubiera más allá. El gigante las abrió suavemente con los pulgares y entramos en la sala. Era una habitación larga y estrecha, no muy limpia, no muy bien iluminada, no muy alegre. En el otro extremo un grupo de negros canturreaba y charlaba bajo el cono de luz que iluminaba la mesa donde jugaban a los dados. El mostrador del bar ocupaba la pared de la derecha. El resto de la sala eran sobre todo mesitas redondas, con unos cuantos clientes, hombres y mujeres, todos negros.

El canturreo en la mesa de dados se detuvo bruscamente y la luz se apagó de golpe. Se produjo un silencio tan pesado como un barco con una vía de agua. Ojos que nos miraban, ojos de color castaño, en rostros que iban del gris al negro carbón.

Cabezas que se volvían lentamente y ojos que brillaban y miraban fijamente en medio del denso silencio ajeno de otra raza. Un negro grande, de cuello poderoso, estaba inclinado sobre el extremo del mostrador; llevaba unas ligas de color rosa en las mangas de la camisa y tirantes blanco y rosa que le cruzaban la amplia espalda. Tenía escrita en todos los detalles de su persona la condición de gorila. Apoyó muy despacio el pie que tenía levantado, se dio la vuelta sin prisa y se nos quedó mirando, separando los pies con mucha calma y pasándose una lengua muy ancha por los labios. Su rostro, lleno de señales, daba la impresión de haber sido golpeado por todo a excepción del cubo de una draga. Había en él cicatrices, depresiones, bultos y verdugones. Era una cara que no tenía nada que temer. Se le había hecho todo lo que cupiera imaginar.

El corto pelo ensortijado tenía un toque gris. A una de las orejas le faltaba el lóbulo. Era un negro pesado y ancho, de piernas sólidas, un poco combadas en apariencia, lo que no es frecuente entre los negros. Se pasó otra vez la lengua por los labios, sonrió y empezó a moverse todo él, dirigiéndose hacia nosotros y adoptando sin esfuerzo una postura de boxeador. El gigante lo esperó en silencio.

El negro con las ligas de color rosa en los brazos apoyó una enorme mano morena contra el pecho del gigante. Pese a su tamaño, dio la sensación de no ser mayor que una tachuela. El gigante no se movió. El gorila sonrió amablemente.

—Blancos no, hermano. Sólo para gente de color. Lo siento.

El gigante recorrió la sala con sus ojillos grises. Se le enrojecieron un tanto las mejillas.

—Garito para negros —dijo, enojado, casi para sus adentros. Luego alzó la voz—: ¿Qué está haciendo Velma? —le preguntó al gorila.

El otro no llegó del todo a reírse. Examinó la ropa del gigante, la camisa marrón y la corbata amarilla, la chaqueta deportiva y las bolas de golf en miniatura. Movi6 delicadamente la poderosa cabeza, estudiándolo todo desde diferentes ángulos. Contempló también los zapatos de piel de cocodrilo. Ri6 con suavidad entre dientes. Dio la impresión de estar divirtiéndose. Me dio un poco de pena. Volvió a hablar amablemente.

—¿Velma ha dicho? No Velma aquí, hermano. Ni matarratas, ni chicas; nada de nada. Tan sólo salir pitando, figurín blanco, nada más que eso.

—Velma trabajaba aquí —dijo el gigante. Hablaba casi como en sueños, como si estuviera completamente solo, perdido en el bosque, recogiendo violetas. Saqué el pañuelo del bolsillo y me sequé otra vez la nuca.

El gorila rió de repente.

—Sí, claro —dijo, lanzando por encima del hombro una mirada a su público—. Velma trabajaba aquí. Pero ya no. Se ha retirado. Ja, ja.

—Quíteme la pezuña de la camisa —dijo el gigante.

El gorila frunció el entrecejo. No estaba acostumbrado a que le hablaran así. Retiró la mano de la camisa y la cerró formando un puño del tamaño y el color de una berenjena grande. Tenía que pensar en su trabajo, en su reputación de tipo duro, en el aprecio de su público. Pensó en todo aquello durante un segundo y cometió una equivocación.

Movió el puño con fuerza mediante un breve y repentino movimiento del codo y golpeó al gigante en la mandíbula. Un suave suspiro recorrió la sala. El puñetazo fue bueno. El hombro descendió y el cuerpo entero giró con él. Había mucha fuerza en aquel golpe y el individuo que lo propinó tenía toda la experiencia del mundo. El gigante no se movió más allá de un par de centímetros. Tampoco trató de parar el golpe. Lo encajó, agitó un poco la cabeza, su garganta emitió un sonido apenas audible y luego sujetó al gorila por la garganta.

El otro trató de darle un rodillazo en la entrepierna. El gigante le hizo girar en el aire y le separó las piernas obligándole a deslizar los pies sobre el sucio linóleo que cubría el suelo. Luego lo dobló hacia atrás y trasladó la mano derecha a su cinturón, que se rompió como un trozo de cordel. El gigante extendió entonces su enorme mano sobre la columna vertebral del gorila, y lo empujó, lanzándolo al otro lado de la sala, tropezando, girando sobre sí mismo, agitando los brazos. Tres clientes saltaron para apartarse de su camino, antes de que, al caer, derribase una mesa y se estrellara contra el zócalo, produciendo un estrépito que debió de oírse en Denver. Sus piernas se agitaron espasmódicamente. Luego dejó de moverse.

—Algunos tipos —dijo el gigante— no saben cuándo tienen que ponerse duros. —Se volvió hacia mí—: Sí —dijo—. Vamos a tomarnos un trago usted y yo.

Nos acercamos al mostrador. Los clientes, de uno en uno, de dos en dos y de tres en tres, se convirtieron en sombras silenciosas que se deslizaron sin hacer el menor ruido hasta desaparecer por las puertas batientes que daban a la escalera. Tan en silencio como sombras sobre la hierba.

Ni siquiera permitieron que las puertas se balancearan. Nos acodamos sobre el mostrador.

—Un whisky sour —dijo el gigante—. Usted pida lo que quiera. —Otro whisky sour —dije yo.

Nos sirvieron whisky sour.

El gigante, sin inmutarse, se bebió el suyo hasta vaciar el vaso, grueso y de poca altura. Luego contempló con gesto solemne al barman, un negro flaco, de aire preocupado, con una chaqueta blanca, que se movía como si le dolieran los pies.

—¿Usted sabe dónde está Velma?

—¿Velma, dice usted? —gimió el barman—. No la he visto por aquí últimamente. No en estos últimos tiempos, no señor.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Déjeme que eche la cuenta. —El barman dejó la servilleta que le colgaba del brazo, arrugó la frente y empezó a contar con los dedos—. Unos diez meses, calculo. Más o menos un año. Alrededor de...

—Decídase —dijo el gigante.

Al barman se le pusieron los ojos como platos y la nuez empezó a moverse de un sitio para otro como un pollo descabezado.

—¿Desde cuándo este tugurio es un bar para negros? —preguntó el gigante con aspereza.

—¿Cuándo ha sido otra cosa?

El gigante convirtió la mano derecha en un puño en el que el vaso del whisky sour se perdía hasta casi desaparecer.

—Cinco años como mínimo —intervine yo—. Ese tipo no puede saber nada de una chica blanca llamada Velma. Ninguno de los de aquí.

El gigante me miró como si yo acabara de brotar del suelo. El whisky sour no parecía haberle mejorado el humor.

—¿Quién demonios le ha dado permiso para meter baza? —me preguntó. Sonreí. Me esforcé por obsequiarle con una gran sonrisa llena de afecto y amistad.

—Soy el tipo que entró aquí con usted. ¿Recuerda?

Me devolvió entonces la sonrisa, una mueca blanca sin fuerza, carente de sentido.

—Whisky sour —le dijo al barman—. Deje de mirar a las musarañas. Sírvanos.

El barman se movió de aquí para allá, poniendo los ojos en blanco. Yo me recosté en el mostrador y contemplé la sala, completamente vacía ya, a excepción del barman, del gigante, de un servidor y del gorila, que, aplastado todavía contra la pared, empezó por entonces a moverse. Lo hizo muy despacio, como si le costara un gran esfuerzo e intenso dolor. Se arrastró con mucho cuidado a lo largo del zócalo, como una mosca que sólo tuviera un ala. Se movió por detrás de las mesas, cansinamente, convertido en un individuo repentinamente viejo, repentinamente desilusionado. Lo miré mientras avanzaba. El barman nos sirvió otros dos whiskysours. Me volví hacia el mostrador.

El gigante contempló un instante con indiferencia al gorila que se arrastraba y luego dejó por completo de prestarle atención.

—No queda nada del bar de entonces —se lamentó—. Tenían un escenario pequeño y una orquesta y habitacioncitas muy agradables donde una persona podía divertirse. Velma hacía gorgoritos de cuando en cuando. Pelirroja. Estaba para comérsela. Íbamos a casarnos cuando caí en la trampa y me metieron en chirona.

Me bebí mi segundo whisky sour. Empezaba a cansarme tanta aventura. —¿Qué trampa? —pregunté.

—¿Dónde se figura que he estado los últimos ocho años?

—Cazando mariposas.

Se tocó el pecho con un índice del tamaño de un plátano.

—En chirona. Malloy es mi apellido. Me llaman Moose Malloy en razón de mi tamaño. Por el atraco a un banco, el Great Bend. Cuarenta grandes. Trabajo en solitario. ¿Verdad que estuvo muy bien?

—¿Se lo va a gastar ahora?

Puso cara de que no le parecía bien aquel comentario. Se oyó un ruido detrás de nosotros. El gorila estaba otra vez en pie, un poco tambaleante. Tenía la mano en el tirador de una puerta de color oscuro situada detrás de la mesa donde se jugaba a los dados. Consiguió abrirla y pasó del otro lado cayéndose a medias. La puerta se cerró con violencia. Se oyó el ruido de un pestillo.

—¿Adónde da? —preguntó Moose Malloy.

Los ojos del barman regresaron a la tierra, fijándose con dificultad en la puerta por la que el gorila había pasado a trompicones.

—Es... el despacho del señor Montgomery, caballero. El jefe. Tiene el despacho ahí.

—Quizá lo sepa él —dijo el gigante. Se bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso—. Más le valdrá no ponerse tonto. Otros dos de lo mismo.

Cruzó la sala despacio pero con paso elástico, sin preocupación alguna. Su enorme espalda ocultó la puerta. Estaba cerrada con llave. La zarandó un poco y una pieza del revestimiento saltó por un lado. Malloy entró y volvió a cerrar. Se produjo un silencio. Miré al barman. El barman me miró. Sus ojos adquirieron una expresión pensativa. Limpió el mostrador, suspiró y se inclinó, con la mano derecha extendida. Yo me estiré por encima del mostrador y le sujeté el brazo. Era muy delgado y frágil. Lo sostuve y le sonreí.

—¿Qué tiene ahí debajo, jefe?

Se pasó la lengua por los labios y se apoyó en mi brazo, pero no dijo nada. Su rostro reluciente se fue volviendo gris.

—Ese individuo es un tipo duro —dije. Y no me extrañaría que se enfadara. La bebida le produce ese efecto. Busca a una chica que conocía en otro tiempo. Y este sitio antes era un local para blancos. No sé si se da cuenta.

El barman se pasó la lengua por los labios.

—Ha estado a la sombra mucho tiempo —dije. Ocho años.

No parece entender lo mucho que es, aunque yo pienso que debiera parecerle toda una vida. Cree que la gente de aquí tendría que saber dónde está su chica. ¿Me comprende?

El barman dijo muy despacio:

—Pensaba que venía usted con él.

—No he podido evitarlo. Me hizo una pregunta ahí abajo y luego me subió a rastras. No lo había visto en mi vida. Pero no me apeteció que me hiciera salir volando. ¿Qué tiene ahí?

—Una escopeta de cañones recortados —dijo el barman.

—No, no. Eso es ilegal —susurré—. Escúcheme; usted y yo estamos juntos en esto. ¿Tiene algo más?

—Una pistola —dijo el barman—. En una caja de puros. Suélteme el brazo. —Muy bien —dije—. Apártese un poco. Con calma. De lado. No es momento de sacar la artillería.

—Lo dice usted —respondió, despectivo, el barman, apoyando todo el peso de su cansancio contra mi brazo—. Lo...

Dejó de hablar. Movi6 la cabeza bruscamente y puso los ojos en blanco. Se oy6 un ruido seco y ahogado en la parte trasera, detr6s de la puerta cerrada m6s all6 de la mesa donde se jugaba a los dados. Pod6a haber sido un portazo. Pero no me pareci6 que lo fuera. Al barman tampoco, porque se inmoviliz6 por completo y empez6 a babear. Yo me qued6 escuchando. No se oy6 ning6n otro ruido. Ech6 a andar deprisa hacia el final del mostrador, pero

había tardado demasiado en reaccionar. La puerta del fondo se abrió de golpe, empujada con fuerza y suavidad por Moose Malloy, que se detuvo en seco nada más entrar en la sala, los pies bien puestos sobre el suelo y en el rostro una amplia sonrisa incolora. En su mano, un Colt 45 del ejército parecía una pistola de juguete.

—Que nadie intente nada ingenioso —dijo con tono amigable—. Las manos quietas sobre el mostrador.

El barman y yo hicimos lo que nos decía. Moose Malloy recorrió la sala con una mirada que no se perdía ningún detalle. Su sonrisa era tensa, helada. Luego se dirigió hacia nosotros en silencio. Parecía perfectamente capaz de atracar un banco sin ayuda..., incluso como iba vestido.

—Arriba, negro —dijo sin levantar la voz cuando llegó junto al mostrador. El barman levantó las manos todo lo que pudo.

El gigante se colocó detrás de mí y me cacheó cuidadosamente de arriba abajo con la mano izquierda. Sentí el calor de su aliento en el cogote. Luego se alejó.

—El señor Montgomery tampoco sabía dónde estaba Velma —nos explicó—. Trató de decírmelo... con esto. —Palmeó el revólver con una mano. Se volvió despacio para mirar al negro—. Sí —dijo—. Me reconocerás. No te vas a olvidar de mí, socio. Pero diles a tus compinches que no se descuiden. —Agitó el revólver—. Bueno, hasta la vista, capullos. Tengo que coger el tranvía.

Eché a andar hacia el comienzo de las escaleras.

—No ha pagado los whiskis —dije.

Se detuvo y me miró con interés.

—Puede que tenga razón —dijo—. Pero yo no insistiría demasiado.

Siguió adelante, se deslizó entre la doble puerta batiente, y sus pasos sonaron muy remotos mientras bajaba las escaleras. El barman se agachó. Salté detrás del mostrador y lo empujé para apartarlo. En un estante inferior había una escopeta de cañones recortados tapada con un paño. Y a su lado una caja de puros con una pistola automática de calibre 38. Cogí las dos. El barman se aplastó contra las hileras de vasos a su espalda.

Salí de detrás del mostrador y crucé la sala hasta la puerta que Malloy había dejado abierta. A continuación había un vestíbulo en forma de L, casi completamente a oscuras. El gorila, tumbado en el suelo, inconsciente, respiraba con dificultad y sostenía una navaja en una mano sin fuerza. Me incliné, se la quité y la tiré por una escalera trasera.

Pasé por encima y abrí una puerta en la que estaba escrito «Despacho» con pintura negra descascarillada a medias. Dentro había un escritorio pequeño muy estropeado, junto a una ventana tapada en parte con tablas. El torso de un hombre estaba muy erguido en una silla de respaldo alto que llegaba hasta la nuca del individuo. La cabeza se había doblado hacia atrás sobre el respaldo, de manera que la nariz apuntaba a la ventana tapiada. Sencillamente doblada, como un pañuelo o un gozne. A la derecha del cadáver estaba abierto un cajón de la mesa. Dentro había un periódico con una mancha de grasa en el centro. El revólver habría salido de allí.

Probablemente al señor Montgomery le pareció una buena idea en un primer momento, pero la posición de su cabeza demostraba que se trataba de una idea equivocada. También había un teléfono sobre el escritorio. Me desprendí de la escopeta de cañones recortados y cerré la puerta con llave antes de llamar a la policía. Me sentí así más seguro, y al señor Montgomery no pareció importarle.

Cuando los muchachos del coche patrulla subieron las escaleras pisando fuerte, el gorila y el barman habían desaparecido y yo me había convertido en dueño absoluto del local.

Encargaron del caso a un tal Nulty, un tipo amargado de mandíbula estrecha, con largas manos amarillas que mantuvo cruzadas sobre las rodillas casi todo el tiempo que estuvo hablando conmigo. Era un teniente de detectives, adscrito a la comisaría de la calle 77, y conversamos en una habitacioncita donde sólo cabían dos mesas pequeñas pegadas a las paredes, una frente a otra, y sitio para circular entre ellas si dos personas no lo intentaban al mismo tiempo. Cubría el suelo un sucio linóleo marrón y había en el aire un persistente olor a viejas colillas de cigarros puros. Nulty llevaba una camisa deshilachada y le habían arreglado las mangas de la chaqueta metiéndole los puños. Parecía lo bastante pobre para ser honrado, pero no daba la impresión de ser la persona capaz de enfrentarse con Moose Malloy. Nulty encendió la mitad de un puro y tiró la cerilla al suelo, donde la esperaban otras muchas. Al hablar, su voz estaba llena de amargura:

—Morenos. Otro asesinato de morenos. Ése es todo el aprecio que merezco después de dieciocho años en esta comisaría. Ni fotografías, ni espacio; ni siquiera cuatro líneas en la sección de anuncios por palabras.

No dije nada. Tomó mi tarjeta, la leyó de nuevo y la dejó caer.

—Philip Marlowe, detective privado. Uno de éstos, ¿eh? En realidad no parece un mal tipo. ¿Qué hizo durante todo aquel tiempo?

—¿Qué tiempo?

—Todo el tiempo que ese tal Malloy le estuvo retorciendo el cuello al negro.

—Ah; eso pasó en otra habitación —dije—. Malloy no me explicó que fuera a romperle el cuello a nadie.

—Ríase de mí —dijo Nulty con amargura—. Sí, sí; no se prive y ríase de mí. Lo hace todo el mundo. ¿Qué importa uno más? ¡Ese pobre Nulty! Basta con echarle un par de frases ingeniosas.

Nulty siempre sirve para reírse un poco.

—No trato de burlarme de nadie —dije—. Así fue como pasó... En otra habitación.

—Sí, claro —respondió Nulty, junto con una apesadumada nube de humo de tabaco—. Yo también he estado allí y tengo ojos para ver, ¿sabe? ¿No va armado? —No para esa clase de trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Buscaba a un barbero que había dejado a su mujer. La señora creía que se le podría convencer para que volviera a casa.

—¿Me habla de un moreno?

—No, de un griego.

—De acuerdo —dijo Nulty, escupiendo en la papelera—. De acuerdo. ¿Cómo conoció a ese tío grande?

—Ya se lo he dicho. Sencillamente yo estaba allí. Arrojó a un negro a la calle desde dentro de Florian's y yo, imprudentemente, asomé la cabeza para ver qué pasaba. Y él me llevó arriba.

—¿Quiere decir que lo atracó?

—No; no tenía aún el revólver. Por lo menos no sacó ningún arma. El revólver, probablemente, se lo quitó a Montgomery. A mí me invitó a subir. A veces le caigo bien a la gente.

—No sabría decirlo —respondió Nulty—. Pero parece que no tiene usted problemas para irse con el primero que aparece.

—De acuerdo —dije—. ¿Qué necesidad tenemos de discutir? Yo he visto a ese individuo y usted no. Nos podría llevar a los dos como colgantes de la cadena del reloj. Me enteré de que había matado a alguien después de que se marchara. Oí un disparo, pero pensé que alguien, asustado, había hecho fuego contra Malloy y que Malloy le quitó el arma a quienquiera que fuese.

—¿Y qué le hizo pensar una cosa así? —preguntó Nulty casi con amabilidad—. Utilizó una pistola para atracar aquel banco, ¿no es cierto?

—Piense en la ropa que llevaba. No fue a Florian's a matar a nadie; no iba vestido para eso. Fue allí en busca de esa chica llamada Velma que había sido su novia antes de que lo pescaran por el asunto del banco. La chica trabajaba en Florian's o como se llamara el local que había allí cuando era todavía un bar para blancos. Allí lo pillaron. Y usted acabará por atraparlo.

—Claro —dijo Nulty—. Dado el tamaño y la ropa. Sin problemas. —Quizá tenga otro traje —dije—. Y un coche y un escondrijo y dinero y amigos. Pero acabará echándole el guante.

Nulty escupió de nuevo en la papelera.

—Lo atraparé más o menos cuando me vuelvan a salir los dientes —dijo—. ¿Cuánta gente han puesto a trabajar? Una persona. ¿Y sabe por qué? No hay espacio. En una ocasión cinco morenos se cosieron a navajazos en la calle 84. Uno de ellos ya estaba frío cuando llegamos. Había sangre en los muebles, sangre en las paredes, sangre incluso en el techo. Voy hacia allí y, antes de entrar, un tipo que trabaja en el Chronicle, un cazanoticias, sale de la casa y se dirige hacia su coche. Hace una mueca mirándonos, dice «Negros, maldita sea», se sube a su cacharro y se marcha. Ni siquiera entró en el piso.

—Quizá Malloy se haya saltado la condicional —dije—.

En ese caso encontrará cooperación. Pero atrápelo con buenos modos o se cargará a un par de policías. Entonces sí que le dedicarán espacio en los periódicos.

—Si pasara eso tampoco me dejarían el caso —dijo desdeñosamente Nulty.

Sonó el teléfono que tenía sobre la mesa. Al escuchar lo que le decían sonrió dolorido. Luego colgó, garrapateó algo en un bloc mientras aparecía un leve brillo en sus ojos, una luz muy lejana al fondo de un corredor polvoriento.

—Vaya, está fichado. Llamaban del Registro. Tienen las huellas dactilares, la jeta, todo. Bueno, ya es algo en cualquier caso. —Leyó lo que había escrito—. Caray, vaya tipo. Casi dos metros, ciento veinte kilos sin corbata. Un tío con todas las de la ley. Al diablo con él de todos modos. Estarán dando su descripción por la radio. Probablemente al final de la lista de coches robados. No se puede hacer otra cosa que esperar.

Tiró lo que le quedaba del puro en una escupidera.

—Trate de encontrar a la chica —dije—. Velma. Malloy la está buscando. Es el origen de todo. Inténtelo con Velma.

—Hágalo usted —dijo Nulty—. No he entrado en un burdel desde hace veinte años.

Me puse en pie.

—De acuerdo —dije, y me dirigí hacia la puerta.

—Eh, espere un momento —dijo Nulty—. Sólo era una broma. No está demasiado ocupado, ¿no es cierto?

Di vueltas a un cigarrillo entre los dedos y me quedé mirándolo mientras esperaba junto a la puerta.

—Quiero decir que tiene tiempo para echar una ojeada y ver si encuentra a esa tipa. No es una mala idea la que ha tenido. Quizá descubra algo. Puede trabajar si no llama la atención.

—¿Qué saco yo en limpio?

Nulty, en un gesto de impotencia, abrió las manos de piel amarillenta. Su sonrisa era tan astuta como una ratonera estropeada.

—Ha tenido problemas con nosotros otras veces. No me diga que no. He oído cosas. La próxima vez no le vendrá mal tener un amigo.

—Sigo sin ver las ventajas.

—Escuche —insistió Nulty—. No soy una persona que hable mucho. Pero cualquier miembro del departamento puede serle muy útil.

—¿Se trata de pura amistad, o va usted a pagar algo en efectivo?

—Dinero no —dijo Nulty mientras arrugaba la nariz—. Pero necesito hacer algún mérito. Desde la última reorganización el trabajo se ha puesto muy duro. Yo no lo olvidaría, desde luego. Nunca.

Miré la hora en mi reloj.

—Bien, si se me ocurre algo, será para usted. Y cuando atrape usted al tipo ese, lo identificaré. Pero después de comer.

Nos dimos la mano, salí al corredor, descendí por las escaleras de color fango hasta la puerta principal y volví a mi coche. Habían pasado dos horas desde que Moose Malloy saliera de Florian's con el Colt del ejército en la mano. Almorcé en un drugstore, compré medio litro de bourbon y me dirigí hacia el este para volver a Central Avenue y, una vez allí, seguí en dirección norte. La corazonada que tenía era tan imprecisa como las ondulaciones que el calor hacía bailar en el aire por encima de la acera. No había ningún motivo para que me ocupara de todo aquello excepto la curiosidad. Pero, hablando en plata, llevaba un mes sin trabajar. Hasta un encargo sin remuneración era un paso adelante.

Florian's estaba cerrado, por supuesto. Un inconfundible policía de paisano, dentro de un coche, fingía leer el periódico delante de la puerta. No entendía por qué se molestaban. Allí nadie sabía nada sobre Moose Malloy. Tampoco habían encontrado ni al gorila ni al barman, y no había nadie en la manzana que pudiera contarle a la policía algo acerca de ellos.

Pasé por delante muy despacio, estacioné el coche a la vuelta de la esquina y me quedé mirando a un hotel para negros situado al otro lado de la calle y más allá del cruce más próximo. Se llamaba Sans Souci. Salí del coche, crucé la calle y entré. Dos hileras de austeras sillas vacías se enfrentaban desde los lados de una tira de alfombra marrón. En la penumbra del fondo había un mostrador y, detrás de él, un individuo calvo con los ojos cerrados y las manos pacíficamente entrelazadas sobre la superficie que tenía delante. Dormitaba o parecía hacerlo. Llevaba una corbata estilo Ascot con un lazo anudado quizá hacia 1880. La piedra verde del alfiler no llegaba a tener el tamaño de una manzana.

La barbilla, grande y un poco floja ya, descansaba mansamente sobre la corbata, y las tranquilas manos entrelazadas estaban muy limpias, con uñas bien arregladas y medias lunas grises en el morado de las uñas.

A la altura de su codo, un cartel metálico en relieve decía: «Este hotel se halla bajo la protección de la Agencia Internacional Consolidada, Sociedad Anónima». Cuando el individuo moreno, de plácida apariencia, abrió un ojo y me contempló meditativamente, señalé el cartel.

—Empleado del DPH haciendo una comprobación. ¿Algún problema por aquí? DPH significa Departamento de Protección de Hoteles, sección de un organismo más amplio que se ocupa de los que pagan con talones sin fondos y de las personas que se marchan por la escalera de atrás dejando facturas pendientes y maletas de segunda mano llenas de ladrillos.

—Los problemas, hermano —me respondió el recepcionista con voz sonora—, se nos han terminado hace muy poco. —Bajó la voz media octava y añadió—: ¿Cómo me ha dicho que se llamaba?

—Marlowe, Philip Marlowe...

—Un nombre agradable, hermano. Limpio y alegre. Hoy tiene usted muy buen aspecto. —Bajó aún más la voz—. Pero no es empleado del DPH. Hace años que no veo a ninguno. —Separó las manos y señaló lánguidamente el cartel—. Lo compré de segunda mano, sólo por el efecto. —Bien —dije. Me incliné sobre el mostrador y empecé a hacer girar una moneda de medio dólar sobre la gastada madera.

—¿Ya se enteró de lo que ha pasado esta mañana en Florian's?

—Se me olvida todo, hermano. —Pero tenía los dos ojos bien abiertos y seguía la mancha de luz producida por la moneda que giraba.

—Al jefe le dieron el pasaporte —dije—. Un individuo llamado Montgomery. Alguien le rompió el cuello.

—Que el Señor se apiade de su alma. —La voz volvió a bajar—: ¿Poli? —Detective privado..., en un trabajo confidencial. Y reconozco a una persona que sabe ser discreta cuando la veo.

Me estudió unos momentos, cerró los ojos y pensó. Volvió a abrirlos cautelosamente y miró otra vez a la moneda que giraba. No era capaz de apartar la vista.

—¿Quién ha sido? —preguntó en voz muy baja—. ¿Quién ha liquidado a Sam?

—Un tipo duro, recién salido de la cárcel, se enfadó porque Florian's ya no es un local para blancos. Antes lo era, por lo que parece. ¿Quizá usted lo recuerda?

No dijo nada. La moneda cayó sobre el mostrador con un suave repiqueteo metálico y se quedó inmóvil.

—Enseñe sus cartas —le propuse—. Yo le leeré un capítulo de la Biblia o le invitaré a un trago. Diga lo que prefiere.

—Hermano, la Biblia me gusta leerla más bien en la intimidad de mi familia. —Los ojos le brillaban, tranquilos, con un algo de batracio.

—Quizá acabe usted de almorzar —dije.

—El almuerzo —dijo— es algo de lo que una persona de mi constitución y temperamento tiende a prescindir. —De nuevo bajó la voz—. Pase a este lado.

Di la vuelta alrededor del mostrador y saqué del bolsillo la botella plana con medio litro de bourbon de cuatro años y la coloqué en el estante. Mi interlocutor se inclinó y la examinó.

Pareció satisfecho.

—Hermano —dijo—, esto no le da derecho a nada. Pero tomaré con gusto una copita en su compañía.

Abrió la botella, colocó dos vasitos sobre el mostrador y procedió a llenarlos calmamente hasta el borde. Luego alzó uno, lo olió con cuidado y se lo echó al colete con el dedo meñique levantado.

Saboreó el bourbon, reflexionó unos instantes, asintió con la cabeza y dijo:

—Sin duda procede de la botella adecuada, hermano. ¿De qué manera puedo serle de utilidad? No hay una grieta en la acera por estos alrededores que yo no conozca por su nombre de pila. Sí, señor, este whisky no ha estado en malas compañías. —Volvió a llenarse el vaso.

Le conté lo que había sucedido en Florian's y por qué. Me miró con expresión solemne y agitó la calva cabeza.

—El de Sam también era un sitio tranquilo y agradable —dijo—. Nadie ha usado allí una navaja desde hace un mes.

—Cuando Florian's era un local para blancos hace unos seis u ocho años, ¿cómo se llamaba?

—Los letreros luminosos son muy caros, hermano.

Asentí con la cabeza.

—Ya se me había ocurrido que quizá tuviera el mismo nombre. Probablemente Malloy habría dicho algo si lo hubieran cambiado. Pero ¿quién llevaba el local?

—Me deja usted un poco sorprendido, hermano. Aquel pobre pecador se llamaba Florian. Mike Florian...

—¿Y qué pasó con Mike Florian?

El negro extendió sus comprensivas manos oscuras. Su voz se hizo sonora y triste.

—Muerto, hermano. El Señor se lo llevó. Mil novecientos treinta y cuatro, quizá treinta y cinco. No lo recuerdo con precisión. Una vida malgastada, y un caso de riñones escabechados, según he oído decir. El impío cae como una res apuntillada, pero la misericordia divina lo espera en el más allá. —Su voz descendió al nivel de temas más mundanos—: Que me aspen si sé por qué.

—¿Dejó familia? Sirva otra copa.

Puso el tapón en la botella y la empujó con gesto firme hacia mí por encima del mostrador.

—Dos es el límite, hermano, antes de que se ponga el sol. Le estoy muy agradecido. Su método de acercamiento es tranquilizador para la dignidad del interrogado... Dejó viuda. Jessie de nombre.

—¿Qué ha sido de ella?

—La búsqueda del conocimiento, hermano, lleva a la multiplicación de las preguntas. Lo ignoro. Utilice la guía de teléfonos.

Había una cabina en el rincón más oscuro del vestíbulo. Entré y cerré la puerta lo suficiente para que se encendiera la luz. Miré el apellido en la maltrecha guía, encadenada a la pared. No había ningún Florian en ella. Regresé junto al mostrador.

—Nada de nada —dije.

Mi interlocutor se inclinó, muy a su pesar, y sacó con dificultad un directorio urbano; después de dejarlo sobre el mostrador, lo empujó en mi dirección. Luego cerró los ojos. Empezaba a aburrirse. En el directorio había una Jessie Florian, viuda. Vivía en el 1644 de West 54th Place.

Me pregunté qué era lo que yo había estado usando en lugar de cerebro toda mi vida. Escribí la dirección en un trozo de papel y empujé el directorio hacia el otro lado del mostrador. El recepcionista volvió a colocarlo donde lo había encontrado, me dio la mano y luego cruzó las suyas exactamente como las tenía antes de que yo entrara. Los ojos se le cerraron muy despacio y dio la impresión de quedarse dormido.

Para él, el incidente había terminado. A mitad de camino hacia la puerta, me volví a mirarlo. Con los ojos cerrados, respiraba con suavidad y de manera regular, resoplando un poco al final de cada ciclo. Le brillaba la calva. Salí del hotel Sans Souci y crucé la calle para volver a mi coche. Parecía facilísimo. Demasiado fácil.

El número 1644 de West 54th Place era una casa marrón y reseca que tenía delante un jardincillo marrón igualmente reseco. Una gran calva rodeaba a una palmera de aspecto resistente. Presidía el porche una solitaria mecedora de madera y, con la brisa de la tarde, los renuevos de las poinsettias, que nadie había podado, golpeaban la agrietada pared de estuco. Una hilera de amarillentas prendas mal lavadas se agitaba rígidamente sobre un alambre oxidado en el patio lateral.

Pasé de largo con el coche algo así como la cuarta parte de la manzana, aparqué en la acera del otro lado y regresé a pie. El timbre no funcionaba, de manera que di unos golpes en el marco de madera de la puerta mosquitera. Se oyó un lento arrastrar de pies, la puerta se abrió y descubrí ante mí en la penumbra a una mujer de aspecto desastrado que se sonaba la nariz. Tenía el rostro hinchado y grisáceo. Pelo ensortijado de ese color incierto que no es ni castaño ni rubio, que tampoco tiene la vida suficiente para llamarlo rojo y no está lo bastante limpio para calificarlo de gris. El cuerpo, con algunos kilos de más, quedaba oculto por un informe albornoz de franela de una venerable antigüedad en cuanto a color y diseño. Era sencillamente algo con que cubrirse el cuerpo. Los dedos de los pies, grandes, resultaban bien visibles en unas zapatillas abiertas de hombre, de cuero marrón muy estropeado.

—¿ La señora Florian? ¿ La señora Jessie Florian?

Emitió un vago sonido afirmativo, pero la voz le salió de la garganta como un enfermo que se levanta con mucha dificultad de la cama.

—¿Es usted la señora Florian cuyo marido llevaba un local en Central Avenue? ¿Mike Florian?

Se colocó un mechón de pelo detrás de una oreja de considerables dimensiones. En sus ojos brilló la sorpresa.

—¿Có... cómo? Por el amor del cielo —dijo con voz ronca—. A Mike lo perdí hace cinco años. ¿Quién me ha dicho usted que era?

La puerta mosquitera seguía cerrada y con el gancho puesto.

—Soy detective —dije—. Busco un poquito de información.

Me miró fijamente durante un minuto interminable. Luego, con notable esfuerzo, retiró el gancho de la puerta y se dio la vuelta, alejándose.

—Pase, entonces. Todavía no he tenido tiempo de limpiar —dijo con entonación quejumbrosa—. ¿Polis, eh?

Entré y volví a cerrar la puerta, colocando el gancho en su sitio. Un mueble radio, grande y de buena calidad, zumbaba a la izquierda, en una esquina de la habitación. Era la única cosa decente que había en la casa. Parecía recién comprado. Todo lo demás eran trastos viejos: sillones sucios, con excesivo relleno, una mecedora de madera que hacía juego con la del porche, un arco cuadrado por el que se pasaba al comedor con una mesa manchada, marcas de dedos por todas partes en la puerta batiente del otro lado, que llevaba a la cocina. Un par de lámparas deshilachadas, con pantallas de colores chillones que ahora resultaban tan alegres como prostitutas jubiladas.

La mujer se sentó en la mecedora, dejó caer las zapatillas y me miró. Yo contemplé la radio y me senté en el extremo de un sofá. La señora Florian se dio cuenta de que miraba la radio. Una falsa animación, tan insípida como té chino, apareció en su rostro y en su voz:

—No tengo otra compañía —dijo. Luego dejó escapar una risita ahogada—. Mike no ha hecho nada malo, ¿verdad? No recibo muchas visitas de polis.

Su risita contenía un deje alcohólico. Al recostarme tropecé con algo duro, metí la mano y saqué una botella de ginebra vacía. La señora Florian dejó escapar de nuevo una risita.

—Era una broma, no me haga caso —dijo—. Pero le pido a Dios que haya suficientes rubias de bote donde esté. Aquí abajo siempre le parecieron pocas. —Yo estaba pensando más bien en una pelirroja —dije.

—Supongo que tampoco despreciaría unas cuantas. —Su mirada, me pareció, no era ya tan imprecisa—. No recuerdo. ¿Alguna pelirroja en especial?

—Sí. Una chica llamada Velma. No sé qué apellido usaba, excepto que no sería el suyo. Trato de localizarla porque me lo ha pedido su familia. El local de su marido de usted en Central Avenue es ahora un sitio para negros, aunque no le han cambiado el nombre, y, por supuesto, la gente que está allí nunca han oído hablar de ella. De manera que pensé en usted.

—La familia se ha tornado su tiempo antes... de empezar a buscarla —dijo la mujer con aire pensativo.

—Hay algo de dinero en el asunto. No mucho. Supongo que la necesitan para cobrarlo. El dinero agudiza la memoria.

—También las bebidas fuertes —respondió la mujer—. Hoy hace calor, ¿no le parece? Pero usted ha dicho que era poli. —Ojos calculadores, rostro atento, concentrado. Los pies, de nuevo en las zapatillas de hombre, no se movieron.

Alcé la botella vacía y la agité. Luego la tiré a un lado y metí la mano en el bolsillo trasero donde llevaba el medio litro de bourbon que el recepcionista negro y yo apenas habíamos probado y coloqué la botella sobre mi rodilla. Los ojos de la mujer la contemplaron con incredulidad. Luego la sospecha le trepó por toda la cara, como un gatito, pero no tan juguetona.

—Usted no es un poli —dijo un voz baja—. Ningún poli ha comprado nunca ese whisky. ¿Dónde está el chiste, amigo?

Se volvió a sonar la nariz, con uno de los pañuelos más sucios que yo había visto nunca. Sus ojos no se apartaban de la botella. La sed forcejeaba con la sospecha y acabaría ganando. Siempre lo hace.

—La tal Velma era una artista, una cantante. ¿No la conocía usted? Supongo que no iba mucho por allí.

Sus ojos, de color alga marina, seguían fijos en la botella. La señora Florian se humedeció los labios con la lengua.

—Vaya, eso es whisky de buena calidad —suspiró. Me tiene sin cuidado quién sea usted. Sujétela con cuidado, amigo. No es momento de dejar caer nada.

Se puso en pie, salió de la habitación caminando como un pato y regresó con dos vasos de cristal grueso nada limpios.

—Sin hielo ni agua. Basta con lo que usted ha traído —dijo.

Le serví un lingotazo que me hubiera hecho ignorar la ley de la gravedad. La señora Florian se apoderó del vaso con hambre, se lo echó al coleteo como una aspirina y clavó de nuevo los ojos en la botella. Le serví por segunda vez y yo me adjudiqué una cantidad más discreta. Ella se volvió con el vaso a la mecedora. Los ojos le habían adquirido ya una tonalidad mucho más marrón.

—Conmigo este bourbon se muere sin sentirlo —dijo antes de acomodarse otra vez—. Nunca sabe quién acaba con él. ¿De qué estábamos hablando?

—Una pelirroja llamada Velma que trabajaba en el local de su marido en Central Avenue.

—Claro. —Hizo uso de su segunda copa. Me acerqué y le dejé la botella al alcance de la mano. No tardó en cogerla—. Claro. ¿Quién me ha dicho usted que era?

Saqué una tarjeta de visita y se la pasé. La leyó utilizando lengua y labios, luego la dejó caer en la mesa que tenía al lado y puso encima el vaso vacío.

—Ah, un detective privado. Eso no me lo había dicho, amigo. —Movi6 un dedo en mi direcci6n, en regocijada advertencia—. Pero el whisky dice que es usted un buen tipo despu6s de todo. Brindemos por la delincuencia. —Se sirvi6 una tercera copa y procedi6 a beb6rsela.

Me sent6 y esper6, manoseando maquinalmente un cigarrillo. O sabía algo o no sabía nada. Si sabía algo, me lo diría o se lo callaría. Era así de sencillo.

—Pelirroja muy atractiva —dijo despacio y con trabajo—. Sí que la recuerdo. Canto y baile. Bonitas piernas y generosa con ellas. Se march6 a alg6n sitio. ¿C6mo voy a saber lo que hacen esas golfas?

—En realidad, no pensaba que lo supiera —dije—. Pero era l6gico que viniera a preguntárselo, señora Florian. Sírvase usted misma..., puedo ir a por m6s whisky cuando lo necesitemos.

—Usted no est6 bebiendo —dijo de repente.

Cubrí mi vaso con la mano y bebí despacio lo que quedaba para que pareciese m6s.

—¿D6nde tiene a la familia? —pregunt6 de pronto.

—¿Qu6 m6s da?

—De acuerdo —dijo desdeñosamente—. Todos los polis son iguales. De acuerdo, hermoso. Un fulano que me invita a una copa es un amigo. —Alcanz6 la botella y se sirvi6 por cuarta vez—. No debería pegar la hebra con usted. Pero cuando alguien me cae bien, me puede pedir la luna.

—Sonrió sin gracia. Resultaba tan atractiva como una bañera—. Agárrese al asiento y no pise ninguna serpiente —me dijo—. Se me ha ocurrido una idea.

Se alzó de la mecedora, estornudó, casi perdió el albornoz, se lo volvió a colocar, ciñéndoselo sobre el estómago, y me miró con frialdad.

—No está permitido mirar —dijo; luego abandonó de nuevo el cuarto, golpeando el marco de la puerta con el hombro.

Oí sus pasos inciertos mientras se dirigía a la parte trasera de la casa. Los renuevos de las poinsettias golpeaban monótonamente contra la fachada. La cuerda de tender la ropa gemía vagamente a un lado de la casa. El hombre de los helados pasó por la calle tocando la campanilla. En un rincón, el aparato de radio —grande, nuevo, lustroso— hablaba en susurros de danzas y amores con una suave nota, profunda y vibrante, semejante al temblor en la voz de un cantante de romanzas.

Luego me llegó, desde el fondo de la casa, ruido de tropiezos diversos. Una silla pareció caerse hacia atrás, el cajón de un escritorio, abierto con demasiada violencia, acabó en el suelo, todo acompañado de revolver de objetos, de ruidos sordos y de palabras inconexas entre dientes. A continuación el clic de una cerradura y el chirrido de la tapa de un baúl al levantarse. Nuevas búsquedas y nuevos ruidos. Una bandeja derribada. Me levanté del sofá, me escurrí hasta el comedor y desde allí a un pasillo muy corto. Me asomé por el borde de una puerta abierta. La señora Florian se balanceaba delante del baúl, tratando de coger lo que había dentro y luego, muy enfadada, se apartaba el pelo de la frente.

Estaba más borracha de lo que creía. Se inclinó hacia atrás, recobró el equilibrio, tosió y suspiró. Luego se arrodilló y metió ambas manos en el baúl para apoderarse de algo. Las manos reaparecieron sosteniendo, de manera muy precaria, un grueso paquete atado con una descolorida cinta rosa. Despacio, torpemente, desató la cinta. Sacó un sobre del paquete y de nuevo se inclinó hacia atrás para esconder el sobre en el lado derecho del baúl. Después ató otra vez la cinta con dedos inseguros.

Volví sigilosamente por donde había venido y me senté en el sofá. La señora Florian regresó al cuarto de estar, entre respiraciones que parecían estertores, y se detuvo en el marco de la puerta, balanceándose, con el paquete. Me sonrió con gesto triunfal, y lo arrojó a mis pies. Después volvió contoneándose a su mecedora, se sentó y echó mano del whisky.

—Mírelas —masculló. Fotos. Instantáneas de periódicos. Aunque esas golfas sólo salieron en la prensa procedentes de los ficheros de la policía. Gente que trabajó en el local. Es todo lo que me dejó el muy hijo de puta; eso y su ropa usada. Ojeé el mazo de brillantes fotografías de hombres y mujeres en posturas profesionales. Los varones tenían rostros afilados y astutos y ropa de hipódromo o estaban maquillados de la manera más excéntrica a manera de payasos. Bailarines y cómicos que sólo actuarían en giras por provincias de ínfima categoría. Pocos con esperanzas de llegar a locales de lujo.

Se los encontraría en funciones de vodevil en pueblos de mala muerte, recién lavados, o en baratos teatros de revista, todo lo subidos de tono que la ley les permitía y de cuando en cuando pasándose lo suficiente como para una redada de la policía y una aparición por el juzgado, y de vuelta al espectáculo, sonriendo, desafiantemente sucios y con el olor repugnante del sudor rancio. Las mujeres tenían buenas piernas y exhibían sus curvas más de lo que el código de la decencia consideraba permisible. Pero los rostros resultaban tan manidos como el gato de un despacho de contable. Rubias, morenas, con grandes ojos vacunos faltos de vida. Ojillos penetrantes, con codicia de pilluelos. En uno o dos casos, con expresión a todas luces depravada.

También una o dos de las muchachas podrían haber sido pelirrojas. No era posible saberlo por las fotografías. Las miré despreocupadamente, sin interés, y volví a atar el paquete con la cinta.

—¿Por qué me las enseña? —dije—. No sabría reconocerla.

La señora Florian me miró de reojo por encima de la botella que su mano derecha lograba apenas sostener.

—¿No buscaba a Velma?

—¿Es una de éstas?

Una expresión de increíble astucia se paseó por su rostro, pero no se encontró a gusto y se marchó a otro sitio.

—¿No tiene una foto suya... que le haya dado la familia?

—No.

Aquello la preocupó. Todas las chicas tienen alguna foto, aunque sea vestidas de corto y con un lazo en el pelo. Tendrían que habérmela dado.

—Está otra vez dejando de gustarme —dijo mi interlocutora casi con indiferencia.

Me levanté con el vaso en la mano y fui a ponerlo junto al suyo en la mesita vecina a la mecedora.

—Sírvame un trago antes de que se acabe la botella.

Mientras extendía el brazo me di la vuelta y salí deprisa por el arco que comunicaba con el comedor, crucé el pasillo y entré en el abarrotado dormitorio con el baúl abierto y la bandeja revuelta. Una voz gritó detrás de mí. Busqué directamente en el lado derecho del baúl, encontré el borde del sobre y lo saqué inmediatamente.

Jessie Florian se había levantado de la mecedora cuando volví al cuarto de estar, pero sólo para dar dos o tres pasos. Había en sus ojos una peculiar vidriosidad. Una vidriosidad asesina.

—Siéntese —le gruñí con firmeza—. Esta vez no trata con un ingenuo pedazo de carne como Moose Malloy.

Fue, más o menos, un palo de ciego, pero no acertó en ningún blanco. La señora Florian parpadeó dos veces y trató de levantar la nariz con el labio superior. Aparecieron unos cuantos dientes bastante sucios en una sonrisa de conejo.

—¿Moose? ¿Qué pasa con él? —preguntó tragando saliva.

—Anda suelto —dije. Ha salido de la cárcel. Va por ahí con un Cok del 45. Hoy por la mañana ha matado a un negro en Central Avenue porque no quiso decirle dónde estaba Velma. Ahora busca al soplón que lo mandó a la cárcel hace ocho años. La palidez le manchó la cara. Se llevó la botella a los labios y bebió con ansia. Parte del whisky le cayó por la barbilla.

—¡Y los polis lo están buscando! —dijo, echándose a reír—. Los polis. ¡Ja, ja! Una vieja muy simpática. Me encantaba estar con ella. Me hacía tilín emborracharla para mis propios sórdidos fines. Yo era un tipo estupendo. Disfrutaba siendo yo. En mi profesión uno se puede tropezar casi con cualquier cosa, pero empezaba a sentir alguna que otra náusea.

Abrí el sobre que mi mano sujetaba con fuerza y saqué una fotografía. Era como las otras pero diferente, mucho más agradable. La chica iba vestida de Pierrot por encima de la cintura. Cubierto por el sombrero cónico de color blanco con una borla negra en la punta, el pelo, muy ahuecado, podría haber sido rojo. La cara estaba de perfil, pero en el ojo visible se reconocía algo semejante a un destello de alegría. No voy a decir que fuera un rostro encantador e inocente: no soy un experto. Pero la chica era bonita. La gente se había portado bien con aquella cara, o lo suficientemente bien para su círculo. Se trataba sin embargo de una cara muy corriente y era bonita como pueda serlo algo que sale de una cadena de montaje. A mediodía se ven doce caras así en una manzana de cualquier ciudad.

Por debajo de la cintura la fotografía era sobre todo piernas, y muy bonitas, por cierto. Estaba firmada en el ángulo inferior derecho: «Siempre tuya, Velma Valento».

La coloqué delante de la señora Florian, pero fuera de su alcance. Me embistió, pero se quedó corta.

—¿Por qué esconderla? —le pregunté.

No emitió otro sonido que el ronco murmullo de su respiración. Introduje la foto en el sobre y me lo guardé en el bolsillo.

—¿Por qué esconderla? —volví a preguntar—. ¿Qué es lo que la hace diferente de las demás? ¿Dónde está?

—Muerta —dijo ella—. Era una chica maja, pero está muerta, señor policía. Váyase.

Las cejas pardas, depiladas tiempo atrás hasta desaparecer, subieron y bajaron. Abrió la mano, la botella de whisky se deslizó hasta la alfombra y empezó a gorgotear. Me agaché para recogerla. Ella trató de golpearme en la cara con el pie. Me aparté hasta una distancia prudencial.

—Pero eso no explica que la esconda —le dije—. ¿Cuándo murió? ¿Cómo? —Soy una pobre mujer enferma —gruñó—. Déjeme en paz, condenado hijo de puta.

Me quedé allí mirándola, sin decir nada, sin pensar en nada especial que decir. Me coloqué a su lado al cabo de un momento y puse la botella plana, ya casi vacía, en la mesita. La señora Florian contemplaba la alfombra. La radio murmuraba agradablemente en el rincón de la habitación. Un automóvil pasó por la calle y una mosca zumbó en una ventana. Después de mucho tiempo la dueña de la casa movió los labios y habló dirigiéndose al suelo, una confusa mezcla de palabras sin sentido alguno.

Luego empezó a reír, echó la cabeza para atrás y un hilo de saliva le cayó por la comisura de la boca. Buscó la botella con la mano derecha y, mientras la vaciaba, el cristal hizo ruido al chocar con los dientes. Cuando ya no quedó nada, la levantó hacia la luz, la agitó y me la tiró. La botella aterrizó cerca de un rincón, resbaló por la alfombra hasta golpear el rodapié con un ruido sordo.

Volvió a mirarme una vez más de reojo; luego se le cerraron los ojos y empezó a roncar. Puede que estuviera fingiendo, pero me daba igual. De repente tuve más que suficiente de aquella escena; demasiado; más que demasiado. Recogí el sombrero que había dejado en el sofá, me llegué hasta la puerta y la abrí; luego, alzando el gancho exterior, salí al jardincillo. La radio seguía murmurando y la señora Florian roncaba suavemente en su sillón. Le lancé una última ojeada antes de cerrar la puerta.

A continuación volví a abrirla en silencio y miré de nuevo. Seguía con los ojos cerrados, pero algo brillaba debajo de los párpados. Bajé los escalones y llegué hasta la calle por el agrietado camino empedrado.

En la casa vecina un visillo estaba corrido hacia un lado y una cara alargada, muy cerca del cristal, miraba en mi dirección con evidente interés: el rostro de una anciana de cabellos blancos y nariz afilada.

La típica entrometida controlando a sus vecinos. Siempre hay al menos una como ella en cada manzana de casas. La saludé con un gesto de la mano. El visillo se cerró de inmediato. Volví a mi coche, lo puse en marcha, regresé a la comisaría de la calle 77 y subí al maloliente cuchitril que Nulty utilizaba a modo de despacho.

Nulty no parecía haberse movido. Seguía en el mismo sitio y con la misma actitud de paciencia agriada. Pero había otras dos colillas de puro en el cenicero y más cerillas gastadas en el suelo. Me senté en la silla tras la otra mesa, Nulty dio la vuelta a una ficha que tenía sobre su escritorio y me la pasó. Eran unas fotos hechas por la policía, de frente y de perfil, con las correspondientes huellas digitales debajo. Malloy, sin duda alguna, y con una luz muy fuerte, de manera que daba toda la impresión de no tener más cejas que un panecillo.

—Ése es nuestro hombre. —Se la devolví.

—Nos ha llegado un telegrama de la penitenciaría de Oregón —dijo Nulty—. Cumplido el tiempo de condena, excluido el que le redujeron por buena conducta. Las cosas se enderezan. Lo tenemos acorralado. La dotación de un coche patrulla ha hablado con un cobrador de tranvía al final de la línea de la calle Séptima. El cobrador dijo que había visto a un tipo de ese tamaño y con el mismo aspecto. Se apeó en la esquina de la Tercera y Alexandria. Seguro que se habrá metido en alguna casa grande donde ya no vivan los dueños. Hay muchas por allí, sitios pasados de moda, demasiado cerca del centro y difíciles de alquilar. Se habrá metido en una de ellas por las bravas y le echaremos el guante. ¿Usted qué ha hecho?

—¿Llevaba un sombrero de fantasía y botones como pelotas de golf en la chaqueta?

Nulty frunció el entrecejo y crispó las manos sobre las rodillas.

—No, un traje azul. Quizá marrón.

—¿Está seguro de que no era un sarong?

—¿Eh? Ah, sí, muy divertido. Recuérdomme que me ría cuando tenga un día de permiso.

—No era Malloy —dije—. Malloy no viaja en tranvía. No le falta dinero. Piense en cómo iba vestido. No le sirve la ropa hecha. Todo a la medida.

—De acuerdo, ensáñese conmigo. —Nulty hizo una mueca—. ¿Qué ha hecho usted?

—Lo que usted debiera haber hecho. El local llamado Florian's tenía el mismo nombre cuando la clientela era blanca. Hablé con el recepcionista de un hotel para negros, buen conocedor del barrio. El anuncio luminoso era caro, de manera que los morenos siguieron usándolo cuando ocuparon el sitio. El dueño se llamaba Mike Florian. Lleva varios años muerto, pero su viuda aún colea. Vive en el 1644 de West 54th Place. Se llama Jessie Florian. No está en la guía de teléfonos pero sí en el directorio urbano.

—Bien, y qué quiere que haga... ¿Salir con ella? —preguntó Nulty.

—Lo hice yo por usted. Le llevé una botella de bourbon. Se trata de una encantadora dama de mediana edad con una cara como de masa de pan, y si se ha lavado alguna vez la cabeza desde la segunda presidencia de Coolidge, estoy dispuesto a comerme mi rueda de repuesto, llanta incluida.

—Ahórreme los chistes —dijo Nulty.

—Le pregunté por Velma. ¿Se acuerda, señor Nulty, de la pelirroja llamada Velma que Moose Malloy está buscando? ¿No le aburro en exceso, verdad que no, señor Nulty?

—¿Qué mosca le ha picado?

—No lo entendería. La señora Florian dijo que no se acordaba de Velma. Su casa es un desastre, a excepción de una radio nueva, valor aproximado setenta u ochenta dólares.

—Todavía no me ha explicado por qué tengo que ponerme a dar gritos.

—La señora Florian, Jessie para los amigos, me dijo que su marido sólo le había dejado ropa vieja y un montón de fotos de la gente que trabajaba en su local. Insistí un poco con el bourbon, y es una chica muy dispuesta a echar un trago aunque tenga que dejarte fuera de combate para hacerse con la botella. Después de la tercera o la cuarta copa se trasladó a su casto dormitorio, revolvió algunas cosas y sacó una colección de fotografías del fondo de un viejo baúl. Pero sin que se diera cuenta, la estaba vigilando, y vi cómo retiraba una del paquete y la escondía. De manera que al cabo de un rato me colé allí y la recuperé. Metí la mano en el bolsillo y le puse a la chica vestida de Pierrot encima de la mesa. Nulty la levantó, estuvo mirándola y esbozó un conato de sonrisa.

—Bonita —dijo—. No está nada mal. No me importaría pasar un rato con ella. Ja, ja. Velma Valento, ¿eh? ¿Qué ha sido de esa muñeca?

—La señora Florian dice que ha muerto..., pero eso no explica, ni mucho menos, por qué escondió la foto.

—No, desde luego. ¿Por qué lo hizo?

—No me lo explicó. Al final, después de decirle que Moose había salido de la cárcel, empezó a mirarme con malos ojos. ¿Verdad que no parece posible? —Siga —dijo Nulty.

—No hay más. Le he contado lo que pasó y le he entregado la prueba. Si no es usted capaz de llegar a algún sitio a partir de aquí, nada de lo que yo diga le ayudará.

—¿Adónde quiere que llegue? Sigue siendo un moreno el asesinado. Espere a que atrapemos a Malloy. Demonios, lleva ocho años sin echarle el ojo a la chica a no ser que fuese a visitarlo a la cárcel.

—Muy bien —dije—. Pero no olvide que la está buscando y que no es un hombre que se deje intimidar. Por cierto, lo metieron en chirona por robar un banco. Eso significa una recompensa. ¿Quién se la llevó?

—No lo sé —dijo Nulty—. Quizá me pueda enterar. ¿Por qué?

—Alguien dio el chivatazo. Quizá Malloy sepa quién. Ése es otro trabajillo al que quizá dedique tiempo. —Me puse en pie—. Bueno, hasta la vista y buena suerte.

—¿Me va a dejar tirado?

Fui hasta la puerta.

—Tengo que ir a casa, darme un baño, hacer gárgaras y arreglarme las uñas.

—¿No estará enfermo?

—Sólo sucio —dije—. Pero sucio sucio.

—Bueno, ¿y qué prisa tiene? Siéntese un minuto. —Se inclinó hacia atrás y metió los pulgares en las sisas del chaleco, lo que le dio un poco más aspecto de policía, pero no mejoró en lo más mínimo su magnetismo.

—Ninguna prisa —dije—. Ninguna en absoluto. No hay nada más que pueda hacer. Parece que la tal Velma está muerta, si la señora Florian dice la verdad..., y en este momento no sé de ninguna razón para que esté mintiendo. No hay nada más que me interese.

—Claro —dijo Nulty con desconfianza, por pura fuerza de la costumbre.

—Y como usted tiene a Malloy en el saco de todos modos, no hay más que hablar. De manera que yo me vuelvo a casa, a intentar otra vez ganarme la vida.

—Puede que no nos salga bien lo de Malloy —dijo Nulty—. La gente se escabulle de cuando en cuando. Incluso pesos pesados. —También había desconfianza en sus ojos, en la medida en que se les podía atribuir una expresión—. ¿Cuánto le ha dado ella?

—¿Qué?

—¿Cuánto le ha dado la vieja por dejarlo?

—¿Dejar qué?

—Lo que sea que va usted a dejar de ahora en adelante. —Sacó los pulgares de las sisas del chaleco, y los unió delante del pecho, empujándolos uno contra otro. Sonrió.

—¡Por el amor de Dios! —dije, marchándome del despacho y dejándolo con la boca abierta. Cuando ya tenía la puerta a mi espalda, di marcha atrás, la abrí de nuevo sin hacer ruido y miré dentro. Nulty estaba sentado en la misma postura, apretando los pulgares, uno contra otro. Pero ya no sonreía. Parecía preocupado. Y seguía con la boca abierta. No se movió, ni alzó los ojos. No sé si me oyó o no. Cerré la puerta de nuevo y me marché.

Aquel año habían puesto a Rembrandt en el calendario, un autorretrato bastante borroso debido a unas planchas de color que no se correspondían como es debido. El pintor, tocado con una boina escocesa nada limpia, sujetaba, con un pulgar muy sucio, una paleta embadurnada. Con la otra mano sostenía un pincel en el aire, como preparándose para trabajar al cabo de un rato, si alguien le pagaba el anticipo. Su rostro estaba avejentado, caído, lleno de la repugnancia que le inspiraba la vida y de los efectos abotargantes de la bebida. Pero tenía, con todo, una alegría severa que me gustaba, y los ojos le brillaban como gotas de rocío.

Me dedicaba a contemplarlo desde detrás de la mesa de mi despacho cuando sonó el teléfono y oí una voz fría, desdeñosa, muy convencida de su valor. Después de que yo contestara, dijo, arrastrando las palabras:

—¿Es usted Philip Marlowe, detective privado?

—Jaque.

—Ah..., quiere decir que sí. Me lo han recomendado como persona capaz de tener la boca bien cerrada. Me gustaría que viniera a mi casa esta tarde a las siete para tratar un asunto. Me llamo Lindsay Marriott y vivo en el 4212 de la calle Cabrillo, Montemar Vista. ¿Sabe dónde es?

—Sé dónde está Montemar Vista, señor Marriott.

—Sí, claro. Pero Cabrillo es bastante difícil de encontrar. Por aquí el trazado de las calles forma un conjunto de curvas interesante pero intrincado. Le sugiero que suba andando las escaleras desde el café con terraza al aire libre. Si hace eso, Cabrillo es la tercera calle, y mi casa es la única de la manzana. ¿A las siete entonces?

—¿De qué clase de trabajo se trata, señor Marriott?

—Preferiría no hablar de ello por teléfono.

—¿No me puede adelantar algo? Montemar Vista queda bastante lejos. —Le pagaré los gastos con mucho gusto si no llegamos a un acuerdo. ¿Tiene usted preferencias especiales en cuánto al tipo de trabajo?

—No, siempre que sea legal.

La voz se hizo helada.

—No le hubiera llamado si no lo fuese.

Un chico de Harvard. Buen uso del subjuntivo. Sentí un picor en la punta del pie, pero mi cuenta en el banco estaba otra vez en pañales. Endulcé la voz y dije:

—Gracias por llamarme, señor Marriott. Allí estaré.

Mi interlocutor colgó y eso fue todo. Me pareció que el señor Rembrandt había adoptado una expresión desdeñosa. Del cajón más hondo del escritorio saqué la botella que guardo para las emergencias y bebí discretamente. El señor Rembrandt perdió enseguida su aire desdeñoso.

Una cuña de luz de sol resbaló sobre el borde de la mesa y cayó sin ruido sobre la alfombra. En el bulevar los semáforos cambiaban de luces con estrépito, los tranvías interurbanos retumbaban sobre el asfalto y al otro lado de la pared medianera una máquina de escribir tableteaba monótona en el despacho del abogado. Acababa de llenar y de encender la pipa cuando sonó de nuevo el teléfono. Esta vez era Nulty. La voz le sonaba como si tuviera la boca llena de patatas.

—Bueno, supongo que no se me ha dado demasiado bien —dijo, cuando supo con quién estaba hablando—. He tenido un fallo. Malloy fue a ver a la tal señora Florian.

Apreté el teléfono lo suficiente para abrirlo como una nuez. De repente sentí frío en el labio superior.

—Siga. Creía que lo tenía atrapado.

—Era otro. Malloy no está por allí. Nos llamó una de esas viejas que se pasan el día espiando detrás de los visillos y que vive en West 54th Place. Dos visitantes para la Florian. El primero aparcó al otro lado de la calle y tomó muchas precauciones. Estuvo mirando el sitio un buen rato antes de entrar. Pasó en la casa cerca de una hora. Metro ochenta, cabello oscuro, no demasiado corpulento. Salió sin prisa.

—Además le olía el aliento a whisky —dije.

—Sí, claro. Era usted, ¿no es cierto? Bien, el segundo era Malloy. Un tipo con ropa llamativa y tan grande como una casa. También llegó en automóvil, pero la vieja no apuntó la matrícula, no distingue los números desde tan lejos. Como una hora después de usted, dice nuestra informadora. Entró de prisa y no se quedó más allá de cinco minutos. Antes de volver a subir al coche sacó una pistola muy grande y abrió la recámara. Creo que fue eso lo que la vieja le vio hacer. Y el motivo de que nos llamara. No oyó ningún disparo dentro de la casa, sin embargo.

—Eso ha debido suponerle una gran desilusión —dije yo.

—Claro. Muy ingenioso. Recuérdomme que me ría en mi día libre. La vieja también ha tenido un fallo. Los chicos del coche patrulla fueron allí y no les contestó nadie cuando llamaron, de manera que entraron, porque la puerta principal no estaba cerrada con llave. No encontraron ningún fiambre en el suelo. La casa estaba vacía. La pájara Florian había dejado el nido. Así que han hecho una visita a la casa de al lado y la vieja se quedó más dolida que un forúnculo cuando supo que no había visto marcharse a su vecina. Los de la patrulla han vuelto para informar y siguen con su trabajo. Una hora después, quizá hora y media, la vieja ha vuelto a telefonar para decir que la señora Florian está otra vez en casa. Me pasan la llamada y le pregunto qué tiene eso de importante y va y me deja con la palabra en la boca.

Nulty hizo una pausa para recobrar el aliento y esperar mis comentarios. No dije nada. Al cabo de un momento siguió, refunfuñando:

—¿Qué saca usted en limpio?

—Poca cosa. Era casi seguro que Malloy iba a pasarse por allí. En su época debió de tener bastante trato con la señora Florian. Como es lógico no se quedó mucho tiempo. Tenía miedo de que la policía hubiera localizado a la antigua dueña del garito donde trabajaba Velma.

—Se me ocurre —dijo Nulty con mucha calma— que quizá debiera ir yo allí y verla..., averiguar adónde fue.

—Buena idea —respondí—. Si consigue que alguien lo levante a usted de la silla.

—¿Cómo? Ah, otro rasgo de ingenio. De todos modos, ahora tiene ya poca importancia. Creo que no me voy a molestar.

—De acuerdo —dije—. No me tenga en la incertidumbre; explíqueme de qué se trata.

Nulty rió entre dientes.

—Lo tenemos en el bote. Esta vez Malloy no se nos escapa. Lo hemos localizado en Girard, dirigiéndose hacia el norte en un coche alquilado. Llenó allí el depósito y el chico de la gasolinera lo reconoció gracias a la descripción que hemos dado por la radio. Dijo que todo cuadraba, excepto que se había puesto un traje oscuro. Tenemos a la policía local y estatal ocupándose del asunto. Si sigue hacia el norte le echaremos el guante a la entrada de Ventura, y si va hacia el este, a la autopista, tiene que pararse en el peaje de Castaic. Si no para, telefonarán para que bloqueen la carretera más adelante. No queremos que se líe a tiros con los agentes si podemos evitarlo. ¿Qué le parece?

—Todo en orden —dije—, si de verdad se trata de Malloy y si hace exactamente lo que usted espera que haga.

Nulty se aclaró la voz con mucho cuidado.

—Claro. ¿Y usted qué va a hacer? Por si acaso.

—Nada. ¿Por qué tendría yo que hacer algo?

—Le fue bastante bien con la tal señora Florian. Quizá pueda darle más información.

—Todo lo que se necesita es una botella sin estrenar —dije.

—Supo tratarla con guante blanco. Quizá tendría que pasar con ella un poco más de tiempo.

—Creía que era trabajo para la policía.

—Sí, claro. Pero fue a usted a quien se le ocurrió lo de la chica.

—Parece que eso no nos lleva a ningún sitio..., a no ser que Florian esté mintiendo.

—Las prójimas mienten sobre cualquier cosa..., sólo para practicar —dijo Nulty, lúgubrementemente—. Usted no está muy ocupado, ¿no es cierto?

—Tengo trabajo. Me ha salido después de verlo a usted. Un trabajo por el que me pagan. Lo siento.

—¿Abandona, eh?

—Yo no diría eso. Sencillamente tengo que trabajar para ganarme la vida. —De acuerdo, amigo. Si es así como lo ve, de acuerdo.

—No lo veo de ninguna manera —grité casi—. Lo único que pasa es que no tengo tiempo para hacer de criado de usted ni de ningún otro piesplanos. —De acuerdo, enfádense —dijo Nulty, y a continuación colgó.

Me quedé con el teléfono en la mano y gruñí:

—Mil setecientos polis en esta ciudad y quieren que les haga yo los recados. Colgué el teléfono y bebí otro trago de la botella para las emergencias.

Al cabo de un rato bajé al vestíbulo para comprar un periódico de la tarde. Nulty tenía razón al menos en una cosa. Hasta entonces, la muerte de Montgomery ni siquiera había llegado a la sección de anuncios por palabras. Me marché del despacho lo bastante pronto como para cenar a primera hora.

Llegué a Montemar Vista cuando la luz empezaba a difuminarse, pero el mar tenía aún un hermoso centelleo y las olas rompían muy lejos de la orilla en largas curvas suaves. Exactamente debajo del borde espumoso de las olas, un grupo de pelícanos volaba en formación de bombarderos. Un yate solitario regresaba al puerto de Bay City. Más allá, el enorme vacío del océano tenía un color gris amoratado.

Montemar Vista no era más que unas cuantas docenas de casas de distintas formas y tamaños agarradas con uñas y dientes al espolón de una montaña, y daba toda la sensación de que un buen estornudo bastaría para derribarlas entre los almuerzos de los bañistas.

Sobre la playa discurría la carretera, y atravesaba un amplio arco de cemento que era en realidad un puente para peatones. A continuación, una escalera de cemento, con una sólida barandilla de hierro galvanizado a un lado, ascendía, recta como una regla, por la ladera de la montaña. Más allá del arco, el café con una terraza al aire libre del que mi cliente había hablado parecía bien iluminado y alegre en el interior, pero bajo el toldo a rayas las mesas con patas de hierro y tableros de mármol estaban vacías, a excepción de una solitaria mujer morena con pantalones, frente a una botella de cerveza, que fumaba y contemplaba el mar con aire taciturno. Un foxterrier estaba usando una de las sillas de hierro a manera de farola. La mujer regañó al perro con aire ausente y yo pasé por delante con el coche y me convertí en cliente del café al decidir utilizar el espacio reservado para aparcar.

Luego crucé a pie el arco e inicié la subida por la escalera de cemento. Era un paseo agradable si a uno le gusta resoplar. Hasta la calle Cabrillo conté doscientos ochenta escalones —cubiertos de arena arrastrada por el viento—, y la barandilla me pareció tan fría y húmeda como el vientre de un sapo.

Cuando llegué arriba, el mar había perdido su centelleo y una gaviota a la que le colgaba una pata rota se debatía contra la brisa procedente del océano.

Me senté en el último escalón, frío y húmedo, vacié los zapatos de la arena que se me había metido y esperé a que mi pulso se hiciera más lento y se situara apenas por encima de cien. Cuando de nuevo respiraba ya más o menos normalmente, me despecué la camisa de la espalda y seguí hasta la casa iluminada, la única que, dando un grito, se podía alcanzar desde donde estaba.

Era una casita agradable, con una escalera de caracol que la sal había deslustrado y que llegaba hasta la puerta principal, y con un farol como de diligencia para iluminar la entrada. El garaje se hallaba debajo y a un lado. La puerta corredera estaba alzada y enrollada, y la luz del porche iluminaba oblicuamente un enorme coche negro con adornos cromados que parecía un acorazado, y que llevaba una cola de coyote atada a la victoria alada del radiador, además de unas iniciales grabadas donde debería estar la marca. Tenía el volante a la derecha y daba la sensación de haber costado más que la casa.

Subí por la escalera de caracol, busqué el timbre y acabé utilizando un llamador con forma de cabeza de tigre. La niebla del atardecer se tragó su estrépito. No oí paso alguno en el interior de la casa. Sobre la espalda sentía la camisa húmeda como si fuera una bolsa de hielo. Finalmente la puerta se abrió sin hacer ruido y me encontré delante de un individuo alto y rubio con un traje blanco de franela y un pañuelo violeta de satén en torno al cuello. En el ojal de la chaqueta llevaba un aciano, y el azul pálido de sus ojos resultaba desvaído en comparación. El pañuelo violeta, poco apretado, permitía ver que no llevaba corbata y que tenía un cuello ancho, moreno y blando, como el de una mujer robusta.

Sus facciones tendían un tanto a la tosquedad, pero era bien parecido; medía un par de centímetros más que yo, un metro ochenta y cinco, aproximadamente. Sus cabellos rubios estaban distribuidos, no sé si de manera natural o por artificio, en tres planos muy precisos que me hicieron pensar en escalones y no me gustaron. No me hubieran gustado en ningún caso. Además de todo aquello tenía — en líneas generales— todo el aspecto de un individuo destinado a llevar un traje blanco de franela con un pañuelo violeta en torno al cuello y un aciano en el ojal. Se aclaró levemente la garganta y miró por encima de mi hombro al mar ensombrecido.

—¿Sí? —dijo su voz, fría y desdeñosa.

—Las siete —respondí—. En punto.

—Sí, claro. Veamos, se llama usted... —Hizo una pausa y frunció el entrecejo esforzando la memoria. El efecto resultó tan poco creíble como el historial de un coche usado. Le dejé trabajar durante un minuto y luego dije:

—Philip Marlowe. Lo mismo que hace un rato.

Me obsequió con un rápido fruncimiento de ceño, como si quizá debiera tomar alguna medida contra mi impertinencia. Luego dio un paso atrás y dijo con frialdad:

—Ah, sí. Efectivamente. Pase, Marlowe. Mi criado libra esta noche.

Abrió del todo la puerta con la punta de un dedo, como si abrirla en persona le ensuciara un poco. Al pasar a su lado me llegó olor a perfume. Mi anfitrión cerró la puerta.

Es tábamos en una galería baja, con una barandilla de metal, que rodeaba tres lados de un amplio estudio y sala de estar. El cuarto lado contenía una gran chimenea y dos puertas. En el hogar crepitaba un fuego.

A todo lo largo de la galería había estanterías con libros y, colocadas sobre pedestales, esculturas con un vidriado de aspecto metálico. Descendimos los tres escalones hasta la parte principal del cuarto de estar. La alfombra casi me hizo cosquillas en los tobillos. Había también un piano de cola, cerrado. Sobre él, en un extremo, descansaba un florero de plata, muy alto, con una sola rosa amarilla, y debajo una tira de terciopelo color melocotón. Había muchos muebles agradables y blandos, además de cojines sobre el suelo, algunos con borlas doradas y otros sin nada. Era una habitación acogedora, si uno no se ponía violento. Había también un diván muy amplio, cubierto de damasco, en un rincón oscuro, a modo de sofá donde comprobar el talento de jóvenes aspirantes a actrices. Era la clase de habitación en la que la gente se sienta con las piernas recogidas debajo del cuerpo, saborea terrones de azúcar empapados en ajeno, habla con voz artificiosa y en ocasiones sencillamente chilla. Era una habitación donde podía suceder cualquier cosa, excepto que alguien se pusiera a trabajar.

El señor Lindsay Marriott se colocó artísticamente en la curva del piano de cola, se inclinó para aspirar el aroma de la rosa amarilla, luego abrió una pitillera francesa esmaltada y encendió un largo cigarrillo de papel oscuro y filtro dorado. Yo me senté en una silla de color rosa no muy seguro de no dejarla marcada. Encendí un Camel, lancé el humo por la nariz y contemplé un trozo reluciente de metal negro colocado sobre un pedestal.

El metal describía una amplia curva muy suave, con un pliegue poco profundo, y dos protuberancias en la curva. Marriott se dio cuenta de que lo estaba mirando.

—Una pieza interesante —dijo con despreocupación—. Tan sólo hace unos días que la tengo. El espíritu de la aurora, de Asta Dial.

—Pensaba que era Dos verrugas en un trasero, de Klopstein —respondí yo. El rostro del señor Lindsay Marriott adquirió la expresión de alguien que se acaba de tragar una avispa. Le costó algún trabajo recobrar la serenidad. —Tiene usted un sentido del humor un tanto peculiar —dijo.

—Peculiar no —respondí—. Tan sólo desenvuelto.

—Sí —dijo con gran frialdad—. Supongo que sí. No tengo la menor duda... Bien, el motivo de que haya querido verlo es, de hecho, un asunto de muy poca importancia. Apenas merecedor de hacerle venir hasta aquí. Dentro de un rato estoy citado con dos individuos a los que he de entregar una cantidad. Me ha parecido que quizá no esté de más que alguien me acompañe. ¿Lleva usted pistola?

—A veces, sí —respondí, fijándome en el hoyuelo que tenía Marriott en la barbilla, carnosa y ancha. Se podría esconder dentro una canica.

—No quiero que la lleve. No se trata de eso. Tan sólo de una transacción estrictamente financiera.

—Casi nunca disparo contra nadie —dije—. ¿Un problema de chantaje? Marriott frunció el entrecejo.

—No, desde luego. No es costumbre mía dar a nadie pie para hacerme chantaje.

—Pasa hasta en las mejores familias. Diría que sobre todo a las mejores familias.

Marriott agitó el cigarrillo. Sus ojos de color aguamarina adquirieron una expresión ligeramente pensativa, pero sus labios sonrieron. El tipo de sonrisa que va bien con un lazo de seda. Lanzó una bocanada de humo e inclinó la cabeza hacia atrás, lo que acentuó las líneas firmes pero suaves de su garganta. Los ojos descendieron lentamente y me miró con detenimiento.

—Casi con toda seguridad voy a reunirme con esas personas en un sitio más bien solitario. Aún no sé dónde. Espero una llamada telefónica en la que se me darán los detalles. He de estar preparado para salir al instante. No será muy lejos de aquí. Eso es lo acordado.

—¿Le ha llevado algún tiempo concertar ese trato?

—Tres o cuatro días, de hecho.

—Ha dejado el problema de su guardaespaldas para el último momento.

Se puso a pensar en lo que le decía. Dio un golpecito al cigarrillo para quitarle la ceniza.

—Es cierto. Me ha costado trabajo decidirme. Sería mejor que fuera solo, aunque no se ha dicho nada definitivo sobre ese punto. Por otra parte, tampoco tengo madera de héroe.

—A usted lo conocen de vista, ¿no es eso?

—No..., no estoy seguro. Voy a transportar mucho dinero que no es mío. Represento a otra persona. No me sentiría justificado si renunciara a llevarlo personalmente, como es lógico.

Aplasté mi pitillo, me recosté en la silla de color rosa y esperé.

—¿Cuánto dinero y para qué?

—Bueno, en realidad... —Esta vez era una sonrisa bastante agradable, pero seguía sin gustarme—. No puedo ser más específico.

—¿Sólo quiere que vaya con usted para darle la mano?

Los dedos que sostenían el pitillo se le movieron bruscamente y algo de ceniza le cayó sobre el puño blanco de la camisa. La sacudió y se quedó mirando el sitio manchado.

—Me temo que no me gustan sus modales —dijo, utilizando el filo de la voz.

—No es la primera vez que alguien se queja —respondí—. Pero no parece que sea capaz de corregirme. Vamos a examinar un poco el trabajo que me propone. Quiere un guardaespaldas, pero que no lleve un arma. Quiere alguien que le ayude, pero no considera necesario que esa persona sepa lo que tiene que hacer. Quiere usted que yo arriesgue el tipo sin saber por qué o para qué ni cuál es el riesgo. ¿Qué me ofrece a cambio?

—En realidad no había pensado en ello. —Sus pómulos habían adquirido una tonalidad roja muy marcada.

—¿Cree usted que podría hacerlo?

Se inclinó hacia adelante con elegancia y sonrió entre dientes.

—¿Qué le parecería un buen puñetazo en la nariz?

Hice una mueca, me levanté y me puse el sombrero. Empecé a cruzar la alfombra en dirección a la puerta principal, pero sin apresurarme.

Su voz sonó bruscamente a mi espalda.

—Le estoy ofreciendo cien dólares por unas pocas horas de su tiempo. Si no es bastante, dígalo. No hay riesgo alguno. A una amiga le quitaron unas joyas en un atraco, y me dispongo a recuperarlas. Siéntese y no sea tan susceptible.

Volví a la silla rosa y me senté de nuevo.

—De acuerdo —dije—. Cuéntemelo.

Nos miramos el uno al otro durante diez largos segundos.

—¿Ha oído hablar alguna vez de jade Fei Tsui? —preguntó despacio, mientras encendía otro de sus cigarrillos oscuros.

—No.

—Es la única clase valiosa de verdad. Otras variedades lo son hasta cierto punto por el material, pero sobre todo por la manera en que están trabajadas. Fei Tsui es intrínsecamente valioso.

Todos los depósitos conocidos se agotaron hace cientos de años. Una amiga mía posee un collar de sesenta cuentas, delicadamente talladas, de unos seis quilates cada una. Con un valor de ochenta o noventa mil dólares. El gobierno chino posee otro un poco mayor valorado en ciento veinte mil. Mi amiga fue víctima de un atraco hace muy pocas noches y le robaron el collar. Yo estaba presente, pero no pude hacer nada. La había llevado en coche a una fiesta y después al Trocadero, y regresábamos a su casa desde allí. Un coche nos rozó el guardabarros y se detuvo, creía yo, para disculparse. Pero se trataba de un atraco muy rápido y muy limpio. Tres o cuatro hombres: aunque yo sólo vi a dos, estoy seguro de que otro se quedó en el coche, empuñando el volante, y me pareció vislumbrar a un cuarto a través de la ventanilla posterior. Mi amiga llevaba puesto el collar. Se apoderaron de él y también de dos sortijas y una pulsera. El que parecía jefe examinó las joyas sin prisa a la luz de una linterna. A continuación devolvió una de las sortijas; dijo que aquello nos daría idea del tipo de gente con que estábamos tratando, y nos pidió que esperásemos una llamada telefónica suya antes de informar a la policía o a la compañía de seguros. De manera que obedecemos sus instrucciones. Pasan muchas cosas por el estilo, claro. O se es discreto y se paga el rescate, o no se vuelven a ver las joyas. Si están aseguradas al cien por cien, quizá no importe, pero si se trata de piezas únicas, todo el mundo opta por pagar el rescate.

Asentí con la cabeza.

—Y ese collar de jade no es una cosa que se encuentre todos los días. Deslizó un dedo por la brillante superficie del piano con expresión soñadora, como si tocar cosas suaves le resultara muy placentero.

—Precisamente. Es irremplazable. Mi amiga no debería haberlo sacado de casa. Pero es una mujer temeraria. Las otras joyas eran buenas pero ordinarias. —Ya. ¿Cuánto va a pagar?

—Ocho mil dólares. Una ganga. Aunque dado que no es posible conseguir otro igual, tampoco esos delincuentes se desharían de él con facilidad. Probablemente lo conocen todos los que comercian con joyas en los Estados Unidos.

—Esa amiga suya..., ¿tiene nombre?

—Prefiero no revelarlo de momento.

—¿Cómo va a hacer la entrega?

Me miró despacio, acentuada la palidez de sus ojos azules. Tuve la impresión de que estaba un poco asustado, pero la verdad es que no lo conocía apenas. Quizá se tratase de resaca. La mano que sostenía el cigarrillo de papel oscuro no conseguía estarse quieta.

—Llevamos varios días negociando por teléfono..., yo hago de intermediario. Lo hemos acordado todo excepto la hora y el lugar. Ha de ser esta noche misma. Espero una llamada de los atracadores. No será muy lejos, me dijeron, y he de estar preparado para salir de inmediato. Imagino que lo hacen así para que no les tiendan una trampa. Me refiero a la policía.

—Ya. ¿Está marcado el dinero? Porque supongo que es dinero.

—Billetes, por supuesto. De veinte dólares. No, ¿por qué tendrían que estar marcados?

—Se puede hacer de manera que sea necesario utilizar luz negra para reconocerlos. Por ninguna razón especial, excepto que a la poli le gusta acabar con esas bandas..., si consiguen que la gente coopere. Parte del dinero podría aparecer encima de algún sujeto con antecedentes.

Frunció el entrecejo con aire pensativo.

—Me temo que no sé qué es luz negra.

—Ultravioleta. Hace que determinadas tintas metálicas brillen en la oscuridad. Podría hacer que se lo preparasen.

—Me temo que ahora ya no hay tiempo —dijo con tono cortante. —Ésa es una de las cosas que me preocupan.

—¿Por qué?

—No me gusta que haya esperado hasta tan tarde para llamarme. Por qué me ha elegido a mí. ¿Quién le dio mi nombre?

Se echó a reír. Su risa era bastante juvenil, aunque no de un muchacho muy joven.

—Si he de serle sincero, tengo que confesar que elegí su nombre al azar en el listín de teléfonos. En realidad no pensaba llevar a nadie conmigo. Pero esta tarde he cambiado de idea.

Encendí otro de mis cigarrillos aplastados y estudié los músculos de su garganta.

—¿Cuál es el plan?

Marriott extendió los brazos.

—He de ir, simplemente, a donde me digan, entregar el paquete con el dinero y recibir a cambio el collar de jade.

—Ya.

—Parece gustarle esa palabra.

—¿Qué palabra?

—Ya.

—¿Dónde estaré yo? ¿En la parte de atrás del coche?

—Imagino que sí. Es un coche grande. Podría esconderse con facilidad en la parte de atrás.

—Escuche —dije muy despacio—. Se propone ir, conmigo escondido en su automóvil, a un lugar que le indicarán por teléfono en algún momento de la noche. Llevará encima ocho mil dólares en billetes, con lo que se supone que recuperará un collar de jade que vale diez o doce veces más. Probablemente le darán un paquete que no le permitirán abrir..., si es que recibe algo. También es posible que se limiten a quitarle el dinero, contarlo en otro sitio, y mandarle el collar por correo, si se sienten compasivos. Nada les impide darle gato por liebre. Ni yo podré hacer nada para detenerlos. Son atracadores. Gente dura. Puede incluso que le den un golpe en la cabeza, no muy fuerte, pero sí lo bastante para inutilizarlo mientras se ponen a salvo.

—Sí, de hecho me asusta un poco que pueda suceder una cosa así —dijo en voz baja, al tiempo que le temblaban los párpados—. Imagino que ése es el motivo de que haya querido que alguien me acompañe.

—¿Lo enfocaron con una linterna durante el atraco?

Lo negó con un gesto de cabeza.

—Es igual. Han tenido una docena de oportunidades de examinarlo desde entonces. Probablemente sabían todo lo que hay que saber acerca de usted antes del atraco. Esos golpes se estudian siempre. Los preparan igual que los dentistas hacen moldes antes de ponerle a alguien un diente de oro. ¿Sale mucho con esa prójima?

—Bueno..., con cierta frecuencia —dijo, bastante molesto.

—¿Casada?

—Escuche —dijo con brusquedad—. Vamos a dejar a la señora al margen de este asunto.

—Está bien —dije—. Pero cuanto más sepa menos platos romperé. Tendría que dejarlo plantado, Marriott. Ni más ni menos. Si esos chicos se van a portar corno es debido, no me necesita. En caso contrario, no serviré de nada.

—Todo lo que quiero es su compañía —dijo muy deprisa.

Me encogí de hombros y extendí las manos.

—De acuerdo, pero yo conduzco el coche y llevo el dinero; y usted se esconde detrás. Somos más o menos de la misma estatura. Si hay algún problema, simplemente les decimos la verdad. No perdemos nada con ello.

—No.

Se mordió el labio.

—Voy a recibir cien dólares por no hacer nada. Si a alguien le dan un porrazo, debería ser a mí.

Frunció el entrecejo y negó con la cabeza, pero después de un buen rato su gesto se dulcificó poco a poco y acabó sonriendo.

—Muy bien —dijo muy despacio—. No creo que tenga mucha importancia. Estaremos juntos. ¿Qué tal una copa de coñac?

—Bien. También me puede traer los cien dólares. Me gusta el tacto del dinero.

Se alejó como un bailarín, el cuerpo casi inmóvil de la cintura para arriba. Sonó el teléfono mientras se alejaba. Estaba en un pequeño hueco, distinto del cuarto de estar propiamente tal, en la galería. Pero no era la llamada que esperábamos. El tono de su voz fue demasiado afectuoso. Al cabo de un rato regresó, siempre como si bailara, con una botella de Martell de cinco estrellas y cinco billetes de veinte dólares completamente nuevos. Aquello dio un cariz muy agradable a la velada..., hasta el momento.

La casa estaba en completo silencio. De muy lejos llegaba un ruido que podría haber sido el golpear del oleaje, coches a gran velocidad por una autopista o el viento entre los pinos. Era el mar, por supuesto, rompiendo contra la costa mucho más abajo. Yo me limitaba a escuchar y a dar vueltas a largos pensamientos cuidadosos.

El teléfono sonó cuatro veces durante la hora y media siguiente. La llamada importante se produjo a las diez y ocho minutos. Marriott habló muy poco, en voz baja, colgó el aparato sin hacer el menor ruido y se levantó con un movimiento que también tuvo algo de silencioso. Su rostro parecía desencajado. Se había puesto ropa de color oscuro.

Regresó en silencio al cuarto de estar y se sirvió una generosa cantidad de coñac en una copa que alzó un momento contra la luz con una extraña sonrisa triste; luego hizo girar una vez el contenido muy rápidamente, echó la cabeza hacia atrás y se lo bebió de un trago.

—Bien..., todo a punto, Marlowe. ¿Listo?

—Eso es lo único que he estado toda la noche. ¿Dónde vamos?

—A un lugar llamado Purissima Canyon.

—No he oído nunca ese nombre.

—Vamos a mirarlo en un mapa. —Encontró uno, lo abrió rápidamente y la luz brilló un instante en su pelo dorado mientras se inclinaba. Luego señaló con el dedo. Se trataba de una de las muchas gargantas por debajo del bulevar que tuerce en dirección al centro de la ciudad desde la carretera de la costa al norte de Bay City. Yo tenía una vaga idea de aquellos parajes, pero nada más. Purissima Canyon parecía encontrarse al final de una calle llamada Camino de la Costa.

—Serán unos doce minutos desde aquí dijo Marriott muy de prisa—. Más vale que nos marchemos cuanto antes. Sólo disponemos de veinte minutos.

Me tendió un abrigo de color claro que me convertía en un blanco excelente. Casi parecía hecho a mi medida. En cuanto al sombrero, me puse el mío. Llevaba la pistola en una funda sobaquera, pero no se lo dije a Marriott.

Mientras me ponía el abrigo él siguió hablando en tono casual, aunque con nerviosismo, al tiempo que daba vueltas en las manos al abultado sobre amarillo con los ocho mil dólares.

—Purissima Canyon termina en algo semejante a una plataforma, me han dicho. Está separada de la carretera por una cerca blanca, pero es posible entrar, aunque el espacio sea muy justo. Un camino de tierra lleva hasta una pequeña hondonada y hemos de esperar allí con los faros apagados. No hay casas alrededor.

—¿Hemos?

—Bueno, quiero decir «he de esperar»..., teóricamente.

—Ah.

Me entregó el sobre amarillo, lo abrí y comprobé lo que había dentro. Era dinero de verdad, un grueso fajo de billetes. No lo conté. Volví a colocar la goma que sujetaba el sobre y me lo metí en el bolsillo del abrigo. Casi me hundió una costilla.

Nos dirigimos hacia el exterior y Marriott apagó todas las luces. Luego abrió la puerta principal con cuidado y escudriñó el aire neblinoso. Descendimos por la escalera deslustrada por el salitre y llegamos al nivel de la calle y del garaje.

Había un poco de niebla, como siempre sucede de noche por aquella zona. Tuve que utilizar el limpiaparabrisas durante algún tiempo. El enorme automóvil extranjero se conducía solo, pero yo empuñaba el volante para guardar las apariencias.

Durante dos minutos trenzamos y destrenzamos nuestro camino por la ladera de la montaña hasta que aparecimos de pronto al lado del café con la terraza al aire libre. Ahora entendía por qué Marriott me había dicho que subiera andando las escaleras. Podría haber conducido durante horas por aquellas calles retorcidas sin avanzar más que un gusano para cebo dentro de una lata.

En la autopista los faros de los coches que pasaban producían unos rayos casi sólidos en ambas direcciones. Los grandes camiones de transporte rodaban hacia el norte entre gruñidos, engalanados por todas partes con luces verdes y amarillas. Tres minutos más y torcimos hacia el interior, a la altura de una importante gasolinera, y serpentreamos por el borde de las estribaciones. Se me quitaron las ganas de hablar. Se sentía la soledad, el olor a algas y el aroma a salvia que bajaba de las colinas. De cuando en cuando, una ventana con luz amarilla, completamente aislada, como la última naranja de un árbol. Pasaban los coches, rociando la calzada de fría luz blanca, para luego perderse refunfuñando en la oscuridad. Mechones de niebla perseguían a las estrellas por el cielo. Marriott se inclinó hacia adelante desde el asiento de atrás y dijo:

—Esas luces a la derecha son el Club Belvedere Beach. La próxima garganta es Las Pulgas y la siguiente Purissima. Hemos de torcer a la derecha en lo alto de la segunda cuesta. —Su voz era apagada y tensa.

Dejé escapar un gruñido y seguí conduciendo.

—Mantenga la cabeza baja —le dije sin volverme—. Puede que nos vigilen durante todo el camino. Este coche destaca como un sombrero de copa en una fiesta campestre. Puede que a esos chicos no les guste que seamos hermanos gemelos.

Descendimos a una hondonada al extremo de un cañón y luego volvimos a subir; y, al cabo de un rato, abajo y arriba otra vez. Luego la tensa voz de Marriott me dijo al oído:

—La próxima calle a la derecha. La casa con una torre cuadrada. Tuerza allí. —No les habrá ayudado a elegir el sitio, ¿verdad?

—¡Claro que no! —dijo, y rió tristemente—. Pero sucede que conozco muy bien estos parajes.

Giré el coche a la derecha después de una casa grande que hacía esquina, con una torre blanca cuadrada, rematada con azulejos redondos. Los faros del coche iluminaron por un instante el letrero que decía: «Camino de la Costa». Nos deslizamos por una amplia avenida bordeada por postes para la luz nunca terminados y aceras invadidas por las malas hierbas. El sueño de algún agente inmobiliario convertido en pesadilla. Los grillos cantaban y las ranas croaban en la oscuridad detrás de las aceras cubiertas de maleza. Tan silencioso era el coche de Marriott.

Primero encontramos una casa por manzana, luego una casa cada dos manzanas y finalmente desaparecieron las casas. Apenas una o dos ventanas estaban iluminadas, si bien, al parecer, la gente de la zona se iba a la cama con las gallinas.

Luego la avenida pavimentada se terminó de repente para convertirse en camino de tierra, tan endurecida, en tiempo seco, como el cemento, que se fue estrechando y fue descendiendo lentamente colina abajo entre paredes de maleza. Las luces del Club Belvedere Beach colgaban en el aire a la derecha y, a lo lejos, por delante, se advertía un resplandor de agua en movimiento. El aroma acre de la salvia llenaba la noche. Luego apareció en nuestro camino una barrera pintada de blanco y Marriott se me acercó al hombro para hablarme.

—No creo que pueda pasar —dijo—. Me parece que no hay espacio suficiente.

Apagué el motor, reduje la luz de los faros y me quedé quieto, escuchando. Nada. Apagué los faros y salí del automóvil. Los grillos dejaron de cantar. Durante unos instantes el silencio fue tan completo que se oía el ruido de los neumáticos en la autopista a más de un kilómetro. Luego, uno a uno, los grillos reanudaron su canto hasta que la noche se llenó con ellos.

—No se mueva. Voy a bajar y a echar una ojeada —susurré hacia la parte trasera del coche.

Toqué la culata de la pistola dentro de la chaqueta y eché a andar. Entre la maleza y el final de la barrera blanca quedaba más hueco de lo que parecía desde dentro del coche. Alguien había cortado la maleza a machetazos y se distinguían señales de neumáticos en la tierra. Probablemente parejas de jóvenes que iban allí a besarse en noches cálidas. Pasé del otro lado de la barrera. La calle descendía y se curvaba. Por debajo había oscuridad, un vago sonido de mar a lo lejos y los faros de los coches en la autopista. Seguí adelante.

El camino terminaba en una hondonada poco profunda y vacía, rodeada de maleza. No parecía existir otra manera de llegar hasta allí. Me detuve sin hacer ruido y escuché. Los minutos, uno tras otro, fueron pasando lentamente, pero yo seguí esperando algún ruido nuevo. Ninguno se produjo. Tuve la impresión de que aquella hondonada era exclusivamente mía.

Miré hacia el Club, bien iluminado. Desde las ventanas del piso alto un individuo con unos buenos prismáticos podía probablemente vigilar sin problemas el sitio donde yo estaba. Ver un coche que llegaba y se marchaba, ver quién se apeaba, si se trataba de un grupo o de una sola persona. En una habitación a oscuras con unos buenos prismáticos se puede ver mucho más de lo que uno se imagina.

Me di la vuelta para emprender el regreso. Al pie de un matorral un grillo se puso a cantar con tanta energía que di un salto. Seguí adelante, más allá de la curva, hasta atravesar la barrera blanca. Nada todavía. El coche negro relucía apenas sobre un fondo gris que no era ni oscuridad ni luz. Me llegué hasta él y puse un pie en el guardabarros junto al asiento del conductor.

—Parece un ensayo —dije entre dientes, pero lo bastante alto para que Marriott me oyera desde atrás—. Se trata de comprobar si obedece usted las órdenes.

Se produjo un vago movimiento en el interior del automóvil, pero mi acompañante no respondió. Yo seguí tratando de ver algo entre los matorrales. Quienquiera que fuese podía pegarme un tiro en la nuca sin problemas. Después pensé que tal vez había oído el susurro de una cachiporra agitada en el aire. Quizá siempre se piensa eso..., después.

—Cuatro minutos —dijo la voz—. Cinco, quizá seis. Deben de haberse movido deprisa y en silencio. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Abrí los ojos y contemplé un fría estrella borrosa. Estaba tumbado de espaldas. Me sentía mareado.

—Puede haber sido un poco más —dijo la voz—. Quizá incluso ocho minutos en total.

Probablemente estaban entre la maleza, justo en el sitio donde se detuvo el coche. El tipo era asustadizo. Le echaron la luz de una linterna a la cara y se desmayó... de miedo. El muy mariquita. Hubo un silencio. Me incorporé dejando una rodilla en el suelo. El dolor se disparó desde la nuca hasta los tobillos.

—Luego uno de ellos entró en el coche —dijo la voz—, y esperó a que regresaras. Los otros se escondieron de nuevo. Deben de haber imaginado que le daba miedo venir solo. O algo en su tono de voz les hizo sospecharlo cuando hablaron con él por teléfono.

Todavía atontado, traté de equilibrarme sobre las palmas de las manos, escuchando.

—Sí, más o menos fue así —dijo la voz.

Era mi voz. Hablaba conmigo mismo mientras me recuperaba. Sin darme cuenta, trataba de aclarar lo sucedido.

—Cállate, pedazo de mendrugo —exigí; y dejé de hablar solo.

Lejos, el murmullo de los motores; más cerca el canto de los grillos y el peculiar grito prolongado de las ranas arbóreas. Me pareció que aquellos sonidos iban a dejar de gustarme para siempre.

Alcé una mano del suelo, la sacudí tratando en vano de librarme del jugo pringoso de la salvia, y luego la restregué contra un lateral de la chaqueta. Buen trabajo por cien dólares. La mano saltó al bolsillo interior del abrigo. Nada de sobre amarillo, como era lógico. La mano pasó al interior de mi chaqueta. Mi cartera seguía allí. Me pregunté si aún conservaba los cien dólares.

Probablemente no. Sentí un objeto duro contra las costillas del lado izquierdo. La pistola en la funda sobaquera. Todo un detalle. Dejarme la pistola. Todo un detalle, sí señor... Como cerrarle a una persona los ojos después de haberla apuñalado.

Intenté tocarme la nuca. Aún tenía puesto el sombrero. Me lo quité, no sin molestias, y palpé la cabeza que había debajo. Mi pobre cabeza, con la que convivía desde hacía tanto tiempo. La encontré un poco blanda, un poco hinchada y más que un poco dolorida. Pero el cachiporrazo había sido más bien ligero. En parte gracias al sombrero. Aún podía usar la cabeza. Iba a poder usarla al menos un ario más.

Apoyé otra vez la mano derecha en el suelo, levanté la izquierda y la giré hasta ver mi reloj. En la medida en que me fue posible fijar la vista, la esfera luminosa marcaba las diez y cincuenta y seis minutos.

La llamada telefónica se había producido a las diez y ocho. Marriott no había hablado más allá de dos minutos. Otros cuatro para salir de la casa. El tiempo pasa muy despacio cuando ya se está haciendo algo. Quiero decir que puede uno moverse mucho en pocos minutos. ¿Es eso lo que quiero decir? ¿Qué demonios me importa lo que quiero decir? De acuerdo, hombres mejores que yo han querido decir incluso menos. De acuerdo, lo que quiero decir es que nos ponemos tan sólo en las diez y cuarto, digamos. Nuestro destino estaba a unos doce minutos de distancia.

Las diez y veintisiete. Salgo del coche, voy andando hasta la hondonada, gasto casi ocho minutos haciendo el tonto y regreso para que me traten la cabeza. Diez treinta y cinco. Hay que darme un minuto para caer y golpear el suelo con la cara. Sé que di en el suelo con la cara porque tengo la barbilla raspada. Me duele. No; no me la veo. No necesito verla. Es mi barbilla y sé si está raspada o no. ¿Es que quieres buscarme las vueltas? Pues si no, cierra el pico y déjame pensar. ¿Qué tal si...?

El reloj marcaba las diez cincuenta y seis. Eso quería decir que había estado veinte minutos inconsciente. Un sueño de veinte minutos. Una agradable cabezada. En ese tiempo había conseguido estropearlo todo y perder ocho mil dólares. Sí, ¿por qué no? En veinte minutos se puede hundir un acorazado, derribar a tres o cuatro aviones, consumir una doble ejecución. Te puedes morir, casarte, que te despidan y encontrar otro empleo, sacarte un diente, quitarte las amígdalas. En veinte minutos puedes incluso levantarte por la mañana. Conseguir que te traigan un vaso de agua en un club nocturno..., quizá.

Un sueño de veinte minutos. Muchísimo tiempo. Sobre todo en una noche fría y al aire libre. Empecé a tiritar. Aún seguía de rodillas. El olor de la salvia empezaba a fastidiarme. El pringoso jugo del que las abejas silvestres fabrican su miel. La miel era dulce, demasiado dulce. El estómago se me arremolinó. Apreté los dientes con toda mi alma y conseguí apenas que no se me saliera por la garganta. En la frente se me formaron grumos de sudor frío, pero seguí tiritando igual. Me alcé sobre un pie, después sobre los dos, me enderecé, tambaleándome un poco. Tenía la sensación de que me habían amputado una pierna.

Me di la vuelta despacio. El coche había desaparecido. El camino de tierra, vacío, retrocedía, colina arriba, hacia la calzada pavimentada, hacia el final del Camino de la Costa. A la izquierda, la barrera pintada de blanco destacaba en la oscuridad. Más allá de la breve pared de maleza, el pálido resplandor en el cielo debía de ser el reflejo de las luces de Bay City. Y más hacia la derecha y no tan lejos se veían las del Club Belvedere.

Me llegué hasta donde se había detenido el coche, saqué del bolsillo una linterna del tamaño de una pluma estilográfica y con un minúsculo rayo de luz enfoqué el suelo, de color rojo arcilla: aunque muy duro en tiempo seco, en aquel momento la niebla espesaba un tanto el aire, y había recibido humedad suficiente para mostrar la posición del automóvil de Marriott antes de que me atacaran. Vi, aunque muy débiles, las marcas de los pesados neumáticos Vogue. Las iluminé con la linterna y me incliné, aunque el dolor hizo que se me fuera la cabeza.

Empecé a seguir las marcas, que continuaban rectas por espacio de unos tres metros y luego se desviaban hacia la izquierda, sin dar la vuelta. Iban hacia el hueco en el extremo izquierdo de la barrera blanca. Luego se perdían.

Llegué hasta la barrera e iluminé la maleza con la débil luz de la linterna. Ta llos recién quebrados. Pasé por el hueco y seguí hacia abajo por el camino que se curvaba. Allí el suelo aún estaba más blando. Más señales de los pesados neumáticos. Seguí bajando, doblé la curva y llegué al borde de la hondonada rodeada de maleza.

Allí estaba, efectivamente, con los cromados y la lustrosa pintura que brillaban un poco incluso en la oscuridad, y el cristal reflectante rojo de las luces traseras lanzando destellos al recibir la luz de la linterna. Allí estaba, silencioso, a oscuras, cerradas todas las portezuelas. Me dirigí lentamente hacia él, apretando los dientes a cada paso. Abrí una de las traseras y enfoqué el interior con la linterna. Vacío. También estaban vacíos los asientos delanteros. Y apagado el motor. La llave de contacto seguía en su sitio, con una cadena muy fina. Ni tapicerías rasgadas, ni cristales rotos, ni sangre, ni cadáveres. Todo limpio y en perfecto orden. Cerré las puertas y di la vuelta alrededor del coche, muy despacio, buscando indicios y sin encontrar ninguno. Un ruido hizo que me detuviera.

Más allá del borde de la maleza vibraba un motor. No salté más de medio metro. La linterna que sostenía se apagó. Una pistola apareció en mi mano como por arte de magia. Luego los rayos de luz de unos faros se desviaron primero hacia el cielo, para volver a continuación a la tierra. El ruido del motor hacía pensar en un coche pequeño.

Producía el ruido amortiguado que acompaña a la humedad en el aire. Las luces se volvieron todavía más hacia el suelo y aumentó su intensidad. Un coche se acercaba por la curva del camino de tierra. Recorrió dos terceras partes de la distancia y luego se detuvo.

Se encendió un foco que giró hacia un lado y se quedó así durante un buen rato antes de volver a apagarse. El coche siguió descendiendo por la pendiente. Me metí la pistola en el bolsillo y me agaché detrás del motor del coche de Marriott.

Un pequeño cupé sin forma ni color particulares penetró en la hondonada y giró de tal manera que sus faros barrieron el sedán de un extremo a otro. Agaché la cabeza a toda prisa. La luz pasó por encima de mí como una espada. El cupé se detuvo. Se apagó el motor. Se apagaron las luces.

Silencio. Luego se abrió una portezuela y un pie ligero tocó el suelo. Más silencio. Hasta los grillos se habían callado. Luego un rayo de luz cortó la oscuridad a poca altura, sólo unos centímetros por encima del suelo y paralelo a él. La luz se movió y me fue imposible lograr que mis tobillos desaparecieran con la rapidez suficiente. La luz se detuvo sobre mis pies. Silencio.

La luz se alzó y barrió de nuevo la parte alta del capó. Luego se oyó una risa. Una risa de muchacha. Forzada, tensa como una cuerda de mandolina. Un sonido extraño en aquel lugar. El rayo de luz volvió de nuevo bajo el coche y se detuvo en mis pies. La voz dijo, sin caer del todo en la estridencia:

—Eh, usted, oiga. Salga con las manos en alto y vacías, si sabe lo que le conviene. Le estoy apuntando.

No me moví. La luz vaciló un poco, como si también lo hiciera la mano, que la sostenía, y luego, una vez más, recorrió lentamente el capó. La voz me lanzó otro dardo.

—Escuche, quienquiera que sea. Estoy empuñando una pistola automática con diez proyectiles. Y me ofrece los dos pies como blanco. ¿Quiere apostar algo?

—¡Deje de apuntarme o le vuelo la pistola de la mano! —gruñí. Mi voz sonó como alguien arrancando tablas de un gallinero.

—Ah..., un tipo duro. —Hubo un ligero temblor en la voz, un agradable temblorcillo. Pero enseguida recobró la firmeza—. ¿No sale? Voy a contar hasta tres. Considere las oportunidades que le estoy dando... Doce cilindros, quizá dieciséis. Pero los pies le van a doler. Y los huesos del tobillo tardan años y años en restablecerse y a veces no se recuperan nunca del todo...

Me incorporé despacio y me encaré con el rayo de luz de la linterna. —También yo hablo mucho cuando estoy asustado —dije.

—No..., ¡no se mueva un centímetro más! ¿Quién es usted?

Di la vuelta alrededor de la parte delantera del automóvil para avanzar hacia ella. Cuando estuve a dos metros de la esbelta silueta oscura detrás de la linterna, me detuve. La linterna siguió deslumbrándome, impertérrita.

—Quédese donde está —me dijo muy enfadada, cuando me hube detenido—. ¿Quién es usted?

—Déjeme ver la pistola.

La sacó delante de la luz. Apuntando a mi estómago. Era un arma pequeña; parecía un pequeño Colt automático de bolsillo.

—Ah, eso —dije—. Ese juguete. No es cierto que tenga diez proyectiles. Sólo seis. No es más que una pistolita, una pistola para mariposas. Las matan con ésas. Debería darle vergüenza decir a sabiendas una mentira así.

—¿Está loco?

—¿Yo? Un atracador me ha atizado con una cachiporra.

Puede que esté un poco atontado.

—¿Es ése su coche?

—No.

—¿Quién es usted?

—¿Qué era lo que estaba mirando ahí detrás con la linterna?

—Ya entiendo. Responde con preguntas. Todo un hombre.

Estaba mirando a un individuo.

—¿Es rubio y con ondas en el pelo?

—Ahora no —dijo con mucha calma—. Quizá lo fuera..., antes. Aquello me afectó. Por alguna razón no me lo esperaba.

—No lo he visto —dije patéticamente—. Estaba siguiendo las marcas de los neumáticos pendiente abajo con una linterna. ¿Está malherido? —Di otro paso hacia ella. La pistolita me encañonó con decisión y la mano que empuñaba la linterna se mantuvo firme.

—Sin prisa —dijo con calma—. Tiene todo el tiempo del mundo. Su amigo está muerto.

No respondí nada en un primer momento.

—De acuerdo —dije después—; vamos a echarle una ojeada.

—Nos quedaremos aquí y no nos moveremos hasta que me diga quién es y qué es lo que ha pasado. —La voz era tajante. No estaba asustada. Sabía lo que decía.

—Marlowe. Philip Marlowe. Detective privado.

—Ése es usted, si es cierto lo que dice. Demuéstrelo.

—Voya sacar el billetero.

—Será mejor que no. Límitese a dejar las manos donde las tiene. Prescindiremos de la prueba por el momento. Cuénteme lo que ha pasado.

—Ese individuo puede no estar muerto.

—Está bien muerto, no le quepa duda. Con los sesos al aire. Su versión, y deprisa.

—Como ya he dicho, quizá no esté muerto. Vamos a verlo.
—Avancé un pie. —Muévase y lo dejo seco! —me ladró.

Avancé el otro pie. La linterna se agitó un poco. Creo que dio un paso atrás.

—Se arriesga usted demasiado, forastero —dijo, siempre sin perder la calma—. De acuerdo, vaya delante; yo le seguiré. Parece usted enfermo. Si no hubiera sido por eso...

—Habría disparado contra mí, lo sé. Me han golpeado con una cachiporra. Eso siempre hace que tenga ojeras.

—Agradable sentido del humor..., de guardián de depósito de cadáveres —gimió casi.

Me volví de espaldas a la luz y al instante el haz de la linterna brilló en el suelo delante de mí. Dejé atrás el pequeño cupé, un cochecito corriente, limpio y brillante bajo la difusa luz de las estrellas. Seguí adelante, por el camino de tierra, hasta dejar atrás la curva. Los pasos de la muchacha me seguían de cerca y la linterna me guiaba. No se oía otra cosa que el ruido de sus pasos y su respiración. Los míos yo no los oía.

A mitad de camino, al mirar hacia la derecha, vi un pie. La chica acompañó mi gesto con la linterna y entonces lo vi de cuerpo entero. Tendría que haberme dado cuenta mientras bajaba, pero caminaba inclinado, estudiaba el suelo con una linterna del tamaño de una pluma estilográfica, y trataba de interpretar las huellas de unos neumáticos con una luz del diámetro de una moneda de veinticinco centavos.

—Deme la linterna —dije, extendiendo la mano hacia atrás.

Me la entregó sin decir nada. Puse una rodilla en tierra. El suelo me transmitió una sensación fría y húmeda a través de la tela. Marriott estaba tumbado de espaldas, junto a un matorral, en esa posición como de bolsa de ropa que siempre significa lo mismo. Su rostro era un rostro que yo no había visto nunca. Tenía el pelo oscurecido por la sangre, las llamativas ondulaciones rubias enredadas con los coágulos y con una espesa supuración grisácea, semejante a un limo primigenio.

La chica que estaba detrás de mí respiró con fuerza pero no dijo nada. Iluminé la cara de Marriott con la linterna. Se la habían destrozado a golpes. Una de las manos estaba extendida, inmovilizada a mitad de un gesto, los dedos doblados. El abrigo, retorcido a medias por debajo, hacía pensar que había rodado al caer. Tenía las piernas cruzadas. De una comisura de la boca le escapaba un hilo de un líquido tan oscuro como aceite sucio.

—Manténgalo iluminado —dije, ofreciendo la linterna a mi acompañante—. Si es que no se marea.

La chica la cogió y la sostuvo sin decir palabra, con tanta entereza como un veterano del departamento de homicidios. Saqué de nuevo mi diminuta linterna y empecé a registrar los bolsillos de Marriott, tratando de no moverlo.

—No debería hacer eso —me dijo ella, un tanto nerviosa—. No debería tocarlo hasta que llegue la policía.

—Cierto —dije—. Ni los chicos del coche patrulla hasta que lleguen los detectives, ni tampoco ellos hasta que vea el cadáver el delegado del juez de instrucción y los fotógrafos hayan hecho sus instantáneas y el experto haya recogido las huellas digitales. ¿Sabe cuánto es probable que lleve todo eso en un sitio como éste? Un par de horas.

—De acuerdo —dijo ella—. Imagino que siempre tiene usted razón. Supongo que es usted ese tipo de persona. Alguien debía de tenerle muy poco afecto para aplastarle la cabeza de esa manera.

—Puede que no tuviera nada contra él personalmente —gruñí—. A algunas personas les gusta aplastar cabezas.

—Como no sé lo que estaba pasando, no puedo aventurar una opinión —dijo la chica de manera cortante.

Revisé toda la ropa de Marriott. Tenía monedas y billetes en un bolsillo del pantalón, un llavero de cuero repujado en el otro, y también un cortaplumas. El bolsillo izquierdo de atrás produjo una carterita con más dinero en efectivo, tarjetas de seguros, un permiso de conducir y un par de recibos. En la chaqueta, cerillas, un lápiz estilográfico chapado en oro y enganchado en un bolsillo y dos finos pañuelos de batista, tan delicados y blancos como nieve seca en polvo. Luego la pitillera esmaltada de la que le había visto sacar sus cigarrillos marrones con boquilla de oro.

Eran sudamericanos, de Montevideo. Y en el otro bolsillo interior una segunda pitillera que no había visto hasta entonces, hecha de seda bordada, un dragón a cada lado y un armazón de imitación de carey tan delgado que casi no existía.

La abrí con mucho cuidado y encontré tres cigarrillos rusos de gran tamaño bajo la banda elástica. Apreté uno. Me dio la sensación de ser viejo y de estar seco y poco compacto. Los tres tenían boquillas huecas.

—El muerto fumaba de los otros —dije por encima del hombro—. Éstos eran tal vez para una amiga. Debía de ser una de esas personas que tienen muchas amigas.

La chica se inclinó y sentí su aliento en el cuello.

—¿No lo conocía?

—Lo he conocido esta noche. Me contrató como guardaespaldas. —Menudo guardaespaldas.

No respondí.

—Lo siento. —Su voz se hizo casi un susurro—. En realidad no sé lo que ha pasado. ¿Cree usted que puedan ser cigarrillos de marihuana? ¿Me deja verlos? Le pasé la pitillera bordada.

—Conocí una vez a un tipo que fumaba marihuana —dijo

—. Tres whiskis y tres porros y se necesitaba una llave inglesa para bajarlo de la araña. —Mantenga fija la luz. Oí un ligero rumor y luego la chica habló de nuevo.

—Lo siento. —Me devolvió la pitillera y la deslicé de nuevo en el bolsillo de Marriott. No había nada más, todo lo cual probaba que, en su caso, no se trataba de robo. Me levanté y eché mano a mi cartera. Los cinco billetes de veinte seguían allí.

—Ladrones con mucha clase —dije—. Sólo se han llevado los miles.

El haz de luz se dirigía ahora hacia el suelo. Me guardé el billetero, luego la linterna diminuta en el bolsillo interior y con un movimiento rápido busqué el arma que la chica sostenía aún con la misma mano que la linterna. Dejó caer la linterna, pero yo me apoderé de la pistola. Ella retrocedió rápidamente y también recogí la linterna. Le iluminé la cara por un momento y luego la apagué.

—No hacía falta que se pusiera violento —dijo, metiendo las manos en los bolsillos del largo abrigo de tela gruesa y hombreras muy marcadas—. Nunca he pensado que lo hubiera matado usted.

Me gustó la tranquilidad de su voz así como su valor. Nos quedamos en la oscuridad, uno frente a otro, sin decir nada por el momento. Se veía la maleza y luz en el cielo. Volví a iluminarle la cara con la linterna y ella parpadeó. El suyo era un rostro nítido, lleno de fuerza y con unos ojos muy grandes. Una cara con huesos debajo de la piel, delicadamente dibujada como un violín de Cremona. Un rostro muy agradable.

—Pelirroja —dije—. Tiene aspecto irlandés.

—Y me apellido Riordan. ¿Pasa algo? Apague la luz. Y no tengo el pelo rojo, sino de color caoba.

Apagué la linterna.

—¿Nombre de pila?

—Anne. Y haga el favor de no llamarme Annie.

—¿Qué hace usted en este sitio?

—A veces salgo a conducir por la noche. Cuando estoy desazonada. Vivo sola. Soy huérfana. Me conozco esta zona como la palma de la mano. Pasaba por aquí y vi una luz que parpadeaba, abajo en la hondonada. Hacía demasiado frío para que fuesen jóvenes haciendo el amor. Y no necesitan luz, ¿no es cierto?

—Yo no la necesité nunca. Se arriesga usted demasiado, señorita Riordan. —Me parece que antes le he dicho yo lo mismo. Tenía un arma. Y no soy miedosa. No hay ninguna ley que me prohíba bajar ahí.

—Ajá. Sólo el instinto de conservación. Tenga. No es una de mis noches brillantes. Supongo que tiene licencia de armas. —Le ofrecí la pistola para que la cogiera por la culata.

La tomó y se la guardó en el bolsillo.

—Es extraño lo curiosa que puede ser la gente, ¿no es cierto? Soy escritora a ratos. Artículos de fondo para la prensa.

—¿Se gana dinero?

—Demasiado poco, se lo aseguro. ¿Qué buscaba usted..., en sus bolsillos?

—Nada en particular. Soy un experto en fisgonear. Llevábamos ocho mil dólares para rescatar las joyas que le habían robado a una señora. Nos han atracado. Y han matado a mi acompañante, pero no sé por qué. No me parecía una persona que fuese a ofrecer resistencia. Y tampoco he oído ruido de pelea.

Había bajado a la hondonada cuando lo asaltaron a él, que se había quedado dentro del coche, más arriba. Nos habían dicho que bajáramos hasta la hondonada, pero no parecía que hubiera sitio para pasar con el coche sin rozarlo con la barrera. De manera que bajé a pie, y mientras tanto debieron de atracarlo. Luego uno de ellos se metió en el coche y me atizó en la cabeza. Pensé que el muerto estaba aún en el coche, como es lógico.

—Pero eso no quiere decir que se haya comportado usted como un idiota —dijo ella.

—Desde el principio había algo en este trabajo que no encajaba. Lo sentí enseguida. Pero necesitaba el dinero. Ahora tengo que ir a contárselo a los polis y a tragar quina. ¿Le importaría llevarme a Montemar Vista? Dejé allí mi coche. Era donde vivía el muerto.

—Claro. Pero ¿no debería quedarse alguien con él? Puede usted llevarse mi coche..., o puedo ir yo a avisar a la policía.

Miré la esfera de mi reloj. Las manecillas, débilmente luminosas, me dijeron que casi era ya medianoche.

—No.

—¿Por qué no?

—No sé por qué no. Pero lo siento así. Voy a actuar solo.

Mi acompañante guardó silencio. Descendimos por la pendiente, montamos en su cochecito y la señorita Riordan lo puso en marcha, le dio la vuelta sin luces, seguimos colina arriba y pasó la barrera sin problemas. A una manzana de distancia encendió los faros.

Me dolía la cabeza. No hablamos hasta llegar a la altura de la primera casa en la parte pavimentada de la calle.

—Usted necesita un trago —dijo mi acompañante—. ¿Por qué no volvemos a mi casa y se toma una copa? Puede telefonar a la comisaría desde allí. Tienen que venir desde Los Ángeles, en cualquier caso. Por estos alrededores no hay más que un cuartel de bomberos.

—Siga adelante por la costa. Voy a actuar solo.

—Pero ¿por qué? No tengo miedo de la policía. Lo que yo cuente puede serle de ayuda.

—No quiero ayuda. Tengo que pensar. Necesito estar solo durante un rato. —Pero... De acuerdo.

Hizo un ruido impreciso con la garganta y giró hacia el bulevar. Llegamos a la gasolinera de la carretera de la costa y seguimos hacia el norte, camino de Montemar Vista y del café con la terraza al aire libre. Estaba iluminado como un trasatlántico de lujo. La señorita Riordan metió el coche en el arcén, yo me apeé y mantuve abierta la portezuela.

Busqué una tarjeta en el billetero y se la pasé.

—Algún día quizá necesite un buen apoyo —dije—. Hágamelo saber. Pero no me llame si sólo se trata de trabajar con la cabeza.

La señorita Riordan golpeó varias veces la tarjeta contra el volante y dijo muy despacio:

—Me encontrará en la guía de teléfonos de Bay City, 819 de la calle 25. Venga a verme y cuélgue una medalla de cartón piedra por ocuparme de mis propios asuntos. Me parece que todavía está grogui por el golpe que le han dado.

Hizo un giro de 180 grados en un abrir y cerrar de ojos y vi cómo las luces traseras de su cochecito se perdían en la oscuridad. Dejé atrás el arco y el café con la terraza al aire libre; al llegar al aparcamiento subí a mi automóvil. Tenía delante un bar y estaba otra vez temblando. Pero parecía más sensato entrar en la comisaría de policía de Los Ángeles Oeste —como hice veinte minutos después— tan frío como una rana y tan verde como un billete de dólar recién estrenado.

Hora y media después habían levantado el cadáver, habían examinado el lugar de los hechos y yo había contado mi historia tres o cuatro veces. Éramos cuatro las personas reunidas en el despacho del oficial de guardia en la comisaría de Los Ángeles Oeste. Todo el edificio estaba muy tranquilo, a excepción de un borracho que, desde su celda, seguía lanzando la llamada australiana de la selva mientras esperaba a que lo llevaran al centro de la ciudad para un juicio matutino.

La intensa luz blanca de un reflector iluminaba una mesa sobre la que estaban extendidos los objetos encontrados en los bolsillos de Lindsay Marriott, objetos que ahora parecían tan muertos y tan perdidos como su dueño. La persona sentada frente a mí se apellidaba Randall y pertenecía a la Brigada Criminal de Los Ángeles, un individuo delgado y callado de unos cincuenta años con cabellos grises muy bien peinados, ojos fríos y aire distante.

Llevaba una corbata de color rojo oscuro con lunares negros y los lunares no cesaban de bailar delante de mis ojos. Detrás de él, más allá del cono de luz, dos individuos muy fornidos, con aspecto de guardaespaldas y repantigados en sus asientos, vigilaban mis orejas, una cada uno.

Jugueteé con un cigarrillo antes de encenderlo, y cuando aspiré el humo no me gustó el sabor. Me quedé quieto viendo cómo se me quemaba entre los dedos. Me parecía tener ochenta años y sentí que me deterioraba a toda velocidad.

—Cuantas más veces cuenta usted esa historia más improbable resulta. El tal Marriott había negociado durante días el rescate y luego, tan sólo unas horas antes de la cita definitiva, llama a un perfecto desconocido y lo contrata para llevarlo con él como guardaespaldas.

—No era exactamente como guardaespaldas —dije. Ni siquiera le expliqué que llevaba un arma.

Sólo quería que lo acompañara.

—¿Quién le había dado su nombre?

—Primero dijo que un amigo común. Luego que se había limitado a sacarlo del listín de teléfonos.

Randall jugueteó con las cosas que había sobre la mesa y separó una tarjeta de visita con aire de tocar algo que no estaba del todo limpio. Luego la empujó hacia mí sobre la madera.

—Marriott tenía una tarjeta suya. Donde consta su profesión.

Examiné la tarjeta. Había salido del billetero de Marriott, junto con otras tarjetas que no me había molestado en revisar mientras estábamos en la hondonada de Purissima Canyon. Era una de las mías, desde luego. Y a decir verdad parecía bastante sucia, sobre todo tratándose de un hombre como Marriott. Tenía una mancha redonda en una esquina.

—Claro —dije—. Las reparto siempre que se presenta una ocasión. Como es lógico.

—Marriott le dio el dinero para que usted lo llevara —dijo Randall—. Ocho mil dólares. Era más bien un tipo confiado.

Aspiré el humo del cigarrillo y lo arrojé contra el techo. La luz me hacía daño en los ojos. Me dolía la nuca.

—No tengo los ocho mil dólares —dije—. Lo siento.

—No. No estaría aquí si tuviera el dinero. ¿O quizá sí? — Ahora había en su rostro una fría expresión desdeñosa, pero me pareció artificial.

—Haría muchas cosas por ocho mil dólares —dije—. Pero si quisiera matar a un individuo con una cachiporra sólo le daría dos veces como máximo, y en la parte trasera de la cabeza. Randall hizo un leve gesto de asentimiento. Uno de los polizontes que tenía detrás escupió en la papelera.

—Ésa es una de las cosas desconcertantes. Parece un trabajo de aficionados, aunque, claro está, alguien puede haber querido que parezca un trabajo de aficionados. El dinero no era de Marriott, ¿no es cierto?

—No lo sé. Saqué la impresión de que no, pero no es más que una impresión. No quiso decirme quién era la víctima del atraco.

—No sabemos nada de Marriott..., aún —dijo Randall muy despacio—. Supongo que existe la posibilidad de que se propusiera robar él los ocho mil.

—¿Eh? —Aquello me sorprendió. Probablemente se notó mi sorpresa. En el rostro terso de Randall no se produjo el menor cambio.

—¿Contó usted el dinero?

—Por supuesto que no. Marriott me pasó un paquete.

Había dinero dentro y parecía mucho. Dijo que eran ocho de los grandes. ¿Para qué iba a querer robármelo cuando ya lo tenía antes de que yo apareciera? Randall examinó una esquina del techo y bajó las comisuras de la boca. Luego se encogió de hombros.

—Retrocedamos un poco —dijo—. Alguien atracó a Marriott y a una señora, llevándose su collar de jade y otras cosas, y luego se ofreció a devolverlo por una cantidad que parece francamente pequeña si se tiene en cuenta el valor que se atribuye al collar. Marriott iba a ocuparse del pago. Pensó en hacerlo solo y no sabemos si la otra parte insistió en ello o si ni siquiera se mencionó. De ordinario son bastante quisquillosos en esos casos.

Pero Marriott, por lo que parece, decidió que no era ningún problema llevarlo a usted. Los dos supusieron que estaban tratando con una banda organizada y que se atenderían a las reglas establecidas por su profesión. Marriott estaba asustado. Parece lógico. Quería compañía. Usted era esa compañía.

Pero también era un desconocido, nada más que un nombre en una tarjeta que le había pasado otro desconocido que, según Marriott, era un amigo común. Luego, en el último minuto, el muerto decide que lleve usted el dinero y sea quien hable mientras él se esconde en el coche. Nos ha dicho que fue usted mismo quien tuvo la idea, pero quizá él estaba deseoso de que lo sugiriera, y si usted no lo hacía, quizá se le hubiera ocurrido a él.

—En un primer momento no le gustó la idea —dije.

Randall se encogió de hombros una vez más.

—Fingió que no le gustaba la idea, pero acabó cediendo.

De manera que por fin se produce la llamada telefónica y salen ustedes hacia el sitio que él describe. Todo procede de Marriott. No hay nada que usted sepa por su cuenta. Cuando llegan allí parece que no hay nadie. Se supone que han de bajar con el coche hasta la hondonada, pero tienen la impresión de que no hay hueco suficiente para pasar con un automóvil tan grande. No lo había, de hecho, porque el coche quedó bastante arañado por el lado izquierdo. Usted se apea y baja a pie hasta la hondonada, no ve ni oye nada, espera unos minutos, vuelve al coche y entonces alguien que está dentro le golpea en la nuca.

Supongamos ahora que Marriott quería el dinero y pensaba utilizarlo a usted de cabeza de turco..., ¿no habría actuado precisamente de la manera en que lo hizo?

—Es una teoría estupenda —dije—. Marriott me atizó con la cachiporra, me quitó los ocho grandes, luego se arrepintió y, después de enterrar el dinero bajo unos matorrales, se machacó los sesos.

Randall me miró impasible.

—Tenía un cómplice, por supuesto. Iba a dejarlos a los dos sin sentido, y el cómplice se largaría con el dinero. Sólo que el cómplice traicionó a Marriott matándolo. Con usted no tuvo que acabar porque no lo conocía.

Lo miré con admiración y aplasté lo que quedaba del cigarrillo en un cenicero de madera que tuvo en otro tiempo un recubrimiento de cristal.

—Encaja con los hechos..., al menos con lo que sabemos —dijo Randall con mucha calma—.

No es peor que cualquier otra teoría que se nos pueda ocurrir en este momento.

—Hay un hecho que no encaja: a mí me golpearon desde el coche, ¿no es cierto? Eso me haría sospechar que era Marriott el agresor..., si aceptamos que todo lo demás no cambia. Pero lo cierto es que no sospeché de él después de que lo mataran.

—La manera de golpearle es lo que mejor encaja —dijo Randall—. Usted no le dijo a Marriott que tenía una pistola, pero él pudo notar el bulto bajo el brazo o sospechar al menos que sí la tenía. En ese caso quería golpearlo cuando usted no sospechara nada. Y usted no esperaba que lo atacaran desde dentro del coche.

—De acuerdo —dije—. Usted gana. Es una buena teoría, siempre que supongamos que el dinero no era de Marriott, que quería robarlo y que tenía un cómplice. De manera que su plan es que los dos nos despertemos con sendos chichones, el dinero ha desaparecido, los dos decimos cuánto lo siento y yo me voy a mi casa y olvido todo lo que ha pasado. ¿Es así como termina? Pregunto si es así como él esperaba que terminase. Porque también él tenía que quedar bien, ¿no es eso?

Randall sonrió irónicamente.

—Tampoco a mí me gusta. Sólo estaba ensayándola.

Encaja con los hechos..., hasta donde los conocemos, que no es mucho.

—Creo que no sabemos lo suficiente para empezar siquiera a teorizar —dije—. ¿Por qué no dar por bueno que decía la verdad y que quizá reconoció a uno de los atracadores?

—Pero usted dice que no oyó ruido de forcejeo ni grito alguno.

—No. Pero puede ser que lo agarrasen del cuello, por sorpresa. O que estuviera demasiado asustado para gritar cuando se le echaron encima. Pongamos que lo vigilaban desde la maleza y que me vieron salir pendiente abajo. Me alejé un buen trecho, ¿sabe? Treinta metros largos. Los atacadores se acercan al coche a mirar y ven a Marriott. Alguien le pone un arma delante de las narices y le obliga a salir, en silencio. Entonces le golpean. Pero algo que dice, o su manera de mirar, les hace creer que ha reconocido a alguien.

—¿A oscuras?

—Sí —dije—. Tiene que haber sido una cosa así. Hay voces que se le quedan a uno en la cabeza. Incluso a oscuras se reconoce a la gente.

Randall negó con la cabeza.

—Si se trataba de un grupo organizado de ladrones de joyas, no matarían excepto por razones de fuerza mayor. —Se detuvo de repente y sus ojos adquirieron un aspecto vidrioso. Cerró la boca muy despacio, pero con mucha fuerza. Tenía una idea—. Secuestro —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Creo que es una idea.

—Hay otra cosa más —dijo. ¿Cómo llegó usted a casa de Marriott? —En mi coche.

—¿Dónde estaba?

—En Montemar Vista, en el aparcamiento junto al café con terraza al aire libre.

Me miró con aire muy pensativo. Los polizontes que tenía detrás me contemplaron con desconfianza. El borracho que estaba en el calabozo trató de cantar al estilo tirolés, pero le falló la voz, se desanimó y empezó a llorar.

—Volví andando a la carretera —dije—. Hice señas a un coche para que parase. Lo conducía una chica sola. Me recogió y me llevó hasta Montemar Vista.

—Una valiente —dijo Randall—. Era muy de noche y estaban en una carretera poco frecuentada, pero se detuvo.

—Sí. Algunas lo hacen. No llegarnos a intimar, pero parecía agradable. —Los miré fijamente, sabiendo que no me creían y preguntándome por qué les estaba mintiendo.

—Un coche pequeño —dije—. Un Chevrolet cupé. No recuerdo la matrícula. —Ja, no recuerda la matrícula —dijo uno de los polizontes antes de escupir de nuevo en la papelera.

Randall se inclinó hacia adelante y me examinó con mucho cuidado.

—Si está usted ocultándonos algo con la idea de trabajar por su cuenta en este caso para hacerse un poco de publicidad, yo me lo pensaría dos veces, Marlowe. No me gustan todos los detalles de su historia y le voy a dar la noche para que haga memoria. Mañana, probablemente, le pediré una declaración jurada. Mientras tanto déjeme darle un consejo. Estamos ante un asesinato y ante un trabajo para la policía, y no querríamos su ayuda aunque fuese muy grande. Lo único que queremos de usted son hechos. ¿Me explico?

—Claro. ¿Me puedo ir a casa? No me siento nada bien.

—Se puede marchar.

Sus ojos eran de hielo.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta en medio de un silencio sepulcral. Cuando había dado cuatro pasos Randall se aclaró la garganta y dijo al desgaire: —Ah, una pequeñez. ¿Se fijó usted en qué clase de cigarrillos fumaba Marriott?

Me volví hacia él.

—Sí. Marrones. Sudamericanos, en una pitillera francesa esmaltada. Randall se inclinó hacia adelante, apartó la pitillera de seda bordada del montón de pertenencias que había sobre la mesa.

—¿Ha visto esto antes alguna vez?

—Claro. La he estado mirando hace un momento.

—Quiero decir antes, en el curso de la tarde.

—Creo que sí —dije—. Encima de alguna mesa, quizá. ¿Por qué? —¿No registró usted el cadáver?

—Está bien —dije—. Sí, le registré los bolsillos. Esa pitillera estaba en uno de ellos. Lo siento. Nada más que curiosidad profesional. No cambié nada de sitio. Después de todo era mi cliente.

Randall tomó la pitillera bordada con las dos manos, la abrió y se quedó mirándola. Estaba vacía. Los tres cigarrillos habían desaparecido. Apreté los dientes con fuerza y conseguí que mi rostro no perdiera la expresión de cansancio.

Pero no fue fácil.

—¿Le vio fumar algún cigarrillo sacado de aquí?

—No.

Randall asintió fríamente con la cabeza.

—No hay nada dentro, como puede usted ver. Pero Marriott la llevaba en el bolsillo de todos modos. Hay un poquito de polvo. Voy a hacer que lo examinen al microscopio. No estoy seguro, pero no me extrañaría que se tratase de marihuana.

—Si tenía de ésos —dije—, creo que debió de fumarse un par anoche. Necesitaba algo que lo alegrara un poco.

Randall cerró la pitillera con mucho cuidado y la dejó a un lado. —Eso es todo —dijo—. No se meta en líos.

Salí del despacho. La niebla se había levantado y las estrellas brillaban tanto como falsas estrellas de cromo en un cielo de terciopelo azul. Conduje muy deprisa. Necesitaba más una copa de lo que necesitaba respirar, pero todos los bares estaban cerrados.

Me levanté a las nueve, tomé tres tazas de café solo, me mojé la nuca con agua helada y leí los dos periódicos que el repartidor había estrellado por la mañana contra la puerta del apartamento. En el segundo cuadernillo había poco más de un párrafo sobre Moose Malloy, pero Nulty no había conseguido que apareciese su nombre. Nada sobre Lindsay Marriott, a no ser que la noticia estuviera en la página de sociedad.

Me vestí, comí dos huevos pasados por agua, me tomé una cuarta taza de café y procedí a mirarme al espejo. No había perdido del todo las ojeras. Con la puerta abierta ya para irme sonó el teléfono. Era Nulty. No parecía de muy buen humor.

—¿Marlowe?

—Sí. ¿Le han echado el guante?

—Sí, por supuesto. Claro que sí. —Hizo una pausa para gruñir—. A la entrada de Ventura, como le dije. ¡No nos hemos divertido poco! Dos metros, tan sólido como un pilar de puente, camino de San Francisco para ver la Feria. Cinco botellas de whisky de garrafa en el asiento delantero del coche que había alquilado, y otra abierta de la que iba bebiendo mientras conducía a ciento veinte. Todo lo que teníamos para hacerle frente eran dos polis de la localidad con revólveres y cachiporras.

Hizo una pausa y yo repasé mentalmente unos cuantos comentarios ingeniosos, pero ninguno me pareció lo bastante divertido para la ocasión. Luego siguió Nulty:

—Se ejercitó con los guardias durante un rato y cuando estaban lo bastante cansados para irse a la cama, les arrancó un lado del coche, tiró la radio a la cuneta, abrió otra botella de whisky y se echó a dormir. Al cabo de un rato los nuestros reaccionaron y comprobaron cómo, por espacio de diez minutos, sus cachiporras rebotaban sobre la cabeza del infractor sin que se diera cuenta.

Cuando empezaba a enfadarse lo esposaron. La cosa más fácil del mundo.

Lo tenemos a la sombra, claro está: conducir borracho, consumo de bebidas alcohólicas en un vehículo, agresión a un agente de policía en el cumplimiento del deber, dos delitos, daño intencionado a propiedad pública, intento de evasión después de haberlo detenido, rebelión, escándalo en la vía pública y estacionamiento en autopista. Divertido, ¿no le parece?

—¿Dónde está el chiste? —pregunté. No me ha contado todo eso sólo para regodearse.

—No era Malloy —dijo Nulty con ferocidad—. El individuo de marras se llama Stoyanoffsky, vive en Hemet, trabajaba para abrir el túnel de San Jack y acababa de terminar la perforación.

Tiene mujer y cuatro hijos. Le ahorro el enfado de su media naranja. ¿Qué está usted haciendo acerca de Malloy? —Nada. Me duele la cabeza.

—Si le sobra un poco de tiempo...

—No creo —respondí—. Pero gracias de todos modos. ¿Cuándo es la vista sobre el moreno?

—¿Qué más le da? —dijo Nulty desdeñosamente antes de colgar.

Fui en coche a Hollywood Boulevard, lo dejé en el aparcamiento junto al edificio, y subí en el ascensor hasta mi piso. Abrí la puerta de la pequeña antesala que —por si acaso me llega algún cliente y no le importa esperar— nunca cierro con llave.

La señorita Anne Riordan levantó los ojos de la revista que leía y me sonrió.

Llevaba un traje sastre color tabaco con un jersey blanco de cuello alto a modo de blusa. Con la luz del día su pelo era pura caoba, y lo llevaba cubierto con un sombrero cuya parte central tenía el tamaño de un vaso de whisky, mientras que el ala podría servir para envolver la colada semanal. La inclinación era de unos cuarenta y cinco grados, de manera que el borde del ala casi le rozaba el hombro. A pesar de eso parecía elegante. Quizá por ello.

La señorita Riordan tenía unos veintiocho años y una frente estrecha, más alta de lo que se considera elegante. La nariz era pequeña e inquisitiva, el labio superior un poquito demasiado largo y la boca más que un poco demasiado ancha. Los ojos, de color gris azul con reflejos de oro. Su sonrisa resultaba muy agradable. Tenía aspecto de haber dormido bien. Una cara simpática, una de esas caras que caen bien. Bonita, pero no tanto como para tener que ponerse nudilleras de metal cada vez que se saliera con ella.

—No sabía cuáles eran sus horas de oficina —dijo—. De manera que esperé. He supuesto que su secretaria no trabajaba hoy.

—No tengo secretaria.

Crucé la antesala y abrí la puerta interior. Luego procedí a conectar el timbre situado en la puerta exterior.

—Vayamos al salón privado donde acostumbro a reflexionar.

Pasó delante de mí, dejando una ligera fragancia a sándalo, y se detuvo a contemplar los cinco archivadores de color verde, la gastada alfombra de color marrón rojizo, los muebles a quien nadie había quitado el polvo y las cortinas no demasiado limpias.

—Se me ocurre que no le vendría mal alguien para contestar al teléfono —dijo—. Y para mandar de cuando en cuando las cortinas al tinte.

—Las mandaré cuando las ranas críen pelo. Siéntese. Puede que me pierda algunos trabajos de poca importancia. Y mucha utilización de piernas. Pero ahorro dinero.

—Entiendo —dijo muy recatadamente, al tiempo que colocaba un voluminoso bolso de ante sobre el cristal de la mesa de despacho. Luego se inclinó hacia atrás y cogió uno de mis cigarrillos. Yo, por mi parte, procedí a quemarme un dedo con una cerilla de papel al encendérselo.

La señorita Riordan lanzó una cortina de humo y me obsequió con otra sonrisa. Dientes bonitos, más bien grandes.

—Probablemente no esperaba volver a verme tan pronto. ¿Qué tal la cabeza? —Mal. No, no lo esperaba.

—¿Se portó bien con usted la policía?

—Más o menos como siempre.

—No le estoy impidiendo hacer nada importante, ¿verdad?

—No.

—De todos modos, no parece muy contento de verme.

Llené la pipa y alargué la mano para utilizar la caja de cerillas. Encendí la pipa con mucho cuidado. La señorita Riordan me contempló con aprobación. Los hombres que fuman en pipa son individuos sólidos. Yo no iba a desilusionada.

—Traté de no mezclarla en lo que pasó —dije—. No sé exactamente por qué. De todos modos, ya no es asunto mío. Tragué la quina que me tocaba anoche, conseguí dormirme con ayuda de una botella y ahora el asunto está ya en manos de la policía: se me ha dicho que no me entrometa.

—La razón por la que no quiso mezclarme —dijo con calma la señorita Riordan— fue el convencimiento de que la policía no se iba a creer que la simple curiosidad me llevara anoche a aquella hondonada. Probablemente me atribuirían algún motivo poco claro y me interrogarían hasta dejarme hecha un guiñapo.

—¿Cómo sabe que yo no pensé eso mismo?

—Los polis sólo son personas —dijo sin venir a cuento.

—Empiezan así, según me han dicho.

—Ah, cinismo matutino. —Recorrió el despacho con los ojos, de una manera en apariencia distraída pero sin perder detalle—. ¿Qué tal se defiende aquí? Quiero decir económicamente. Me refiero a... ¿Gana usted mucho dinero..., con unos muebles como éstos?

Lancé un gruñido.

—¿O debería ocuparme de mis asuntos y no hacer preguntas impertinentes? —¿Lo conseguiría si lo intentara?

—Ahora ya somos dos. Dígame, ¿por qué me echó un capote anoche? ¿Acaso lo hizo porque soy más bien pelirroja y tengo buena figura?

Guardé silencio.

—Probemos con otra —dijo alegremente—. ¿Le gustaría saber quién es la propietaria del collar de jade?

Noté una rigidez en los músculos de la cara. Me esforcé mucho por recordar, pero no estaba del todo seguro. De repente, sin embargo, lo vi con toda claridad. Nunca había mencionado en su presencia el collar de jade.

Busqué de nuevo las cerillas y encendí la pipa por segunda vez.

—No demasiado —dije—. ¿Por qué?

—Porque yo lo sé.

—Ajá.

—¿Qué hace cuando se vuelve de verdad locuaz? ¿Mueve los dedos de los pies?

—De acuerdo —gruñí—. Ha venido a decírmelo. Dígamelo.

Sus ojos azules se abrieron mucho y por un momento me pareció que se humedecían.

Se mordió el labio inferior y se quedó un rato así, contemplando la superficie del escritorio. Luego se encogió de hombros, dejó de morderse el labio y me obsequió con una sonrisa llena de inocencia.

—Ya sé que no soy más que una condenada moza preguntona. Pero hay en mí una veta de sabueso. Mi padre era de la pasma. Se llamaba Cliff Riordan y fue jefe de policía de Bay City siete años. Supongo que es eso lo que me sucede.

—Me parece recordarlo. ¿Qué fue de él?

—Lo echaron. Se le rompió el corazón. Una pandilla de jugadores de ventaja encabezados por un tipo llamado Laird Brunette ganó las elecciones a alcalde. Y pusieron a papá al frente de la Oficina de Registros e Identificación, que en Bay City tiene el tamaño aproximado de una bolsita de té. De manera que papá dimitió, estuvo un par de años zascandileando por ahí y después se murió. Y mi madre le siguió muy poco después. Llevo sola dos años.

—Lo siento —dije.

La señorita Riordan aplastó lo que le quedaba del pitillo. No estaba manchado de lápiz de labios.

—La única razón de que le aburra contándoselo es que eso explica por qué me resulta fácil entenderme con los policías. Supongo que tendría que habérselo dicho anoche. Hoy por la mañana me he enterado de a quién le habían encargado el caso y he ido a verlo. Se ha enfadado un poco con usted al principio.

—No tiene importancia —dije—. Aunque le hubiera dicho toda la verdad habría seguido sin creerme. No irá más allá de morderme una oreja.

La señorita Riordan pareció dolida. Me levanté y abrí la otra ventana. El ruido del tráfico procedente del bulevar nos llegó en oleadas, como el mareo. Me sentí fatal. Abrí el último cajón del escritorio, saqué la botella que guardo para ocasiones así y me serví un trago. Mi visitante me miró con desaprobación. Había dejado de ser un individuo sólido. Pero no hizo ningún comentario. Me bebí el whisky, guardé la botella y me senté.

—No me ha invitado a una copa —dijo con frialdad.

—Lo siento. Todavía no son las once. No me ha parecido que fuera usted del gremio.

Se le rieron los ojos.

—¿Es un cumplido?

—En mí círculo, sí.

Se lo pensó durante unos momentos. No significaba nada para ella. Tampoco para mí, cuando reflexioné un poco. Pero el whisky hizo que me sintiera mucho mejor. Se inclinó hacia adelante y restregó los guantes lentamente por la superficie del escritorio.

—¿No estaría interesado en contratar una ayudante? Aunque sólo le costara una palabra amable de cuando en cuando.

—No.

Asintió con la cabeza.

—Ya imaginaba lo que me iba a decir. Será mejor que le pase mi información y me vuelva a casa.

No dije nada. Encendí otra vez la pipa. Hace que uno parezca pensativo cuando no está pensando.

—En primer lugar se me ocurrió que un collar de jade como ése tiene que ser una pieza de museo y todo el mundo lo conocería —dijo.

Mantuve en el aire la cerilla encendida, viendo cómo la llama se me acercaba a los dedos. Luego soplé suavemente para apagarla, la dejé caer en el cenicero y dije:

—A usted no le he contado nada sobre un collar de jade.

—No; pero lo hizo el teniente Randall.

—Alguien tendría que ponerle botones en la boca.

—Conocía a mi padre. Prometí no contarle.

—Me lo está contando a mí.

—Usted ya lo sabía, tonto.

La mano se le alzó de pronto como si fuera a taparse la boca, pero se detuvo a mitad de camino y luego regresó despacio sobre la mesa y los ojos se le abrieron mucho. La interpretación no fue mala, pero yo sabía algo más acerca de ella que echó a perder el efecto.

—Usted lo sabía, ¿no es cierto? —Las palabras apenas se oyeron.

—Creía que eran diamantes. Un brazalete, unos pendientes, un colgante, tres sortijas, una de ellas con esmeraldas, además.

—No tiene gracia —dijo—. Ni siquiera ha sido muy rápido.

—Jade Fei Tsui. Muy escaso. Cuentas talladas de unos seis quilates cada una, sesenta piezas. Con un valor de ochenta mil dólares.

—Tiene usted unos ojos castaños bien bonitos —dijo—. Y se cree un tipo duro.

—Bien, ¿a quién pertenece y cómo lo descubrió?

—Ha sido muy sencillo. Se me ocurrió que era probable que lo supiera el mejor joyero de la ciudad, de manera que me fui a preguntar al gerente de Block's. Le dije que era escritora y que quería preparar un artículo sobre tipos de jade que apenas se encuentran..., ya sabe usted cómo se hacen esas cosas.

—De manera que se creyó el pelo rojo y la buena figura.

La señorita Riordan se ruborizó hasta las cejas.

—Bueno. El caso es que me lo dijo. Pertenece a una señora muy rica de Bay City, que posee una finca en uno de los cañones. La señora Lewin Lockridge Grayle. Su marido es banquero de inversiones o algo semejante, enormemente rico, unos veinte millones. Era dueño de una emisora de radio en Beverly Hills, la KFDK, y su futura mujer trabajaba allí. Se casaron hace cinco años. La señora Grayle es una rubia despampanante.

El señor Grayle es mayor, no está bien del hígado, se queda en casa y toma calomelanos mientras su mujer va a todas partes y se lo pasa en grande.

—Ese gerente de Block's —dije— es un tipo que sabe mucho.

—No fue él quien me proporcionó toda la información, tonto. Sólo lo del collar. Lo demás me lo dijo Giddy Gertie Arbogast.

Me incliné hasta el último cajón y saqué otra vez la botella.

—¿No irá usted a ser uno de esos detectives que están borrachos todo el tiempo? —me preguntó preocupada.

—¿Por qué no? Siempre resuelven sus casos y ni siquiera sudan. Siga con su historia.

—Giddy Gertie es el encargado de la sección de sociedad del Chronicle. Hace años que lo conozco. Pesa cien kilos y lleva bigote a lo Hitler. Sacó la carpeta que tiene en su archivo sobre los Grayle. Mire.

Buscó dentro de su bolso y empujó en mi dirección por encima de la mesa una fotografía de tamaño postal. Era rubia. Pero qué rubia. Cualquier obispo haría un agujero en una vidriera para verla. Iba vestida de calle, con un conjunto que parecía blanco y negro, y un sombrero a juego; tal vez un poco altiva, pero no demasiado. Fueran las que fuesen tus necesidades, dondequiera que estuvieses, aquella mujer tenía la solución. Edad, unos treinta años. Me serví rápidamente otra copa y me quemé la garganta al tragarla. —Quítemela de delante —dije—. Voy a empezar a dar saltos.

—La he traído para usted. Querrá hablar con ella, ¿no es cierto?

Contemplé de nuevo la fotografía. Luego la metí debajo del secante. —¿Qué tal esta noche a las once?

—Escúcheme, señor Marlowe, esto es algo más que una colección de chistes. He telefoneado a su casa. Está dispuesta a verlo a usted para hablar de negocios.

—Quizá empiece de esa manera.

La señorita Riordan hizo un gesto de impaciencia, de manera que dejé de bromear y saqué a relucir mi expresión de guerrero curtido en cien batallas. —¿Para qué va a querer verme?

—Su collar, como es lógico. Le cuento lo que ha pasado. Llamé por teléfono y me costó muchísimo que me dejaran hablar con ella, pero por fin lo conseguí. Le conté la misma historia que hizo que el señor de Block's se mostrara tan amable, pero no funcionó. Le sonaba la voz como si tuviera resaca. Dijo algo sobre hablar con su secretario, pero conseguí que siguiera al teléfono y le pregunté si era cierto que poseía un collar de jade Fei Tsui. Al cabo de un rato dijo «sí». Le pregunté si me permitiría verlo. ¿Para qué? respondió ella. Le repetí la historia sobre el artículo, pero tampoco funcionó. Yo oía cómo bostezaba y regañaba a alguien, tapando el teléfono, por haberme puesto con ella. Entonces dije que trabajaba para Philip Marlowe. Y ella respondió: «Bueno, ¿y qué?». Ni más ni menos.

—Increíble. Pero todas las señoras de la buena sociedad hablan como golfas en los tiempos que corren.

—No sabría decirlo —me replicó la señorita Riordan con mucha dulzura—. Es probable que algunas sean golfas. Así que le pregunté si tenía un teléfono personal, sin necesidad de extensión, y me dijo que eso no era asunto mío. Pero lo curioso es que no me había colgado.

—Estaba pensando en el collar de jade y no sabía por dónde iba a salir usted. Y quizá Randall ya le hubiera contado algo.

La señorita Riordan negó con la cabeza.

—No. A Randall lo llamé después y no sabía quién era la propietaria del collar hasta que se lo dije. Le sorprendió bastante que lo hubiera descubierto yo.

—Acabará acostumbrándose —dije—. Probablemente no le quedará más remedio. ¿Qué pasó después?

—Pues le dije a la señora Grayle: «Sigue usted queriendo recuperarlo, ¿no es cierto?». Tal cual.

No se me ocurrió nada mejor. Tenía que utilizar algo que la descolocase un poco. Así fue. Se apresuró a darme otro número de teléfono. La llamé y dije que quería verla. Pareció sorprendida. Así que tuve que contarle toda la historia. No le gustó nada. Pero había estado preguntándose por qué no tenía noticias de Marriott. Imagino que quizá pensaba que su amigo se había fugado con el dinero o algo por el estilo. De manera que estoy citada con ella a las dos. Le voy a hablar de usted y de lo estupendo y discreto que es y de cómo sería la persona indicada para ayudarla a recuperarlo, si es que hay alguna posibilidad, y todo lo demás. Ya está bastante interesada. No dije nada. Tan sólo me quedé mirándola. Puso cara de estar dolida. —¿Qué sucede? ¿No lo he hecho bien?

—¿Por qué no se mete en la cabeza que se trata ya de un caso de la policía y que me han aconsejado que no meta la nariz?

—La señora Grayle tiene perfecto derecho a contratarlo a usted si así lo desea. —¿Para hacer qué?

Abrió y cerró varias veces el cierre metálico del bolso, dando evidentes signos de impaciencia.

—Vaya por Dios..., una mujer como ella..., tan atractiva..., no se da cuenta... —No supo cómo continuar y se mordió el labio—. ¿Qué clase de persona era Marriott?

—Apenas lo conocía. Me pareció un tanto afeminado. No me cayó demasiado simpático.

—¿Era un hombre que las mujeres considerarían atractivo?

—Algunas. A otras les daría ganas de vomitar.

—Bien, quizá a la señora Grayle le pareciera atractivo. Salía con él. —Probablemente sale con un centenar de hombres. Ya hay muy pocas posibilidades de recuperar el collar.

—¿Por qué?

Me levanté, fui hasta el fondo del despacho y golpeé la pared con la mano abierta, fuerte. El tecleo de la máquina de escribir se detuvo al otro lado por un momento, pero enseguida se reanudó. Miré, por la ventana abierta, el hueco entre mi edificio y el hotel Mansion House. El olor de la tienda de café era lo bastante sólido como para construir un garaje con él.

Regresé a mi mesa, dejé la botella de whisky en el cajón, lo cerré y volví a sentarme. Luego encendí la pipa por octava o novena vez y contemplé con interés, al otro lado del cristal limpio sólo a medias, la cara seria y sincera de la señorita Riordan.

A uno le podía llegar a gustar mucho aquella cara. Rubias artificialmente embellecidas las hay a patadas, pero allí había un rostro que aguantaría el paso del tiempo. La obsequé con una sonrisa.

—Escucha, Anne. Matar a Marriott fue un error estúpido. La banda que está detrás de ese atraco nunca haría una cosa así a sabiendas. Lo que debió de suceder fue que algún mequetrefe un poco cargado al que llevaron para hacer bulto perdió la cabeza. Marriott hizo un movimiento en falso y algún gamberro le atizó en la cresta y lo hizo tan deprisa que no hubo manera de evitarlo.

Estamos ante una banda organizada con información privilegiada sobre las joyas y las idas y venidas de las mujeres que las llevan. Piden rescates moderados y cumplen lo que prometen. Pero aquí nos encontramos con un asesinato sin pies ni cabeza que no encaja en absoluto. Mi idea es que quienquiera que lo hizo lleva varias horas muerto, con unos pesos colgándole de los tobillos, a mucha profundidad en el Pacífico. Y o bien el collar de jade se ha hundido con él o tienen cierta idea de su valor real y lo han escondido en un sitio donde va a seguir mucho tiempo, quizá años, antes de que se atrevan a sacarlo de nuevo. O, si la banda es lo bastante grande, quizá reaparezca al otro extremo del mundo. Los ocho mil que pidieron parecen muy poca cosa si realmente sabían su valor. Pero sería difícil de vender. Y estoy seguro de una cosa. Nunca tuvieron intención de asesinar a nadie.

Anne Riordan me escuchaba con los labios ligeramente separados y una expresión embelesada, como si estuviera viendo al Dalai Lama.

Cerró la boca despacio y asintió con la cabeza.

—Es usted estupendo —dijo suavemente—. Pero está como una cabra. Se puso en pie y recogió el bolso.

—Irás a verla, ¿sí o no?

—Randall no me lo puede impedir..., si me llama ella.

—De acuerdo. Voy a ver a otro redactor de páginas de sociedad y a conseguir más información sobre los Grayle si puedo. Sobre la vida amorosa de la dueña del collar. Porque la tendrá, ¿no es lo normal?

Su rostro, enmarcado por cabellos de color caoba, adquirió una expresión nostálgica.

—¿Quién no la tiene? —dije yo con tono despectivo.

—Yo no la he tenido nunca. En realidad, no.

Me tapé la boca con una mano. Anne me lanzó una mirada muy intensa y se dirigió hacia la puerta.

—Te has olvidado de algo —le dije.

Se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Qué? —Recorrió con la vista toda la superficie de la mesa.

—Sabes de sobra qué.

Regresó junto a la mesa y se inclinó hacia mí, cargada de razón.

—¿Por qué tendrían que matar al que mató a Marriott, si lo suyo no es el asesinato?

—Porque sin duda será uno de esos tipos a los que se acaba por coger y hablan..., cuando les quitan la droga. Lo que quiero decir es que no matarían a uno de sus clientes.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que el asesino se drogaba?

—No estoy seguro. Sólo lo supongo. La mayoría de los matones lo hacen.

—Ah. —Se enderezó, asintió con la cabeza y sonrió—. Supongo que se refiere a éstos —dijo, metiendo muy deprisa la mano en el bolso y poniendo sobre la mesa un paquetito hecho con papel de seda.

Quitó la goma que lo sujetaba con cuidado y abrió el paquete. Dentro había tres cigarrillos rusos, largos y gruesos, con boquillas de papel. Me quedé mirando a Anne y no abrí la boca.

—Sé que no debiera haberlo hecho —dijo casi jadeante—. Pero sabía que eran cigarrillos de marihuana. De ordinario vienen con papel de fumar corriente, pero en la zona de Bay City, últimamente, los preparan así. He visto varios. Me pareció muy triste que al pobre Marriott lo encontrasen muerto con cigarrillos de marihuana en el bolsillo.

—Tendrías que haberte llevado también la pitillera —dije con mucha calma—. Había polvo dentro. Y el que estuviera vacía les pareció sospechoso.

—No pude..., con usted delante. Casi..., estuve a punto de volver para hacer lo. Pero me faltó valor. ¿Le he perjudicado?

—No —mentí—. ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

—Me alegro —dijo ella con tono nostálgico.

—¿Por qué no te deshiciste de ellos?

Se lo pensó, el bolso apretado contra el costado, el absurdo sombrero de ala ancha tan inclinado que le tapaba un ojo.

—Supongo que se debe a que soy hija de policía —dijo por fin—. Nunca se destruye una prueba.

—Su sonrisa era frágil y culpable y tenía las mejillas encarnadas. Me encogí de hombros.

—Bueno... —La palabra quedó colgada en el aire, como el humo en una habitación cerrada.

Anne no cerró la boca después de pronunciarla. Yo la dejé que siguiera allí. El rubor de sus mejillas se hizo más intenso.

—Lo siento muchísimo. No debiera haberlo hecho.

Tampoco hice ningún comentario. Se dirigió muy deprisa hacia la puerta y salió.

Apreté con un dedo uno de los largos cigarrillos rusos, luego los coloqué cuidadosamente en fila, uno al lado de otro, e hice crujir la silla al moverme. Nunca se destruye una prueba. De manera que eran pruebas. Pero ¿pruebas de qué?

De que una persona fumaba marihuana de cuando en cuando; una persona con aspecto de que cualquier toque de exotismo tenía atractivo para él. Por otra parte, gran cantidad de tipos duros también fumaban, al igual que muchos intérpretes de jazz, alumnos de secundaria y hasta chicas estupendas cansadas de pelear. Hachís americano. Una mala hierba que crece en cualquier sitio. De cultivo ilegal en la actualidad. Eso significa mucho en un país tan grande como los Estados Unidos.

Seguí aspirando el humo de mi pipa, al tiempo que escuchaba el teclear de la máquina de escribir al otro lado de la pared, el ruido de los semáforos en Hollywood Boulevard y el susurro de la primavera en el aire, semejante a una bolsa de papel arrastrada por la brisa sobre una acera de cemento.

Eran francamente grandes, pero les sucede a muchos cigarrillos rusos, y las hojas de marihuana son gruesas. Cáñamo indio. Hachís americano. Eran una prueba. Cielos, qué sombreros se ponen las mujeres. Me dolía la cabeza. Me daban ganas de mandarlo todo al carajo.

Saqué el cortaplumas y abrí la hoja pequeña, la que no utilizaba para limpiar la pipa, y eché mano de uno. Eso era lo que haría un químico de la policía. Abrir uno a todo lo largo y examinar el contenido al microscopio, para empezar. Puede suceder que encontrara algo inusual. No muy probable, pero, qué caramba, ¡para eso le pagaban todos los meses! Abrí uno a todo lo largo. La parte de la boquilla era mucho más dura. Pero yo era un tipo duro y la rajé de todos modos. A ver quién era el guapo que me lo impedía.

Del interior de la boquilla, relucientes fragmentos de fina cartulina enrollada, que contenían letra impresa, se desplegaron en parte. Intenté ordenarlos sobre el cristal de la mesa, pero se me escapaban. Cogí otro de los cigarrillos y traté de ver lo que había dentro de la boquilla. Luego opté por trabajar de otra manera con la hoja del cortaplumas. Fui palpando el cigarrillo hasta el sitio donde empezaba la boquilla. El papel de fumar era muy fino y se sentía la textura de lo que había debajo. De manera que separé cuidadosamente la boquilla y después, todavía con más cuidado, la corté a lo largo, pero sólo lo necesario. Al abrirse descubrió en su interior otra tarjeta, enrollada, esta vez intacta.

La extendí con mimo. Era una tarjeta de visita. De color marfil muy pálido, casi blanco. Impresas en relieve había palabras delicadamente sombreadas. En el ángulo inferior izquierdo, un número de teléfono de Stillwood Heights. En el inferior derecho, la frase «Previa petición de hora». En el centro, un poco más grande, pero siempre discreto: «Jules Amthor». Debajo, un poco más pequeño: «asesor en ciencias ocultas».

Cogí el tercer cigarrillo. Esta vez, con mucho trabajo, conseguí sacar la tarjeta de visita sin cortar nada. El texto era el mismo. Volví a ponerla donde estaba. Miré el reloj de pulsera, dejé la pipa en el cenicero, y tuve que mirar otra vez el reloj para ver la hora que era. Envolví los dos cigarrillos cortados y los trozos de la primera tarjeta en parte del papel de seda, y el pitillo que estaba entero con la tarjeta dentro en otro trozo del papel de seda, y luego guardé los dos paquetitos en el escritorio.

Examiné con atención la tarjeta. Jules Amthor, asesor en ciencias ocultas, previa petición de hora, número de teléfono de Stillwood Heights, sin dirección. Tres tarjetas iguales, enrolladas en el interior de tres porros, dentro de una pitillera de seda china o japonesa con montura de imitación de concha, una mercancía que podía haber costado entre treinta y cinco y setenta y cinco centavos en cualquier tienda oriental, Huey Fuey Sing o Long Sing Tung, uno de esos sitios donde un amarillo muy educado te habla en susurros y ríe encantado cuando le dices que el incienso Luna de Arabia huele como las chicas de los burdeles en los barrios bajos de San Francisco.

Y todo ello en el bolsillo de un individuo que estaba muy muerto y que tenía otra pitillera, lujosa de verdad, con cigarrillos que eran los que fumaba de verdad. Quizá se había olvidado de aquella pitillera. De lo contrario no se entendía. Quizá nunca había sido suya. Quizá se la encontró en el vestíbulo de un hotel y la llevaba encima sin darse cuenta.

Había olvidado devolverla. Jules Amthor, asesor en ciencias ocultas. Sonó el teléfono y contesté distraídamente. La voz tenía la fría dureza de un polizonte convencido de su valía. Era Randall. No ladró. Lo suyo era el tono glacial.

—¿De manera que no sabía quién era la chica de anoche? Le recogió en el bulevar, hasta donde llegó usted andando. Miente con mucho estilo, Marlowe. —Quizá tenga usted una hija y no creo que le gustase que los reporteros gráficos le saltasen de entre la maleza y la deslumbraran con sus flashes.

—Me mintió.

—Fue un placer.

Guardó silencio un momento, como si debatiera algo consigo mismo. —Lo dejaremos pasar —dijo—. He hablado con ella. Vino y me contó su historia. Sucede que es hija de un hombre que conocí y respeté.

—La señorita Riordan le contó su historia —dije— y usted le contó la suya.

—Le conté un poco —dijo Randall con frialdad—. Y por una razón. La misma por la que ahora le llamo a usted. Esta investigación se va a llevar en secreto. Tenemos una posibilidad de acabar con esa banda de ladrones de joyas y vamos a aprovecharla.

—Así que hoy es un asesinato perpetrado por una banda. De acuerdo. —Por cierto, era polvo de marihuana lo que había en esa pitillera tan curiosa..., con los dragones pintados. ¿Está seguro de que no le vio fumarse ningún cigarrillo de ahí?

—Por completo. En mi presencia sólo fumó de los otros.

Pero no estuvo en mi presencia todo el tiempo.

—Entiendo. Bien, eso es todo. Recuerde lo que le dije anoche. No tome iniciativas en este caso. Todo lo que queremos de usted es silencio. De lo contrario... Hizo una pausa. Bostecé ante el teléfono.

—Lo he oído —dijo Randall con tono cortante—. Quizá piensa que no estoy en condiciones de cumplir mis amenazas. Sí que lo estoy. Un movimiento en falso y lo encerraremos como testigo presencial.

—¿Me quiere decir que la prensa no se va a enterar de nada?

—Se les informará del asesinato, pero no sabrán lo que hay detrás. —Tampoco lo sabe usted.

—Yale he advertido dos veces —dijo—. A la tercera, se acabó.

—Habla usted demasiado —le respondí— para un tipo que tiene tantos triunfos en la manga.

Aquello sirvió para que Randall colgara como quien da un portazo. Muy bien, al diablo con él, que se lo trabajara solo. Me paseé por la oficina para calmarme un poco, me serví medio whisky, volví a mirar el reloj sin enterarme de la hora y me senté una vez más ante el escritorio. Jules Amthor, asesor en ciencias ocultas. Consulta previa petición de hora. Si se le da el tiempo suficiente y se le paga el dinero adecuado, resolverá cualquier problema, desde un marido hastiado hasta una plaga de langostas. Sería experto en amores frustrados, en mujeres que dormían solas y no les gustaba, en chicos y chicas que se habían marchado de casa y no escribían, en saber si una propiedad había que venderla ya o era mejor esperar un año más, en «esta interpretación que me ofrecen, ¿me perjudicará ante mi público o servirá para que parezca más polifacética?». También los varones irían a verlo de tapadillo, tipos grandes y fuertes que rugían como leones en sus despachos pero a los que, debajo del chaleco, no les llegaba la camisa al cuerpo.

Pero serían sobre todo mujeres, mujeres gordas que jadeaban y flacas que se quemaban, viejas que soñaban y jóvenes con un posible complejo de Electra, mujeres de todos los tamaños, aspectos y edades, pero con una cosa en común: dinero. Seguro que el señor Jules Amthor no pasaba consulta los jueves en el hospital del distrito. Dinero en efectivo. Mujeres ricas a las que quizá el lechero tuviera que perseguir para que le abonaran la cuenta del mes, a él seguro que le pagaban sin dilación.

Un artista de la estafa, difusor de patrañas, y un sujeto cuyas tarjetas habían aparecido enrolladas en los cigarrillos de marihuana que llevaba encima un cadáver. La cosa prometía. Descolgué el auricular y pedí a la telefonista el número de Stillwood Heights.

Me contestó una voz de mujer, seca, ronca, con acento extranjero:

—Diga.

—¿Podría hablar con el señor Amthor?

—Ah, no. Lamento. Siento mucho. Amthor nunca habla por teléfono. Soy secretaria. ¿Dejar quiere mensaje?

—¿Cuál es la dirección? Quiero verlo.

—Ah, ¿usted quiere consultar Amthor profesionalmente? Alegrará mucho. Pero es muy ocupado. ¿Cuándo quiere ver?

—Inmediatamente. Hoy mismo.

—Ah —se lamentó la voz—; no puede ser. Semana próxima, quizá. Miraré agenda.

—Oiga —dije—, olvídense de la agenda. ¿Tiene lápiz?

—Claro que tengo el lápiz. Me...

—Apunte. Me llamo Philip Marlowe. Mi dirección es 615 Edificio Cahuenga, Hollywood. Eso está en Hollywood Boulevard, cerca de Ivar. Mi teléfono es Glenview 7537.

—Deletreé las palabras más difíciles y esperé.

—Sí, señor Marlowe. Apuntado.

—Quiero ver al señor Amthor acerca de un individuo llamado Marriott. —Se lo deletreé—. Es muy urgente. Cuestión de vida o muerte. Quiero verlo enseguida. Enseguida. Pronto. Cuanto antes, dicho de otra manera. ¿Me explico?

—Habla usted muy extraño —dijo la voz extranjera.

—No. —Agité con fuerza el pie del teléfono—. Me encuentro perfectamente. Siempre hablo así. Se trata de un asunto muy extraño. El señor Amthor querrá verme con toda seguridad. Soy detective privado. Pero no quiero ir a la policía hasta que haya hablado con él.

—Ah. —La voz se volvió tan fría como una cena de cafetería—. Es usted de la policía, ¿no?

—Escuche —dije—. ¿Soy de la policía? No. Soy detective privado. Asunto confidencial. Pero muy urgente de todos modos. Usted me llamará, ¿no? Tiene número de teléfono, ¿sí?

—Sí. Tengo número de teléfono. El señor Marriott, ¿está enfermo? —Bueno, no sale a la calle —dije—. ¿De manera que lo conoce?

—No, no. Usted dice cuestión de vida o muerte. Amthor cura mucha gente... —En este caso fracasó —dije—. Esperaré su llamada.

Colgué y me lancé a por la botella de whisky. Tenía la sensación de haber pasado por una trituradora. Diez minutos más tarde sonó el teléfono. La voz dijo:

—Amthor verá a usted a las seis en punto.

—Eso está bien. ¿Cuál es la dirección?

—Mandaré coche.

—Tengo coche propio. Deme la...

—Mandaré coche —dijo la voz fríamente, y el teléfono me hizo clic en el oído. Miré el reloj una vez más. Era más que hora de almorzar. Me ardía el estómago después del último whisky, pero no tenía hambre. Encendí un pitillo. Me supo a pañuelo de fontanero. Hice una inclinación de cabeza al señor Rembrandt, al otro lado del despacho, me puse el sombrero y salí. Ya estaba a mitad de camino hacia el ascensor cuando se me ocurrió. Se me ocurrió sin motivo ni razón, como se le cae a uno encima un ladrillo. Me detuve y me apoyé contra la pared de mármol, le di la vuelta al sombrero, y me eché a reír de repente.

Una chica que se cruzó conmigo, procedente del ascensor, de vuelta a su trabajo, me lanzó una de esas miradas que, según dicen, hace que sientas en la columna vertebral algo así como una carrera en una media. La saludé con un gesto de la mano, regresé a mi despacho y eché mano del teléfono. Llamé a un tipo que conocía y que trabajaba en el registro de una empresa inmobiliaria.

—¿Podrías encontrar una propiedad sólo con la dirección?
—le pregunté.

—Claro. Tenemos un fichero de comprobaciones. ¿Dónde está esa propiedad?

—1644 West 54th Place. Me gustaría saber algunos detalles sobre la situación del título de propiedad.

—Será mejor que te vuelva a llamar yo. ¿En qué teléfono estás?

Tardó unos tres minutos.

—Saca el lápiz —dijo. Es la parcela 8 de la manzana u de la Adición Cara day a la Zona Maplewood número 4. La propietaria del título, con reservas por ciertos detalles, es Jessie Pierce Florian, viuda.

—Sí. ¿Qué detalles?

—Pago de la mitad del impuesto catastral, dos créditos de diez años para mejora de la calle, otro crédito de diez años para reparación del alcantarillado, todos ellos cancelables, y también un primer contrato fiduciario por un importe de 2.600 dólares.

—¿Te refieres a uno de esos documentos que permiten dejar a alguien en la calle por medio de unos trámites que duran diez minutos?

—No tan deprisa como todo eso, pero mucho más deprisa que si se tratara de una hipoteca. No tiene nada de extraordinario a excepción de la cantidad. Es alta para ese barrio, a no ser que se trate de una casa nueva.

—Es una casa muy vieja y está mal conservada —dije—. No creo que nadie diera por ella más de mil quinientos.

—En ese caso se sale por completo de lo corriente, dado que la nueva financiación se firmó hace sólo cuatro años.

—De acuerdo. ¿Quién hizo el contrato? ¿Alguna sociedad de inversiones? —No. Un individuo llamado Lindsay Marriott, soltero. ¿Era lo que querías saber? No recuerdo lo que le dije ni cómo le di las gracias. Probablemente le parecieron simples palabras. Me quedé un rato sin hacer nada, mirando la pared.

De repente se me arregló el estómago. Tenía hambre. Bajé a la cafetería de Mansion House, almorcé y saqué el coche del aparcamiento al lado de mi despacho. Me dirigí hacia el sudeste, camino de West 54th Place. Esta vez no llevaba conmigo una botella de whisky.

La manzana tenía exactamente el mismo aspecto que el día anterior. La calle estaba desierta, a excepción del camión del hielo, de dos Fords en las entradas para coches de otras tantas casas y de un remolino de polvo en una esquina. Pasé muy despacio por delante del número 1644, aparqué más allá y examiné las viviendas a ambos lados de la que me interesaba. Regresé a pie y me detuve delante, contemplando la palmera, con aspecto de aguantar lo que le echaran, y el miserable trozo de césped que nadie se molestaba en regar. La casa parecía vacía, pero probablemente no lo estaba. Sólo lo parecía. La solitaria mecedora del porche seguía exactamente en el mismo sitio. En el caminito que llevaba hasta la entrada había un periódico, arrojado aquella mañana por el repartidor. Lo recogí, me golpeé la pierna con él y vi cómo se movía un visillo en la casa de al lado, en la ventana más próxima.

De nuevo la vieja entrometida. Bostecé y me empujé el sombrero hacia atrás. Una nariz muy afilada casi se aplastó contra el cristal. Pelo blanco por arriba y ojos que, desde donde yo estaba, no eran más que una mirada. Eché a andar por la acera y los ojos me siguieron. Torcí al llegar a la altura de su casa. Subí los escalones de madera y toqué el timbre.

La puerta se abrió como movida por un resorte y me encontré delante de una vieja alta, de aspecto pajaril y barbilla de conejo. Vistos desde cerca, sus ojos eran tan penetrantes como luces sobre un agua inmóvil. Me quité el sombrero.

—¿Es usted la persona que llamó a la policía acerca de la señora Florian?

Me miró fríamente y su examen de toda mi persona fue tan completo que, probablemente, ni siquiera se le escapó el lunar que tengo en el omóplato derecho.

—No voy a decir que sí, joven, ni tampoco que no. ¿Quién es usted? —Tenía una voz aguda y gangosa, hecha para hacerse oír en medio de un tumulto. —Soy detective.

—¡Haberlo dicho antes, demontres! ¿Qué ha sido esta vez?

No he visto nada aunque no he faltado ni un minuto. Henry se ha encargado de ir a la tienda. Pero no se ha oído ni un ruido en esa casa. Quitó el gancho de la puerta mosquitera y me dejó entrar. El recibidor, que olía a cera, estaba repleto de muebles oscuros de buena calidad que estuvieron de moda en otro tiempo. Tableros con incrustaciones y con adornos en las esquinas.

Pasamos a una sala de estar que tenía antimacasares de algodón con encajes prendidos con infinitos alfileres.

—Oiga, ¿no le he visto antes? —preguntó de repente, con un atisbo de sospecha en la voz—. Claro que sí. Usted es la persona que...

—Tiene razón. Pero no dejo de ser detective. ¿Quién es Henry?

—¿Henry? No es más que un chico de color que me hace los recados. Bien, ¿qué es lo que quiere, joven? —Se dio palmaditas en el limpio delantal rojo y entrechocó un par de veces la dentadura postiza para hacer prácticas. — ¿Vinieron ayer los agentes después de entrar en casa de la señora Florian? —¿Qué agentes?

—Los agentes de uniforme —dije pacientemente.

—Sí, estuvieron aquí un minuto. No sabían nada.

—Describame al hombre alto y corpulento..., el que tenía una pistola y fue la razón de que llamara usted a la policía.

Lo describió, con total precisión. No había duda de que se trataba de Malloy. —¿Cómo era el coche que llevaba?

—Pequeño. Apenas cabía.

—¿Es todo lo que puede decir? ¡Se trata de un asesino!

La boca se le abrió, pero en sus ojos apareció un brillo de satisfacción.

—Demontres, me gustaría ayudarle, joven, pero nunca he sabido mucho de coches. Asesinato, ¿eh? Ya nadie está a salvo en esta ciudad. Cuando vine a vivir aquí, hace veintidós años, casi nunca cerrábamos la puerta con llave. Ahora no hay más que gánsters, policías corruptos y políticos luchando entre sí con ametralladoras, según he oído. Un escándalo; eso es lo que es, joven.

—Sí. ¿Qué sabe usted de la señora Florian?

Torció el gesto.

—No es nada amable. Tiene la radio a todo volumen hasta altas horas de la noche. Canta. No habla con nadie. —Se inclinó un poco hacia adelante—. No lo puedo asegurar, pero mi opinión es que bebe.

—¿Recibe muchas visitas?

—Ninguna.

—Lo sabe usted con seguridad, señora...

—Señora Morrison. Claro que sí, demontres. ¿Qué otra cosa puedo hacer, excepto mirar por la ventana?

—Seguro que es muy entretenido. ¿La señora Florian lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Cosa de diez años, calculo. Tuvo marido en otro tiempo. Poco recomendable, creo yo. Murió.

—Hizo una pausa para pensar—. Imagino que de muerte natural —añadió—. Nunca he oído otra cosa.

—¿Le dejó dinero?

Se le hundieron los ojos y la barbilla retrocedió con ellos. Olisqueó con intensidad.

—Usted ha estado bebiendo —dijo con frialdad.

—Me acaban de sacar una muela. Prescripción del dentista.

—Estoy en contra.

—No es nada conveniente, excepto como medicina —dije.

—Ni siquiera como medicina.

—Es muy posible que tenga usted razón —dije—. ¿Le dejó dinero? ¿Su marido?

—No sabría decirle. —Su boca tenía el tamaño y el aspecto de una ciruela pasa. Sólo me quedaba batirme en retirada.

—¿Ha entrado alguien en casa de la señora Florian después de los agentes? —No he visto a nadie.

—Muchísimas gracias, señora Morrison. No voy a molestarla más. Ha sido usted muy amable y nos ha ayudado mucho.

Salí de la sala y abrí la puerta principal. Me siguió, se aclaró la garganta y entrechocó los dientes un par de veces más.

—¿A qué teléfono debo llamar? —preguntó, ablandándose un poco. —University 45000. Pregunte por el teniente Nulty. ¿De qué vive? ¿Beneficencia?

—En este barrio no vive nadie de la beneficencia —me respondió con gran frialdad la señora Morrison.

—Seguro que ese mueble fue en otro tiempo la admiración de Sioux Falls —dije contemplando un aparador tallado que estaba en el recibidor porque en el comedor no cabía. Lados curvos, finas patas talladas, todo él con incrustaciones y, en el panel delantero, un cesto de fruta.

—Mason City —dijo con voz más amable—. Sí señor, allí teníamos una buena casa en otro tiempo, George y yo. La mejor.

Abrí la puerta mosquitera, salí y volví a darle las gracias. Ahora sonreía, y su sonrisa era tan áspera como su mirada.

—Recibe una carta certificada el primero de mes —dijo de repente. Me volví y esperé. Se inclinó hacia mí.

—El cartero llama a la puerta ese día y le hace firmar. Todos los meses. Y ella se viste de punta en blanco y sale. No vuelve hasta las tantas. Canta toda la noche. Hay veces en que podría haber llamado a la policía por lo mucho que grita.

Di unas palmaditas a un brazo tan delgado como lleno de malevolencia.

—Es usted una entre mil, señora Morrison —dije. Me puse el sombrero, me toqué el ala a modo de saludo y di la vuelta. A mitad de camino hacia la calle, me acordé de algo y volví. La señora Morrison no se había movido, la puerta principal todavía abierta tras ella. Subí los tres escalones hasta el porche.

—Mañana es primero de mes —dije—. Primero de abril. Día de los inocentes. Compruebe si recibe su carta certificada, ¿se acordará, señora Morrison?

Sus ojos me lanzaron destellos de complicidad y se echó a reír, una risa de anciana, muy aguda.

—El día de los inocentes —repitió sin contener apenas la risa—. Quizá no la reciba. La dejé riendo. Sonaba como una gallina con hipo.

Nadie contestó en la casa de al lado cuando llamé primero al timbre y luego a la puerta con los nudillos. Hice otra tentativa. El gancho de la puerta mosquitera no estaba puesto. Probé con la puerta principal. Tampoco estaba cerrada, de manera que entré. Nada había cambiado, ni siquiera el olor a ginebra. Y seguía sin haber cuerpos tendidos en el suelo. Sobre la mesita vecina a la silla donde se sentara el día anterior la señora Florian había un vaso usado. La radio estaba apagada. Me acerqué al sofá y palpé detrás de los almohadones. La botella vacía del día anterior tenía ya una compañera.

Llamé. Nadie me respondió. Luego me pareció oír una respiración larga y lenta, nada alegre, que era más bien un gemido. Atravesé el arco y llegué hasta el pequeño pasillo. La puerta del dormitorio estaba abierta a medias y el ruido semejante a una queja venía de detrás. Asomé la cabeza y miré. La señora Florian estaba en la cama, boca arriba, con una colcha tapándola hasta la barbilla, una de cuyas borlas de adorno casi se le había metido en la boca. Se le habían aflojado todos los músculos del largo rostro amarillento y parecía medio muerta. Los cabellos, sucios, se extendían desordenadamente por la almohada. Sus ojos se abrieron lentamente y me miró sin expresión.

Del dormitorio se desprendía un repulsivo olor a sueño, a ginebra y a ropa sucia. Un despertador de tres al cuarto hacía tictac sobre la blanquecina pintura descascarillada de la cómoda. Su tictac era tan fuerte que hacía temblar las paredes. Por encima, un espejo mostraba una imagen deformada del rostro de la señora Florian. El baúl del que sacara las fotos seguía abierto.

—Buenas tardes, señora Florian —dije—. ¿Está enferma?

Consiguió, muy despacio, juntar los labios y, después de frotarlos entre sí, sacó la lengua para humedecérselos; finalmente, empezó a mover la mandíbula. La voz le brotó de la boca como si procediera de un disco de gramófono muy estropeado. En sus ojos apareció una luz de reconocimiento, aunque no de agrado.

—¿Lo han pillado?

—¿A Malloy?

—Claro.

—Todavía no; pero pronto, espero.

Cerró con fuerza los ojos y luego los abrió bruscamente como si tratase de librarse de una sustancia extraña que los cubría.

—Debería tener la puerta de su casa cerrada con llave —dije—. Podría volver. —Cree que le tengo miedo a Malloy, ¿no es eso?

—Se comportó como si se lo tuviera cuando hablé ayer con usted. Se puso a pensar sobre lo que le decía, pero era un trabajo muy duro. —¿Tiene whisky?

—No; hoy no he traído, señora Florian. Ando un poco escaso de dinero. —La ginebra es barata y pega fuerte.

—Quizá salga a comprarla dentro de un rato. ¿De manera que le asusta Malloy? —¿Por qué tendría que asustarme?

—De acuerdo, no le tiene miedo. ¿Qué es lo que le asusta entonces?

Sus ojos brillaron por un momento, pero enseguida volvieron a apagarse. —Bah, váyase con viento fresco. Ustedes los polis me dan dolor de estómago.

No dije nada. Me recosté contra la jamba de la puerta, me puse un pitillo en la boca y traté de alzarlo lo bastante para darme con él en la nariz, algo que es más difícil de lo que parece.

—Los polis —dijo la señora Florian muy despacio, como si hablara sola— nunca atraparán a ese muchacho. Es listo, tiene dinero y además amigos. Está perdiendo el tiempo, piesplanos.

—Sólo hacemos nuestro trabajo —dije—. De todos modos, se puede decir que fue un caso de legítima defensa. ¿Dónde imagina que está?

Rió entre dientes y luego se limpió la boca con la colcha de algodón. —Ahora me da un poco de jabón —dijo—. El toque de terciopelo. Astucias de piesplanos. Todavía creen que les sirven para algo.

—A mí Malloy me cayó simpático —dije.

El interés se asomó a sus ojos.

—¿Lo conoce?

—Estaba ayer con él..., cuando mató al negro en Central Avenue.

La señora Florian abrió mucho la boca y se desternilló sin hacer más ruido del que haría cualquiera partiendo un colín. Las lágrimas de risa, desbordadas, le corrieron por las mejillas.

—Un tipo grande y fuerte —dije—. Tampoco le falta corazón. Decidido a recuperar a su Velma.

A la señora Florian se le velaron los ojos.

—Creía que era su familia la que estaba buscándola —dijo en voz baja. —Lo está. Pero usted me dijo que había muerto. Que no había nada que hacer. ¿Dónde murió?

—En Dalhart, Texas. Un resfriado que se le bajó al pecho y acabó con ella. —¿Usted la vio?

—Claro que no. Me lo contaron.

—Ah. ¿Quién se lo dijo, señora Florian?

—Alguna bailarina. Ahora no recuerdo el nombre. Quizá una copa me ayudara. Tengo la impresión de estar en el Valle de la Muerte.

«Y parece una mula muerta», pensé, pero no lo dije en voz alta.

—Sólo hay una cosa más —dije—, y quizá después salga a por un poco de ginebra. Se me ocurrió mirar la escritura de propiedad de su casa, no sé exactamente por qué. Su cuerpo adquirió rigidez bajo la ropa de la cama, como si fuese una mujer de madera. Incluso los párpados se detuvieron a mitad de camino sobre los turbios iris de los ojos. Dejó de respirar.

—Hay constancia de un primer préstamo con la casa como garantía —dije—. Un préstamo importante si se tiene en cuenta el escaso valor de la propiedad en esta zona. Y quien concedió el préstamo fue un individuo llamado Lindsay Marriott.

Parpadeó muy deprisa varias veces, pero no se movió. Siguió mirándome fijamente.

—Trabajaba para él —dijo por fin—. Fui criada de su familia. Puede decirse que se ocupa de mí hasta cierto punto.

Me saqué de la boca el cigarrillo que no había encendido aún, lo contemplé como si no supiera qué hacer con él y me lo volví a meter en la boca.

—Ayer por la tarde, pocas horas después de mi conversación con usted, el señor Marriott llamó a mi despacho para ofrecerme un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? —La voz se le había enronquecido mucho. Me encogí de hombros.

—Eso no se lo puedo decir. Confidencial. Fui a verlo anoche.

—Es usted un hijo de puta muy listo —dijo con dificultad, mientras una de sus manos se movía bajo la ropa de la cama.

Me la quedé mirando sin decir nada.

—Un piesplanos muy listo —dijo con soma.

Moví una mano arriba y abajo por la jamba de la puerta. Estaba pegajosa. Bastaba tocarla para sentir ganas de darse un baño.

—Bien, eso es todo —dije amablemente—. Sólo me preguntaba cuál podía ser la razón. Quizá no tenga importancia. Tan sólo una coincidencia. Pensé, sencillamente, que podía querer decir algo.

—Muy listo para piesplanos —dijo, sin convicción ya—. Ni siquiera un poli de verdad. Nada más que un detective de tres al cuarto.

—Supongo que sí —dije—. Bueno, hasta la vista, señora Florian. Por cierto, no creo que reciba usted una carta certificada mañana por la mañana.

Apartó la ropa de la cama y se irguió de golpe con los ojos echando chispas. Algo le brillaba en la mano derecha. Un revólver muy pequeño, de calibre 22 y cañón corto. Viejo y gastado, pero con aspecto de funcionar perfectamente.

—Diga lo que tenga que decir —rugió—. Y dígallo deprisa.

Miré al revólver y el revólver me miró. No con demasiada firmeza.

La mano que lo sostenía empezó a temblar, pero los ojos aún echaban chispas y en las comisuras de la boca burbujeaba la saliva.

—Usted y yo podríamos trabajar juntos —dije.

Revólver y mandíbula cayeron al mismo tiempo. Yo me encontraba a pocos centímetros de la puerta. Mientras el arma seguía cayendo, me deslicé hasta el otro lado, a cubierto de vistas.

—Piénselo bien —dije, volviéndome.

No se oyó nada, ni el más mínimo ruido. Atravesé de prisa el pasillo y el comedor y salí de la casa. Tuve una sensación extraña en la espalda mientras bajaba por el sendero hasta la acera. Como si los músculos se me retorcieran. No sucedió nada. Seguí calle adelante, llegué hasta mi coche y me marché de allí. Era el último día de marzo, pero hacía calor de verano. Mientras conducía tuve ya ganas de quitarme la chaqueta. Delante de la comisaría de la calle Se tenta y siete, dos policías de un coche patrulla fruncían el ceño ante un parachoques abollado. Crucé las puertas batientes y encontré a un teniente de uniforme que, detrás del espacio acotado, estudiaba el registro con las últimas detenciones. Le pregunté si Nulty estaba en su despacho. Respondió que le parecía que sí y que si yo era amigo suyo. Dije que sí. De acuerdo, respondió, suba, de manera que subí las gastadas escaleras, avancé por el pasillo y llamé a la puerta. Una voz dio un grito y entré. Nulty, sentado en una silla y con los pies en otra, se estaba hurgando los dientes con un palillo. Se miraba el pulgar izquierdo, colocado a la altura de los ojos y lo más lejos que le permitía la longitud del brazo.

Al pulgar, en mi opinión, no le pasaba nada, pero la mirada de Nulty era sombría, como si pensara que tenía muy pocas esperanzas. Luego se llevó la mano al muslo, bajó los pies al suelo y me miró en lugar de contemplarse el pulgar. Llevaba un traje gris oscuro y los restos de un cigarro muy mordido esperaban sobre la mesa a que terminara con el mondadientes. Di la vuelta a la funda de fieltro de la segunda silla, cuyas cintas no estaban sujetas a nada, me senté y me puse un pitillo en la boca.

—Usted —dijo Nulty, y miró el mondadientes, para ver si estaba suficientemente mascado.

—¿Alguna novedad?

—¿Malloy? Ya no me ocupo de eso.

—¿Quién, entonces?

—Nadie. ¿Por qué? Se nos ha escapado. Fíjense mandado su descripción por teletipo y se han puesto carteles en las comisarías. Pero seguro que ya está en México.

—Bueno; todo lo que ha hecho ha sido matar a un negro —dije—. Supongo que eso no es más que un delito de poca monta.

—¿Todavía le interesa? Creía que estaba trabajando. —

Sus ojos incoloros se me pasearon por toda la cara con una mirada acuosa.

—Tuve un trabajo ayer, pero no duró mucho. ¿Todavía conserva la foto de la chica disfrazada de Pierrot?

Extendió un brazo y buscó bajo el secante. Cuando la tuvo en la mano me la mostró.

La chica seguía pareciendo bonita. Contemplé su cara.

—En realidad esa foto es mía —dije—. Si no la necesita, me gustaría quedármela.

—Debería ir con el expediente, supongo —dijo Nulty—. Pero me olvidé de ella. De acuerdo, quédese la sin que nadie se entere, porque el expediente lo he entregado ya. Me guardé la foto en el bolsillo del pecho y me puse en pie.

—Bien —dije, quizá con excesiva displicencia—. Creo que eso es todo. —Huelo algo —dijo Nulty con frialdad. Miré el trozo de cuerda en el borde de la mesa. Sus ojos siguieron la dirección de los míos. Tiró el mondadientes al suelo y se puso en la boca los restos del cigarro.

—No se trata de esto —dijo.

—Todo lo que tengo es un vago presentimiento. Si llega a ser algo más sólido no me olvidaré de usted.

—Estoy en una situación muy difícil. Necesito una oportunidad, amigo. —Un hombre que trabaja tanto como usted se la merece —dije.

Encendió un fósforo con la uña del pulgar, puso cara de satisfacción al lograrlo a la primera y empezó a inhalar el humo del cigarro.

—Me estoy riendo —dijo Nulty con voz muy triste mientras yo salía de su despacho. El corredor estaba en silencio; todo el edificio permanecía en calma. Abajo, en la calle, los dos agentes del coche patrulla seguían mirando el parachoques abollado. Volví en mi automóvil a Hollywood.

El teléfono estaba sonando cuando entré en el despacho. Me incliné sobre el escritorio.

—¿Diga?

—¿Hablo con el señor Philip Marlowe?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de parte de la señora Lewin Lockridge Grayle.

Le gustaría verle tan pronto como le sea posible.

—¿Dónde?

—La dirección es Aster Drive, 862, en Bay City. ¿Puedo decir que llegará usted en el espacio de una hora?

—¿Es usted el señor Grayle?

—Nada de eso. Habla usted con el mayordomo.

—¿No oye llamar ya al timbre de la puerta? Pues soy yo —dije.

Se sentía en el aire la presencia del océano, porque estaba cerca, pero no se veía el agua desde delante de la finca. Aster Drive hacía allí una larga curva muy suave y las casas situadas hacia el interior no pasaban de ser viviendas agradables, pero del lado de la costa se extendían grandes propiedades silenciosas, con muros casi de cuatro metros de altura, verjas de hierro forjado y setos ornamentales; y dentro, si es que podías entrar, una variedad especial de luz de sol, muy silenciosa, almacenada, en contenedores a prueba de ruido, exclusivamente para las clases altas.

Un individuo con una casaca de color azul marino, brillantes polainas negras y pantalones anchos se hallaba delante de la verja a medio abrir. Un muchacho moreno, bien parecido, ancho de hombros y de pelo suave y reluciente. La visera de la gorra —ladeada con gracia— le arrojaba una sombra suave sobre los ojos. Tenía un cigarrillo en la comisura de la boca y la cabeza un poco inclinada, como para evitar que el humo se le metiera en la nariz. Llevaba una mano cubierta por una manopla negra y la otra descubierta, con una voluminosa sortija en el dedo corazón.

No se veía el número de la casa, pero debía de ser el 862. Detuve el coche, me asomé y le pregunté. El tipo de la casaca tardó un buen rato en contestar. Tuvo que examinarme con gran detenimiento. También el coche que conducía. Se me acercó y, al hacerlo, bajó distraídamente la mano desenguantada hacia la cadera. Era el tipo de descuido destinado a hacerse notar. Se detuvo a medio metro de mi automóvil y volvió a mirarme de arriba abajo. —Estoy buscando la residencia de los señores Grayle — dije.

—Es ésta. Pero no hay nadie.

—Me están esperando.

Asintió con la cabeza. Sus ojos brillaron como agua.

—¿Su nombre?

—Philip Marlowe.

—Espere ahí. —Se dirigió sin prisa hacia la verja y abrió una puertecita de hierro situada en uno de los sólidos pilares. Dentro había un teléfono. Habló brevemente, cerró con fuerza la puertecita y volvió hacia mí.

—¿Algún documento que acredite su identidad?

Le señalé el permiso de circulación encima de la guantera.

—Eso no prueba nada —dijo—. ¿Cómo sé yo que el coche es suyo?

Apagué el motor del coche, saqué la llave de contacto, abrí la portezuela y salí. Eso me dejó a menos de treinta centímetros de mi interlocutor. Le olía bien el aliento. Haig and Haig como mínimo.

—Te has servido otra vez del aparador —le dije.

Sonrió. Sus ojos me calibraron.

—Escucha —dije—: hablaré por ese teléfono con el mayordomo y él reconocerá mi voz. ¿Bastará eso o tendrás que llevarme a caballo?

—No soy más que un empleado —dijo en tono conciliador—. Si no lo fuera... —Siguió sonriendo sin terminar la frase.

—Eres un chico simpático —dije, acompañando la frase con unas palmaditas en el hombro—. ¿Dartmouth o Dannemora?

—Dios —dijo—. ¿Por qué no me ha dicho que era policía?

Los dos sonreímos. Hizo un gesto con la mano y pasé por la verja a medio abrir. La avenida que conducía hasta la casa hacía una curva, y altos setos recortados de color verde oscuro la ocultaban por completo de la calle y de la casa. A través de una puerta de hierro pintada de verde vi a un jardinero japonés que quitaba las malas hierbas de una enorme extensión de césped. Estaba arrancando a un intruso de la aterciopelada superficie y lo trataba desdeñosamente, como tienen por costumbre los jardineros japoneses. Luego el alto seto se cerró de nuevo y no vi nada más por espacio de treinta metros, hasta que la avenida concluyó en un amplio círculo en el que estaba aparcada media docena de automóviles.

Uno de ellos era un pequeño cupé. Había un par de Buicks de dos colores muy bonitos y último modelo, lo bastante buenos sin duda para ir con ellos a recoger el correo. No faltaba, además, una limusina negra, con la rejilla del radiador de níquel mate y tapacubos del tamaño de ruedas de bicicleta. Y un largo deportivo descapotable. Una breve calzada muy ancha de cemento llevaba desde allí hasta la entrada lateral de la casa.

Hacia la izquierda, más allá del espacio reservado para aparcar, había un jardín situado a un nivel más bajo, con una fuente en cada una de sus cuatro esquinas. La entrada estaba cerrada por otra verja de hierro forjado, adornada en el centro por un Cupido en vuelo. Había bustos sobre esbeltos pilares y un asiento de piedra con grifos agazapados en los extremos. Y un estanque ovalado con nenúfares de piedra y una gran rana del mismo material sobre una de las hojas.

Todavía más allá, una rosaleta conducía a algo muy parecido a un altar, resguardado por setos a ambos lados, pero no hasta el punto de evitar que la luz del sol formase un arabesco en los escalones. Y mucho más hacia la izquierda había un jardín silvestre, no muy grande, con un reloj de sol cercano a un ángulo del muro construido para dar apariencia de ruina. Tampoco faltaban las flores. Un millón de flores.

La casa misma no era para tanto. Más pequeña que el palacio de Buckingham, más bien gris tratándose de California y, probablemente, con menos ventanas que el edificio Chrysler.

Me deslicé hasta la entrada lateral, toqué un timbre y en algún lugar un carillón emitió un melodioso sonido profundo, como de campanas de iglesia. Un sujeto con un chaleco a rayas y botones dorados abrió la puerta, hizo una reverencia, me cogió el sombrero y concluyó con ello la jornada de trabajo. Detrás de él, en la penumbra, otro individuo con pantalones a rayas impecablemente planchados, chaqueta negra y camisa de frac con corbata gris de rayas inclinó hacia adelante la canosa cabeza cosa de un centímetro y dijo:

—¿Señor Marlowe? Si tiene la amabilidad de seguirme...

Avanzamos por un corredor en completo silencio. Ni siquiera una mosca zumbaba en él. El suelo estaba cubierto de alfombras orientales y había cuadros a lo largo de las paredes. Doblamos una esquina y el corredor continuó.

Una puertaventana me permitió ver a lo lejos un brillo de agua azul, lo que me hizo recordar, casi con sorpresa, que estábamos cerca del mar y que la casa se hallaba sobre el borde de una de las gargantas que terminan en el Océano Pacífico.

El mayordomo llegó a una puerta; al abrirla salió del interior un rumor de voces. Luego se hizo a un lado para dejarme pasar. Era una habitación muy agradable con amplios sofás y cómodos sillones tapizados de cuero amarillo pálido, distribuidos alrededor de una chimenea delante de la cual, sobre un suelo reluciente pero no resbaladizo, había una alfombra tan fina como si fuese de seda y tan antigua como la tía de Esopo. Una profusión de flores brillaba en un rincón, otra en una mesa baja y las paredes estaban pintadas de un color mate a imitación de pergamino. Todo era cómodo, espacioso, acogedor, con un toque de lo muy moderno y otro de lo muy antiguo, y había tres personas sentadas que guardaron silencio de repente mientras yo atravesaba la habitación.

Una de ellas era Anne Riordan, con el mismo aspecto que la última vez que la había visto, excepto que tenía en la mano un vaso con un líquido ambarino. Otra era un hombre alto y delgado, de rostro melancólico, barbilla saliente, ojos hundidos y sin otro color en la cara que el amarillo de una persona enferma. Tenía sus buenos sesenta años, probablemente no tan buenos. Llevaba un terno oscuro, un clavel rojo y parecía un tanto apagado. La tercera era la rubia, que llevaba un vestido de calle, de color azul verdoso pálido. No me fijé demasiado en la ropa. Era lo que su modisto diseñaba para ella y sin duda la señora Grayle iba al mejor.

El efecto era hacer que pareciese muy joven y muy azules sus ojos de color lapislázuli. Sus cabellos estaban hechos con el oro de los viejos maestros y peinados lo justo, pero no demasiado. Poseía un perfecto conjunto de curvas que nadie habría sido capaz de mejorar. El traje era bastante sencillo a excepción de un broche de brillantes en la garganta. No tenía las manos pequeñas, pero sí bien formadas, y las uñas, pintadas de color morado, ofrecían la habitual nota discordante. Y me estaba obsequiando con una de sus sonrisas. Daba la impresión de sonreír con facilidad, pero sus ojos tenían un aire tranquilo, como si pensarán despacio y con cuidado. Y su boca era sensual.

—Le agradezco mucho que haya venido —dijo. Le presento a mi marido. Prepárale un whisky al señor Marlowe, cariño.

El señor Grayle me estrechó la mano; la suya estaba fría y un poco húmeda. Había tristeza en sus ojos. Mezcló scotch con soda y me ofreció el vaso. Luego se sentó en un sillón y guardó silencio. Yo bebí la mitad de lo que me habían dado y sonreí a la señorita Riordan. Ella me miró con aire ausente, como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Cree que podrá hacer algo por nosotros? —preguntó la rubia muy despacio, contemplando el vaso que tenía en la mano—. Si cree que sí, me dará una gran alegría. Pero la pérdida tiene poca importancia, si se compara con tener que seguir tratando con gánsteres y otras personas horribles.

—No sé mucho de ese asunto, en realidad —dije.

—Espero que pueda. —Me obsequió con otra sonrisa que sentí hasta en el bolsillo trasero del pantalón.

Me bebí la otra mitad del whisky. Empezaba a sentirme descansado. La señora Grayle tocó un timbre colocado en el brazo del sofá de cuero y entró un lacayo. La dueña de la casa señaló discretamente la bandeja. El criado miró alrededor y preparó dos whiskis más. La señorita Riordan seguía utilizando como decoración el que tenía en la mano y al parecer el señor Grayle no era partidario. El lacayo salió del cuarto. La señora Grayle y yo alzamos nuestros vasos. La dueña de la casa cruzó las piernas de manera un tanto descuidada.

—No sé si voy a poder ayudarles —dije—. Tengo mis dudas. ¿Disponemos de algo nuevo en que apoyarnos?

—Estoy segura de que podrá. —La señora Grayle me obsequió con otra sonrisa—. ¿Hasta qué punto se confió Lin Marriott con usted?

Miró de reojo a la señorita Riordan, que no pudo captar la mirada y se limitó a seguir sentada, mirando, también de reojo, en la dirección opuesta.

La señora Grayle se volvió hacia su marido.

—No hace falta que pierdas el tiempo con estas cosas tan poco interesantes, cariño.

El señor Grayle se levantó, dijo que se alegraba mucho de haberme conocido y que iba a echarse un rato. No se sentía muy bien. Confiaba en que supiera disculparle. Se mostró tan cortés que tuve deseos de sacarlo personalmente de la habitación para testimoniarle mi aprecio.

Al marcharse, el señor Grayle cerró la puerta con muchísima suavidad, como temeroso de despertar a alguien que durmiera.

Su mujer contempló la puerta un momento, luego recobró la sonrisa y me miró.

—Doy por supuesto que no tiene usted secretos con la señorita Riordan. —Nadie conoce todos mis secretos, señora Grayle. Sucede que está al tanto de este caso..., lo que sabemos de él.

—Claro. —Bebió un par de sorbitos, luego terminó el vaso y se desprendió de él.

—Al diablo con el ambiente de fiesta de sociedad —dijo de repente—. Hablemos de cosas serias. Es usted un hombre muy bien parecido para dedicarse a lo que se dedica.

—El aroma no siempre es de rosas —dije.

—No me refería a eso. ¿Se gana dinero..., o es una pregunta impertinente? —Dinero más bien poco. Y es mucho lo que se sufre. Pero también es muy divertido. Y siempre existe la posibilidad de un caso importante.

—¿Cómo se llega a ser detective privado? ¿No le importa que me haga una idea acerca de usted? Y empuje esa mesa hacia aquí, si es tan amable. Para que pueda ocuparme de las bebidas. Me levanté y empujé la enorme bandeja de plata, con su base, por el suelo resplandeciente hasta colocarla a su lado. La señora Grayle preparó otros dos whiskis. Todavía me quedaba la mitad del segundo.

—La mayoría somos antiguos policías —dije—. Trabajé en el despacho del fiscal del distrito durante algún tiempo. Pero me despidieron.

La señora Grayle sonrió amablemente.

—Estoy segura de que no fue por incompetencia.

—No; por contestar cuando nadie me lo pedía. ¿Ha recibido más llamadas telefónicas?

—Bueno... —Miró a Anne Riordan. Esperó. Sus ojos decían cosas.

Anne Riordan se puso en pie. Llevó su vaso, todavía lleno, hasta la bandeja y lo dejó allí.

—Probablemente no les faltará —dijo. Pero en caso contrario..., y muchísimas gracias por hablar conmigo, señora Grayle. No voy a utilizar nada de lo que me ha dicho. Tiene usted mi palabra.

—Caramba, no irá usted a marcharse —dijo la señora Grayle sin perder su sonrisa.

Anne Riordan se mordió el labio inferior y lo mantuvo así un momento como si vacilara entre apretar, cortárselo y escupirlo o mantenerlo donde estaba un poco más de tiempo.

—Lo siento, pero debo irme, mucho me temo. No trabajo para el señor Marlowe, ¿sabe usted? Sólo es un amigo. Hasta la vista, señora Grayle.

La rubia la obsequió con la más deslumbrante de las sonrisas.

—Espero que vuelva por aquí muy pronto. En cualquier momento.

Tocó dos veces el timbre, lo que hizo aparecer al mayordomo, que mantuvo la puerta abierta. La señorita Riordan salió a buen paso y la puerta volvió a cerrarse.

Durante un buen rato la señora Grayle se la quedó mirando con la sombra de una sonrisa en los labios.

—Es mucho mejor así, ¿no le parece? —dijo después de un silencio. Asentí con la cabeza.

—Probablemente se preguntará usted por qué está tan bien informada si no es más que una amiga —dije—. Se trata de una muchachita muy especial. Algunas de las cosas las ha averiguado ella misma, como saber quién era usted y a quién pertenecía el collar de jade. Otras, sencillamente, sucedieron. Anoche se presentó en el sitio donde asesinaron a Marriott. Estaba dando un paseo en coche. Vio una luz y se acercó.

—Oh. —La señora Grayle alzó el vaso e hizo una mueca—. Es horrible pensar en ello. Pobre Lin. Era más bien un sinvergüenza. La mayoría de los amigos que tiene una lo son. Pero morir así es espantoso. —Se estremeció. Los ojos se le dilataron y oscurecieron.

—De manera que no hay nada que temer de la señorita Riordan. No se irá de la lengua. Su padre fue el jefe de policía de esta zona durante mucho tiempo —dije.

—Sí. Eso es lo que me ha contado. No está usted bebiendo.

—A esto que hago le llamo yo beber.

—Usted y yo deberíamos entendernos. ¿Le contó Lin..., el señor Marriott..., le contó cómo había sido el atraco?

—En algún sitio entre Bay City y el Trocadero. No fue muy preciso. Tres o cuatro individuos.

La señora Grayle asintió con su resplandeciente cabeza dorada.

—Sí. Déjeme decirle que hubo algo bastante curioso acerca de ese atraco. Me devolvieron una de las sortijas, bastante buena, por añadidura.

—Marriott me lo contó.

—Pero, por otra parte, el collar de jade no me lo pongo casi nunca. Si bien se mira, es una pieza de museo, probablemente no hay muchos así en el mundo, un tipo de jade muy poco frecuente.

Pero se abalanzaron sobre él. Nunca hubiera pensado que se dieran cuenta al instante de su mucho valor. ¿Qué le parece a usted?

—Quizá sabían que usted no se lo habría puesto si no fuese valioso. ¿Quién estaba al tanto? La señora Grayle se dedicó a pensar. Era agradable verla pensar. Aún tenía las piernas cruzadas y de manera no muy cuidadosa.

—Todo tipo de personas, imagino.

—Pero no todas estaban al tanto de que iba a llevarlo esa noche. ¿Quién lo sabía? Se encogió de hombros, pálidamente azules. Traté de mantener los ojos donde debían estar.

—Mi doncella. Pero ha tenido cientos de ocasiones, y me fio de ella... —¿Por qué?

—No lo sé. De algunas personas me fio. De usted, por ejemplo. —¿Se fiaba usted de Marriott?

El gesto se le endureció un poco. La mirada un poco vigilante.

—En algunas cosas, no. En otras, sí. Hay grados. —Tenía una agradable manera de hablar, tranquila, medio cínica, sin llegar a dura. Redondeaba bien las palabras.

—De acuerdo... ¿Quién más, aparte de la doncella? ¿El chófer?

Movió la cabeza para decir que no.

—Fue Lin quien me llevó aquella noche, en su coche. Creo que George libraba. ¿No era jueves?

—Yo no estaba allí. Marriott habló de cuatro o cinco días antes. Jueves habría sido una semana entera contando desde anoche.

—Bien, pero era jueves. —Extendió el brazo en busca de mi vaso, sus dedos rozaron los míos y me resultaron muy suaves al tacto—. George libra el jueves por la tarde. Es el día habitual, ¿sabe? —Vertió una buena cantidad de whisky de aspecto añejo en mi vaso y añadió un poco de soda. Era el tipo de bebida alcohólica que piensas que puedes beber eternamente y que te hace temerario. La señora Grayle se aplicó el mismo tratamiento.

—¿Lin le dio mi nombre? —preguntó suavemente, la mirada cauta todavía. —Tuvo buen cuidado de no hacerlo.

—En ese caso, quizá le engañó también sobre la hora. Veamos lo que tenemos. Doncella y chófer, descartados. No los consideramos como cómplices, quiero decir.

—Yo no los excluyo.

—Bien, al menos lo estoy intentando —rió ella—. Luego está Newton, el mayordomo. Pudo vérmelo puesto esa noche. Pero cuelga bastante bajo y llevaba una capa de zorro blanco; no, no creo que lo viera.

—Apuesto cualquier cosa a que parecía usted un sueño —dije.

—¿No estará usted un poco piripi, por casualidad?

—Se sabe de ocasiones en las que estuve más sobrio.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Sólo he conocido a cuatro mujeres en mi vida capaces de hacerlo sin dejar de parecer bellas. La señora Grayle era una de ellas.

—Newton está descartado —dije—. No es del tipo de los que se asocian con malhechores. Son meras suposiciones, de todos modos. ¿Qué hay del lacayo? Pensó y recordó; luego movió la cabeza.

—No me vio.

—¿Alguien le pidió que se pusiera el collar de jade?

Sus ojos se volvieron al instante más cautelosos.

—Si cree que no le veo venir, está muy equivocado —dijo. Tomó de nuevo mi vaso para volver a llenarlo. La dejé hacerlo, aunque todavía me quedaban un par de dedos. Estudié las encantadoras curvas de su cuello. Cuando hubo llenado los vasos y estábamos otra vez jugando con ellos, le dije:

—Vamos a dejarlo todo bien claro y luego le diré algo. Describa la velada. Se miró el reloj de pulsera, subiéndose, para hacerlo, la manga hasta el hombro.

—Debería estar...

—Déjelo que espere.

Sus ojos lanzaron un destello de enojo al oír aquello. Me gustaron así. —Existe la posibilidad de pasarse un poco en la franqueza —dijo.

—En mi profesión, no. Descríbame la velada. O póngame de patitas en la calle. Lo uno o lo otro. Esa cabeza suya tan encantadora es la que tiene que tomar la decisión.

—Será mejor que venga a sentarse a mi lado.

—Llevo un buen rato pensando en esa posibilidad —dije—. Desde que cruzó usted las piernas, para ser exactos.

Se tiró de la falda.

—En cuanto te descuidas estos malditos chismes se te suben hasta el cuello. Me senté a su lado en el sofá de cuero amarillo.

—¿No va usted un poco demasiado deprisa? —preguntó en voz baja. No le respondí.

—¿Tiene mucha práctica en este tipo de cosas? —me preguntó, mirándome de reojo.

—Ninguna, en realidad. Soy un monje tibetano en mi tiempo libre. —Excepto que no tiene usted tiempo libre.

—Vamos a centrarnos —dije—. A concentrar la capacidad mental que nos quede (o que me queda a mí) en el problema. ¿Cuánto me va a pagar?

—Ah. Es ése el problema. Creía que iba usted a recuperar mi collar. O a intentarlo al menos.

—Tengo que trabajar a mi manera. Esta manera. —Bebí un trago muy largo que estuvo a punto de acabar conmigo. Respiré hondo—. E investigar un asesinato —dije.

—Eso no tiene nada que ver con nuestro problema. Quiero decir que de eso se encarga la policía, ¿no es cierto?

—Claro..., pero el pobre Marriott me pagó cien dólares para que cuidara de él. Eso hace que me sienta culpable y que tenga ganas de llorar. ¿Debo llorar?

—Tómese mejor otra copa. —Me sirvió un poco más de scotch. A ella la bebida no parecía afectarle más que un vaso de agua a las cataratas del Niágara.

—Bien, ¿adónde hemos llegado? —dije, tratando de sujetar el vaso de manera que el whisky siguiera dentro—. Ni la doncella, ni el chófer, ni el mayordomo, ni el lacayo. El paso siguiente será hacernos nuestra propia colada. ¿Cómo se produjo el atraco? La versión de usted quizá incluya unos cuantos detalles que Marriott no me proporcionó. La señora Grayle se inclinó hacia adelante y apoyó la barbilla en la mano. Una actitud seria, sin caer en la exageración.

—Fuimos a una fiesta en Brentwood Heights. Luego a Lin se le ocurrió que pasásemos por el Troc para tomar unas copas y bailar un poco. Y fue lo que hicimos. Sunset estaba en obras y muy polvoriento. De manera que a la vuelta tomamos el camino de Santa Mónica. Pasamos por delante de un sitio muy venido a menos que se llama Hotel Indio, en el que me fijé por un motivo muy tonto y sin sentido. Del otro lado de la calle había una cervecería con un coche aparcado delante.

—¿Sólo un coche..., delante de una cervecería?

—Sí. Sólo uno. Era un sitio muy deprimente. Bien; lo cierto es que aquel automóvil se puso en marcha y nos siguió y, por supuesto, tampoco a aquello le di ninguna importancia. No había motivo alguno. Después, antes de que llegáramos a donde Santa Mónica desemboca en el bulevar Arguello, Lin dijo: «Vayamos por la otra carretera», y se metió en una calle residencial con muchas curvas. A continuación, de golpe, otro coche aceleró para adelantarnos, nos rozó el guardabarros y se detuvo delante. Un tipo con abrigo y bufanda y el sombrero tapándole la cara se acercó para pedir disculpas. La bufanda era blanca, estaba anudada por fuera y me llamó la atención. Creo que fue lo único suyo que vi, a excepción de que era alto y delgado. Tan pronto como estuvo cerca... Luego recordé que en ningún momento se había situado delante del haz de luz de nuestros faros...

—Es lo lógico. A nadie le gusta mirar de frente unos faros. Otro trago. Esta vez invito yo. Estaba inclinada hacia adelante, las delicadas cejas —que no eran pintadas— unidas por el esfuerzo del recuerdo.

—Tan pronto como estuvo cerca del coche por el lado de Lin —continuó la señora Grayle—, se subió la bufanda más arriba de la nariz y nos puso delante una pistola reluciente. «Arriba las manos», dijo. «Estéense muy quietos y no tendremos el menor problema.» Luego un segundo individuo apareció por el otro lado.

—Todo eso en Beverly Hills —dije—. Los seis kilómetros cuadrados mejor vigilados de toda California.

Mi interlocutora se encogió de hombros.

—Sucedió, de todos modos. Me pidieron las joyas y el bolso, El de la bufanda. El que estaba por mi lado nunca dijo nada. Le entregué las cosas a Lin para que se las entregara al de la bufanda, que me devolvió el bolso y una sortija. Dijo que esperásemos algún tiempo antes de llamar a la policía y al seguro. Nos harían una proposición muy sencilla por poco dinero. Dijo que les resultaba más conveniente limitarse a un tanto por ciento. Daba la sensación de tener todo el tiempo del mundo. Dijo que también podían trabajar con la gente del seguro, si no les quedaba otro remedio, pero eso significaba recurrir a un picapleitos con pocos escrúpulos y preferían no hacerlo. Parecía una persona con cierta educación.

—Podría haber sido Eddie el Elegante —dije—, si no fuera porque acabaron con él en Chicago hace algún tiempo.

La señora Grayle se encogió de hombros. Bebimos un poco más de scotch.

—Luego se fueron —continuó ella— y nosotros nos volvimos a casa y le dije a Lin que no contase nada. Al día siguiente recibí una llamada. Tenemos dos teléfonos, uno con extensiones y otro en mi dormitorio. Me llamaron a este último. No figura en la guía, por supuesto. Asentí con la cabeza.

—Los números de teléfono se compran por unos pocos dólares. Es algo que se hace constantemente. Algunas personas que trabajan en el cine tienen que cambiar de número todos los meses.

Bebimos un poco más.

—Le dije al que llamó que se entendiera con Lin, que él me representaría y que si eran razonables quizá llegásemos a un acuerdo. Respondió que muy bien, y a partir de entonces imagino que dieron largas el tiempo suficiente para poder vigilarnos un poco. Finalmente, como usted ya sabe, nos pusimos de acuerdo para entregarles ocho mil dólares...

—¿Podría reconocer a alguno de ellos?

—Por supuesto que no.

—¿Randall está enterado de todo esto?

—Claro. ¿Tenemos que seguir hablando de ello? Es muy aburrido. —Me obsequió con otra de sus encantadoras sonrisas.

—¿Hizo Randall algún comentario?

La señora Grayle bostezó.

—Probablemente. Se me ha olvidado.

Me quedé quieto con el vaso vacío en la mano y pensé. La dueña de la casa me lo quitó y empezó a llenarlo de nuevo. Tomé el vaso que me ofrecía y me lo pasé a la mano izquierda, al tiempo que me apoderaba de su mano izquierda con mi derecha. Me pareció suave y delicada y tibia y consoladora y noté que su mano apretaba la mía. Los músculos eran de verdad. Se trataba de una mujer hecha y derecha y no de una florecilla de papel.

—Creo que tenía una idea —explicó—. Pero no dijo cuál.

—Cualquiera tendría una idea con tanta información —respondí yo.

La señora Grayle se volvió despacio hacia mí y me miró. Luego asintió con la cabeza.

—Es difícil no darse cuenta, ¿verdad?

—¿Desde cuándo conocía usted a Marriott?

—Hace años. Era locutor en la emisora de radio propiedad de mi marido. KFDK. Fue donde lo conocí. También conocí allí a mi marido.

—Eso lo sabía. Pero Marriott vivía como si tuviera dinero. Nada del otro mundo, pero lo bastante como para vivir con comodidad.

—Heredó cierta cantidad y dejó la radio.

—¿Sabe con certeza que heredó o fue tan sólo algo que Marriott le dijo? Se encogió de hombros y me apretó la mano.

—O quizá no fuera mucho dinero y tal vez se lo gastó muy deprisa. —Le devolví el apretón de manos—. ¿Le pidió dinero prestado?

—Usted está un poco chapado a la antigua, ¿no es cierto?

—Contempló la mano que yo tenía sujeta.

—Todavía estoy en mi jornada laboral. Y su whisky es tan bueno que me mantiene sereno a medias. No es que tenga que estar borracho para...

—Claro. —Separó su mano de la mía y se la frotó—. No dudo de que tenga usted garra..., en su tiempo libre. Lin Marriott era un chantajista de lujo, por supuesto. Eso es evidente. Vivía de las mujeres.

—¿Sabía algo acerca de usted?

—¿Se lo debo contar?

—Lo más probable es que no sea prudente.

La señora Grayle rió con ganas.

—Se lo voy a contar, de todos modos. En una ocasión bebí un poco más de la cuenta en su casa y perdí el conocimiento. No me sucede casi nunca. Me hizo algunas fotos..., con la ropa por el cuello.

—El muy hijo de Satanás —comenté—. ¿Tiene alguna a mano? Me dio un golpe en la muñeca. Luego dijo con suavidad:

—¿Como te llamas?

—Phil. ¿Y tú?

—Helen. Bésame.

Se dejó caer suavemente sobre mi regazo y yo me incliné sobre su rostro y empecé a explorarla. Ella trabajó con las pestañas y me dio besos de mariposa en las mejillas. Cuando llegué a la boca, la tenía abierta a medias, quemaba, y su lengua era una serpiente veloz entre los dientes. La puerta se abrió y el señor Grayle entró sin hacer ruido en la habitación. Yo tenía a su mujer entre mis brazos sin ninguna posibilidad de apartarme. Alcé la cara y lo miré. Me quedé tan frío como los pies de Finnegan el día que lo velaron. La rubia sobre mi regazo no se movió, ni siquiera cerró la boca. Tenía una expresión soñadora y sarcástica a medias. El señor Grayle se aclaró ligeramente la garganta y dijo:

—Les ruego me disculpen.

Luego salió otra vez del cuarto sin hacer el menor ruido. Había en sus ojos una tristeza infinita. Empujé a la señora Grayle para apartarla, me puse en pie, saqué el pañuelo y me limpié la cara. Ella se quedó donde yo la había dejado, recostada a medias en el sofá, mostrando una generosa extensión de piel por encima de una media.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con lengua un poco estropajosa. —El señor Grayle.

—No te preocupes.

Me aparté de ella y fui a sentarme en la silla que había ocupado al entrar en la habitación. Al cabo de un momento la señora Grayle se irguió, volvió a sentarse normalmente y me miró de hito en hito.

—No tiene importancia. Lo entiende. ¿Qué otra cosa puede esperar? —Supongo que lo sabe.

—Te digo que no tiene importancia. ¿No te basta? Es un enfermo. ¿Qué demonios...?

—No me grites. No me gustan las mujeres que gritan.

Abrió un bolso que tenía al lado, sacó un pañuelo pequeño, se limpió los labios y luego se miró en un espejito de mano.

—Supongo que tienes razón —dijo—. Demasiado whisky. Esta noche en el club Belvedere. A las diez. —No me estaba mirando. Respiraba agitadamente. —¿Es un buen sitio?

—Laird Brunette es el propietario. Lo conozco muy bien.

—De acuerdo —dije. Aún tenía frío. Me sentía mal, como si hubiera robado a un pobre. Helen se retocó ligeramente la pintura de los labios y luego me miró al tiempo que se estudiaba los ojos en el espejo. Terminó arrojándomelo. Lo atrapé y me miré la cara. También yo utilicé el pañuelo; luego me puse en pie y le devolví el espejito. Estaba recostada en el respaldo del sofá, mostrando toda la curva de la garganta, y me miraba con aire somnoliento y los ojos medio cerrados.

—¿Qué sucede?

—Nada. A las diez en el club Belvedere. No te pases de elegancia. No tengo más que un traje de etiqueta. ¿En el bar?

Asintió con la cabeza, perdida todavía la mirada.

Atravesé la habitación y salí sin mirar atrás. El lacayo se reunió conmigo en el corredor y, con tan poca expresión como la de un rostro tallado en la piedra, me devolvió el sombrero.

Recorrí la avenida en curva, perdiéndome en la sombra de los altos setos perfectamente cuidados, hasta llegar a la verja de la entrada. Era ya otro el individuo encargado de custodiar el fuerte, un tipo grandote, vestido de paisano, a todas luces un guardaespaldas, que me dejó salir con una simple inclinación de cabeza. Sonó un claxon. El cupé de la señorita Riordan estaba aparcado detrás de mi automóvil. Me acerqué. Su ocupante parecía tranquila y un tanto sarcástica. Con las manos enguantadas en el volante, me sonrió: un prodigio de esbeltez. —He decidido esperar. Supongo que no era asunto mío. ¿Qué piensa de ella? — Apuesto a que a más de uno le gustaría jugar con su liga.

—¿Siempre tiene que decir cosas como ésa? —Enrojeció, muy enfadada—. A veces aborrezco a los hombres. Viejos, jóvenes, jugadores de fútbol, tenores de ópera, millonarios elegantes, guapos que son gigolós y semicanallas que son... detectives privados. Sonreí tristemente.

—Ya sé que digo cosas demasiado ingeniosas. Es algo que se respira en el aire. ¿Cómo has sabido que era un gigoló?

—¿Quién?

—No te hagas la inocente. Marriott.

—Era bastante fácil llegar a esa conclusión. Lo siento. No tenía intención de mostrarme desagradable. Supongo que podrá jugar con su liga siempre que quiera, sin que la interesada oponga mucha resistencia. Pero hay una cosa de la que puede estar seguro..., son muchos los que le han precedido en ese ejercicio.

La amplia calle en curva dormitaba apaciblemente al sol. Una furgoneta pintada de un color muy agradable se deslizó sin ruido hasta detenerse delante de una casa al otro lado de la calle, luego retrocedió un poco y siguió por el camino hasta llegar a una entrada lateral. En uno de los lados, la furgoneta lucía el siguiente letrero: «Servicio infantil de Bay City».

Anne Riordan se inclinó hacia mí, sus ojos, de color gris azulado, llenos de resentimiento y turbación. Su labio superior, un poco más prominente de lo normal, inició un puchero y luego se aplastó contra los dientes, mientras ella emitía un breve sonido agudo con la respiración.

—Probablemente preferiría que me ocupara de mis asuntos, ¿no es cierto? Y que no tuviera ideas que no haya tenido usted antes. Creía que estaba ayudando un poco.

—No necesito ayuda. La policía tampoco me la ha pedido a mí. No puedo hacer nada por la señora Grayle. Cuenta que un coche, aparcado a la puerta de una cervecería, se puso en marcha y los siguió, pero ¿qué valor tiene eso? Un sitio de mala muerte en Santa Mónica. Y los otros, una pandilla con mucha clase. Uno de ellos incluso era capaz de reconocer el jade Fei Tsui sólo con verlo.

—Si es que no le habían avisado.

—También está eso —dije, mientras sacaba torpemente un cigarrillo del paquete—. De una forma o de otra, no es asunto mío.

—¿Ni siquiera aunque se trate de ciencias ocultas?

La miré con cara de no entender nada.

—¿Ciencias ocultas?

—Dios del cielo —dijo suavemente—. Y yo creía que era usted detective.

—Existe una consigna de silencio sobre algunas de las cosas que están pasando —dije—. He de andarme con pies de plomo. El tal Grayle tiene dinero para dar y tomar. Y en esta ciudad las leyes se hacen para los que pagan. Fíjese en la curiosa manera de actuar que tiene la policía.

Nada de acudir a la opinión pública, nada de comunicados de prensa, ni la menor posibilidad de que un desconocido sin arte ni parte en el tinglado proporcione la pista insignificante que podría resultar decisiva. Tan sólo silencio y advertencias a mi persona para que no me inmiscuya. No me gusta en absoluto.

—Se ha quitado casi todo el lápiz de labios —dijo Anne Riordan—. He mencionado las ciencias ocultas. Bueno, hasta la vista. Ha sido un placer conocerlo..., en cierto modo. Puso el coche en marcha, apretó el acelerador y desapareció en medio de un torbellino de polvo.

Estuve mirándola mientras se alejaba. Cuando se perdió de vista miré hacia el otro lado de la calle. El tipo de la furgoneta del «Servicio infantil de Bay City» salió de la entrada lateral de la casa con un uniforme tan blanco, tan almidonado y resplandeciente que hizo que me sintiera limpio sólo con mirarlo. Llevaba una caja de cartón de algún tipo. Se subió a la furgoneta y también se fue. Deduje que acababa de cambiar un pañal. Subí a mi coche y miré el reloj antes de arrancar. Eran casi las cinco. El whisky, como sucede cuando es lo bastante bueno, me hizo compañía durante todo el camino de vuelta hasta Hollywood, y acepté los semáforos en rojo sin rechistar.

—Una chiquita encantadora donde las haya —me dije en voz alta mientras conducía el coche—, para alguien que esté interesado en una chiquita encantadora. —Nadie respondió—. Pero yo no lo estoy —dije. Tampoco esta vez respondió nadie—. A las diez en el club Belvedere —dije. Alguien respondió—: ¡Cuentos chinos!

Sonaba como mi voz. Eran las seis menos cuarto cuando llegué otra vez a mi despacho. El edificio estaba en completo silencio. Tampoco se oía la máquina de escribir al otro lado de la pared medianera. Encendí una pipa y me senté a esperar.

El indio olía mal. El olor me llegaba ya desde el otro lado del antedespacho cuando sonó el timbre y abrí la puerta intermedia para ver quién era. Sólo había avanzado un paso más allá de la puerta del pasillo y daba toda la sensación de estar tallado en bronce. Era un hombre grande de la cintura para arriba y de pecho poderoso. Tenía, por lo demás, aspecto de vagabundo.

Llevaba un traje marrón del que la chaqueta era demasiado pequeña para sus hombros y el pantalón probablemente le quedaba demasiado justo en la entrepierna. Por lo que respecta al sombrero —dos tallas más pequeño como mínimo—, alguien a quien le sentaba mejor lo había sudado a conciencia. El indio se lo colocaba más o menos a la altura que una casa la veleta. El cuello de la camisa lo llevaba tan suelto como un caballo la collera y tenía aproximadamente el mismo tono marrón sucio. Por fuera de la chaqueta abotonada le colgaba una corbata; una corbata negra en la cual, con ayuda de unos alicates, alguien había conseguido hacer un nudo del tamaño de un guisante. En torno a su magnífica garganta descubierta, por encima del sucio cuello, llevaba un ancho trozo de cinta negra, como una anciana que intentara disimular las arrugas.

Tenía una cara grande y plana y una carnosa nariz aguileña que parecía tan dura como la proa de un crucero. Ojos sin párpados, mofletes caídos, hombros de herrero y las piernas cortas y en apariencia torpes de un chimpancé. Más adelante descubrí que sólo eran cortas.

Limpiándolo un poco y vestido con un camisón blanco podría haber pasado por un senador romano muy perverso. Su olor era el olor telúrico del hombre primitivo y no el de la porquería viscosa de las ciudades.

—¡Eh! —dijo. Venir de prisa. Venir ahora.

Retrocedí hacia mi despacho moviendo el dedo y él me siguió haciendo el mismo ruido que hace una mosca al andar por la pared. Me senté detrás de mi escritorio, hice crujir mi silla giratoria profesionalmente y señalé el asiento del otro lado, reservado para los clientes.

No se sentó. Sus ojillos negros eran hostiles.

—¿Ir dónde? —dije.

—Yo Segunda Siembra. Yo indio de Hollywood.

—Tome asiento, señor Siembra.

Resopló y se le ensancharon mucho las ventanas de la nariz. Ya antes eran tan grandes como ratoneras.

—Nombre Segunda Siembra. Nombre no señor Siembra.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Alzó la voz y, logrando una resonancia cavernosa, empezó a entonar:

—Él dice venir deprisa. Gran jefe blanco dice venir deprisa. Dice a mí llevarle en carro de fuego. Dice...

—De acuerdo. Deje el latín macarrónico. No soy una maestrita en la danza de la serpiente.

—Pamplinas —dijo el indio.

Nos mirarnos despectivamente el uno al otro por encima de la mesa durante un rato. El indio lo hacía mejor. Luego se quitó el sombrero con infinita repugnancia y le dio la vuelta. Pasó un dedo por debajo de la badana, con lo que consiguió volverla, sacándola de la copa con todo el sudor acumulado. Retiró un clip sujeto en el borde y arrojó sobre la mesa un envoltorio de papel de seda. Lo señaló muy enfadado, con una uña mordida hasta la carne viva. Su pelo lacio presentaba una depresión muy arriba, en todo su perímetro, a causa de lo apretado del sombrero.

Desenvolví el papel de seda y dentro encontré una tarjeta de visita que no era ninguna novedad para mí. Había encontrado tres, exactamente iguales, en la boquilla de tres cigarrillos, rusos en apariencia.

Jugueteé con mi pipa, miré fijamente al indio y traté de intimidarlo con la mirada, pero no dio sensación de ponerse más nervioso que una pared.

—De acuerdo, ¿qué es lo que quiere?

—Quiere que usted venir de prisa. Venir ahora. En carro...

—Pamplinas —dije.

Al indio le gustó aquello. Cerró la boca despacio, guiñó un ojo con mucha solemnidad y luego sonrió casi.

—Le va a costar además cien pavos como anticipo —añadí, procurando dar la impresión de que se trataba de una moneda de cinco centavos.

—¿Eh? —De nuevo desconfiado. Tenía que limitarme al inglés básico. —Cien dólares —dije—. Machacantes. Plata. Pavos hasta sumar cien unidades. Yo no dinero, yo no ir. Capisci?

Empecé a contar cien con las dos manos. Mi visita volvió a explorar la grasienta badana del sombrero y arrojó otro envoltorio de papel de seda sobre la mesa. Lo abrí. Contenía un billete completamente nuevo de cien dólares. El indio se encasquetó el sombrero sin molestarse en volver a poner la badana dentro de la copa. El resultado sólo era ligeramente más cómico. Yo, por mi parte, me quedé mirando el billete de cien dólares con la boca abierta.

—Más que médium, adivino —dije por fin—. Un tipo tan listo me da miedo.

—No tener todo el día —señaló el indio, adoptando un tono coloquial.

Abrí un cajón de la mesa y saqué un Colt automático del 38, del tipo conocido como Super Match. Lo había llevado para ir a visitar a la señora de Lewin Lockridge Grayle. Me quité la chaqueta, me coloqué la funda sobaquera, metí el revólver, abroché la correa inferior y me puse otra vez la americana. El indio pareció tan impresionado como si me hubiera rascado el cuello.

—Tener coche —dijo. Coche grande.

—Los coches grandes han dejado de gustarme —dije—. Tener coche propio. —Ir en mi coche —dijo el indio con tono amenazador.

—Ir en su coche —respondí yo.

Cerré con llave los cajones del escritorio y la puerta del despacho, desconecté el timbre y salí, dejando como siempre la posibilidad de que quien quisiera esperar pudiera entrar en el antedespacho. Recorrimos el pasillo' y descendimos hasta la calle en el ascensor. El indio olía. Hasta el ascensorista se dio cuenta.

El coche era un sedán de siete plazas azul marino, un Packard último modelo, fabricado de encargo. La clase de automóvil que invita a ponerse el collar de perlas. Lo habían estacionado delante de una boca de riego y detrás del volante se sentaba un chófer moreno de aspecto extranjero con el rostro tallado en madera. El interior estaba tapizado en felpilla gris guateada.

El indio me colocó detrás. Sentado allí solo, tuve la sensación de ser un cadáver aristocrático, amortajado por un empresario de pompas fúnebres con muy buen gusto. El indio se sentó junto al chófer y el coche hizo un giro de 180 grados a mitad de manzana. Al otro lado de la calle, un guardia municipal dijo «Eh» débilmente, como si en realidad no tuviera intención de hacerlo, y luego se agachó muy deprisa para atarse un zapato.

Fuimos hacia el oeste, bajamos hasta Sunset y nos deslizamos por allí deprisa y en silencio. El indio permanecía inmóvil al lado del chófer. De cuando en cuando, una ráfaga de su personalidad llegaba hasta el asiento de atrás. El conductor parecía estar medio dormido, pero adelantaba a los amantes de la velocidad en sus sedanes descapotables con tanta soltura como si a los demás los estuvieran remolcando. Todos los semáforos se ponían verdes cuando llegaba él.

Algunos conductores son así. Nunca le fallaba ninguno. Recorrimos los dos o tres kilómetros deslumbrantes de la sección de Sunset Boulevard conocida como «The Strip»; dejarnos atrás las tiendas de antigüedades que llevan nombres de famosos astros de la pantalla, los escaparates llenos de encajes y de peltre antiguo, los lujosos clubs nocturnos de nueva planta con cocineros famosos y salones de juego igualmente famosos, regentados por elegantes graduados del Purple Gang, el sindicato de los bajos fondos de Detroit.

Dejamos atrás la moda arquitectónica georgianacolonia, una novedad muy antigua, los hermosos edificios modernistas en los que los comerciantes de carne humana de Hollywood nunca dejan de hablar de dinero, y también un restaurante para comer sin bajarse del coche que, por alguna razón, resultaba fuera de lugar, aunque las chicas llevaran blusas blancas de seda, chacós de marjorettes y nada por debajo de las caderas, excepto botas altas glaseadas de cabritilla.

Dejamos atrás todo aquello, hasta llegar, describiendo una suave curva amplia, al camino de herradura de Beverly Hills, las luces hacia el sur, todos los colores del espectro y una completa transparencia en una noche sin niebla; dejamos atrás las mansiones en sombra sobre las colinas del norte, atrás por completo Beverly Hills, hasta alcanzar el serpenteante bulevar de las estribaciones y la repentina oscuridad fresca y el soplo del viento desde el mar.

La tarde calurosa no era ya más que un recuerdo. Pasamos como una exhalación un grupo de edificios iluminados y una serie inacabable de mansiones también iluminadas, no demasiado próximas a la carretera. Descendimos para evitar un enorme campo de polo con otro a su lado para entrenarse, igualmente enorme; nos elevamos de nuevo hasta la cima de una colina y torcimos en dirección a las montañas por un camino empinado de puro cemento que pasaba entre naranjales, capricho de algún rico, porque no era aquella tierra de naranjos, y luego, poco a poco, desaparecieron las ventanas iluminadas de los hogares de los millonarios y la carretera se estrechó y nos encontramos en Stillwood Heights.

El aroma de la salvia que nos llegó desde el fondo del cañón hizo que me acordara de un muerto y de un cielo sin luna. Aquí y allá, casas recubiertas de estuco se aplastaban contra la pendiente de la colina, como si fueran bajorrelieves. Luego desaparecieron las casas, tan sólo las inmóviles estribaciones oscuras, con una o dos estrellas madrugadoras más arriba, la cinta de cemento de la carretera y a un lado un corte vertiginoso hacia una maraña de robles achaparrados y gayubas donde a veces se oye al canto de la codorniz si uno se para, se queda quieto y escucha. Al otro lado de la calzada había un talud de arcilla pura en cuyo borde algunas flores silvestres, inasequibles al desaliento, perseveraban como niños traviesos que no se quieren ir a la cama.

Luego llegamos a una curva muy cerrada, los grandes neumáticos crujieron sobre guijarros sueltos, y el coche se lanzó, haciendo un poco más de ruido, por una larga avenida bordeada de geranios silvestres. En lo más alto, apenas iluminado, tan solitario como un faro, se alzaba un verdadero nido de águilas, un edificio con muchas aristas, de estuco y ladrillos de cristal, modernista sin ser feo y, en conjunto, un sitio estupendo para que un asesor en ciencias ocultas estableciera su consulta. Nadie estaría en condiciones de oír grito alguno.

El coche giró hacia un lateral de la casa y se encendió una luz sobre una puerta negra situada en el espesor del muro. El indio se apeó resoplando y abrió la portezuela trasera del coche. El chófer encendió un cigarrillo con el encendedor eléctrico y un acre olor a tabaco llegó hasta el asiento trasero. También yo me apeé. Nos situamos ante la puerta negra, que se abrió sola, lentamente, con un algo casi amenazador.

Más allá, un estrecho pasillo se adentraba en la casa. Las paredes de ladrillos de cristal irradiaban luz.

—Eh —gruñó el indio—. Entre usted, pez gordo.

—Después de usted, señor Planting.

Frunció el ceño, pero me precedió; luego la puerta se cerró detrás de nosotros de manera tan silenciosa y misteriosa como se había abierto. Al final del estrecho pasillo nos metimos a duras penas en un ascensor muy pequeño; el indio cerró la puerta y apretó un botón. Subimos con gran suavidad, sin ruido alguno. Los efluvios anteriormente despedidos por mi acompañante no eran más que una pálida imitación de lo que estaba consiguiendo ahora.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió. Salí a una habitación circular, con ventanas por todo su perímetro, donde la luz del día hacía esfuerzos para no ser olvidada. Muy a lo lejos el mar lanzaba destellos. La oscuridad merodeaba sin prisa por las colinas. Había paredes revestidas con paneles que carecían de ventanas, alfombras en el suelo con los suaves colores de antiguas manufacturas persas, y una mesa de recepción que tenía todo el aspecto de haberse confeccionado con tallas robadas de alguna iglesia muy antigua. Y detrás del escritorio una mujer me obsequió con una sonrisa tensa, marchita, que se hubiera convertido en polvo en caso de tocarla.

Tenía cabellos lacios y brillantes recogidos en moño y un rostro asiático, muy enflaquecido.

Llevaba pesadas piedras de colores en las orejas y sortijas igualmente pesadas en los dedos, incluidos un ópalo y una esmeralda montada sobre plata que podría haber sido una esmeralda auténtica pero que, por alguna razón, lograba parecer tan falsa como las esclavas de oro en una tienda de todo a diez centavos. Y sus manos producían sensación de sequedad y eran oscuras y no tenían nada de jóvenes y no parecían adecuadas para llevar sortijas. Cuando habló su voz me resultó familiar.

—Ah, señor Marlowe, muy amable de usted venir. Amthor alegrarse mucho.

Puse sobre la mesa el billete de cien dólares que me había dado el indio. Miré a mi espalda, pero mi acompañante ya había utilizado el ascensor para desaparecer.

—Lo siento. Ha sido un buen detalle, pero no lo puedo aceptar. —Amthor..., desea que usted trabaje para él, ¿no es eso? —Mi interlocutora sonrió de nuevo. Sus labios susurraron como papel de seda.

—Primero he de saber cuál es el trabajo que me ofrece.

Asintió con la cabeza y se levantó despacio. Luego pasó por delante de mí con un vestido muy ajustado que se le pegaba al cuerpo como una piel de sirena y mostraba que tenía una buena figura si a uno le gustan las mujeres cuatro tallas mayores por debajo de la cintura.

—Voy a conducirle —dijo.

Pulsó un botón en uno de los paneles y otra puerta se abrió sin ruido, deslizándose. Más allá me recibió un resplandor lechoso.

Me volví para contemplar su sonrisa antes de cruzar el umbral. Ya era más antigua que Egipto. La puerta se volvió a cerrar en silencio. En la habitación no había nadie.

Se trataba de un recinto octogonal, las paredes cubiertas de terciopelo negro desde el suelo hasta el techo, igualmente negro y muy alto, y quizá también de terciopelo. En el centro de una alfombra de color negro opaco estaba colocada una mesa blanca octogonal, del tamaño justo para los codos de dos personas y, en el centro, un globo de color blanco lechoso sobre un pie negro.

La luz procedía de allí, aunque no era posible ver cómo. A ambos lados de la mesa había sendos taburetes octogonales, ediciones reducidas de la mesa. Pegado a la pared había otro taburete de las mismas características. No existían ventanas ni había nada más en la habitación, ni siquiera apliques en las paredes. Si había otras puertas, no las vi. Me volví para examinar la que yo había utilizado para entrar, pero tampoco pude verla.

Permanecí allí durante unos quince segundos con la vaga sensación de ser vigilado. Probablemente había una mirilla en algún sitio, pero no fui capaz de detectarla y terminé por renunciar. Lo único que escuchaba era mi propia respiración. La habitación estaba tan en silencio que oía el ruido del aire al pasar por mi nariz, suavemente, como un susurrar de cortinas. Luego, deslizándose, se abrió una puerta en el lado más alejado; a continuación entró un hombre y la puerta volvió a cerrarse tras él.

El recién llegado se dirigió directamente a la mesa con la cabeza baja, se sentó en uno de los taburetes octogonales y, con un amplio movimiento de una de las manos más elegantes que he visto nunca, me indicó el otro.

—Haga el favor de sentarse. Frente a mí. No fume y procure no moverse. Trate de relajarse por completo. Veamos, ¿en qué puedo servirle?

Me senté, me coloqué un cigarrillo en la boca y lo fui moviendo con los labios sin encenderlo, mientras examinaba al recién llegado, delgado, alto y tan recto como una barra de acero. El cabello era de una blancura y una finura extremas y podría haberse colado a través de una malla de seda. La piel, tan lozana como pétalos de rosas. Podía haber tenido treinta y cinco o sesenta y cinco años, porque era una persona sin edad. Llevaba el pelo hacia atrás, sobre un perfil que nada tenía que envidiar a la mejor época de John Barrymore. Cejas de color negro carbón, como las paredes, el techo y el suelo. Sus ojos resultaban insondables: los ojos perdidos de un sonámbulo.

Como un pozo cuya historia había leído en cierta ocasión. El pozo de un viejo castillo con novecientos años de existencia. Había que dejar caer una piedra y esperar; escuchar, esperar, renunciar a esperar y reír, y luego, cuando estabas a punto de marcharte, un ruido débil, insignificante, llegaba hasta ti desde el fondo del pozo, tan mínimo, tan remoto que apenas llegabas a creer que un pozo así fuera posible.

Sus ojos poseían una profundidad de ese tipo.

Y carecían además de expresión, de alma, ojos que podrían contemplar cómo unos leones despedazaban a un ser humano sin cambiar en absoluto, que podrían contemplar sin inmutarse a un semejante empalado y gritando, con los párpados cortados, bajo un sol cegador. Vestía un impecable traje negro cruzado que había sido cortado por un artista. Contempló mis dedos con aire ausente y dijo:

—Por favor, no se mueva. El movimiento rompe las ondas y perturba mi concentración.

—Hace que el hielo se licue, que la mantequilla se derrita y que el gato maúlle —respondí yo.

Sonrió la mínima cantidad posible de sonrisa.

—Estoy seguro de que no ha venido aquí a decir impertinencias.

—Parece usted olvidar el motivo de mi visita. Por cierto, le he devuelto a su secretaria el billete de cien dólares. Estoy aquí, como quizá recuerde usted, por unos cigarrillos rusos de marihuana. Con su tarjeta de visita enrollada en las boquillas huecas.

—¿Desea averiguar por qué ha sucedido eso?

—Así es. Debería ser yo quien le pagara a usted los cien dólares.

—No será necesario. La respuesta es muy sencilla. Hay cosas que yo no sé. Ésa es una de ellas.

—En ese caso, ¿por qué enviarme cien dólares (además de un indio que apesta) y un automóvil? Por cierto, ¿es imprescindible que el indio apeste? Si trabaja para usted, ¿no podría de algún modo conseguir que se diera un baño?

—Es un médium natural, algo poco frecuente..., como los diamantes; también, como los diamantes, se los encuentra a veces en sitios muy sucios. Según tengo entendido, usted es detective privado.

—Sí.

—Creo que es una persona muy estúpida. Parece estúpido y hace un trabajo perfectamente estúpido. Ha venido aquí con una misión muy estúpida.

—Me doy por enterado —dije—. Soy estúpido. Al cabo de un rato termino por hacerme cargo.

—Y también creo que no necesito retenerlo más tiempo.

—No me está reteniendo —dije—. Soy yo quien lo retiene a usted. Quiero saber por qué esas tarjetas estaban en esos cigarrillos.

Se encogió de hombros con el encogimiento de hombros más insignificante que se pueda imaginar.

—Mis tarjetas están a disposición de cualquiera. Y a mis amigos no les doy cigarrillos de marihuana. Su pregunta sigue siendo estúpida.

—Ignoro si lo que voy a decir a continuación la hará un poco más inteligente. Los cigarrillos se hallaban en una pitillera china o japonesa de mala calidad, imitación de concha. ¿Ha visto alguna vez algo parecido?

—No. No que yo recuerde.

—Aún voy a esforzarme un poco más por hacerla inteligente. La pitillera estaba en el bolsillo de un individuo llamado Lindsay Marriott. ¿Ha oído hablar de él alguna vez?

Estuvo pensando unos instantes.

—Sí. En cierta ocasión inicié con él un tratamiento para curarlo de su timidez ante las cámaras. Quería trabajar en el cine. Fue una pérdida de tiempo. El cine no estaba interesado en él.

—Eso lo entiendo —dije—. En la pantalla hubiera parecido Isadora Duncan. Pero me sigue faltando lo más importante. ¿Por qué me mandó el billete de cien dólares?

—No soy tonto, mi querido señor Marlowe —dijo con gran frialdad—. La mía es una profesión muy delicada. Soy curandero o charlatán, según se prefiera. Eso quiere decir que hago cosas que los médicos y su gremio, pequeño, egoísta, asustado, son incapaces de lograr. Corro peligro constantemente..., a causa de personas como usted. Sólo pretendo valorar el peligro antes de enfrentarme con él.

—Insignificante en mi caso, ¿eh?

—Apenas existe —dijo cortésmente, antes de realizar un movimiento peculiar con la mano izquierda que atrajo instantáneamente mi atención. Luego depositó la mano muy lentamente sobre la mesa blanca y se la quedó mirando. Después alzó de nuevo sus ojos sin fondo y entrelazó las manos.

—Su oído...

—Ahora lo huelo —dije—. No estaba pensando en él.

Volví la cabeza hacia la izquierda. El indio, recortado sobre terciopelo negro, estaba sentado en el tercer taburete blanco. Llevaba algo semejante a una bata sobre el resto de la ropa. Permanecía inmóvil, los ojos cerrados, la cabeza un poco doblada hacia adelante, como si llevara una hora dormido. Su rostro cetrino, de facciones muy marcadas, estaba lleno de sombras. Miré de nuevo a Amthor. Sonreía con la más mínima de las sonrisas.

—Apuesto cualquier cosa a que es suficiente para que a las viudas ricas se les caigan los dientes postizos —dije—. ¿Qué hace cuando hay más dinero en juego? ¿Canta canciones francesas sentado sobre sus rodillas?

Mi interlocutor hizo un gesto de impaciencia.

—Vaya al grano, hágame el favor.

—Anoche Marriott me contrató para que lo acompañara porque tenía que pagar una cantidad a unos delincuentes en un lugar elegido por ellos. Me dieron un golpe en la cabeza. Cuando recobré el conocimiento Marriott había sido asesinado.

El rostro de Amthor no cambió apenas. No se puso a gritar ni a subirse por las paredes. Pero tratándose de él, la reacción fue notable. Separó las manos y volvió a unir las de otra manera. La expresión de su boca se hizo sombría. Luego siguió allí como si fuera un león de piedra a la entrada de la Biblioteca Nacional.

—Marriott llevaba encima los cigarrillos de marihuana —dije.

Me contempló con frialdad.

—Pero no los encontró la policía, me parece entender. Puesto que la policía no ha aparecido por aquí.

—Así es.

—Los cien dólares —dijo con mucha suavidad— distaban mucho de ser la cifra adecuada.

—Depende de lo que espere usted comprar con ellos.

—¿Lleva encima los pitillos?

—Uno. Pero no demuestran nada. Como usted ha dicho, sus tarjetas están a disposición de todo el mundo. Lo único que me pregunto es por qué estaban donde estaban. ¿Alguna idea?

—¿Conocía usted bien al señor Marriott? —preguntó, siempre con la misma suavidad.

—En absoluto. Pero se me ocurrieron algunas cosas cuando lo vi. Cosas tan obvias que no se me han olvidado.

Amthor dio unos golpecitos sobre la mesa blanca. El indio dormía aún con la barbilla sobre el pecho poderoso, los ojos de pesados párpados completamente cerrados.

—Por cierto, ¿conoce tal vez a la señora Grayle, una dama adinerada que vive en Bay City?

Asintió con aire ausente.

—Sí, le traté los centros nerviosos ligados a la elocución.

Tenía un ligero defecto.

—Hizo usted un excelente trabajo —dije—. Ahora habla tan bien como yo.

Aquello no le pareció divertido. Volvió a dar golpecitos en la mesa. Los estuve escuchando y hubo algo en ellos que no me gustó. Daban la impresión de estar codificados. Cuando acabó, cruzó los brazos de nuevo y se recostó en el aire.

—Lo que me gusta de este trabajo es que todo el mundo conoce a todo el mundo —dije—. También la señora Grayle conocía a Marriott.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó muy despacio.

No respondí.

—Tendrá que hablar con la policía..., sobre esos cigarrillos —dijo. Me encogí de hombros.

—Se está preguntando por qué no hago que lo echen a patadas —dijo Amthor amablemente—. Segunda Siembra podría romperle el cuello con la misma facilidad que una ramita de apio. Yo mismo me lo estoy preguntando. Parece tener usted una teoría de algún tipo. No pago chantaje. Pagándolo no se compra nada..., y tengo muchos amigos. Pero, como es lógico, existen ciertos elementos a quienes les gustaría que se me viera con una luz poco favorable. Psiquiatras, sexólogos, neurólogos, siniestros hombrecillos con martillos de goma y estanterías repletas de libros sobre aberraciones. Y, por supuesto, todos ellos doctores en medicina, mientras que yo no paso de ser... un curandero. ¿Cuál es su teoría? Traté de amedrentarlo con la mirada, pero no me fue posible. Noté que me estaba humedeciendo los labios con la lengua.

Amthor se encogió levemente de hombros.

—No le culpo por querer reservársela. Se trata de una cuestión sobre la que debo meditar. Quizá es usted mucho más inteligente de lo que pensaba. También yo me equivoco. Mientras tanto...

—Se inclinó hacia adelante y colocó ambas manos a los lados del globo de color lechoso.

—Creo que Marriott era chantajista de mujeres —dije—. E informador de una banda de ladrones de joyas. Pero ¿quién le indicaba qué mujeres cultivar..., para estar al tanto de sus idas y venidas, intimar con ellas, hacerles el amor, sugerirles que se cargaran de piedras preciosas para sacarlas de paseo, y luego deslizarse hasta un teléfono para decir a los muchachos dónde hacer acto de presencia?

—Eso —dijo Amthor pronunciando las palabras con mucho cuidado— es su imagen de Marriott..., y de mí. Estoy ligeramente indignado.

Me incliné hacia adelante hasta que mi cara no estuvo a mucho más de un palmo de la suya.

—Está usted metido en un negocio sucio. Por mucho que lo adorne siempre seguirá siendo un negocio sucio. Y no eran sólo las tarjetas, Amthor. Como usted dice, están a disposición de todo el mundo. Tampoco se trataba de la marihuana. No se dedicaría usted a una cosa de tan poca monta..., no con sus posibilidades. Pero el reverso de las tarjetas está en blanco. Y en espacios en blanco, o incluso en los que están escritos, a veces se escribe con tinta invisible. Sonrió, desolado, pero apenas vi su sonrisa. Sus manos se movieron sobre el globo de color lechoso.

Las luces se apagaron y la habitación adquirió la negrura de la cofia de Carrie Nation, famosa propagandista de la abstinencia alcohólica.

Di una patada a mi taburete al tiempo que me incorporaba, y saqué la pistola de la funda sobaquera. Pero no sirvió de nada. Llevaba la chaqueta abotonada y fui demasiado lento. Habría resultado demasiado lento, de todos modos, si hubiera tenido que disparar contra alguien.

Se produjo una silenciosa ráfaga de aire y me llegó un olor primitivo. En medio de la más completa oscuridad el indio me golpeó por detrás, sujetándome los brazos a los costados. Luego empezó a levantarme. Aún podría haber sacado el revólver y haber rociado de balas la habitación disparando a ciegas, pero estaba demasiado lejos de cualquier amigo. No me pareció que tuviera sentido hacer una cosa así.

Prescindi del arma y le agarré por las muñecas, grasientas y escurridizas. El indio emitió un sonido gutural y me dejó en el suelo con tanta violencia que tuve la sensación de que iba a saltárseme la tapa de los sesos. Ahora era él quien me sujetaba por las muñecas y no yo a él. Me las retorció muy deprisa por detrás y una rodilla semejante a una rueda de molino se me clavó en la espalda. Me dobló hacia atrás. Se me puede doblar. No soy el edificio del ayuntamiento. El hecho es que me dobló.

Traté de gritar, sólo para pasar el rato. El aliento jadeó en mi garganta pero no pudo salir. El indio me tiró de lado y me hizo una llave mientras caía. Me dominaba por completo. Sentí sus manos en el cuello. A veces me despierto por la noche. Las siento ahí y huelo su olor.

Siento los esfuerzos de mi aliento, cada vez más débiles, y sus dedos grasientos que siempre aprietan más. Entonces me levanto de la cama, bebo un whisky y enciendo la radio. Estaba ya al borde del abismo cuando la luz se encendió de nuevo, color rojo sangre, en razón de la sangre en mis globos oculares y detrás de ellos. Un rostro empezó a flotar delante de mí y una mano me tocó delicadamente, pero las otras siguieron apretándome la garganta. Una voz dijo con suavidad:

—Déjalo respirar..., un poco.

La presión de los dedos del indio disminuyó y conseguí librarme de ellos. Algo que brillaba me golpeó en la mandíbula.

La voz volvió a hablar con suavidad:

—Ponlo de pie.

El indio me puso de pie. Luego me empujó hasta colocarme contra la pared, sujetándome por las dos muñecas.

—Aficionado —dijo la voz sin emoción alguna; luego el objeto brillante, tan duro y amargo como la muerte, me golpeó de nuevo, esta vez en la cara. Algo tibio empezó a gotear. Lo lamí: sabía a hierro y a sal. Una mano registró primero mi billetero y luego todos mis bolsillos. El cigarrillo envuelto en papel de seda fue encontrado y desenvuelto, hasta desaparecer en algún lugar de la bruma situada delante de mí.

—¿Había tres cigarrillos? —dijo la voz con amabilidad, antes de que el objeto brillante me golpeará de nuevo en la mandíbula.

—Tres —dije tragando saliva.

—¿Exactamente dónde dijo que estaban los otros?

—En mi mesa..., en el despacho.

El objeto brillante me golpeó de nuevo.

—Es probable que mienta..., pero estoy en condiciones de averiguarlo. Unas curiosas lucecitas rojas brillaron delante de mí. La voz dijo: —Apriétale un poco más.

Los dedos de hierro volvieron a mi garganta. Estaba aplastado contra él, contra su olor y los duros músculos de su estómago. Busqué y encontré uno de sus dedos y traté de retorcérselo. La voz dijo sin inmutarse:

—Asombroso. Está aprendiendo.

El objeto brillante cruzó el aire de nuevo, golpeándome en la mandíbula, en lo que había sido en otro tiempo mi mandíbula.

—Suéltalo. Ya está domesticado —dijo la voz.

Los brazos —fuertes, pesados— que me sujetaban desaparecieron; me incliné hacia adelante y tuve que dar un paso para recobrar el equilibrio. Amthor sonreía apenas, como perdido en ensoñaciones, delante de mí. Su mano, delicada, casi femenina, empuñaba mi pistola, con la que me apuntaba al pecho.

—Podría educarlo —dijo, con su voz siempre suave—, pero ¿de qué serviría? Un sucio hombrecillo en un sucio mundo insignificante. Ningún barniz conseguiría disimular tanta porquería. ¿No es cierto? —Sonrió de nuevo, con verdadera elegancia. Lancé un puño contra su sonrisa con toda la fuerza que me quedaba. No lo hice demasiado mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Amthor se tambaleó y le salió sangre por las dos ventanas de la nariz. Luego se sobrepuso, se irguió y alzó de nuevo el revólver.

—Siéntate, hijo mío —dijo con suavidad—. Tengo que atender a una visita. Me alegro de que me hayas golpeado. Eso ayuda mucho. Busqué a tientas el taburete blanco, me senté y puse la cabeza sobre la mesa blanca junto al globo lechoso que ya brillaba de nuevo con suavidad. Lo contemplé de lado, mi cara sobre la mesa. La luz me fascinaba. Luz agradable; suave y agradable. Detrás de mí y a mi alrededor sólo había silencio. Creo que me quedé dormido, ni más ni menos, la cara ensangrentada sobre la mesa, mientras un apuesto y esbelto demonio con mi revólver en la mano me contemplaba y sonreía.

—De acuerdo —dijo el más grande—. Se acabaron los disimulos. Abrí los ojos y alcé la cabeza.

—A la habitación de al lado, socio.

Me levanté, todavía medio en sueños. Fuimos a algún sitio, atravesando una puerta. Una vez allí vi que se trataba de la recepción, con ventanas por todo el perímetro. En el exterior había oscurecido ya. La mujer con las sortijas de bisutería estaba sentada en su escritorio. En pie, a su lado, había un individuo.

—Siéntate aquí, socio.

Me empujó. Era una silla agradable, recta pero cómoda, aunque yo no estaba de humor para sentarme en ningún sitio. La mujer de la recepción tenía delante un cuaderno abierto y leía en voz alta lo que estaba escrito. Un individuo de corta estatura y avanzada edad, con cara de póquer y bigote gris, la escuchaba.

Amthor, junto a una ventana, de espaldas a la habitación, contemplaba el plácido límite del océano, muy a lo lejos, más allá de las luces del embarcadero, más allá del mundo. Lo contemplaba como si lo amara de verdad. En una ocasión volvió a medias la cabeza para mirarme, y comprobé que se había lavado la sangre de la cara, pero que la nariz no era la primera que yo había visto: ahora abultaba más del doble. Aquello me hizo sonreír, pese a los labios partidos y a todo lo demás.

—¿Te diviertes, socio?

Miré al autor de aquel ruido: lo tenía delante y me había ayudado a llegar hasta donde estaba. Con sus cerca de cien kilos, sus dientes manchados y su suave voz de presentador de circo, no era precisamente una florecilla que se llevara el viento, sino un tipo duro, descarado y comedor de carne roja, que no se dejaba pisar por nadie. La clase de poli que escupe todas las noches en su cachiporra en lugar de decir sus oraciones. Pero había un destello de humor en sus ojos. Con las piernas bien separadas y mi cartera abierta en una mano, hacía rayas en la piel con la uña del dedo gordo, como si le gustase estropear cosas. Nada más que pequeñeces, si era todo lo que tenía a mano. Pero una cara, probablemente, le divertiría más.

—Un metomentodo, ¿eh, socio? De la gran ciudad perversa, ¿eh? Un poquito de chantaje, ¿no es eso?

Llevaba el sombrero echado hacia atrás y cabello castaño descolorido que el sudor le oscurecía sobre la frente. Sus ojos, donde el humor seguía siendo perceptible, estaban surcados por venillas rojas. Tenía la garganta como si me la hubieran pasado bajo un rodillo. Alcé una mano para tocármela. El indio, con sus dedos de acero templado. La mujer morena dejó de leer lo que tenía escrito en su cuaderno y lo cerró. El individuo relativamente pequeño y de más edad, con el bigote gris, asintió con la cabeza y vino a situarse detrás del que me estaba hablando.

—¿Polis? —pregunté, frotándome la barbilla.

—¿Tú qué crees, socio?

Humor de policías. El más pequeño tenía una nube en un ojo y daba la impresión de ver muy poco con él.

—No de Los Angeles —dije, mirándolo—. En Los Ángeles ese ojo le hubiera supuesto jubilarse.

El grandullón me devolvió la cartera. Miré lo que tenía dentro. No me faltaba dinero ni había desaparecido ninguna tarjeta. Todo seguía en su sitio. Aquello me sorprendió.

—Di algo, socio —dijo el grandullón—. Algo que nos haga tomarte cariño. —Devuélvanme mi revólver.

Mi interlocutor se inclinó un poco hacia adelante y pensó. Se le veía pensar; hacía que le dolieran los callos.

—Que te devolvamos el revólver, ¿no es eso? —Miró de reojo al del bigote gris—. Quiere su revólver —le dijo. Me miró de nuevo—. ¿Y para qué querrías tu revólver, socio?

—Quiero pegarle un tiro a un indio.

—Así que quieres pegarle un tiro a un indio, ¿eh, socio?

—Eso es; sólo a un indio, pum.

Miró de nuevo al del bigote.

—Este tipo es muy duro —le dijo—. Quiere pegarle un tiro a un indio. —Escuche, Hemingway, no repita todo lo que digo —le reprendí.

—Me parece que este fulano está como una cabra —dijo el grandullón—. Acaba de llamarme Hemingway. ¿No crees que está como un cencerro?

El del bigote mordió el puro que tenía en la boca y no dijo nada. El hombre alto y bien parecido que estaba junto a la ventana se volvió lentamente y dijo sin levantar la voz:

—No me extrañaría que estuviera un poco trastornado.

—No se me ocurre ninguna razón para que me llame Hemingway —dijo el grandullón—. No me llamo Hemingway.

—Yo no he visto ningún revólver —dijo el de más edad.

Los dos miraron a Amthor.

—Está dentro —dijo—. Lo tengo yo. Se lo voy a entregar, señor Blane.

El grandullón se inclinó desde las caderas, dobló un poco las rodillas y me echó el aliento a la cara.

—¿Por qué me has llamado Hemingway, socio?

—Hay señoras delante.

Mi interlocutor se irguió de nuevo.

—Ya lo ves. —Miró al del bigote. El del bigote asintió con la cabeza, se dio la vuelta y se alejó, atravesando la habitación. La puerta de corredera se abrió. Pasó del otro lado y Amthor le siguió. Hubo un silencio. La mujer morena contempló la superficie de su escritorio y frunció el entrecejo. El grandullón se fijó en mi ceja derecha y movió despacio la cabeza de un lado a otro, incrédulo.

La puerta se abrió de nuevo y el del bigote reapareció. Recogió un sombrero de algún sitio y me lo ofreció. Se sacó mi revólver del bolsillo y me lo pasó. Supe por el peso que estaba vacío. Lo metí en la funda y me puse en pie.

El grandullón dijo:

—Vayámonos, socio. Lejos de aquí. Es posible que un poco de aire sirva para que te recompongas.

—De acuerdo, Hemingway.

—Lo está haciendo otra vez —dijo el grandullón con tristeza—. Llamándome Hemingway porque hay señoras delante. ¿Crees que para él eso es una grosería?

—Date prisa —dijo el del bigote.

El grandullón me cogió del brazo y juntos fuimos hasta el ascensor. Cuando se abrió la puerta, entramos.

Salimos en el piso bajo, recorrimos el estrecho pasillo y llegamos a la puerta de color negro. En el exterior el aire era transparente y seco. Estábamos a altura suficiente para quedar por encima de las ráfagas de agua pulverizada procedentes del océano. El grandullón seguía llevándome del brazo. Había un automóvil delante de la casa, un sedán corriente de color oscuro, con matrícula distintiva.

—Desmerece de tu categoría —se lamentó mi acompañante mientras abría la portezuela delantera—. Pero un poco de aire fresco te será beneficioso. ¿Te parece bien? No quisiéramos hacer nada que a ti no te gustara, socio.

—¿Dónde está el indio?

Movió un poco la cabeza y me obligó a entrar en el coche. Quedé colocado a la derecha del conductor.

—Sí, claro, el indio —dijo—. Debes dispararle con un arco y una flecha. Es lo que manda la ley. Lo tenemos en la parte trasera del coche.

Miré hacia atrás. La parte trasera estaba vacía.

—No lo veo, demonios —dijo el grandullón—. Alguien nos lo ha birlado. Ya no se puede dejar nada en un coche que no esté cerrado con llave.

—Date prisa —dijo el del bigote, instalándose en el asiento de atrás. Hemingway dio la vuelta en torno al automóvil y consiguió meter todo el estómago detrás del volante. Puso el motor en marcha. Girarnos y descendimos por la avenida flanqueada de geranios silvestres. Del mar se levantó un aire frío. Las estrellas estaban demasiado lejos y no decían nada.

Llegamos al final de la avenida, salimos a la carretera con firme de cemento y seguimos descendiendo sin prisa.

—¿Cómo es que no has traído tu coche, socio?

—Amthor mandó a buscarme.

—¿Por qué tendría que hacer eso, socio?

—Habrá sido porque quería verme.

—Este tipo no es tonto —dijo Hemingway—. Saca conclusiones.

Escupió a un lado de la carretera, tomó muy bien una curva y dejó que el coche descendiera a su ritmo por la colina.

—El señor Amthor dice que tú le llamaste por teléfono y le pediste dinero. De manera que supuso que más le valía echarle un ojo al tipo con el que iba a tratar..., si es que tenía que tratar con él. Así que mandó su coche.

—Porque sabe que va a llamar a unos polis que conoce y que no voy a necesitar el mío para volver a casa —dije—. De acuerdo, Hemingway.

—Vaya, otra vez. Está bien. Bueno, tiene un dictáfono debajo de la mesa y su secretaria lo pone todo por escrito y cuando llegamos se lo lee al señor Blane, aquí presente.

Me volví para mirar al señor Blane. Fumaba tranquilamente su puro, como si llevara puestas las zapatillas. Él no me miró a mí.

—Leyó lo que le vino en gana —dije yo—. Más bien un texto que tienen preparado para un caso como éste.

—Quizá te apetezca contarnos por qué querías ver a ese caballero —sugirió Hemingway cortésmente.

—¿Quiere decir mientras todavía conservo parte de la cara?

—Vaya, nosotros no somos gente de esa clase —dijo, acompañando la frase de un gesto muy amplio.

—Conoce usted muy bien a Amthor, ¿no es cierto, Hemingway?

—Creo que el señor Blane lo conoce un poco. Yo sólo hago lo que me mandan.

—¿Quién demonios es el señor Blane?

—El caballero del asiento de atrás.

—Y, además de estar en el asiento de atrás, ¿quién demonios es? —Cielo santo, todo el mundo conoce al señor Blane.

—De acuerdo —dije, sintiéndome de repente muy cansado.

Hubo algún silencio más, nuevas curvas, más cintas de cemento que se enrollaban y desenrollaban, más oscuridad y más dolor.

—Ahora que estamos entre amigos —dijo el grandullón— y no hay señoras delante, no tenemos que dedicarle más tiempo a saber por qué fuiste allá arriba, pero en cambio ese asunto de Hemingway me preocupa de verdad.

—Un chiste —dije—. Un chiste muy muy viejo.

—¿Quién demonios es ese tal Hemingway?

—Un tipo que repite una y otra vez la misma cosa hasta que quien la escucha empieza a creer que se trata de algo bueno.

—Eso debe de llevar una barbaridad de tiempo —dijo el grandullón—. Para ser un detective privado no parece que pienses muy a derechas. ¿Los dientes que llevas son todos tuyos?

—Sí, con algunos empastes aquí y allá.

—Bueno, pues desde luego has tenido suerte, socio.

El tipo sentado detrás dijo:

—Este sitio está bien. Tuerce a la derecha en el primer cruce.

—A la orden.

Hemingway introdujo el sedán por un estrecho camino de tierra que seguía la ladera de la montaña. Avanzamos por allí algo menos de dos kilómetros. El olor a salvia llegó a ser abrumador.

—Aquí —dijo el individuo del asiento de atrás.

Hemingway detuvo el coche y puso el freno de mano. Se inclinó por delante de mí y abrió la portezuela.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, socio. Pero no vuelvas. Al menos no por razones de trabajo. Fuera.

—¿Tengo que volver andando a casa desde aquí?

El individuo del asiento de atrás dijo:

—Date prisa.

—Eso es, desde aquí vuelves andando a casa, socio. ¿Te parece un arreglo satisfactorio?

—Seguro; eso me dará tiempo para aclarar unas cuantas cosas. Ustedes, por ejemplo, no son policías de Los Ángeles. Pero uno al menos sí es policía; quizá los dos. Diría que son los dos policías de Bay City. Pero me pregunto por qué están fuera de su territorio.

—¿No va a resultar un poco difícil probarlo, socio?

—Buenas noches, Hemingway.

No me contestó, ni habló ninguno de los dos. Empecé a salir del coche, puse el pie en el estribo y me incliné hacia adelante, todavía un poco mareado. El tipo sentado atrás hizo de repente un movimiento muy veloz que sentí, más que vi. Un pozo de oscuridad se abrió a mis pies, y era más profundo, mucho más profundo que la más negra de las noches. Me zambullí en él, pero no tenía fondo.

La habitación estaba llena de un humo que permanecía inmóvil en el aire, en líneas delgadas, rectas, como una cortina de cuentecitas de color claro. Dos ventanas parecían estar abiertas en la pared más lejana, pero el humo no se movía. Era una habitación desconocida. Las ventanas tenían barrotes.

Estaba atontado, incapaz de pensar, con la sensación de haber dormido un año entero. Pero el humo me molestaba. Tumbado boca arriba pensé en ello. Después de mucho tiempo hice una inspiración profunda y me dolieron los pulmones.

—¡Fuego! —grité.

Aquello me hizo reír. No sé qué era lo que tenía de divertido, pero empecé a reírme. Me reí tumbado en la cama y no me gustó cómo sonaba. Era la risa de un chiflado. Un solo grito fue suficiente. Se oyeron pasos rápidos y decididos en el exterior, una llave se introdujo en la cerradura y la puerta se abrió de golpe. Entró un individuo de un salto y de costado y acto seguido cerró la puerta. Luego se llevó la mano derecha a la cadera. Era un tipo bajo y robusto con una bata blanca. Sus ojos tenían un aire extraño, muy negros y sin expresión. Bolsas de piel gris le agrandaban las ojeras. Volví la cabeza sobre la dura almohada y bostecé.

—No lo tengas en cuenta, Jack. Se me escapó —dije.

Se inmovilizó, frunciendo el ceño, la mano derecha flotando sobre la cadera. Rostro verdoso y malévolo, ojos negros sin expresión, piel grisácea o blanzuzca y una nariz que sólo parecía una cáscara.

—Quizá quiere un poco más de camisa de fuerza —dijo con sorna. —Estoy bien, Jack. Francamente bien. He dormido un buen rato. Y he soñado un poco, imagino. ¿Dónde estoy?

—Donde le corresponde.

—Parece un sitio agradable —dije—. Gente agradable, buen ambiente. Creo que me voy a echar otra siestecilla.

—Será mejor que sólo haga eso —gruñó.

Se marchó, cerrando la puerta. Sonó la llave en la cerradura. Los pasos se alejaron hasta perderse. Pero la visita de mi carcelero no había mejorado nada la cuestión del humo, que seguía colgando en medio de la habitación, atravesándola toda. Como una cortina. Ni se disolvía, ni se alejaba flotando, ni se movía. Había aire en el cuarto y lo sentía en la cara. Pero no sentía el humo. Era un entramado gris tejido por mil arañas. Me pregunté cómo habían conseguido que trabajaran todas en equipo.

Pijama de franela. Del tipo que usan en el hospital del distrito. No se abrochaba por delante y no tenía ni una puntada más de las estrictamente necesarias. Tela áspera, basta. El cuello me rozaba la garganta, aún dolorida. Empecé a recordar cosas. Me palpé los músculos del cuello. Aún me dolían. Sólo a un indio, pum. De acuerdo, Hemingway. ¿De manera que quieres ser detective? Ganar dinero en abundancia. En nueve fáciles lecciones. Proporcionamos placa sin costo adicional. Por cincuenta centavos más le mandamos un braguero. La garganta me dolía, pero los dedos que la palpaban no sentían nada. Podrían haber sido un racimo de plátanos. Los miré. Parecían dedos. No era suficiente.

Dedos contra reembolso. Debían de haber llegado con la placa y el braguero. Y con el diploma. Era de noche. Del otro lado de las ventanas reinaba la oscuridad. Un cuenco de porcelana translúcida colgaba del centro del techo por tres cadenas de latón. Dentro había luz y tenía, por todo el borde, pequeños bultos de color naranja y azul, alternativamente. Me dediqué a contemplarlos. Estaba cansado del humo. Mientras los miraba empezaron a abrirse como pequeños ojos de buey y de dentro salieron cabezas. Cabecitas diminutas, pero vivas, cabezas como de muñequitos, pero vivas. Una era la de un individuo con gorra de marino y nariz de bebedor, otra la de una rubia de cabellos suaves y sedosos con una pamelita y una tercera la de un sujeto muy flaco con una corbata de lazo torcida. Parecía un camarero de restaurante barato en una playa. Abrió la boca y dijo con sorna: «¿El filete le gusta poco hecho, caballero?».

Cerré los ojos con fuerza y cuando volví a abrirlos sólo había un cuenco de imitación de porcelana colgado de tres cadenas de latón. Pero el humo seguía colgando inmóvil del aire en movimiento. La esquina de una sábana muy áspera me sirvió para limpiarme el sudor de la cara con los dedos insensibles que la academia por correspondencia me había enviado después de nueve fáciles lecciones, la mitad por adelantado, apartado de correos dos millones cuatrocientos sesenta y ocho mil novecientos veinticuatro, Cedar City, Iowa. Loco. Me había vuelto completamente loco. Me senté en la cama y al cabo de un rato pude bajar al suelo los pies descalzos, en los que sólo sentía pinchazos como de alfileres. El mostrador de mercería a la izquierda, señora. Imperdibles de tamaño gigante a la derecha. Los pies empezaron a notar el suelo. Me puse en pie. La distancia era excesiva.

Me agaché, respirando hondo y agarrado al borde de la cama, mientras una voz que parecía salir de debajo repetía una y otra vez: «Ya has llegado al delírium trémens...». Empecé a andar, tambaleándome como un borracho. Había una botella de whisky sobre una mesita esmaltada de blanco entre las dos ventanas con barrotes. La forma era la adecuada.

Parecía estar medio llena. Fui hacia ella. Hay muchísima gente buena en el mundo, pese a todo. Quizá refunfuñes cuando lees el periódico por la mañana y le des patadas en las espinillas al tipo en la butaca de al lado en el cine y te sientas mezquino y desalentado y desprecies a los políticos, pero de todos modos hay mucha gente buena en el mundo. Piensa, sin ir más lejos, en la persona que dejó esa botella de whisky medio llena. Tenía un corazón tan grande como una de las caderas de Mae West. La agarré con las dos manos —todavía insensibles a medias— y me la llevé a la boca, sudando como si levantara un extremo del Golden Gate.

Me eché al colete un trago muy largo y poco preciso. Luego volví a dejar la botella con todo el cuidado del mundo y traté de lamerme por debajo de la barbilla. El whisky tenía un sabor curioso. Mientras me daba cuenta de que tenía un sabor curioso vi un lavabo encastrado en una esquina. Conseguí llegar. Por los pelos. Vomité. El mejor jugador de béisbol del mundo no ha arrojado nunca con más entusiasmo.

Fue pasando el tiempo en un paroxismo de náuseas, mareo, aturdimiento, de agarrarme al borde del lavabo y de emitir sonidos animales pidiendo ayuda.

Lo superé y pude volver a trompicones hasta la cama, tumbarme de espaldas y quedarme allí, jadeante, contemplando el humo. El humo no era una cosa tan clara. No era una cosa tan real.

Quizá era algo que tenía yo detrás de los ojos. Y luego, de repente, ya no estaba allí en absoluto y la luz de la lámpara de porcelana dibujaba con nitidez todos los contornos de la habitación. Volví a incorporarme. Había una pesada silla de madera pegada a la pared cerca de la puerta. Y otra puerta además de la que había utilizado para entrar el individuo de la bata blanca.

Probablemente la puerta de un armario. Era incluso posible que estuviera allí mi ropa. El suelo se hallaba cubierto por un linóleo a cuadros verdes y grises. Las paredes, pintadas de blanco. Una habitación limpia. El lecho donde me encontraba era una estrecha cama de hospital con armazón de hierro, más baja que de ordinario, y sólidas correas de cuero con hebillas sujetas a los lados, a la altura a la que suelen situarse las muñecas y los tobillos de una persona. Era una habitación estupenda..., para salir zumbando. A mi cerebro le llegaban ya sensaciones de todo el cuerpo, dolores en la cabeza, la garganta y el cuello. No recordaba que me hubiera sucedido nada en el brazo. Me subí la manga del pijama de algodón y lo miré, aunque todo lo veía borroso. La piel estaba llena de pinchazos desde el codo hasta el hombro. Alrededor de cada pinchazo había un círculo descolorido, del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. Droga. Me habían inyectado droga hasta las cejas para que no alborotase. Quizá también escopolamina, para hacerme hablar. Me habían dado demasiada droga en muy poco tiempo.

Me estaba costando Dios y ayuda salir de aquel estado. Algunas personas lo consiguen, otras no. Todo depende de tu constitución. Droga. Aquello explicaba el humo, las cabecitas en el borde de la lámpara, las voces, las ideas descabelladas, las correas, los barrotes y los dedos y los pies insensibles. El whisky era probablemente parte de un tratamiento de cuarenta y ocho horas para algún alcohólico. Lo habían dejado en la habitación para que no echara nada de menos.

Me puse en pie y estuve a punto de chocar con la pared que tenía delante. Aquello hizo que me tumbara y que respirase suavemente durante mucho rato. Tenía un hormigueo por todo el cuerpo y sudaba profusamente. Sentía cómo se me formaban gotitas de sudor en la frente y luego se deslizaban despacio y con mucho cuidado por los lados de la nariz hasta las comisuras de la boca. Y mi lengua las lamía sin saber por qué. Luego me incorporé una vez más en la cama, puse los pies en el suelo y finalmente me levanté.

—De acuerdo, Marlowe —dije entre dientes—. Eres un tipo duro. Un metro ochenta de acero templado. Ochenta kilos en cueros y con la cara lavada. Buenos músculos y buen fajador. Puedes salir adelante. Te han dado dos veces con una cachiporra, casi te estrangulan y te han hecho papilla la mandíbula con la culata de un revólver. Te han inyectado opio hasta las cejas y te han mantenido la dosis hasta volverte tan loco como un rebaño de cabras. ¿Y a qué se reduce todo eso? Al pan nuestro de cada día. Vamos a ver si eres capaz de hacer algo realmente difícil, como ponerte los pantalones. Volví a tumbarme en la cama. Siguió pasando el tiempo. No sé cuánto. No tenía reloj.

De todos modos no se hacen relojes para medir esa clase de tiempo. Me senté en la cama. Todo aquello empezaba a estar un poco visto. Me puse en pie y comencé a andar. No resultaba nada divertido. Hacía que el corazón me diera saltos como un gato asustado. Mejor tumbarse y volver a dormir. Mejor tomárselo con calma durante un rato. No estás en forma, socio. De acuerdo, Hemingway, estoy débil. No podría derribar un florero ni rasgar una cuartilla. No importa. Estoy andando. Soy duro. Voy a marcharme de aquí. Volví a tumbarme en la cama.

La cuarta vez fue un poco mejor. Crucé la habitación, ida y vuelta, dos veces. Me llegué hasta el lavabo, lo enjuagué, me incliné sobre él y bebí agua con la palma de la mano. Conseguí no devolverla. Esperé un poco y bebí más. Mucho mejor. Caminé, caminé y seguí caminando.

Al cabo de media hora de andar me temblaban las rodillas pero tenía la cabeza clara. Bebí más agua, grandes cantidades de agua. Casi lloré en el lavabo mientras la estaba bebiendo. Volví a la cama. Era una cama deliciosa, hecha con pétalos de rosa. Era la cama más hermosa del mundo. Se la habían quitado a Carole Lombard. Era demasiado blanda para ella. Merecía la pena renunciar al resto de mi vida por un par de minutos tumbado en ella. Hermosa cama blanda, sueño maravilloso, hermosos ojos cerrándose y párpados cayendo y el suave sonido de la respiración y la oscuridad y el descanso hundido en mullidas almohadas... Caminé.

Construyeron las Pirámides y se cansaron de ellas y las derribaron y machacaron la piedra para hacer cemento para la presa de Boulder; luego la construyeron, llevaron el agua a Sunny Southland y la utilizaron para provocar una inundación.

Seguí andando mientras pasaba todo aquello. Que no me molestaran. Dejé de andar. Ya estaba en condiciones de hablar con alguien.

El armario estaba cerrado y la silla resultaba demasiado pesada para mí. No era casualidad. Quité las sábanas y aparté el colchón. Debajo, la tela metálica del somier estaba sujeta en la cabecera y en los pies por muelles de metal, esmaltados de negro, de unos veinte centímetros de largo. Puse manos a la obra para soltar uno. Fue el trabajo más duro que he hecho en toda mi vida. Diez minutos después, aunque con dos dedos ensangrentados, tenía un muelle a mi disposición. Lo agité en el aire y comprobé que podía manejarlo bien. Pesaba bastante y sería eficaz.

Después de haber hecho todo aquello, mis ojos se tropezaron con la botella de whisky, que también hubiera servido como arma, pero de la que me había olvidado por completo. Bebí algo más de agua. Luego descansé un poco sobre el somier. Finalmente me acerqué a la puerta, coloqué la boca del lado de las bisagras y grité: —¡Fuego! ¡Fuego! Fue una espera corta y agradable. Mi carcelero llegó corriendo a todo correr por el pasillo, metió la llave en la cerradura y la hizo girar con ferocidad.

La puerta se abrió de golpe. Yo me había pegado a la pared del lado por donde se abría. Esta vez llevaba la cachiporra en la mano, un simpático instrumento de unos quince centímetros, cubierto de tiras de cuero marrón entrelazadas. Se le salieron los ojos de las órbitas al ver el estado de la cama y, a continuación, empezó a torcer la cabeza. No pude evitar reírme mientras le atizaba. Le golpeé con el muelle en un lado de la cabeza y cayó hacia adelante.

Lo seguí hasta que estuvo de rodillas y le golpeé dos veces más. Dejó escapar un gemido. Le quité la cachiporra. Volvió a gemir. Le puse una rodilla en la cara y me hice daño. No me dijo si también le dolía. Mientras seguía gimiendo lo dejé inconsciente con la cachiporra. Retiré la llave del exterior de la puerta, cerré por dentro y procedí a registrarlo. Encontré otras llaves. Una de ellas era la del armario, donde estaba colgada mi ropa. Miré en los bolsillos.

Habían desaparecido los billetes de mi cartera. Volví a mi carcelero de la bata blanca. Llevaba demasiado dinero para el trabajo que hacía. Me quedé con lo que yo tenía antes de ir a casa de Amthor, lo arrastré hasta la cama, le até muñecas y tobillos con las correas y le metí medio metro de sábana en la boca. Tenía rota la nariz. Esperé lo suficiente para asegurarme de que podía respirar por ella.

Sentí pena por él. Un hombrecillo ingenuo y trabajador que trataba de conservar su empleo y recibir su paga semanal. Quizá con mujer e hijos. Una verdadera lástima. Y todo lo que tenía para ayudarse era una cachiporra. No parecía justo. Puse el whisky drogado donde podría haberlo alcanzado de no tener las manos atadas.

Le di unas palmaditas en el hombro. A punto estuve de derramar algunas lágrimas. Toda mi ropa, incluida la funda sobaquera y el revólver, aunque sin balas, estaba en el armario. Me vestí con dedos temblorosos y entre continuos bostezos. El ocupante de la cama descansaba. Lo dejé allí y cerré con llave al salir de la habitación. Fuera encontré un amplio corredor silencioso con tres puertas cerradas. De ninguna me llegó el menor ruido.

La alfombra de color vino situada en el centro parecía acentuar el ambiente de silencio del resto de la casa. El pasillo torcía luego en ángulo recto y en el nuevo corredor encontré el inicio de una gran escalera a la antigua usanza, con pasamanos de roble, que se curvaba elegantemente hasta perderse en la penumbra del piso inferior. Dos puertas interiores con vidrieras de colores cerraban el pasillo inferior. El suelo era de mosaico y estaba cubierto por espesas alfombras. Una puerta casi cerrada dejaba escapar un rayo de luz. Pero seguía sin oírse nada.

Una casa antigua, construida como ya no se construyen los edificios. Probablemente se alzaba en una calle tranquila con una rosaleda lateral y gran abundancia de flores delante de la fachada principal. Hermosa, elegante y tranquila bajo el brillante sol californiano. Y dentro..., a quién le importa, si se evita que griten con demasiada fuerza.

Me disponía a bajar la escalera cuando oí toser a alguien. Eso hizo que me diera la vuelta bruscamente y descubriera una puerta abierta a medias al extremo del otro corredor. Avancé de puntillas por la alfombra. Esperé, muy cerca de la puerta abierta a medias, pero sin entrar. Una cuña de luz caía sobre la alfombra junto a mis pies. La persona tosió de nuevo. Era una tos profunda, de un pecho amplio. La tos de alguien sin preocupaciones. No era asunto mío. Lo mío era salir de allí. Pero, en aquella casa, un huésped cuya puerta estuviera abierta me interesaba.

Sería sin duda una persona de posición, merecedora de que uno se quitase el sombrero. Me introduje un poco en la curia de luz. Se oyó el crujido de un periódico.

Veía ya parte de una estancia que estaba amueblada como una habitación y no como una celda. Un sombrero y varias revistas sobre una cómoda de color oscuro. Ventanas con visillos de encaje y una buena alfombra.

Los muelles de una cama gimieron pesadamente. Un tipo de gran tamaño, como su tos. Con la punta de los dedos empujé la puerta unos centímetros. Todo siguió igual. Nada ha avanzado nunca más despacio que mi cabeza al asomarse. Vi entonces la habitación, la cama, al hombre que estaba en ella y el cenicero tan lleno de colillas que algunas habían caído sobre la mesilla de noche e incluso en la alfombra. Una docena de periódicos destrozados por toda la cama. Uno de ellos entre un par de manos gigantescas delante de un rostro también enorme. Vi los cabellos por encima del borde del periódico: rizados, oscuros —negros incluso— y muy abundantes. Una franja de piel blanca por debajo. El periódico se movió un poco más, yo no respiré y el individuo que ocupaba la cama no levantó la vista.

Necesitaba un afeitado. Siempre necesitaría un afeitado. Lo había visto antes, en Central Avenue, en un local para negros llamado Florian's, con un traje muy llamativo —bolas blancas de golf a modo de botones en la chaqueta— y un whisky sour en la mano. Y también lo había visto con un Colt del ejército que, al empuñarlo él, parecía de juguete, cuando salía sin prisa por una puerta que previamente había descerrajado. Había visto algunas muestras de su manera de trabajar; las cosas que hacía quedaban hechas.

Tosió de nuevo, movió las posaderas, bostezó con toda el alma y buscó sobre la mesilla de noche un maltratado paquete de cigarrillos, uno de los cuales acabó en su boca. Una llama se encendió al final de su dedo gordo y por su nariz empezó a salir humo.

—Ah —dijo, poniéndose de nuevo el periódico delante de la cara.

Lo dejé allí y regresé por el pasillo hacia la escalera, que me dispuse a bajar. El señor Moose Malloy parecía estar en muy buenas manos. Una voz murmuró desde detrás de la puerta casi cerrada. Esperé a que alguien contestara. Nadie respondió. Era una conversación telefónica. Me acerqué mucho a la puerta y escuché. Apenas se oía nada, era un simple murmullo. Ninguna sucesión de palabras que tuviera un significado. Finalmente se oyó un clic que concluía la comunicación. Después sólo hubo más silencio. Era el momento de marcharse, de irse muy lejos. De manera que empujé la puerta para abrirla y entré sin hacer ruido.

Estaba en un despacho, ni grande ni pequeño, con aspecto decididamente profesional. Una librería con puertas de cristal y llena de pesados volúmenes. Un armarito de metal esmaltado de blanco, con muchas jeringuillas y agujas hipodérmicas, algunas de las cuales estaban siendo esterilizadas. Un amplio escritorio con un secante, un abrecartas de bronce, pluma y tintero, una agenda y muy poco más, a excepción de los codos de un hombre que meditaba, el rostro entre las manos.

Entre los dedos amarillentos y separados vi cabellos como de arena húmeda, tan lisos que parecían pintados sobre el cráneo.

Di tres pasos más, y los ojos debieron dirigirse más allá de la mesa y advertir el movimiento de mis zapatos. El ocupante del despacho alzó la cabeza y me miró. Hundidos ojos incoloros en un rostro semejante a pergamino. Separó las manos, se reclinó lentamente en el asiento y me miró sin expresión alguna.

Acto seguido extendió las manos en un gesto de impotencia pero, al mismo tiempo, de desaprobación; cuando se posaron sobre la mesa, una de ellas quedó muy cerca de uno de los ángulos. Di dos pasos más y le enseñé la cachiporra. Pero el índice y el anular siguieron moviéndose hacia el ángulo de la mesa.

—El timbre —dije—, no le servirá de nada hoy. He retirado de la circulación a su matón.

Sus ojos parecieron aletargarse.

—Ha estado usted muy enfermo, señor mío. Francamente enfermo. No le puedo aconsejar todavía que se levante y camine.

—La mano derecha —dije. Se la golpeé con la cachiporra, y el brazo se dobló sobre sí mismo como una serpiente herida.

Di la vuelta a la mesa con una sonrisa en los labios aunque no había motivo alguno para sonreír. El ocupante del despacho tenía un arma en el cajón, por supuesto. Siempre la tienen y siempre la sacan demasiado tarde, si es que llegan a hacerlo. Se la quité. Era una 38 automática, un modelo estándar, no tan buena como la mía, pero los proyectiles me servían. No parecía que hubiera más balas en el cajón. Empecé a extraer el cargador.

Advertí un movimiento indeciso, los ojos siempre hundidos y llenos de tristeza.

—Quizá tenga otro timbre debajo de la alfombra —dije—.

Quizá suene en el despacho del jefe de policía. No lo utilice. Durante una hora voy a ser un tipo muy duro. Si alguien entra por esa puerta irá a parar directamente a un ataúd.

—No hay ningún timbre debajo de la alfombra —dijo. Su acento extranjero era casi imperceptible.

Terminé de extraer el cargador y lo cambié por el mío. Saqué el proyectil que estaba en la recámara y dejé su pistola sobre la mesa. Hice subir uno a la recámara de la mía y me situé otra vez del otro lado del escritorio.

La puerta tenía un picaporte de resbalón. Retrocedí, la empujé para cerrarla y esperé hasta oír el clic. También tenía un pestillo, y lo eché. Volví junto al escritorio y me senté en una silla, con lo que consumí los últimos gramos de energía que me quedaban.

—Whisky —dije.

Mi interlocutor empezó a mover las manos.

—Whisky —repetí.

Fue al armario de los medicamentos y sacó una botella plana —con su timbre de hacienda de color verde— y un vaso.

—Dos vasos —dije—. He probado su whisky una vez y casi llego volando hasta la isla Catalina.

Buscó un segundo vaso, rompió el sello de la botella y llenó los dos. —Usted primero —dije. Sonrió débilmente y alzó uno de los vasos.

—A su salud, señor mío..., lo que le queda de ella.

Bebió él y bebí yo. Eché mano a la botella, me la puse cerca y esperé a que el calor tibio me llegara al corazón. Poco después empezó a latir con violencia, pero estaba de nuevo en mi pecho y no colgando de un hilo.

—He tenido una pesadilla —dije—. Una cosa muy tonta.

Soñé que me ataban a un catre, que me inyectaban droga a tope y que estaba encerrado en una habitación con barrotes en las ventanas. Llegué a estar muy débil. Dormí. Carecía de alimentos. Era un hombre enfermo. Primero me habían atizado en la cabeza y luego me trajeron a un sitio donde me hicieron todo eso. Se tomaron muchas molestias y no soy tan importante. El individuo sentado al otro lado de la mesa no dijo nada. Sólo me contemplaba. Parecía estar considerando cuánto tiempo me quedaba de vida.

—Me desperté en una habitación llena de humo —dije—.

No era más que una alucinación, irritación del nervio óptico o cualquier otra cosa que un profesional como usted quiera llamarle. En lugar de culebras de color rosa veía humo. De manera que grité y un tipo duro con bata blanca entró y me enseñó una cachiporra. Me llevó mucho tiempo prepararme para quitársela. Conseguí sus llaves y mi ropa y hasta recuperé mi dinero, sacándoselo del bolsillo. De manera que aquí estoy. Completamente curado. ¿Qué ha dicho?

—No he hecho ninguna observación —dijo—.

—Las observaciones quieren que usted las haga —dije yo—. Están con la lengua fuera esperando a ser dichas. Esto que ve usted aquí... —agité ligeramente la cachiporra— puede resultar muy convincente. Tuve que pedírselo prestado a cierto individuo.

—Haga el favor de dármele al instante —dijo, con una sonrisa que llegaría a gustarle a cualquiera. Era como la sonrisa del verdugo cuando viene a tu celda a medirte para ver a qué altura hay que colocar el lazo de la horca. Entre amistosa y paternal, y un tanto precavida al mismo tiempo. Llegaría a gustarle a cualquiera si estuviese seguro de ir a vivir lo bastante.

Le puse la cachiporra en la palma de la mano, la izquierda.

—Ahora la pistola, por favor dijo. Ha estado usted muy enfermo, señor Marlowe. Tendré que insistir en que vuelva usted a la cama.

Lo miré fijamente.

—Soy el doctor Sonderborg —dijo—, y no voy a permitir más locuras.

Dejó la cachiporra sobre la mesa. Su sonrisa tenía la tiesura de un pez congelado. Sus largos dedos hicieron movimientos de mariposas agonizantes.

—La pistola, por favor —dijo con suavidad—. Le aconsejo con la mayor firmeza...

—¿Qué hora es, alcaide?

Pareció ligeramente sorprendido. Yo llevaba reloj de pulsera pero se había quedado sin cuerda.

—Casi medianoche, ¿por qué?

—¿Qué día de la semana?

—Carece de importancia, mi querido señor... Domingo, por supuesto.

Me apoyé contra el escritorio y traté de pensar, manteniendo la pistola lo bastante cerca como para que el doctor Sonderborg tuviera tentaciones de apoderarse de ella.

—Más de cuarenta y ocho horas. No me sorprende que haya tenido ataques. ¿Quién me trajo aquí?

Mientras me miraba fijamente su mano izquierda empezó a avanzar poco a poco hacia la pistola. Pertenecía sin duda a la Sociedad de la Mano Errabunda. Seguro que las chicas habían tenido más de un problema con él.

—No me obligue a enfadarme —protesté—. No me haga perder mis buenos modales y mi inglés impecable. Dígame tan sólo cómo llegué aquí.

Tenía valor. Echó mano a la pistola, pero ya no estaba allí. Me recosté en la silla y me la coloqué sobre el regazo. El doctor Sonderborg enrojeció, echó mano a la botella de whisky, se llenó el vaso y lo apuró muy deprisa. Respiró hondo y tuvo un escalofrío. No le gustaba el sabor del whisky. Es algo que les pasa siempre a los drogadictos.

—Lo detendrán de inmediato si sale de aquí —dijo con tono cortante—. Ha sido usted debidamente internado por un agente de la ley...

—Los agentes de la ley no están autorizados para eso.

Aquello le afectó un poco. Su rostro amarillento empezó a contraerse.

—Decídase y cuéntemelo —dije—. Quién me ha traído aquí, por qué y cómo. Estoy de un humor extraño. Me noto con ganas de ir a bailar entre la espuma de las olas. Oigo la llamada de las almas en pena. Hace una semana que no disparo contra nadie. Confíese, doctor Fell. Puntee la antigua viola, que fluya la música más suave.

—Sufre usted un envenenamiento por estupefacientes —dijo con frialdad—. Ha estado a punto de morir. Tuve que darle digital en tres ocasiones. Luchó, gritó y fue necesario sujetarlo. —Sus palabras salían tan deprisa de su boca que se adelantaban unas a otras—. Si abandona mi hospital en estas condiciones, tendrá problemas graves.

—¿Ha dicho usted que era médico? ¿Doctor en medicina?

—Por supuesto. Soy el doctor Sonderborg, como le he dicho antes.

—Nadie grita ni lucha en el caso de un envenenamiento por estupefacientes, doctor. Sencillamente permanece en coma. Inténtelo de nuevo. Y resúmalo. Sólo quiero lo esencial. ¿Quién me ha traído a esta casa de orates suya?

—Pero...

—No me venga con peros. O hago sopas con usted. Lo ahogo en un barril de malvasía. Ya quisiera yo tener un barril de malvasía para ahogarme en él. Shakespeare. También él sabía algo de vinos. Tomemos un poco más de nuestra medicina. —Alcancé su vaso y serví whisky para los dos—. Siga contando, Karloff.

—La policía le trajo aquí.

—¿Qué policía?

—La policía de Bay City, claro está. —Sus inquietos dedos amarillos dieron vueltas al vaso—. Esto es Bay City.

—Ah. ¿Tenían nombre esos policías?

—Un tal sargento Galbraith, creo. No es uno de los habituales de los coches patrulla. Otro detective y él lo encontraron a usted deambulando por los alrededores de esta casa, aturdido, el viernes por la noche. Lo trajeron aquí porque era el sitio más cercano. Pensé que era usted un drogadicto que había tomado una sobredosis. Pero quizá estuviera equivocado.

—Es una buena historia. No estoy en condiciones de demostrar que es falsa. Pero ¿por qué mantenerme aquí dentro?

Extendió sus manos inquietas.

—Le he dicho una y otra vez que era un hombre muy enfermo y que lo sigue siendo. ¿Qué habría esperado usted que hiciera?

—En ese caso le debo dinero.

Se encogió de hombros.

—Naturalmente. Doscientos dólares.

Empujé un poco hacia atrás mi silla.

—Una miseria. Venga a buscarlo.

—Si se marcha ahora —dijo con tono cortante—, lo detendrán de inmediato.

Me incliné sobre la mesa y le eché el aliento en la cara.

—Sólo por salir de aquí, no creo, Karloff. Abra la caja de caudales que tiene en la pared.

Se puso en pie con un movimiento felino.

—Esto ha ido ya demasiado lejos.

—¿No quiere abrirla?

—Por supuesto que no.

—Es una pistola lo que tengo en la mano.

Sonrió sin apenas separar los labios y con amargura.

—Es una caja de caudales francamente grande —dije—. Nueva, además. Y esta pistola es excelente. ¿No la va a abrir?

Nada cambió en su cara.

—Maldita sea —dije—. Cuando uno tiene una pistola en la mano, se supone que la gente hace lo que se le dice. No funciona, ¿verdad que no?

El doctor Sonderborg sonrió. Había un placer sádico en aquella sonrisa. Yo perdía pie. Estaba a punto de derrumbarme. Me apoyé con dificultad en la mesa mientras él esperaba, los labios ligeramente abiertos. Me quedé allí durante mucho tiempo, mirándole a los ojos. Luego sonreí y a él se le cayó la sonrisa de la cara como un trapo viejo. En la frente le aparecieron gotas de sudor.

—Hasta la vista —me despedí—. Lo dejo en manos más sucias que las mías. Retrocedí de espaldas hasta la puerta, la abrí y salí. La entrada principal no estaba cerrada con llave. La casa tenía un porche cubierto. En el jardín abundaban las flores. Había una cerca blanca y un portón. La finca ocupaba una esquina de la calle. Era una noche fresca y húmeda, sin luna.

Fuera, el letrero decía calle Descanso. Manzana adelante había casas iluminadas. Escuché para ver si oía la sirena de un coche de la policía, pero no apareció ninguno. El otro letrero decía calle 23. Me dirigí con dificultad hacia la calle 25 y, una vez en ella, hacia la manzana de los ochocientos. El 819 era el número de la casa de Anne Riordan. Un refugio.

Llevaba ya mucho tiempo andando cuando me di cuenta de que aún empuñaba la pistola. Y seguía sin oír sirenas. Continué andando. El aire me sentó bien, pero el whisky se estaba muriendo y se retorció antes de morir. Había abetos a todo lo largo de la manzana, y casas de ladrillo con más aspecto de edificios de Seattle que del sur de California.

Aún encontré una luz encendida en el número 819. La casa disponía de un garaje diminuto, aplastado contra un seto muy alto de cipreses. Había rosales delante de la casa. Entré por el camino que llevaba hasta la puerta y escuché antes de tocar el timbre. Seguía sin oírse el gemido de las sirenas. Al cabo de algún tiempo una voz habló con dificultad a través de uno de esos ingenios eléctricos que permiten hablar mientras la puerta principal está aún cerrada.

—¿Quién es?

—Marlowe.

Tal vez contuvo el aliento o fue sólo que el aparato eléctrico, al desconectarlo, hizo un sonido que se le parecía. La puerta se abrió de par en par, y la señorita Anne Riordan, con un traje sastre verde claro, se me quedó mirando. Asustada, los ojos se le abrieron mucho. Su rostro, bajo el resplandor de la luz del porche, perdió color de repente.

—Dios mío —gimió—. ¡Pareces el fantasma del padre de Hamlet!

El cuarto de estar tenía una alfombra marrón con dibujos, sillas de color blanco y rosa, una chimenea de mármol negro con morillos de latón, altas librerías empotradas en las paredes y ásperas cortinas de color crema sobre las venecianas bajadas.

No había nada femenino en la habitación a excepción de un espejo de cuerpo entero con un buen trozo de suelo delante, totalmente despejado. Yo estaba medio tumbado en un sillón muy hondo con las piernas sobre un escabel. Me había tomado dos tazas de café solo, luego una copa, después huevos pasados por agua y una tostada y finalmente algo más de café con brandy añadido. Todo eso había sucedido en el comedor, pero ya no me acordaba del aspecto que tenía. Había pasado demasiado tiempo. Me hallaba otra vez en buena forma. Casi sobrio, mi estómago iba camino de la tercera base en lugar de correr hacia el mástil del centro del campo. Anne Riordan estaba frente a mí, inclinada hacia adelante, la agradable barbilla descansando en una mano no menos agradable, los ojos oscuros en sombra bajo el ahuecado cabello rojizo castaño. Llevaba un lápiz metido en el pelo. Parecía preocupada.

Le había contado algo de lo sucedido, pero no todo. De manera especial, no le había dicho nada sobre Moose Malloy.

—Pensé que estabas borracho —dijo—. Pensé que te habías emborrachado antes de venir a verme. Pensé que habías salido con la rubia esa. Pensé... No sé lo que pensé.

—Apuesto a que no has conseguido todo esto con lo que escribes —dije, mirando a mi alrededor—. Ni aunque te pagaran por contar lo que crees que piensas.

—Tampoco mi padre lo consiguió aprovechándose de otros policías —dijo—. Como ese cerdo panzudo que tienen ahora por jefe.

—No es asunto mío —respondí.

—Teníamos algunas parcelas en Del Rey. Unos terrenos arenosos que mi padre compró engañado. Pero luego resultó que había petróleo.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza y bebí otro sorbo de un agradable vaso de cristal tallado. Lo que había dentro tenía un reconfortante sabor cálido.

—A nadie le costaría trabajo instalarse aquí —dije—. Trasladarse sin más. Con todo preparado.

—Si el tal nadie fuera de ese tipo de personas. Y si alguien quisiera que lo hiciese —dijo ella.

—Falta el mayordomo —respondí—. Eso lo hace más duro.

Anne enrojeció.

—Pero tú... prefieres que te machaquen la cabeza, que te acribillen el brazo inyectándote droga y que utilicen tu barbilla como tablero en un partido de baloncesto. Como si no tuviéramos ya suficiente violencia.

No respondí. Estaba demasiado cansado.

—Al menos —dijo—, tuviste la suficiente cabeza para mirar en las boquillas. Por las cosas que dijiste en Aster Drive, pensé que no te habías enterado de nada.

—Esas tarjetas carecen de valor.

Me fulminó con la mirada.

—¿Te sientas ahí y te atreves a decirme eso después de que el tal Amthor haya hecho que dos policías deshonestos te den una paliza y te metan en una cura antialcohólica durante dos días para enseñarte a que te ocupes de tus asuntos? La cosa está tan clara que habría que ser cegato perdido para no verla.

—Eso tendría que haberlo dicho yo —protesté—. Precisamente mi estilo, que siempre ha sido un poco vulgar. ¿Qué es lo que está tan claro?

—Que esa elegante persona con poderes paranormales no es más que un gánster de postín. Escoge los clientes, obtiene la información y luego le dice al brazo ejecutivo que salga y consiga las joyas.

—¿De verdad crees eso?

Se me quedó mirando. Terminé lo que tenía en el vaso y puse otra vez cara de estar muy débil. No surtió efecto.

—Claro que lo creo —dijo—. Lo mismo que tú.

—Yo creo que es un poco más complicado.

Su sonrisa resultó amable y ácida al mismo tiempo.

—Discúlpame. Olvidé por un momento que eres detective. Tiene que ser complicado, ¿no es cierto? Imagino que un caso sencillo casi resulta indecente. —Es más complicado —dije.

—Muy bien. Te escucho.

—No lo sé. Es sólo lo que yo pienso. ¿Me puedo tomar otro whisky? Anne se puso en pie.

—¿Sabes? Alguna vez tendrás que probar el agua, aunque sólo sea para divertirse un poco. —Se acercó y recogió mi vaso—. Éste va a ser el último.

Salió de la habitación y en algún sitio tintinearón cubitos de hielo; yo cerré los ojos y escuché aquellos ruiditos sin importancia. Había sido un error venir a casa de Anne. Si mis enemigos sabían tanto de mí como yo imaginaba, quizá aparecieran por allí buscándome. Y eso sería un desastre.

Mi anfitriona regresó con el vaso y sus dedos, fríos por el contacto con el vaso, tocaron los míos; los retuve un momento y luego los dejé ir lentamente, como se deja ir un sueño cuando te despiertas con el sol en la cara y has estado en un valle encantador. Anne se ruborizó, volvió a su silla, se sentó y se dedicó con gran detenimiento a colocarse como es debido. Luego encendió un cigarrillo mientras me miraba beber.

—Amthor es un caballero bastante despiadado —dije—. Pero de todos modos no lo veo como cerebro de una banda de ladrones de joyas. Quizá esté equivocado. Si lo fuese y pensara que yo tenía algo contra él, no creo que hubiera salido con vida de la clínica. Pero es, sin duda, un individuo que tiene cosas que ocultar. No se puso realmente duro hasta que empecé a farfullar sobre tinta invisible.

Anne me miró sin alterarse.

—¿Era cierto?

Sonreí.

—Si la había, yo no llegué a leerla.

—Es una manera curiosa de esconder observaciones desagradables sobre una persona, ¿no te parece? En boquillas de cigarrillos. Supongamos que nadie las encontrara.

—Lo importante, en mi opinión, es que Marriott tenía miedo y pensó que, si algo le sucedía, se encontrarían las tarjetas. La policía habría mirado con lupa todo lo que tuviera en los bolsillos.

Eso es lo que me desconcierta. Si Amthor es un delincuente, no habría quedado nada para que la policía lo encontrara.

—¿Quieres decir si Amthor lo asesinó o hizo que lo asesinaran? Pero quizá lo que Marriott sabía sobre Amthor no tuviera relación directa con el asesinato. Me incliné hacia atrás, apoyándome en el respaldo del sillón, terminé el whisky y puse cara de estar pensando en lo que mi anfitriona acababa de decir. Luego asentí con la cabeza.

—Pero el robo de las joyas sí que estaba relacionado con el asesinato. Y damos por sentado que Amthor tenía que ver con ese robo.

Sus ojos adquirieron un aire travieso.

—Apuesto a que no te encuentras nada bien —dijo—. ¿No te gustaría acostarte?

—¿Aquí?

Enrojeció hasta la raíz del pelo. Sacó barbilla.

—De eso se trata. No soy una niña. ¿A quién demonios le importa lo que hago o cuándo o cómo?

Dejé el vaso y me puse en pie.

—Uno de mis raros ataques de delicadeza se está apoderando de mí en este momento —afirmé—. ¿Te importaría llevarme hasta una parada de taxis, si no estás demasiado cansada?

—Maldito tonto —dijo muy enfadada—. Lo dejan hecho fosfatina y le inyectan sólo Dios sabe cuántas clases de estupefacientes, pero todo lo que necesita es dormir una noche para levantarse temprano con la sonrisa en los labios y empezar de nuevo a ser detective.

—Tenía intención de dormir un poco más de lo habitual.

—¡Deberías estar en un hospital, estúpido!

Me estremecí.

—Escucha —dije—. Esta noche no tengo la cabeza muy clara y no creo que deba quedarme aquí mucho tiempo. Carezco de pruebas contra esa gente, pero parece que no les caigo bien. Todo lo que yo pueda decir sería mi palabra contra la de las fuerzas del orden, y en esta población las fuerzas del orden parecen bastante corruptas.

—Es una ciudad donde se vive bien —dijo ella con energía y de manera un poco entrecortada—. No se puede juzgar...

—De acuerdo, es una ciudad donde se vive bien. También lo es Chicago. Cualquiera puede vivir allí mucho tiempo sin ver una metralleta. Seguro que aquí se vive bien. Probablemente no es más corrupta que Los Ángeles. Pero en el caso de una gran ciudad, sólo se puede comprar una parte. En el caso de una población de este tamaño, es posible comprarla entera, con el embalaje original e incluso envuelta en celofán. Ésa es la diferencia. Y eso hace que me quiera marchar. Se puso en pie y me enseñó la barbilla con aire autoritario.

—Te vas a ir a la cama ahora mismo. Tengo un dormitorio para invitados donde te puedes instalar y...

—¿Prometes cerrar tu puerta con llave?

Volvió a ruborizarse y se mordió el labio.

—A ratos me pareces una persona excepcional —dijo—, y otras el peor sinvergüenza que he conocido nunca.

—En cualquiera de los dos casos, ¿tendrás la amabilidad de llevarme a un sitio donde pueda coger un taxi?

—Te vas a quedar aquí —dijo con tono cortante—. No estás en condiciones de marcharte. Eres un enfermo.

—No estoy tan enfermo como para que alguien no intente sacarme información —dije con intención de molestarla.

Anne abandonó tan deprisa el cuarto que estuvo a punto de caerse en los dos escalones que llevaban al vestíbulo. Casi antes de haberse ido regresó sin sombrero pero con un largo abrigo de franela sobre el traje sastre; su pelo rojizo daba la misma sensación de enojo que su cara. Luego abrió una puerta lateral arrancándola casi, salió de un salto y sus pasos repiquetearon sobre el asfalto de la entrada para el coche. La puerta de un garaje hizo un suave ruido al levantarse.

Luego se abrió la portezuela de un coche que enseguida se cerró de golpe. Chirrió el motor de arranque, el automóvil se puso en marcha y brilló la luz de los faros más allá de la puertaventana del cuarto de estar, que había quedado abierta.

Recogí mi sombrero, que estaba sobre una silla, apagué un par de lámparas y vi que la puertaventana tenía una cerradura Yale. Volví la vista un momento antes de cerrar. Era una habitación muy agradable. Sería muy agradable estar allí en zapatillas. Cerré la puerta, el cochecito se colocó a mi altura y di la vuelta por detrás para entrar. Anne me llevó hasta mi casa sin abrir la boca, furiosa.

Cuando me apeé delante de mi apartamento, me dio las buenas noches con voz helada, hizo un giro de 180 grados con el coche a mitad de la manzana y ya había desaparecido antes de que yo sacara las llaves del bolsillo. Mi edificio de apartamentos lo cierran a las once. Crucé el vestíbulo, que siempre huele a húmedo, hasta llegar a las escaleras y al ascensor, que utilicé para subir a mi apartamento.

Iluminaban el corredor unas luces muy deprimentes. Botellas de leche hacían guardia ante las entradas de servicio. Al fondo se distinguía la puerta roja contra incendios, con una sección de tela metálica que dejaba pasar una mínima corriente de aire que nunca eliminaba por completo el olor a comida. Me hallaba en casa, en un mundo en reposo, tan inofensivo como un gato dormido.

Abrí la puerta de mi apartamento, entré y aspiré el olor, de pie junto a la puerta, durante algún tiempo, antes de encender la luz. Un olor casero, a polvo y a humo de tabaco, el olor de un mundo donde seres humanos viven y se esfuerzan por seguir viviendo. Me desnudé y me metí en la cama. Tuve pesadillas y me desperté varias veces sudando. Pero por la mañana había vuelto a ser el mismo de siempre.

Estaba sentado en el borde de la cama, todavía en pijama, pensando en levantarme, pero sin decidirme del todo. No me sentía demasiado bien, pero tampoco tan mal como debiera, ni tan enfermo como me sentiría si trabajara en una oficina.

Me dolía la cabeza, con la sensación añadida de que me había crecido y de que ardía; tenía seca la lengua y la boca como llena de tierra; me notaba con tortícolis y tampoco mi mandíbula había recobrado la sensibilidad. Pero guardaba en mi memoria el recuerdo de peores amaneceres.

Era un día gris con niebla alta, sin tibieza aún, pero con posibilidades de llegar a ser un día cálido. Conseguí arrancarme de la cama, me froté la boca del estómago, en el sitio donde me dolía a causa de los vómitos. El pie izquierdo estaba bien. No me dolía. De manera que fui a tropezar con la esquina de la cama.

Aún estaba lanzando maldiciones cuando se oyeron unos golpes enérgicos en la puerta, el tipo de llamada imperiosa que despierta el deseo de abrir la puerta cinco centímetros, hacer una pedorreta y dar un portazo.

Abrí un poco más de cinco centímetros y me encontré delante al teniente Randall, traje marrón de gabardina, un fieltro ligero en la cabeza, muy pulcro y limpio y solemne y con una expresión muy desagradable en los ojos. Randall empujó un poco la puerta y yo me aparté para dejarlo pasar. Entró, cerró y miró alrededor.

—Llevo dos días buscándolo —dijo. No me miró: valoraba la habitación con la mirada.

—He estado enfermo.

Recorrió el apartamento a paso gimnástico, brillándole el cabello gris, el sombrero ahora debajo del brazo, las manos en los bolsillos. No era un hombre muy fornido tratándose de un policía.

Se sacó una mano del bolsillo y dejó el sombrero con mucho cuidado encima de unas revistas.

—Aquí no —dijo.

—En una clínica.

—¿Qué clínica?

—Una clínica veterinaria.

Dio un respingo como si le hubiese abofeteado. Una sombra de color le apareció debajo de la piel.

—¿No es un poco pronto..., para ese tipo de chiste?

No respondí y encendí un cigarrillo. Di una chupada y me senté de nuevo en la cama, muy deprisa.

—Los tipos como usted no tienen remedio, ¿no es eso? —dijo—. Sólo el de meterlo entre rejas.

—He estado muy enfermo y no he desayunado todavía. No cabe esperar de mí un ingenio excepcional.

—Le dije que no trabajara en este caso.

—No es usted Dios. Ni siquiera Jesucristo.

Di una segunda chupada al pitillo. Sentí que algo dentro de mí estaba todavía en carne viva, pero no me pareció tan mal como la primera.

—Le asombraría saber los muchos problemas que podría causarle. —Probablemente.

—¿Sabe por qué no lo he hecho todavía?

—Sí.

—¿Por qué? —Estaba un poco inclinado hacia adelante, tenso como un foxterrier, con esa mirada glacial que a todos se les acaba poniendo, tarde o temprano.

—Porque no ha podido encontrarme.

Se recostó en el respaldo y echó la silla hacia atrás apoyándose en los talones. Se le iluminó un poco la cara.

—Creía que iba a decir otra cosa. Y si la hubiera dicho, le habría atizado un buen mamporro.

—Veinte millones de dólares no le asustarían. Pero pueden darle órdenes.

Respiró hondo, con la boca un poco abierta. Muy despacio sacó del bolsillo un paquete de tabaco y rompió el celofán. Le temblaban un poco los dedos. Su puso un pitillo entre los labios y fue a la mesa de las revistas en busca de cerillas. Encendió el cigarrillo con mucho cuidado, echó la cerilla en el cenicero y no en el suelo, y aspiró el humo.

—El otro día le di algunos consejos por teléfono —dijo—. El jueves. —Viernes.

—Sí; el viernes. No sirvieron de nada. Entiendo por qué. Si bien no sabía por entonces que había estado ocultando pruebas. Yo sólo recomendaba una línea de acción que parecía una buena idea en este caso.

—¿Qué pruebas?

Me miró sin decir nada.

—¿Quiere un poco de café? —pregunté—. Eso quizá le haga más humano. —No.

—Yo sí quiero. —Me puse en pie para dirigirme a la cocina.

—Siéntese —dijo Randall con tono cortante—. No he terminado, ni mucho menos.

Seguí camino de la cocina y puse agua a hervir. Bebí un vaso de agua fría directamente del grifo y luego otro. Regresé con un tercer vaso en la mano hasta apoyarme en el quicio de la puerta y mirarlo. No se había movido. La nube de humo que tenía al lado era casi sólida. Estaba contemplando el suelo.

—¿Qué tiene de malo que fuese a ver a la señora Grayle? —le pregunté—. Me buscó ella.

—No hablaba de eso.

—Ahora no, pero sí hace un momento.

—No mandó a buscarlo. —Alzó los ojos, en los que persistía la misma expresión glacial.

Tampoco había desaparecido el vago rubor en sus marcados pómulos—. Fue usted quien se presentó sin que nadie lo llamara, habló de escándalo y prácticamente consiguió el trabajo haciéndole chantaje.

—Curioso. Tal como yo lo recuerdo, ni siquiera hablamos de un empleo. Me pareció que lo que me contaba no tenía ningún peso. Quiero decir, algo donde hincar el diente. Nada donde empezar. Y por supuesto, imagino que ella ya se lo ha dicho.

—Efectivamente. La cervecería de Santa Mónica es una guarida de malhechores. Pero eso no significa nada. No se sacaría nada en limpio. El hotel al otro lado de la calle tampoco es trigo limpio, pero no es la gente que buscamos. Maleantes de poca monta.

—¿Le ha dicho ella que me presenté sin que nadie me llamara?

Bajó los ojos un poco.

—No.

Sonreí.

—¿Quiere un poco de café?

—No.

Volví a la cocina, eché el agua hirviendo sobre el café y esperé a que se colara. Esta vez Randall me siguió y fue él quien se quedó en la puerta.

—Esa banda de ladrones de joyas trabaja en Hollywood y sus alrededores desde hace más de diez años, según mis informaciones —dijo—. Esta vez han ido demasiado lejos. Han matado a una persona. Y creo que conozco el motivo.

—Pues si se trata de una banda y consigue usted resolver el caso, será la primera vez que suceda desde que vivo en esta ciudad. Y podría enumerar y describir al menos una docena.

—Muy amable por su parte, Marlowe.

—Corríjame si me equivoco.

—Maldita sea —dijo, molesto—. No se equivoca. Un par de casos se resolvieron en apariencia, pero era todo mentira. Algún pobre desgraciado cargó con las culpas de los mandamases.

—Claro. ¿Café?

—Si acepto una taza, ¿hablará conmigo en serio, de hombre a hombre, sin hacer chistes?

—Lo intentaré. Pero no prometo divulgar todas mis ideas.

—Me puedo pasar sin ellas —dijo mordazmente.

—Lleva usted un traje muy elegante.

Enrojeció de nuevo.

—Cuesta veintisiete cincuenta —dijo con tono cortante.

—Vaya, un policía susceptible —respondí, mientras regresaba junto al fogón. —Huele bien. ¿Cómo lo hace?

Serví el café.

—Al estilo francés. Café poco molido. Nada de filtros de papel.

Saqué el azúcar del armario y la leche del refrigerador. Nos sentamos frente a frente.

—¿Ha sido un chiste eso de estar enfermo, en una clínica?

—Nada de chiste. Tuve un problema..., en Bay City. Me metieron allí. No en la cárcel, sino en un sitio privado para alcohólicos y drogadictos. Su mirada se hizo distante.

—Bay City, ¿eh? Busca lo difícil, ¿no es eso, Marlowe?

—No es que busque lo difícil, sino que lo difícil me encuentra a mí. Pero nunca me había sucedido nada parecido. Me han dejado dos veces sin sentido, la segunda vez por mano de un policía, o por alguien que lo parecía y que afirmaba serlo. También me han golpeado con mi propia pistola y un piel roja ha estado a punto de estrangularme. Me dejaron cuando estaba inconsciente en esa clínica para drogadictos y me han tenido allí encerrado; parte del tiempo sujeto con correas. Y no estoy en condiciones de probar nada, excepto una bonita colección de cardenales y mi brazo izquierdo, más agujereado que un acerico.

Randall contempló fijamente la esquina de la mesa.

—En Bay City —dijo despacio.

—El nombre es como una canción. Una canción para cantar en una bañera llena de agua sucia.

—¿Qué estaba usted haciendo allí?

—No fui allí. Los policías se encargaron de eso. Yo fui a ver a un tipo en Stillwood Heights, que está en Los Ángeles.

—Un tipo llamado hiles Amthor —dijo Randall sin alzar la voz—. ¿Por qué se quedó con esos cigarrillos?

Contemplé mi taza. ¡La muy tonta!

—Resultaba curioso que él, que Marriott, tuviera una segunda pitillera. Con porros dentro. Parece que en Bay City los hacen para que parezcan cigarrillos rusos, con boquillas huecas y hasta el escudo de los Romanoff.

Randall empujó en mi dirección la taza vacía y se la volví a llenar. Sus ojos examinaban mi rostro, arruga por arruga, poro a poro, como Sherlock Holmes con su lupa o el doctor Thorndyke con la suya.

—Tendría que habérmelo contado —dijo con amargura. Bebió un sorbo de café y se limpió la boca con una de esas cosas con flecos que ponen en los apartamentos amueblados como si fueran servilletas—. Pero no se los quedó usted. La chica me lo ha dicho.

—Vaya —dije. Los hombres ya no pintan nada en este país. Son siempre las mujeres.

—Usted le gusta —dijo Randall, como un educado agente del FBI en una película, un poco triste, pero muy varonil—. Su padre era el policía más honrado que jamás perdió su puesto. La señorita Riordan no tenía por qué haberse llevado esos pitillos. Usted le gusta.

—Una chica simpática, pero no es mi tipo.

—¿No le gustan simpáticas?

—Me gustan las chicas atractivas y lustrosas, duras y muy pecadoras. —Ésas son las que traen más problemas —dijo Randall con tono indiferente.

—Claro. ¿Es que a mí me ha pasado otra cosa en la vida? ¿Cómo clasificar esta entrevista? Randall utilizó su primera sonrisa del día. Probablemente no gastaba más de cuatro al día.

—Hasta ahora no he sacado mucho en limpio —comentó.

—Le voy a ofrecer una teoría, aunque lo más probable es que me lleve usted varios cuerpos de ventaja. Marriott era chantajista de mujeres; eso al menos fue lo que vino a decirme la señora Grayle. Pero era algo más: el informador de los ladrones de joyas. Informaba sobre la alta sociedad; era la persona que cultivaba a las víctimas y preparaba el escenario. Se relacionaba con mujeres con las que podía salir y a las que llegaba a conocer muy bien. Fíjese en el atraco de hace poco más de una semana. Todo huele francamente mal. Si Marriott no hubiera conducido el coche o no hubiese llevado a la señora Grayle al Trocadero o no hubiera vuelto a casa por el camino que lo hizo, por delante de la cervecería, el atraco no habría podido consumarse.

—Podría haber conducido el chófer —observó Randall juiciosamente—. Pero eso no habría cambiado mucho las cosas. Los chóferes prefieren no cruzarse en el camino del plomo que disparan los atracadores..., si no cobran más que noventa dólares al mes. Pero tampoco podría haber muchos atracos con Marriott como único acompañante de diferentes mujeres, porque eso habría dado que hablar.

—Precisamente lo más importante de este tipo de golpes es que no se habla de lo sucedido —comenté—. A cambio de eso, el propietario recupera las joyas por poco dinero.

Randall se recostó en la silla e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tendrá que sacarse de la manga algo mejor para interesarme. Las mujeres hablan de cualquier cosa. Se correría la noticia de que el tal Marriott era un tipo con el que pasaban cosas desagradables.

—Probablemente fue eso lo que pasó. Y el motivo de que acabaran con él. Randall me miró sin expresión. Su cucharilla movía el aire en una taza vacía.

Me incliné hacia adelante y él hizo un gesto para rechazar la cafetera. —Siga hablando de esa posibilidad —dijo.

—Lo exprimieron más de la cuenta. Su utilidad estaba acabada. Había llegado el momento de que se hablara un poco de él, como usted sugiere. Pero en ese tipo de negocios, uno no dimite ni tampoco lo despiden. De manera que este último atraco lo fue también para él. No olvide que en realidad pedían muy poco por el jade si se tiene en cuenta su valor. Y Marriott se encargó del contacto. Pero, de todos modos, estaba asustado. En el último momento se le ocurrió que sería mejor no ir solo. E incluso un truquito para que, si a él le sucedía algo, hubiera algo que señalara a un hombre, a un individuo sin el menor escrúpulo y lo bastante listo para ser el cerebro de ese tipo de bandas, un individuo en una posición excepcional para conseguir información sobre mujeres ricas. Un truco al que se podría calificar de infantil, pero que de hecho funcionó.

Randall negó con la cabeza.

—Una banda le hubiera quitado todo; incluso se habría llevado el cadáver para tirarlo al mar.

—No. Querían que pareciese una cosa de aficionados. Querían seguir haciendo lo que hacían. Es probable que tengan ya otro informador preparado —dije.

Randall siguió negando con la cabeza.

—El individuo al que señalaban esos cigarrillos no es el tipo. Tiene un tinglado propio que le va muy bien. He hecho averiguaciones. ¿A usted qué le pareció?

Su mirada estaba desprovista de expresión; demasiado, para mi gusto.

—A mí me pareció de lo más peligroso. Y carece de sentido hablar de alguien con demasiado dinero. Por otra parte, el tinglado de la comunicación con el más allá dura lo que dura. Se pone de moda y todo el mundo va a ver al médium, pero al cabo de algún tiempo la moda se pasa y el negocio se esfuma. Quiero decir si se es un vidente y nada más. Igual que las estrellas de la pantalla. Pongamos cinco años. Podría seguir tirando durante ese tiempo. Pero si la información que consigue de esas mujeres puede utilizarla de un par de maneras, es seguro que no perderá la oportunidad de hacer un buen negocio.

—Lo estudiaré con más detenimiento —dijo Randa]] con la misma mirada inexpresiva—. Pero en este momento sigue siendo Marriott quien más me interesa. Volvamos atrás, mucho más atrás. A cómo llegó usted a conocerlo.

—Sencillamente me llamó por teléfono. Encontró mi nombre en la guía. Eso fue lo que dijo, al menos.

—Tenía una tarjeta suya.

Puse cara de sorpresa.

—Claro. Me había olvidado de eso.

—¿No se ha preguntado por qué eligió su nombre, dejando de lado el problema de que se haya vuelto usted tan olvidadizo?

Me quedé mirándolo por encima de la taza de café. Empezaba a caerme bien. Tenía muchas cosas debajo del chaleco, además de la camisa.

—¿De manera que es ése el verdadero motivo de su visita?
—pregunté. Hizo un gesto de asentimiento.

—Lo demás, como usted bien sabe, son trivialidades. —
Me sonrió cortésmente y esperó. Serví un poco más de
café.

Randall se inclinó hacia un lado y contempló la superficie
de la mesa, de color crema.

—Un poco de polvo —dijo con aire ausente; luego se
enderezó y me miró de hito en hito—. Quizá sea
conveniente que trate este asunto de manera un poco
distinta —dijo—. Por ejemplo, creo que, probablemente,
su corazonada sobre Marriott era correcta. Se han
encontrado veintitrés mil dólares en metálico en su caja de
seguridad; caja que, por cierto, hay que ver lo que nos ha
costado encontrar. También había algunos valores muy
bien cotizados y un contrato fiduciario sobre una
propiedad en West 54th Place. Randall cogió una
cucharilla, golpeó suavemente con ella el borde de su
platillo y sonrió.

—¿Eso le interesa? —preguntó con mucha suavidad—. El
número era 1644 West 54th Place.

—Sí —respondí con cierta dificultad.

—Ah, también hay unas cuantas joyas en la caja de Marriott..., cosas de buena calidad. Pero no creo que las robara. Lo más probable, en mi opinión, es que se trate de regalos. Lo que confirmaría su punto de vista. Tenía miedo de venderlas, debido a los recuerdos que le traían a la memoria.

Hice un gesto de asentimiento.

—Tenía la sensación de haberlas robado.

—Sí. El contrato fiduciario no me interesó en un primer momento, pero le voy a explicar cómo funciona. Es uno de los problemas que tienen ustedes, los detectives, cuando se trata del trabajo rutinario de la policía. Nosotros recibimos, de distritos de la periferia, todos los informes acerca de homicidios y muertes sobre los que existen dudas. En teoría tenemos que leerlos el mismo día. Es una regla, como la de que no se debe hacer un registro sin orden judicial ni cachear a un tipo para ver si lleva un arma sin motivo fundado. Pero a veces nos saltamos las reglas. Tenemos que hacerlo. Algunos de los informes no los he leído hasta hoy por la mañana. Uno era sobre el asesinato, el jueves pasado, de un negro en Central Avenue. Por un expresidiario que es un tipo muy duro, llamado Moose Malloy. Y en presencia de un testigo que podría identificar al culpable. Y que el demonio me lleve si no era usted ese testigo.

Me ofreció, muy amablemente, su tercera sonrisa.

—¿Le gusta?

—Le estoy escuchando.

—Hablo de hoy mismo, desecuenta. De manera que busqué el nombre de la persona que hacía el informe y resultó que lo conozco: se trata de Nulty. Supe de inmediato que el caso no llevaba camino de solucionarse. Nulty es de esa clase de personas..., ¿ha estado alguna vez en Crestline?

—Sí.

—Cerca ya de Crestline hay un sitio donde un grupo de vagones de mercancías se han habilitado como bungalows. También yo tengo un bungalow allí arriba, pero no es un vagón reformado.

Esos vagones los llevaron en camiones, aunque no se lo quiera usted creer, y allí están, sin ruedas de ninguna clase. Pues Nulty es la clase de persona que haría muy bien de guardafrenos en uno de esos vagones.

—No está bien decir eso —protesté—. Tratándose de un colega.

—De manera que he llamado a Nulty, que ha carraspeado y dudado un rato, además de escupir unas cuantas veces, antes de contarme por fin que usted tenía una idea acerca de cierta chica llamada Velma, no recuerdo el apellido, por la que Malloy estaba colado hace mucho tiempo y cómo fue usted a ver a la viuda del personaje propietario del antro donde se cometió el asesinato cuando era un local para blancos, y donde Malloy y la chica trabajaban por entonces. Y la dirección de la viuda era 1644 West 54th Place, el sitio sobre el que Marriott tenía el contrato fiduciario.

—¿Y?

—Pensé tan sólo que ya eran suficientes coincidencias para una sola mañana —dijo Randall—. Y aquí estoy. Y hasta ahora me he mostrado francamente comprensivo acerca de todo este asunto.

—El problema —dije yo— es que parece mucho más de lo que es. La tal Vel ma ha muerto, según la señora Florian. Tengo su foto.

Volví al cuarto de estar y cuando mi mano estaba a mitad de camino para buscar en el bolsillo interior del traje, empecé a tener una extraña sensación de vacío. Pero ni siquiera me habían quitado las fotos. Las saqué, las llevé a la cocina y arrojé a la chica vestida de Pierrot en la mesa, delante de Randall, que la estudió cuidadosamente.

—No la he visto nunca —dijo. ¿Y esa otra?

—Es una instantánea de periódico de la señora Grayle. Anne Riordan la consiguió.

Después de mirarla, asintió con la cabeza.

—Por veinte millones, yo mismo me casaría con ella.

—Hay algo que debo contarle —dije—. Anoche estaba tan enfadado que se me ocurrió la idea descabellada de ir allí y ponerlos firmes yo sólo. La clínica está en la esquina de las calles 23 y Descanso en Bay City. La dirige un individuo llamado Sonderborg que asegura ser médico.

Además aprovecha el sitio para esconder a delincuentes. Anoche vi allí a Moose Malloy. En una habitación. Randall se me quedó mirando, perfectamente inmóvil.

—¿Seguro?

—No hay manera de equivocarse. Es un tipo muy grande, enorme. No se parece a nadie que haya visto usted nunca. Siguió mirándome, sin moverse. Luego, muy despacio, sacó las piernas de debajo de la mesa y se puso en pie.

—Vayamos a ver a esa tal viuda Florian.

—¿Y Malloy?

Volvió a sentarse.

—Cuéntemelo de pe a pa sin olvidar detalle.

Así lo hice. Me escuchó sin quitarme los ojos de encima. Tengo la impresión de que ni siquiera parpadeó. Respiraba con la boca ligeramente abierta. Su cuerpo no se movió. Repiqueteaba suavemente con los dedos sobre el borde de la mesa. Cuando terminé dijo:

—Ese tal doctor Sonderborg, ¿qué aspecto tenía?

—De drogadicto, y probablemente de camello. —Se lo describí a Randall lo mejor que pude.

El teniente pasó en silencio a la otra habitación y se sentó junto al teléfono. Marcó un número y habló en voz baja durante mucho tiempo. Luego regresó a la cocina. Yo acababa de hacer más café, de pasar por agua dos huevos, de tostar dos rebanadas de pan y de untarlas con mantequilla. Me senté a comer. Randall se sentó frente a mí y apoyó la barbilla en una mano.

—He mandado a un miembro de la Brigada de Estupefacientes con una denuncia falsa para que pida que le enseñen las instalaciones. Tal vez saque algo en limpio. No vamos a pillar a Malloy.

Malloy salió de allí diez minutos después de que usted se marchara. Sobre eso se admiten apuestas.

—¿Por qué no la policía de Bay City? —pregunté mientras añadía sal a los huevos.

Randall no dijo nada. Cuando levanté la vista había enrojecido y daba signos evidentes de incomodidad.

—Tratándose de un piesplanos —dije—, es usted la persona más susceptible que he conocido nunca.

—Coma deprisa. Nos vamos enseguida.

—Tengo que ducharme, afeitarme y vestirme.

—¿No podría salir en pijama? —preguntó mordazmente.

—¿De manera que Bay City está tan corrompida como todo eso? —dije. —Es el feudo de Laird Brunette. Dicen que aportó treinta mil dólares para elegir al alcalde.

—¿El tipo que es dueño del club Belvedere?

—Y de los dos casinos flotantes.

—Pero eso está en nuestro distrito —dije.

Randall se miró las uñas, muy limpias y relucientes.

—Pasaremos por su despacho para recoger los otros dos porros —dijo—. Si todavía están allí.

—Chasqueó los dedos—. Déjeme las llaves y lo haré yo mientras se afeita y se viste.

—Iremos juntos —respondí—. Puede que tenga alguna carta.

Asintió con un gesto y, al cabo de un momento, se sentó y encendió otro cigarrillo. Me afeité y me vestí y nos marchamos en el coche de Randall. Había algunas cartas para mí, pero nada que mereciera la pena. Los dos cigarrillos cortados seguían en el mismo sitio. No daba la sensación de que nadie hubiera registrado el despacho.

Randall se apoderó de los dos pitillos rusos, olisqueó el tabaco y se los guardó en el bolsillo. —Amthor consiguió de usted una de las tarjetas —murmuró—. Como no había nada escrito en tinta invisible, decidió olvidarse de las otras. Tengo la impresión de que no está muy asustado; pensó, sencillamente, que trataba usted de hacerle una jugada. Vamos.

La vieja entrometida sacó la nariz un par de centímetros después de abrir la puerta, olisqueó cuidadosamente como si estuviese esperando un florecimiento prematuro de las violetas, barrió la calle en ambas direcciones con una mirada implacable y luego inclinó la canosa cabeza. Randall y yo nos quitamos el sombrero. En aquella barriada, aquel gesto nos puso probablemente a la altura de Rodolfo Valentino. La dueña de la casa parecía acordarse de mí.

—Buenos días, señora Morrison —dije—. ¿Podemos entrar un minuto? Le presento al teniente Randall, de Jefatura.

—Estoy muy nerviosa, demontres. Tengo muchísimo que planchar —dijo—. No le robaremos más de un minuto.

Se apartó un poco de la puerta y entramos en su recibidor con el aparador tallado —procedente de Mason City o de dondequiera que fuese— y de allí al ordenado cuarto de estar con las cortinas de encaje en las ventanas. Un olor a planchado nos llegó desde el fondo de la casa. La señora Morrison procedió a cerrar la puerta de comunicación con tanto cuidado como si estuviera hecha de hojaladre.

Llevaba un delantal azul y blanco. Sus ojos seguían siendo igual de penetrantes y no le había crecido nada la barbilla. Se situó a menos de medio metro de mí, adelantó el rostro y me miró a los ojos.

—No la recibió.

Puse cara de hacerme cargo. Asentí con un gesto, miré a Randall y Randall también inclinó la cabeza. Luego se acercó a una ventana y contempló un lateral de la casa de la señora Florian. A continuación regresó despacio, el sombrero bajo el brazo, afable como un conde francés en una representación teatral de aficionados.

—No la recibió —dije yo.

—No, señor; no la recibió. El sábado fue primero de mes. El día de los inocentes. —Inició una risa que fue más bien un cacareo. Se interrumpió y estaba para limpiarse los ojos con el delantal cuando recordó que era de goma. Aquello la amargó un poco. Su boca adquirió aspecto de ciruela pasa.

—Cuando pasó el cartero y no se acercó a su puerta, salió y lo llamó. El movió la cabeza y siguió adelante. Ella volvió a entrar y dio un portazo tan tremendo que pensé que se había roto una ventana. Como si estuviera furiosa.

—¡Qué me dice! —contesté.

La vieja entrometida se volvió bruscamente hacia Randall:

—Déjeme ver su placa, joven. A su compañero le olía el aliento el otro día. Nunca he llegado a fiarme de él.

Randall se sacó del bolsillo la placa esmaltada de oro y azul y se la mostró. —Parece de verdad —reconoció la vieja—. Bien; no sucedió nada el domingo. Salió a la calle y volvió con dos botellas cuadradas.

—Ginebra —dije—. Eso le da una idea. La gente de bien no bebe ginebra. —La gente de bien no bebe alcohol de ninguna clase —dijo ella con mucha intención.

—Claro —dije yo—. Llega el lunes, es decir, hoy, y el cartero ha vuelto a pasar de largo. Esta vez sí que estaba enfadada.

—Se las sabe usted todas, ¿no es eso, joven? Ni siquiera es capaz de esperar a que otras personas empiecen a abrir la boca.

—Lo siento, señora Morrison. Se trata de un asunto muy importante para nosotros...

—A este otro joven no parece costarle ningún trabajo mantener la boca cerrada. —Está casado —dije—. Tiene práctica.

Su rostro adquirió una tonalidad violeta que me hizo pensar, desagradablemente, en alguien al borde de la apoplejía.

—¡Salga de mi casa antes de que llame a la policía! —gritó.

—Tiene usted un oficial de policía a su lado, señora —dijo Randall de manera un tanto brusca—. No corre usted ningún peligro.

—Tiene razón —reconoció ella. La tonalidad violeta empezó a desaparecer de su cara—. No me gusta este individuo.

—Está usted bien acompañada, señora. Su vecina tampoco ha recibido hoy su carta certificada, ¿no es eso?

—Sí. —La voz era cortante y brusca. La mirada, huidiza. Empezó a hablar deprisa, demasiado deprisa—. Anoche hubo gente en su casa. Ni siquiera los vi. La familia me llevó al cine. Precisamente cuando volvíamos...; no, nada más marcharse ellos, también salió un coche de la puerta de al lado. Muy deprisa y con las luces apagadas. No vi la matrícula. Me lanzó una furtiva mirada de reojo, y me pregunté cuál podía ser el significado de una mirada tan huidiza. Fui hasta la ventana y alcé el visillo de encaje. Una persona con uniforme gris azulado se acercaba a la casa; llevaba una pesada bolsa de cuero al hombro y gorra de visera. Me aparté de la ventana sonriendo.

—Está usted perdiendo facultades —le dije groseramente—. El año que viene jugará de suplente en un equipo de tercera regional.

—No hay motivo para hablar así —dijo Randall con frialdad.

—Mire por la ventana.

Lo hizo y su gesto se endureció. Se quedó muy quieto mirando a la señora Morrison. Estaba esperando un sonido que no se parece a ninguna otra cosa, y que llegó al cabo de un momento.

Era el ruido de algún objeto postal al ser empujado por la ranura de la puerta principal. Podría haber sido un folleto de propaganda, depositado por un cartero comercial, pero no lo era. Se oyeron los pasos que se alejaban por el camino y después por la calle. Randall regresó de nuevo junto a la ventana. El cartero no se detuvo en la casa de la señora Florian. Siguió adelante, la espalda, de color gris azulado, acompañada y tranquila bajo la pesada bolsa de cuero. Randall volvió la cabeza y preguntó con terrible cortesía:

—¿Cuántas veces pasa el cartero por este distrito durante la mañana, señora Morrison?

La interpelada trató de hacerle frente.

—Sólo una —dijo con tono cortante—. Una vez por la mañana y otra por la tarde.

Pero los ojos la traicionaban, saltando de aquí para allá. También le temblaba la barbilla conejil, al límite de su resistencia. Con las manos apretaba el fleco de goma que adornaba el delantal blanco y azul.

—Acaba de pasar el cartero —dijo Randall con aire soñador—. ¿Es el cartero habitual quien trae el correo certificado?

—Siempre le llega por correo exprés. —A la vieja entrometida se le quebró la voz.

—Sí, pero el sábado la señora Florian salió corriendo para hablar con el cartero porque no se había detenido en su casa. Y usted no ha dicho nada sobre correo exprés. Era fascinante verlo trabajar..., tratándose de otra persona. A ella se le abrió mucho la boca, mostrando una dentadura con el aspecto reluciente que adquiere después de pasarse toda la noche en un vaso con una solución limpiadora. Luego, de repente, lanzó algo semejante a un graznido, se cubrió la cabeza con el delantal y salió corriendo de la habitación.

Randall contempló algún tiempo la puerta por donde había desaparecido, más allá del arco que comunicaba con el comedor, y luego sonrió con una sonrisa más bien cansada.

—Muy preciso y nada chabacano —dije—. La próxima vez hace usted de duro. No me gusta ser descortés con señoras ancianas, aunque sean cotillas que además mienten.

Randall siguió sonriendo.

—La misma historia de siempre. —Se encogió de hombros—. Trabajo de policía. Vaya broma. Empezó contándonos hechos, tal corno ella los entiende. Pero no sucedían con bastante rapidez ni parecían del todo emocionantes. De manera que empezó a rizar el rizo.

Se dio la vuelta y salimos al recibidor. Un débil eco de sollozos nos llegó desde el fondo de la casa. Para algún varón con mucha paciencia, que llevaba años muerto, aquella había sido —probablemente— el arma definitiva de su derrota.

Para mí no era más que una anciana sollozando, aunque nada que me produjera especial regocijo. Salimos de la casa sin hacer ruido, cerramos la puerta principal en silencio y nos aseguramos de que no golpeará la puerta mosquitera. Randall se encasquetó el sombrero y suspiró. Luego se encogió de hombros, y extendió las manos, elegantes y bien cuidadas, apartándolas lo más posible del cuerpo. Desde la casa, aún llegaban, audibles, los sollozos de la señora Morrison. La espalda del cartero estaba ya dos casas más allá.

—Trabajo de policía —repitió Randall casi para su coleteo y torciendo la boca.

Cruzamos el espacio que separaba las dos casas. La señora Florian ni siquiera había recogido la colada. Todavía se agitaba, tiesa y amarillenta, en el tendedero de alambre del patio lateral. Subimos los escalones y llamarnos al timbre. Nadie respondió. Golpeamos la puerta con los nudillos. Nada.

—La última vez no estaba cerrada con llave —dije.

Randall trató de abrirla, ocultando cuidadosamente el movimiento con su cuerpo. Esta vez sí estaba cerrada. Bajamos del porche y dimos la vuelta alrededor de la casa por el lado más alejado de la vieja entrometida. El porche trasero tenía también una pantalla cerrada con un gancho. Randall llamó con la mano. No sucedió nada. Bajó los dos escalones de madera casi completamente despintada y utilizó la entrada de coches, llena de malas hierbas, que nadie utilizaba, para llegar hasta el garaje. Las puertas de madera crujieron al abrirlas. El garaje estaba lleno de todo y de nada.

Había unos cuantos baúles de madera, muy baqueteados y pasados de moda, que ni siquiera merecía la pena romper para utilizarlos como leña. Oxidadas herramientas de jardinería, latas viejas, muchísimas, dentro de cajas de cartón. A los lados de la puerta, en las esquinas de la pared, sendas arañas negras de buen tamaño esperaban pacientemente en sus descuidadas telarañas. Randall cogió del suelo un trozo de madera y las mató con aire ausente.

Luego cerró el garaje, recorrió de nuevo la entrada de coches llena de malas hierbas hasta la puerta principal, siempre a cubierto de vistas de la señora Morrison. Nadie respondió ni al timbre ni a los golpes con los nudillos. Regresó junto a mí sin apresurarse, mirando por encima del hombro al otro lado de la calle.

—La puerta trasera es la más fácil —dijo. La vieja cotorra de ahí al lado no hará nada esta vez. Ha mentido demasiado.

Subió los dos escalones traseros, deslizó limpiamente la hoja de un cortaplumas por la rendija de la puerta y alzó el gancho interior, lo que nos situó en el porche protegido por la pantalla, que estaba lleno de latas y algunas de las latas llenas de moscas.

—¡Vaya manera de vivir! —dijo Randall.

La puerta trasera resultó muy fácil. Una llave maestra de cinco centavos bastó para correr el cerrojo. Pero había además un pestillo.

—Eso no me gusta nada —dije—. Me parece que ha puesto pies en polvorosa. No habría cerrado la casa de esa manera. Es demasiado descuidada.

—Su sombrero es más viejo que el mío —dijo Randall. Examinó el cristal de la puerta trasera—. Déjemelo para hundir el cristal. ¿O lo hacemos por las bravas?

—Dele una patada. No le va a importar a nadie.

—Allá va.

Dio un paso atrás y se lanzó contra la cerradura con la pierna paralela al suelo. Algo crujió de manera casi imperceptible y la puerta cedió unos centímetros. Terminamos de abrirla empujando, recogimos del linóleo un trozo irregular de hierro forjado que depositamos cortésmente en el escurr platos, junto a unas nueve botellas vacías de ginebra. Las moscas zumbaban, golpeándose contra las ventanas cerradas de la cocina. La casa apestaba. Randall, desde el centro de la estancia, lo examinó todo cuidadosamente. Luego atravesó despacio la puerta batiente sin tocarla excepto con la punta del pie y utilizándola para empujarla hasta conseguir que quedara abierta. El cuarto de estar era casi exactamente como yo lo recordaba, aunque la radio no sonaba.

—Una radio de buena calidad —dijo Randall—. Cara. Si es que está pagada. Aquí hay algo.

Puso una rodilla en tierra y examinó de cerca la alfombra. Luego fue a un lado de la radio y movió con el pie un cable suelto, hasta que apareció el enchufe. Se inclinó y estudió los mandos de la radio.

—Claro —dijo—. Lisos y bastante grandes. Muy inteligente. No se dejan huellas en un cable eléctrico, ¿no es cierto?

—Enchúfelo para ver si la radio está encendida.

Randall fue hasta la pared y enchufó la radio. El aparato se iluminó de inmediato. Esperamos. El altavoz zumbó durante algún tiempo y luego, de repente, empezó a emitir un notable volumen de sonido. Randall dio un salto hacia el cable y tiró de él para desenchufarlo. El sonido se cortó bruscamente.

Cuando se incorporó le brillaban los ojos. Fuimos rápidamente al dormitorio. La señora Jessie Pierce Florian estaba tumbada en diagonal sobre la cama, con una bata de algodón muy arrugada, la cabeza cerca del pie de la cama. En la esquina del tablero había una mancha oscura producida por una sustancia que a las moscas les gustaba. Hacía bastante tiempo que estaba muerta. Randall no la tocó. La estuvo mirando durante mucho rato y luego me miró al tiempo que enseñaba los dientes con un gesto que tenía algo de lobuno.

—El cráneo destrozado y los sesos al aire —dijo. Parece, decididamente, el leitmotiv de este caso. Aunque esta vez el arma ha sido un par de manos. Pero ¡qué par de manos! Mire los cardenales en la garganta, la distancia entre las huellas de los dedos.

—Más valdrá que las mire usted —dije, dándome la vuelta—. Pobre Nulty. Ya no son asesinatos de gente de color.

Un reluciente coleóptero negro de cabeza rosada y lunares del mismo color por el resto del cuerpo se arrastraba lentamente sobre la bruñida superficie del escritorio de Randall y movía las antenas de vez en cuando como si estuviera comprobando la dirección de la brisa antes de despegar. Al arrastrarse se bamboleaba un poco, como una anciana que transportara demasiados paquetes.

Un policía anónimo, sentado en otra mesa, no cesaba de hablar por un modelo de teléfono muy anticuado, y su voz sonaba como alguien cuchicheando en un túnel. Mantenía los ojos medio cerrados y una mano enorme, llena de cicatrices, en la mesa delante de él, sostenía, entre los nudillos del dedo índice y el corazón, un cigarrillo encendido.

El bicho llegó al extremo de la mesa de Randall e intentó seguir avanzando por el aire. Cayó al suelo de espaldas, agitó débilmente unas cuantas patitas muy delgadas y finalmente optó por hacerse el muerto. A nadie le importó, de manera que empezó otra vez a moverse hasta que, con mucho esfuerzo, se dio la vuelta. Luego avanzó lentamente hasta una esquina, en dirección a nada, yendo a ningún sitio.

El altavoz situado en la pared transmitió un boletín sobre un atraco en San Pedro, al sur de la calle 44. El atracador era un individuo de mediana edad que vestía un traje gris oscuro y sombrero de fieltro del mismo color. Se le había visto correr hacia el este por la calle 44 y luego desaparecer entre dos casas. «Acérquense a él con prudencia —dijo el locutor—. El sospechoso va armado con un revólver de calibre 32 y acaba de atracar al propietario de un restaurante griego en el número 3966 de San Pedro Sur.»

La voz desapareció, acompañada de un clic seco, y otra vino a sustituirla, para proceder a la lectura de una lista de coches robados, con entonación lenta y monótona y repitiéndolo todo dos veces. Se abrió la puerta y apareció Randall con un mazo de hojas mecanografiadas de tamaño carta.

Atravesó a buen paso la habitación y, después de sentarse al otro lado de la mesa, empujó algunos papeles en mi dirección.

—Firme cuatro ejemplares —dijo.

Firmé cuatro ejemplares. El bicho llegó a un rincón del despacho y movió las antenas buscando un buen sitio para despegar. Parecía un tanto desanimado. Luego siguió bordeando el rodapié hacia otra esquina. Yo encendí un pitillo y el policía que hablaba por teléfono se puso en pie de golpe y salió del despacho.

Randall se recostó en la silla, con el mismo aspecto de siempre, igual de frío, igual de sereno, igual de dispuesto a mostrarse amable o desagradable según lo requiriese la ocasión.

—Le voy a contar unas cuantas cosas —dijo—, con el objeto de que no siga teniendo ideas brillantes. De que renuncie a ir de aquí para allá planeando y organizándolo todo. Para que, por el amor de Dios, deje de inmiscuirse en este caso.

Esperé.

—No se han encontrado huellas en el basurero —dijo—. Ya sabe de qué basurero estoy hablando. Tiraron del cable para apagar la radio, pero probablemente fue la señora Florian quien subió el volumen. Eso parece evidente. A los borrachos les gusta que la radio esté muy alta. Pero si una persona se pone guantes para cometer un asesinato y sube el volumen de la radio para ahogar los disparos o cualquier otra cosa, también la puede apagar del mismo modo. Pero no fue así como se hizo.

Y a la señora Florian le rompieron el cuello. Ya estaba muerta antes de que el culpable empezase a golpearle la cabeza contra el mobiliario. Ahora bien, ¿por qué empezó a hacer eso?

—Soy todo oídos.

Randall frunció el ceño.

—Probablemente el asesino no se dio cuenta de que le había roto el cuello. Estaba muy enfadado con ella —dijo—. Es una deducción. —Sonrió con amargura.

Eché un poco de humo y moví la mano para apartármelo de la cara.

—Bien, pero ¿por qué estaba tan enfadado con ella? Cuando lo detuvieron en el local de Florian por el asalto al banco de Oregón, ofrecían mil dólares por cualquier información para detenerlo.

Quien cobró la recompensa fue un picapleitos con pocos escrúpulos que en paz descansa, pero parece probable que a los Florian les llegara algo. Quizá Malloy lo sospechaba. Puede incluso que lo supiera a ciencia cierta. O quizá estaba tratando de arrancarle una confesión a su víctima. Asentí con la cabeza. Era una posibilidad razonable. Randall continuó:

—La agarró una vez por el cuello y no se le resbalaron los dedos. Si le echamos el guante, tal vez podamos probar, por la distancia entre los hematomas, que fueron sus manos. Tal vez no. El forense piensa que sucedió anoche, a primera hora. A la hora del cine, en cualquier caso.

Todavía no tenemos pruebas de la presencia de Malloy en la casa en ese momento, al menos por el testimonio de los vecinos. Pero sin duda parece obra de Malloy.

—Claro —dije—. Malloy, desde luego. Aunque es probable que no se propusiera matarla. El problema es que tiene demasiada fuerza.

—Eso no le va a servir de gran cosa —dijo Randall con ferocidad.

—Supongo que no. Sólo quería señalar que Malloy no me parece un asesino nato. Mata si se siente acorralado, pero no por gusto ni por dinero; tampoco por mujeres.

—¿Es eso importante? —preguntó Randall con sequedad.

—Quizá sepa usted lo bastante como para distinguir lo que es importante de lo que no lo es. Yo no.

Se me quedó mirando el tiempo suficiente para que el locutor de la policía leyera otro boletín sobre el atraco al restaurante griego de San Pedro Sur. El sospechoso había sido detenido. Más tarde se supo que era un mexicano de catorce años armado con una pistola de agua. Las ventajas de los testigos presenciales. Randall esperó a que el locutor terminara y luego prosiguió:

—Esta mañana usted y yo hemos hecho buenas migas. Sigamos así. Váyase a casa, acuéstese y descanse. Parece exhausto. Deje que el departamento de policía y yo nos ocupemos del asesinato de Marriott, de encontrar a Moose Malloy y de todo lo demás.

—A mí me contrataron para proteger a Marriott —dije. Y fallé. También la señora Grayle me ha contratado. ¿Qué quiere que haga? ¿Que me retire y viva de mis ahorros?

Me miró de nuevo:

—Me hago cargo. Soy un ser humano. Les dan su licencia, lo que quiere decir que esperan de ustedes algo más que colgarla de la pared del despacho. Por otra parte, cualquier capitán de policía en funciones que tenga ganas de dar la lata puede acabar con usted.

—No, si tengo a Grayle respaldándome.

Consideró lo que le decía. No le hacía ninguna gracia admitir, ni siquiera a medias, que podía estar en lo cierto. De manera que frunció el entrecejo y dio golpecitos sobre el escritorio.

—Vamos a ver si nos entendemos —dijo, después de una pausa—. Si resuelve usted el caso, tendrá problemas. Quizá sean problemas de los que, por esta vez, consiga zafarse. No lo sé. Pero poco a poco habrá creado una corriente de hostilidad en este departamento que terminará por hacer que casi le sea imposible trabajar.

—Cualquier detective privado se enfrenta con eso todos los días de su vida..., a no ser que se dedique a los divorcios.

—No puede usted trabajar en casos de asesinato.

—Usted ya me ha dicho lo que me tenía que decir y yo le he escuchado. Ni se me pasa por la cabeza que vaya a ser capaz de conseguir cosas que no puede lograr una jefatura de policía tan importante como ésta. Si tengo alguna idea, privada e insignificante, no pasa de ser eso: privada e insignificante.

Randall se inclinó lentamente hacia mí por encima de la mesa. Sus finos dedos inquietos repiquetearon como los renuevos de las poinsettias contra la fachada de la casa de la señora Jessie Florian. Le brillaban los lustrosos cabellos grises. Sus ojos, tranquilos, fríos, no se apartaban de los míos.

—Sigamos —dijo— con lo que todavía tengo que contarle. Amthor se ha marchado de viaje. Su mujer, y también secretaria, no sabe adónde o no quiere decirlo. El indio, por supuesto, ha desaparecido. ¿Está dispuesto a firmar una denuncia contra esa gente?

—No. No podría probar nada.

Randall pareció aliviado.

—La mujer de Amthor dice que no ha oído nunca el apellido Marlowe. En cuanto a los dos policías de Bay City, si es que lo eran..., eso no está a mi alcance. Y preferiría no complicar la situación más de lo que ya lo está. Hay una cosa sobre la que no albergó la menor duda: Amthor no tuvo nada que ver con la muerte de Marriott. Los cigarrillos con su tarjeta en la boquilla eran una pista falsa.

—¿Y el doctor Sonderborg?

Extendió las manos.

—No ha quedado nadie en la casa. Gente del despacho del fiscal del distrito se presentó allí con la mayor discreción. Sin contacto alguno con Bay City. El edificio está vacío y cerrado a cal y canto. Ellos entraron, claro está. Los desaparecidos habían hecho intentos un poco precipitados de limpiarlo todo, pero hay huellas..., en abundancia. Pasará una semana antes de que sepamos qué es lo que hemos encontrado. Hay también una caja de caudales en la pared; están trabajando en eso ahora. Probablemente contendrá drogas..., y otras cosas. Mi idea es que Sonderborg tiene antecedentes penales, no aquí, sino en algún otro sitio, por provocar abortos o atender heridas de arma de fuego o alterar huellas dactilares o utilización ilegal de drogas. Si se trata de algún delito federal tendremos mucha más ayuda.

—Dijo que era médico —comenté.

Randall se encogió de hombros.

—Quizá lo fuera en otro tiempo. Tal vez no lo hayan condenado nunca. Hay un personaje que ejerce ahora mismo de médico cerca de Palm Springs a quien se acusó de vender droga en Hollywood hace cinco años. Era todo lo culpable que se puede ser y más, pero funcionó la protección de que disponía. Lo absolvieron. ¿Hay algo más que le preocupe?

—¿Qué sabe acerca de Brunette? ¿Qué es lo que me puede decir, al menos? —Brunette es jugador. Gana mucho. Y lo gana sin esforzarse demasiado. —De acuerdo —dije, y empecé a levantarme—. Parece razonable. Pero no nos acerca más a esa banda de ladrones de joyas que asesinó a Marriott. —No se lo puedo contar todo, Marlowe.

—Tampoco yo lo espero —respondí—. Por cierto, Jessie Florian me dijo, la segunda vez que hablé con ella, que en otro tiempo había sido criada de la familia de Marriott. Y que ésa era la razón de que le mandase dinero. ¿Hay alguna prueba de que su afirmación fuera verdad?

—Sí. Cartas de la señora Florian en la caja fuerte de Marriott dándole las gracias y diciendo eso mismo. —Puso cara de que estaba a punto de perder la paciencia—. Ahora, ¿quiere hacerme el favor, por lo que más quiera, de irse a su casa y ocuparse de sus asuntos?

—Muy conmovedor por parte de Marriott conservar con tanto cuidado esas cartas, ¿no le parece?

Alzó los ojos hasta que su mirada descansó en lo más alto de mi cabeza. Después bajó los párpados hasta cubrir la mitad del iris. Me miró así durante diez largos segundos. Luego sonrió. Sonreía muchísimo aquel día. Había utilizado ya las existencias de toda una semana.

—Tengo una teoría acerca de eso —dijo—. Parece descabellada, pero es así la naturaleza humana. Marriott era, por las circunstancias de su vida, un hombre amenazado. Todos los sinvergüenzas son jugadores, más o menos, y todos los jugadores son supersticiosos, más o menos, también. Creo que Jessie Florian era la pata de conejo de Marriott. Mientras se ocupara de ella, a él no iba a sucederle nada.

Volví la cabeza buscando al coleóptero. Había probado con dos esquinas de la habitación y avanzaba, desconsolado, hacia la tercera. Fui a recogerlo con mi pañuelo y volví con él a la mesa.

—Escuche —dije—. Este despacho está en el piso dieciocho. Y este bichejo ha trepado hasta aquí sin otra razón que hacer un amigo. Que soy yo. Es mi talismán de la suerte. —Lo envolví cuidadosamente con la parte más blanda del pañuelo y procedí a guardármelo en el bolsillo. A Randall se le habían puesto los ojos como platos. Movi6 la boca, pero no lleg6 a decir nada. »Me pregunto a qui6n servía Marriott de talismán —dije.

—A usted no, amigo. —Su voz era ácida; ácida y fría.

—Quizá tampoco a usted. —Mi voz no era más que una voz. Salí del despacho y cerré la puerta. Bajé en el ascensor rápido hasta la salida por la calle Spring, fui a la entrada del ayuntamiento y bajé unos escalones hasta llegar a los macizos de flores. Una vez allí, puse con mucho cuidado al bicho detrás de un matorral.

Me pregunté, mientras volvía a casa en taxi, cuánto tardaría en presentarse de nuevo en el Departamento de Homicidios. Saqué mi coche del garaje situado detrás del edificio de apartamentos y almorcé en Hollywood antes de ponerme en camino hacia Bay City. La tarde, en la playa, era fresca y maravillosamente soleada. Abandoné el bulevar Arguello en la Tercera y me dirigí al ayuntamiento.

El edificio tenía una apariencia más bien pobre para una ciudad tan próspera. Daba la sensación de pertenecer a alguna población de la América más profunda. Una larga hilera de mendigos se había instalado, sin que nadie los molestara, junto al muro de contención que separaba de la calle la extensión de césped situada delante del edificio, invadida ahora por plantas carnosas propias de regiones desérticas.

El edificio tenía tres pisos y un antiguo campanario, del que todavía colgaba una campana. Probablemente, en los viejos tiempos del tabaco mascado y los escupitajos, la utilizaban para llamar a los bomberos voluntarios.

El camino de baldosas agrietadas y los escalones de la entrada llevaban a una puerta doble completamente abierta, en donde estaba reunido un grupo de intermediarios —imposible de confundir con cualquier otro colectivo profesional— en espera de que sucediera algo que les permitiera hacer uso de sus peculiares habilidades. Todos tenían estómagos bien alimentados, mirar cauto, ropa cuidada, modales de segunda mano y no me dejaron más allá de diez centímetros por donde pasar.

Dentro había un largo y oscuro vestíbulo que nadie había vuelto a limpiar desde que McKinley se instalara en la Casa Blanca. Un letrero señalaba el emplazamiento del mostrador de información del departamento de policía, y un individuo uniformado dormitaba detrás de una diminuta centralita telefónica instalada al extremo de un deteriorado mostrador de madera. Otro defensor de la ley y el orden, vestido de paisano, en mangas de camisa, y con un pistolón que parecía una boca de incendios apoyado sobre las costillas, levantó un ojo del periódico de la tarde, acertó en la escupidera que tenía a más de tres metros de distancia, bostezó y dijo que más arriba y en la parte de atrás encontraría el despacho del jefe.

El segundo piso estaba más iluminado y más limpio, lo que no quiere decir que estuviera ni bien iluminado ni limpio. Una puerta hacia el lado del océano, casi al final del pasillo, tenía el siguiente rótulo: «John Wax, Jefe de Policía. Pase».

En el interior encontré una barandilla de madera de poca altura y un policía uniformado detrás de una mesa, que trabajaba en una máquina de escribir con dos dedos índices y un pulgar, y que cogió mi tarjeta de visita cuando se la ofrecí, bostezó, dijo que iría a ver y consiguió arrastrarse hasta el otro lado de una puerta de caoba en la que se leía «John Wax, Jefe de Policía. Privado».

Cuando regresó, abrió una puertecita en la barandilla para dejarme pasar. Entré en el despacho del jefe y cerré la puerta. Era una habitación fresca y amplia con ventanas en tres de las paredes. Un manchado escritorio de madera estaba situado muy al fondo, como el de Mussolini, de manera que era necesario recorrer una considerable extensión de alfombra azul para llegar hasta él, y mientras se llevaba a cabo esa operación el ocupante del escritorio contemplaba al recién llegado con frialdad.

Llegué hasta la mesa. Encima de ella una placa en relieve decía: «John Wax, Jefe de Policía». Concluí que no me sería difícil recordar aquel nombre. Miré al individuo que estaba detrás del escritorio. Aunque fuese un hombre de paja ninguna le asomaba entre el cabello.

Era un peso pesado muy compacto, de pelo corto que dejaba transparentar, reluciente, el rosado cuero cabelludo. Tenía unos ojillos ávidos, de párpados pesados, pero tan inquietos como pulgas. Vestía un traje de franela beis, camisa y corbata color café, una sortija de brillantes, una insignia de logia masónica también cargada de brillantes en la solapa y las tres tiesas puntas de pañuelo que requiere el protocolo, sobresaliendo un poco más de los requeridos cinco centímetros por encima del bolsillo del pecho.

Una mano de dedos como salchichas sostenía mi tarjeta. La leyó, le dio la vuelta y leyó el dorso, que estaba en blanco, leyó de nuevo la parte delantera, la dejó sobre la mesa y le puso encima un pisapapeles de bronce con forma de mono, como para asegurarse de que no iba a perderla. Luego me ofreció una zarpa rosada. Cuando se la devolví me indicó una silla con un gesto.

—Siéntese, señor Marlowe. Ya veo que, más o menos, es usted de nuestra profesión. ¿En qué puedo ayudarle?

—Un problemilla, jefe. Puede usted solucionármelo en un minuto, si lo tiene a bien.

—Problemas —dijo sin alzar la voz—. Un problemilla.

Hizo girar su sillón, cruzó las piernas poderosas y dirigió la vista con aire pensativo hacia una de sus ventanas dobles. Eso me permitió ver calcetines de hilo de Escocia tejidos a mano y zapatos estilo Oxford que parecían teñidos con vino de Oporto. Calculando lo que no me estaba permitido ver, y prescindiendo del contenido de su billetero, llevaba puestos más de quinientos dólares. Supuse que su mujer tenía dinero.

—Los problemas —dijo, siempre con mucha suavidad— son algo sobre lo que nuestra pequeña ciudad no sabe demasiado, señor Marlowe. Nuestra ciudad es pequeña, pero está limpia, muy limpia. Miro por las ventanas de mi despacho que dan al oeste y veo el océano Pacífico. Nada más limpio, ¿no es cierto? —No dijo nada de los dos casinos flotantes, sobre las aguas doradas, un poco más allá del límite de los cinco kilómetros.

Yo tampoco.

—Muy cierto, jefe —respondí.

John Wax sacó unos cinco centímetros más de pecho.

—Miro por las ventanas que dan al norte y veo el tráfico del bulevar Argueflo y las hermosas estribaciones de los montes de California y, más en primer término, una de las zonas comerciales más agradables del país, pese a sus modestas dimensiones. Miro por las ventanas que dan al sur, que es a donde dirijo la vista en este momento, y veo el mejor puerto de yates del mundo, aunque se trate de un puerto pequeño. No tengo ventanas que den al este, pero si las tuviera, vería un barrio residencial capaz de conseguir que a usted y a mí se nos hiciera la boca agua. No, señor, los problemas son algo que apenas conocemos en nuestra pequeña ciudad.

—Imagino que he traído los problemas conmigo, jefe. Parte de ellos, al menos. ¿Tiene usted entre sus hombres a una persona llamada Galbraith, un sargento de paisano?

—Sí, creo que sí —dijo, volviéndose para mirarme—. ¿Sucedó algo con él?

—¿También trabaja para usted un individuo de estas características? —Y pasé a describirle al otro, el que había hablado muy poco, era bajo, tenía bigote y me golpeó con una cachiporra—. Va por ahí con Galbraith, casi con toda seguridad. Alguien lo llamó señor Blane, pero a mí me pareció un nombre falso.

—Muy al contrario. —Mi rollizo interlocutor dijo aquello con toda la tiesura con que un gordo puede decir cualquier cosa—. Es mi jefe de detectives. El capitán Blane.

—¿Podría ver a esas dos personas en su despacho?

Cogió de nuevo mi tarjeta y volvió a leerla. Luego la dejó e hizo un gesto amplio con una mano suave y reluciente.

—No sin una razón mejor de las que me ha dado hasta el momento —dijo cortésmente.

—No pensaba que pudiera, jefe. ¿Conoce usted por casualidad a un individuo llamado Jules Amthor? Dice ser asesor en ciencias ocultas. Vive en lo más alto de una colina en Stillwood Heights.

—No. Y Stillwood Heights no está en mi territorio —respondió el jefe. Sus ojos eran ya los de una persona que está pensando en otras cosas.

—Eso es lo que hace que sea tan curioso —dije—. Sucede que fui a ver al señor Amthor por un asunto relacionado con uno de mis clientes. El señor Amthor pensó que me proponía hacerle chantaje. Es probable que personas que se dedican a esa actividad suya tiendan a pensar eso con bastante facilidad. El señor Amthor tenía un guardaespaldas indio bastante duro a quien no pude controlar. De manera que el indio me sujetó mientras Amthor procedía a golpearme con mi propia pistola. Después mandó llamar a una pareja de policías, que resultaron ser Galbraith y el señor Blane. ¿Cree usted que eso podría interesarle?

El jefe Wax agitó las manos sobre la mesa con mucha suavidad. Cerró los ojos casi por completo, pero no del todo. Sus frías pupilas brillaron directamente hacia mí entre los pesados párpados. Se quedó muy quieto, como si escuchara. Luego abrió los ojos por completo y sonrió.

—¿Y qué sucedió después? —quiso saber, cortés como un gorila del club Stork.

—Me registraron, me metieron a la fuerza en su coche, me abandonaron en la ladera de un monte y me golpearon con una cachiporra en el momento en que salía del automóvil.

El jefe Wax hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si lo que le estaba contando fuese la cosa más normal del mundo.

—Y eso pasaba en Stillwood Heights —dijo en voz baja.

—Así es.

—¿Sabe lo que pienso que es usted? —Se inclinó un poco sobre la mesa, pero no mucho, debido al obstáculo de su vientre.

—Un mentiroso —respondí.

—Ahí tiene la puerta —dijo, señalándola con el dedo pequeño de la mano izquierda.

No me moví. Seguí mirándolo. Cuando empezó a enfadarse lo suficiente como para tocar el timbre y llamar a alguien, dije:

—Vamos a no cometer los dos la misma equivocación. Usted piensa que soy un detective privado de tres al cuarto que trata de levantar diez veces su peso, que trata de acusar a un oficial de policía, el cual, aunque la acusación fuera cierta, se habría cuidado muy bien de que no fuese posible probarla. En absoluto. No he venido aquí a presentar ninguna denuncia. Creo que la equivocación fue una cosa lógica. Quiero tener una explicación con Amthor y que Galbraith me ayude a hacerlo. No es necesario molestar para nada al señor Blane. Galbraith bastará. Y no he venido aquí sin cierto respaldo.

Tengo personas importantes detrás de mí.

—¿A qué distancia? —preguntó el jefe, antes de celebrar con una risita complacida su propio ingenio.

—¿Qué le parece el número 862 de Aster Drive, donde vive el señor Lewin Lockridge Grayle?

Le cambió la cara tan por completo que fue como si otra persona se hubiera sentado en su sillón.

—Sucedé que la señora Grayle es mi cliente —dije.

—Cierre la puerta —dijo—. Usted es más joven que yo.

Eche el pestillo. Vamos a empezar esto de manera amistosa. Tiene usted cara de ser una persona honrada, Marlowe. Me levanté, cerré la puerta y eché el pestillo. Cuando volví junto a la mesa siguiendo la alfombra azul, el jefe había hecho aparecer una botella de aspecto muy agradable y dos vasos. Depositó un puñado de pipas de cardamomo sobre el secante que ocupaba el centro del escritorio y llenó los dos vasos. Bebimos. El jefe cascó algunas pipas de cardamomo y nos las comimos en silencio, mirándonos a los ojos.

—No sabe mal —dijo. Volvió a llenar los vasos. Ahora me tocaba a mí cascar las pipas de cardamomo. El jefe tiró al suelo las cáscaras que quedaron sobre el secante, sonrió y se recostó en el sillón.

—Y ahora vayamos al grano —dijo—. Este trabajo que está usted haciendo para la señora Grayle, ¿tiene algo que ver con Amthor?

—Existe una relación. Mejor será que compruebe si le estoy diciendo la verdad, de todos modos.

—Buena idea —dijo, echando mano del teléfono. Luego sacó una libretita de un bolsillo del chaleco y miró un número—. Donantes para la campaña —me dijo, al tiempo que guiñaba un ojo—. El alcalde insiste mucho en que se tengan con ellos todas las deferencias posibles. Sí, aquí está.

Guardó la libreta y marcó. Tuvo con el mayordomo los mismos problemas que había tenido yo, lo que hizo que las orejas se le pusieran coloradas. Finalmente la señora Grayle se puso al teléfono. Las orejas del jefe siguieron coloradas. Su interlocutora no debió de tratarlo con muchos miramientos.

—Quiere hablar con usted —dijo, empujando el teléfono a través de su amplio escritorio.

—Aquí Phil —dije guiñando maliciosamente un ojo al jefe.

Me respondió una risa espontánea y provocativa.

—¿Qué haces con ese gordo que no tiene dos dedos de frente?

—Estamos bebiendo un poco.

—¿Tienes que hacerlo con él?

—En este momento, sí. Asuntos profesionales. ¿Hay alguna novedad? Imagino que ya sabes a qué me refiero.

—No. ¿Te das cuenta, mi querido amigo, de que me tuviste una hora esperando la otra noche? ¿Te parece que soy el tipo de chica que permite que le sucedan cosas así?

—Tuve problemas. ¿Qué tal hoy por la noche?

—Vamos a ver... Esta noche es... ¿A qué día de la semana estamos, por el amor de Dios?

—Será mejor que te llame —dije—. Quizá no pueda. Estamos a viernes. —Mentiroso. —Me llegó de nuevo la risa suave y un poco ronca—. Hoy es lunes. A la misma hora, en el mismo sitio. Y nada de bromas esta vez. —Será mejor que te llame.

—Más te vale estar allí a la hora.

—No es seguro. Déjame que te llame.

—¿Te vendes caro? Ya veo. Quizá sea una estúpida por molestarme. —De hecho lo eres.

—¿Por qué?

—Soy pobre, pero pago a mi manera. Y quizá no sea una manera tan agradable como a ti te gustaría.

—Maldito testarudo, si no estás allí...

—He dicho que te llamaré.
La señora Grayle suspiró.

—Todos los hombres son iguales.

—Lo mismo sucede con las mujeres..., después de las nueve primeras.

Me maldijo una vez más y colgó. Al jefe se le salían tanto los ojos de las órbitas que parecían ir sobre zancos. Llenó los dos vasos con mano temblorosa y empujó uno en mi dirección. —De modo que así es como están las cosas —dijo, con tono muy meditabundo.

—A su marido no le importa —respondí—, de manera que no merece la pena tomar nota. Puso cara de ofendido mientras bebía. Cascó las pipas de cardamomo muy despacio, pensándose mucho. Brindamos a nuestra salud respectiva. Desgraciadamente el jefe escondió la botella y los vasos y movió una palanca en el aparato que tenía sobre la mesa para hablar con sus subordinados.

—Dígale a Galbraith que suba a mi despacho, si está en el edificio. Si no, traten de contactarlo para que venga a verme. Me levanté, descorrí el pestillo de la puerta y me volví a sentar. No tuvimos que esperar mucho. Se oyeron unos golpes en la puerta lateral, el jefe dio su permiso y Hemingway entró en el despacho.

Después de caminar con firmeza hasta el escritorio, se detuvo y miró al jefe Wax con la adecuada expresión de correosa humildad.

—Le presento al señor Philip Marlowe —dijo el jefe con gran cordialidad—. Un detective privado de Los Ángeles.

Hemingway se volvió lo bastante como para mirarme. Si me había visto antes alguna vez, no hubo nada en su cara que lo demostrara. Me tendió una mano, yo le tendí la mía y él miró de nuevo al jefe.

—El señor Marlowe cuenta una curiosa historia —dijo el jefe, con tanta astucia como Richelieu detrás del tapiz— sobre un individuo que se llama Amthor, que tiene una casa en Stillwood Heights y es algo así como un adivino. Parece que Marlowe fue a verlo y Blane y usted llegaron más o menos al mismo tiempo y hubo una discusión de algún tipo. No recuerdo bien los detalles.

—Miró hacia el exterior por sus ventanas con expresión de hombre que no recuerda detalles.

—Se trata de una equivocación —dijo Hemingway—. No he visto nunca a este individuo.

—Sí que hubo una equivocación, desde luego —dijo el jefe como en sueños—. Sin mucha importancia, pero una equivocación de todos modos. El señor Marlowe cree que no tiene ninguna importancia.

Hemingway me miró de nuevo. Su rostro seguía pareciendo una máscara de piedra.

—De hecho, ni siquiera está interesado en la equivocación —siguió el jefe en el mismo tono—. Pero está interesado en hacer una visita a ese tal Amthor que vive en Stillwood Heights. Le gustaría que alguien lo acompañara. He pensado en usted. Le gustaría ir con alguien que se ocupara de que lo traten bien. Parece que el señor Amthor tiene un guardaespaldas indio muy duro y el señor Marlowe se inclina a poner en duda su propia capacidad para resolver la situación sin ayuda. ¿Cree usted que podría averiguar dónde vive ese tal Amthor?

—Claro —dijo Hemingway—. Pero Stillwood Heights no es de nuestro distrito, jefe. ¿Se trata sólo de un favor personal a un amigo suyo?

—Lo podemos enfocar desde ese ángulo —dijo el jefe, mirándose el pulgar izquierdo—. No queríamos hacer nada que no fuera estrictamente legal, por supuesto.

—Claro —dijo Hemingway—. No. —Tosió—. ¿Cuándo vamos? El jefe me miró con benevolencia.

—Ahora estaría bien —dije yo—. Si el señor Galbraith no tiene inconveniente.

—Yo hago lo que me dicen —respondió Hemingway. El jefe lo miró de arriba abajo, rasgo a rasgo. Lo peinó y lo cepilló con los ojos.

—¿Qué tal está hoy el capitán Blane? —preguntó mientras masticaba una pipa de cardamomo.

—Mal, Apendicitis aguda —dijo Hemingway—. Situación crítica.

El jefe movió la cabeza entristecido. Luego se agarró a los brazos del sillón y consiguió ponerse en pie. A continuación me ofreció una zarpa rosada por encima de la mesa.

—Galbraith sabrá cuidarlo bien, Marlowe. Puede estar seguro.

—Ha sido usted muy amable, jefe —dije—. Le aseguro que no sé cómo darle las gracias.

—¡Bah! No hay ninguna necesidad. Siempre es una satisfacción atender al amigo de un amigo, por así decirlo. —Me guiñó un ojo. Hemingway estudió el guiño pero no hizo manifestaciones sobre su significado.

Salimos, con los corteses murmullos del jefe llevándonos casi en volandas hasta la puerta, que cerramos después de cruzarla. Hemingway miró por todo el pasillo y luego me miró a mí.

—Has movido bien tu ficha, muchacho —dijo—. Debes de contar con algo que no nos dijeron.

El coche se deslizó sin prisa por una calle tranquila donde sólo había viviendas. Turbintos de ramas arqueadas casi se unían por encima de la calzada para formar un túnel verde. El sol centelleaba a través de sus ramas más altas y de sus hojuelas lanceoladas. Un cartel en la esquina decía que era la calle 18. Yo iba al lado de Hemingway, que conducía muy despacio, absorto en sus pensamientos.

—¿Qué es lo que le ha dicho? —preguntó, decidiéndose por fin.

—Le dije que Blane y usted fueron allí, me sacaron, me metieron en el coche y me atizaron por detrás en la cabeza. No le dije lo demás.

—Nada sobre la calle 23 y Descanso, ¿eh?

—No.

—¿Por qué no?

—Pensé que quizá consiguiera más cooperación por parte de usted si no lo hacía.

—Es una idea. ¿Quiere ir realmente a Stillwood Heights, o era un simple pretexto?

—Nada más que un pretexto. Lo que realmente quiero es que me diga usted por qué me metieron en esa casa de locos y por qué me retuvieron allí. Hemingway estuvo pensando. Pensó con tanta intensidad que los músculos de la mejilla formaron pequeños nudos bajo la piel grisácea.

—Ese Blane —dijo—. Ese pedazo de carne con ojos. No era mi intención que le atizara. Ni tampoco que tuviera usted que volver andando a casa. Sólo se trataba de hacer un número, en razón de que somos amigos del gurú ese y procuramos evitar que la gente lo moleste. Le sorprendería comprobar la cantidad de gente que trata de molestarlo.

—Me asombraría —dije.

Volvió la cabeza hacia mí. Sus ojos grises eran trozos de hielo. Luego miró otra vez a través del polvoriento parabrisas y siguió pensando un rato.

—A los policías viejos de vez en cuando les entran unas ganas locas de atizar a alguien —dijo—. Necesitan abrir alguna cabeza. Tuve el corazón en un puño, porque cayó usted como un saco de cemento. No crea que no le dije cuatro verdades a Blane. Luego lo llevamos al sitio de Sonderborg porque estaba un poco más cerca, es una buena persona y se iba a ocupar de usted como es debido.

—¿Sabe Amthor que me llevaron ustedes allí?

—Claro que no. Fue idea nuestra.

—Porque Sonderborg es una buena persona y se iba a ocupar de mí como es debido. Y sin molestas consecuencias. Sin la menor posibilidad de que un médico respaldara una denuncia si yo hubiera intentado presentarla. Aunque es cierto que una denuncia nunca hubiera tenido muchas posibilidades en esta idílica ciudad.

—¿Se va usted a poner en mal plan? —preguntó Hemingway con aire pensativo.

—Yo no —dije—. Y, por una vez en su vida, tampoco usted. Porque su puesto pende de un hilo.

Miró usted al jefe y lo vio en sus ojos. En esta ocasión no he venido sin referencias.

—De acuerdo —dijo Hemingway antes de escupir por la ventanilla—. No tenía intención alguna de ponerme en mal plan a excepción de darle un poco a la sin hueso, como es de rigor. ¿Qué más?

—¿Es cierto que Blane está muy enfermo?

Hemingway asintió con la cabeza, pero ni siquiera aparentó ponerse triste.

—Yalo creo que sí. Dolores en el vientre anteayer y el apéndice reventado antes de que pudieran operarlo. Hay posibilidades de que salga adelante, pero no muchas.

—Desde luego sentiríamos mucho perderlo —dije. Una persona como él es todo un puntal para cualquier departamento de policía.

Hemingway mascó aquello durante un rato y luego lo escupió por la ventanilla del coche.

—De acuerdo, otra pregunta —dijo.

—Me ha dicho por qué me llevaron a la clínica de Sonderborg. Pero no por qué me retuvieron allí cuarenta y ocho horas, encerrado y poniéndome todo el tiempo inyecciones de droga. Hemingway frenó el coche suavemente, acercándolo a la acera. Luego puso las manos —muy grandes— en la parte inferior del volante y se frotó los pulgares.

—No tengo ni idea —dijo, con una voz que venía de muy lejos.

—Llevaba encima documentos que me acreditaban como detective privado —dije—. Llaves, algo de dinero, un par de fotografías. Si Sonderborg no los hubiera conocido muy bien a ustedes, podría haber pensado que la brecha en la cabeza era una estratagema para entrar en la clínica y echar una ojeada. Pero imagino que los conoce demasiado bien para eso. De manera que estoy desconcertado.

—Siga desconcertado, socio. Es mucho más seguro.

—No me cabe la menor duda —respondí—. Pero no produce ninguna satisfacción.

—¿Tiene usted a la policía de Los Ángeles apoyándole en esto?

—¿A qué «esto» se refiere?

—A su manera de pensar sobre Sonderborg.

—No exactamente.

—Eso no quiere decir ni sí ni no.

—No soy tan importante —dije—. La policía de Los Ángeles puede venir aquí siempre que le venga en gana, dos terceras partes, por lo menos. Los muchachos del sheriff y los del fiscal del distrito. Tengo un amigo en la oficina del fiscal del distrito. Trabajé allí en otros tiempos. Mi amigo se llama Bernie Ohls. Es investigador jefe.

—¿Le ha contado su historia?

—No. Hace un mes que no hablo con él.

—¿Está pensando en contársela?

—No, si interfiere con el trabajo que tengo entre manos.

—¿Trabajo privado?

—Sí.

—De acuerdo, ¿qué es lo que quiere saber?

—¿Cuál es el verdadero tinglado de Sonderborg?

Hemingway retiró las manos del volante y escupió por la ventanilla.

—Aquí estamos en una calle muy agradable, ¿no es cierto? Buenas casas, jardines muy bien cuidados, atmósfera cordial. ¿Oye usted hablar mucho sobre policías corruptos?

—De vez en cuando.

—De acuerdo, ¿cuántos policías encuentra usted que vivan en una calle que se parezca de lejos a ésta, con un césped bien cuidado y flores? Yo conozco a cuatro o cinco, y son de la Brigada Antivicio. Se llevan todos los extras. Los polis como yo vivimos en casas pequeñas de madera en la zona pobre de la ciudad. ¿Quiere ver dónde vivo?

—¿Qué probaría eso?

—Escuche, socio —dijo el grandullón con mucha seriedad—. Me tiene usted colgando de un hilo, pero el hilo se podría romper. Los policías no se hacen deshonestos por dinero. No siempre, ni siquiera con mucha frecuencia. Se ven atrapados por el sistema. Llevan a quien sea a donde tienen que llevarlo; hacen lo que les dicen que hagan o se acabó lo que se daba. Y tampoco da las órdenes el tipo ese que está sentado en un despacho tan bonito y tan amplio, con un traje de muy buena calidad y que huele a whisky caro aunque él crea que masticar esas pipas hace que huelga a violetas, cosa que no es cierta... ¿Me entiende?

—¿Qué clase de persona es el alcalde?

—¿Qué clase de persona es un alcalde en cualquier sitio? Un político. ¿Cree usted que es él quien da las órdenes? Ni por el forro. ¿Sabe usted cuál es el problema con este país, muchacho?

—Demasiado capital inmovilizado, según tengo entendido.

—Nadie puede seguir siendo honrado aunque quiera —dijo Hemingway—. Ése es el problema con este país. Te quedas con el culo al aire si lo intentas. Tienes que jugar sucio si quieres comer.

Muchos malnacidos creen que todo lo que necesitamos son noventa mil agentes del FBI con cuellos bien limpios y carteras. Tonterías. Las comisiones acabarían con ellos como sucede con todos nosotros. ¿Sabe lo que pienso? Pienso que este mundo nuestro había que volver a hacerlo desde el principio. Fíjese por ejemplo en el Rearme Moral. Eso sí vale la pena. El RMA. Eso sí vale la pena, muchacho.

—Si Bay City es un ejemplo de cómo funciona, me quedo con la aspirina —dije.

—Se puede uno pasar de listo —dijo Hemingway con suavidad—. Quizá usted no lo crea, pero puede suceder. Se puede llegar a ser tan listo que se deja de pensar en todo menos en ser más listo. Yo, por mi parte, no soy más que un piesplanos con pocas luces. Cumplo órdenes. Tengo mujer y dos hijos y hago lo que dicen los peces gordos. Blane podría contarle cosas. Yo no soy más que un ignorante.

—¿Seguro que Blane tiene apendicitis? ¿Seguro que no se pegó un tiro en el estómago por pura maldad?

—No sea así —se lamentó Hemingway al tiempo que golpeaba el volante con las manos—. Trate de pensar bien acerca de la gente.

—¿Acerca de Blane?

—Es un ser humano..., igual que todos nosotros —dijo Hemingway—. Es un pecador, pero tiene su corazoncito.

—¿Cuál es el tinglado de Sonderborg?

—Eso es lo que le estaba diciendo. Quizá me equivoque, pero me parecía que era usted un tipo al que se le puede vender una buena idea.

—Tampoco usted sabe a qué se dedica —dije.

Hemingway sacó el pañuelo y se limpió la cara.

—Colega, no me gusta nada tener que reconocerlo —dijo—. Pero debería usted saber mejor que nadie que si Blane o yo estuviéramos al tanto de que Sonderborg tenía un tinglado, o no le hubiéramos llevado allí o no habría salido nunca, al menos por su propio pie. Estoy hablando de un tinglado de verdad ilegal, como es lógico. No una cosa de poca monta como predecir el porvenir a unas pobres viejas mirando una bola de cristal.

—Creo que nadie tenía intención de que yo saliera de allí por mi propio pie —dije—. Hay una droga llamada escopolamina, también conocida como suero de la verdad, que a veces hace hablar a la gente sin que se dé cuenta. No es infalible, como tampoco lo es el hipnotismo. Pero a veces da resultado. Creo que me estuvieron interrogando para averiguar qué era lo que yo sabía, si bien sólo se me ocurren tres razones de que Sonderborg pudiera estar informado de que yo sabía algo capaz de perjudicarlo. Se lo pudo decir Amthor, o Moose Malloy le mencionó que fui a ver a Jessie Florian, o tal vez pensó que llevarme allí era una estratagema de la policía.

Hemingway me miró con infinita tristeza.

—Ni siquiera sé de qué me está hablando —dijo—. ¿Quién demonios es Moose Malloy?

—Un gigantón que mató a un negro en Central Avenue hace pocos días. Está en su teletipo, si es que lo lee alguna vez. Puede incluso que hayan puesto una circular en el tablón de anuncios.

—Bien, ¿y qué?

—Pues que Sonderborg lo estaba escondiendo. Lo vi allí, leyendo periódicos en la cama, la noche que me escapé.

—¿Cómo lo hizo? ¿No lo tenían encerrado?

—Aticé al vigilante con un muelle de la cama. Tuve suerte.

—¿Le vio el tipo ese tan grande?

—No.

Hemingway apartó el coche de la acera y en su rostro apareció una sonrisa de catorce quilates.

—Saquemos conclusiones —dijo—. Es lo más lógico, sin duda alguna. Sonderborg escondía a tipos buscados por la policía. Si tenían dinero, claro está. Su clínica era perfecta para eso. Y es una actividad productiva.

Aumentó la velocidad y torció por la primera esquina.

—Ingenuo de mí, pensaba que vendía marihuana —dijo muy molesto—. Con la protección adecuada a sus espaldas. Pero eso es un apaño de nada. Una estafa de poca monta.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la lotería ilegal? —le pregunté—. También eso es un apaño de nada, si no ves más que una parte de todo el conjunto.

Hemingway dobló otra esquina con brusquedad y movió la cabeza.

—Exacto. Y máquinas tragaperras y bingos y locales donde apostar a las carreras de caballos. Pero si se junta todo y lo controla un solo tipo, entonces sí tiene sentido.

—¿Qué tipo?

Enmudeció de nuevo. Cerró la boca con fuerza y vi que apretaba los dientes. Estábamos en la calle Descanso y avanzábamos en dirección este. Era una calle tranquila incluso a media tarde.

Al acercarnos a la calle 23, empezó a estar menos tranquila de una manera un tanto vaga. Dos individuos examinaban una palmera como si estuvieran estudiando la mejor manera de moverla. Había un coche aparcado cerca de la casa del doctor Sonderborg, pero no se veía actividad dentro. A mitad de la manzana, otra persona estaba leyendo los contadores del agua. De día la clínica de Sonderborg era un sitio alegre. Las begonias «rosa de té» formaban una pálida masa sólida debajo de las ventanas de la fachada y los pensamientos una mancha de color en torno a la base de una acacia blanca en flor. Una rosa trepadora de color escarlata empezaba a abrir sus capullos sobre un enrejado con forma de abanico. Había un arriete de guisantes de olor y un colibrí de color bronce y verde que los exploraba delicadamente. La casa tenía todo el aspecto de ser el hogar de un matrimonio de edad y desahogada situación económica a los que les gustaba trabajar en el jardín. Pero el sol de última hora de la tarde la dotaba de una inmovilidad silenciosa y amenazadora.

Hemingway pasó lentamente con el coche por delante de la casa mientras una sonrisita tensa luchaba con las comisuras de su boca. Su nariz captaba olores. Torció en la siguiente esquina, miró por el espejo retrovisor y aceleró el coche. Al cabo de tres manzanas, frenó de nuevo para colocarse a un lado de la calle y se volvió, mirándome con dureza.

—Policía de Los Ángeles —dijo—. Uno de los tipos junto a la palmera se apellida Donnelly. Lo conozco. Tienen la casa vigilada. De manera que no le dijo nada a su compinche de allí, ¿no es eso?

—Yale he dicho que no.

—Al jefe le va a encantar esto —ladró Hemingway—.

Vienen hasta aquí, asaltan un local y ni siquiera se paran a saludar.

Yo no dije nada.

—¿Han atrapado a ese tal Moose Malloy?

Negué con la cabeza.

—No, hasta donde llega mi información.

—¿Y hasta dónde demonios llega, socio? —preguntó con mucha suavidad. —No lo bastante lejos. ¿Existe alguna conexión entre Amthor y Sonderborg?

—No, que yo sepa.

—¿Quién manda en esta ciudad?

Silencio.

—He oído que un jugador profesional llamado Laird Brunette dio treinta mil dólares para elegir al alcalde. También he oído que es el dueño del club Belvedere y de los dos casinos flotantes.

—Podría ser —dijo Hemingway cortésmente.

—¿Dónde se puede encontrar a Brunette?

—¿Por qué me lo pregunta a mí, muchacho?

—¿Hacia dónde se dirigiría usted si perdiera su escondite en esta ciudad? —Hacia México.

Me eché a reír.

—De acuerdo, ¿quiere hacerme un gran favor?

—Con mucho gusto.

—Lléveme otra vez al centro.

Puso el coche en marcha apartándolo de la acera y luego lo llevó sin tropiezos por una calle en sombra hacia el océano. Al llegar al ayuntamiento, Hemingway aparcó en la zona reservada para la policía y me apeé.

—Venga a verme alguna vez —dijo Hemingway—. Es probable que esté limpiando las escupideras.

Sacó una manaza por la ventanilla.

—¿Sin resentimiento?

—Rearme Moral —dije, y le estreché la mano.

Se le iluminó la cara con una gran sonrisa y volvió a llamarme cuando ya había echado a andar. Miró primero en todas direcciones y luego me acercó mucho la boca al oído.

—Se supone que los casinos flotantes están más allá de la jurisdicción de la ciudad y del estado —dijo—. Bandera de Panamá. Si fuera yo el que... —Se detuvo en seco, y sus ojos fríos se tiñeron de preocupación.

—Me hago cargo —dije—. A mí se me había ocurrido la misma idea. No sé por qué me he tornado tantas molestias para que la tuviéramos juntos. Pero no funcionaría..., no para una sola persona.

Asintió primero con la cabeza y luego sonrió.

—Rearme Moral —dijo.

Me tumbé boca arriba en la cama de un hotel del puerto y esperé a que se hiciera de noche. Estaba en una habitacioncita con un somier muy duro y un colchón sólo ligeramente más grueso que la manta de algodón que lo cubría. Debajo de mí había un muelle roto que se me clavaba en el lado izquierdo de la espalda. Pero seguí tumbado, permitiendo que me agujoneara.

El reflejo de una luz roja de neón brillaba en el techo. Cuando tiñese de encarnado toda la habitación sería noche cerrada y habría llegado el momento de salir. En el exterior, los coches tocaban el claxon en una calle estrecha llamada «Vía rápida». Debajo de mi ventana se oía ruido de pasos sobre la acera. Mur mullos y exclamaciones iban y venían por el aire. A través de las contraventanas oxidadas se filtraba olor a grasa para freír que se había vuelto a utilizar muchas veces. Lejos, una de esas voces que se hacen oír a gran distancia gritaba: «No se queden sin comer, amigos. Estupendos perritos calientes. No pasen hambre, amigos».

Empezó a anochecer. Me puse a pensar y mis ideas se movieron con algo semejante a un perezoso sigilo, como si las vigilaran ojos amargados y sádicos. Pensé en ojos muertos contemplando un cielo sin luna, con sangre negra en las comisuras de la boca que tenían debajo.

Pensé en desagradables ancianas golpeadas contra las esquinas de sus sucias camas hasta perder la vida. Pensé en un hombre de cabellos rubios que tenía miedo y no sabía bien de qué, que tenía la sensibilidad suficiente para notar que algo iba mal, pero que era demasiado vanidoso o demasiado torpe para imaginar qué era lo que iba mal. Pensé en hermosas mujeres con mucho dinero que eran accesibles. Pensé en simpáticas muchachas, esbeltas y curiosas, que vivían solas y que también eran accesibles, aunque de manera distinta. Pensé en policías, tipos duros a los que se podía comprar, pero que no eran ni mucho menos malos del todo, como sucedía con Hemingway. En policías gordos y prósperos con una voz perfecta para la Cámara de Comercio, como el jefe Wax. En policías esbeltos, inteligentes e implacables como Randall, a quienes, pese a su agudeza y a su certera puntería, no les era posible hacer un buen trabajo de manera limpia.

Pensé en gentes maniáticas y amargadas como Nulty, que había renunciado a hacer cualquier cosa. Pensé en indios y en videntes y en médicos que vendían drogas. Pensé en muchísimas cosas. Se hizo completamente de noche. El resplandor del anuncio rojo de neón se extendía cada vez más por el techo. Me senté en la cama, puse los pies en el suelo y me froté la nuca.

Me levanté, fui al lavabo que estaba en una esquina y me mojé la cara con agua fría.

Al cabo de un rato me sentí un poco mejor, pero muy poco. Me hacía falta un lingotazo, un buen seguro de vida, unas vacaciones, una casa en el campo. Pero lo único que de hecho tenía era una chaqueta, un sombrero y una pistola. Lo cogí todo y salí del cuarto.

No había ascensor. Los corredores olían y las barandillas de la escalera estaban llenas de mugre. Bajé por ella, tiré la llave sobre el mostrador y dije que me marchaba. Un recepcionista con una verruga en el párpado izquierdo hizo un gesto de asentimiento y un botones mexicano con una raída chaqueta de uniforme salió de detrás del ficus más polvoriento de toda California para ocuparse de mis maletas. Yo no tenía maletas, de manera que, como era mexicano, me abrió la puerta y me sonrió cortésmente de todos modos. Fuera, la estrecha calle estaba llena de humo y en las aceras se amontonaban los estómagos prominentes. Al otro lado de la calzada un local de bingo funcionaba a todo volumen e inmediatamente más allá un par de marineros salían con dos chicas del establecimiento de un fotógrafo donde probablemente habrían sido inmortalizados a lomos de camellos. La voz del vendedor de perritos calientes cortaba la oscuridad como un hacha. Un autobús azul de gran tamaño atronó la calle mientras se dirigía hacia la pequeña plaza donde los tranvías solían dar la vuelta sobre una plataforma giratoria. Eché a andar en aquella dirección. Al cabo de algún tiempo advertí un débil olor a mar. No mucho; más bien como si se hubiera conservado una muestra para recordar a la gente que aquello había sido en otro tiempo una limpia playa abierta hasta donde las olas llegaban y rompían, donde soplaban el viento y donde era posible oler otras cosas, además de grasa caliente y sudor frío.

El pequeño tranvía se acercó despacio por el amplio camino de cemento. Me monté, llegué hasta el final de la línea, me apeé y me senté en un banco tranquilo y fresco y donde, casi a mis pies, había un gran montón de algas marrones. En el mar se encendieron las luces de los casinos flotantes. Tomé otra vez el tranvía cuando apareció de nuevo, y volví con él casi hasta el hotel donde me había alojado. Si alguien me seguía lo estaba haciendo sin moverse. Pero yo no creía que nadie lo hiciera. En aquella pequeña ciudad tan limpia no se cometían delitos suficientes como para que los detectives tuvieran mucha experiencia en ese terreno.

Los negros embarcaderos brillaban en toda su longitud antes de hundirse en el oscuro fondo de noche y agua. Aún olía a grasa caliente, pero también se advertía el aroma del océano. El vendedor de perritos calientes seguía diciendo:

—No se queden sin comer, amigos. Estupendos perritos calientes. Aprovechen la oportunidad.

Lo localicé, con su carrito pintado de blanco, haciendo cosquillas a las hamburguesas con un tenedor muy largo. Le iba bien el negocio, aunque la temporada no había hecho más que empezar. Tuve que esperar algún tiempo para hablarle a solas.

—¿Cómo se llama el que está más lejos? —pregunté, señalando con la nariz. — Montecito. —Y se me quedó mirando de hito en hito.

—¿Puede una persona a la que no le falta dinero pasárselo bien allí? —¿Pasárselo bien cómo?

Reí, desdeñosamente, en plan muy duro.

—Perritos calientes —salmodió el del puesto—. Estupendos perritos calientes, amigos. —Bajó la voz—. ¿Mujeres?

—No. Estaba pensando en un camarote donde soplara una agradable brisa, buena comida y nadie que me molestara. Algo así como unas vacaciones.

Se apartó de mí.

—No oigo una palabra de lo que me dice —respondió, y acto seguido reanudó su salmodia.

Sirvió a algunos clientes. No sé por qué me molesté en hablar con él. Quizá tenía la cara adecuada. Una pareja de jóvenes en pantalón corto se acercó, compró perritos calientes y se alejó con el brazo del chico sobre el sujetador de la chica y ambos comiendo del perrito caliente del otro.

El tipo del puesto dio dos pasos hacia mí y me examinó de arriba abajo. —Ahora mismo tendría que estar poniendo cara de que no he roto un plato en mi vida —dijo, e hizo una pausa—. Eso le costará dinero —añadió. —¿Cuánto?

—Cincuenta. Menos no. Más si lo buscan por algo.

—Antiguamente esta ciudad era un sitio agradable —dije—. Una ciudad donde refrescarse. —Yo creía que todavía lo era —dijo arrastrando las palabras—. Pero ¿por qué preguntarme a mí?

—No tengo ni idea —dije. Luego arrojé un billete de dólar sobre su mostrador—. Métalo en la hucha —añadí—. O ponga cara de que nunca ha roto un plato.

El otro se apoderó del billete, lo dobló a lo largo, luego por la mitad y todavía una vez más. Lo puso sobre el mostrador, colocó el dedo corazón detrás del pulgar y a continuación lo soltó. El billete doblado me golpeó suavemente en el pecho y cayó al suelo sin hacer ruido. Me agaché, lo recogí y me volví muy deprisa. Pero no había nadie detrás de mí con aspecto de policía.

Me incliné sobre el mostrador y de nuevo puse encima el billete de dólar. —La gente no me tira dinero —dije—. Me lo entregan en mano. ¿Le importa? Mi interlocutor recogió el billete, lo desdobló, lo extendió y lo limpió con su mandil. Abrió la caja registradora y dejó caer el billete en el cajón.

—Dicen que el dinero no huele mal —dijo—. Pero a veces no estoy demasiado seguro.

Yo no dije nada. Se acercaron nuevos clientes que acabaron marchándose. El calor del día se disipaba rápidamente.

—Yo no lo intentaría con el Roya! Crown —dijo—. Eso es para ardillitas que se portan bien y no se ocupan más que de sus frutos secos. Para mí que tiene usted aire de polizonte, pero eso es cosa suya. Espero que se le dé bien nadar.

Lo dejé, preguntándome por qué me había acercado a él en primer lugar. Creer en las corazonadas. Creer en las corazonadas y salir trasquilado. Al cabo de algún tiempo te despiertas con la boca llena de corazonadas. No puedes pedir una taza de café sin cerrar los ojos y elegir al azar. Obedecer a las corazonadas.

Volví a pasear y traté de descubrir si alguien me seguía. Luego busqué un restaurante que no oliera a grasa de freír y encontré uno con letrero de neón de color morado y un bar de cócteles detrás de una cortina de bambú. Un efebo que llevaba el pelo teñido con alheña se dejó caer delante de un piano, empezó a acariciar las teclas lascivamente y cantó «Escalera a las estrellas» con una voz a la que le faltaban la mitad de los peldaños.

Me eché al coleteo un martini seco y me apresuré a pasar al comedor a través de la cortina de bambú. La cena de ochenta y cinco centavos sabía a saca de correos desechada y me la sirvió un camarero que parecía capaz de darme una paliza por veinticinco centavos, cortarme el cuello por setenta y cinco y tirarme al mar en un barril de cemento por dólar y medio, impuesto incluido.

Fue un trayecto muy largo por veinticinco centavos. El taxi acuático, una vieja lancha motora repintada y con tres cuartas partes de eslora encristaladas, se deslizó entre los yates anclados y sobrepasó el ancho montón de piedras que marcaba el final del rompeolas. La marejada nos alcanzó sin previo aviso, moviéndonos como a una cáscara de nuez. A tan primera hora de la noche, sin embargo, había sitio abundante para vomitar. Sólo me acompañaban tres parejas y el individuo que manejaba la lancha, un ciudadano de aspecto robusto que se sentaba más bien sobre la cadera izquierda debido a que en el bolsillo de la derecha llevaba una pistolera de cuero negro. Las tres parejas empezaron a besuquearse tan pronto como abandonamos la orilla. Me puse a contemplar las luces de Bay City y traté de no complicar demasiado mi digestión.

Puntos dispersos de luz acabaron por reunirse, transformándose en un brazalete enjovado y expuesto en el escaparate de la noche. Luego el brillo perdió intensidad y las luces quedaron reducidas a un suave resplandor naranja que el oleaje mostraba y ocultaba rítmicamente. Se trataba en realidad de una sucesión de largas olas uniformes que no llegaban a reventar, pero con la fuerza suficiente para que yo me alegrara de no haber rociado la cena con whisky de garrafa.

El taxi acuático se deslizaba ya sobre ellas con la siniestra suavidad de la danza de una cobra. El aire era frío, con la frialdad húmeda que a los marinos acaba por metérseles en la médula de los huesos. A la izquierda, los trazos de neón rojo que señalaban la silueta del Royal Crown se difuminaban hasta perderse en la huida incesante de grises fantasmas marinos, para reaparecer luego, brillantes como bolas de cristal.

Nos guardamos muy mucho de acercarnos. Parecía bien agradable desde lejos. Nos llegó una música apenas audible, traída por las olas, y la música que llega por el agua ha de ser necesariamente deliciosa. El Royal Crown, sujeto por sus cuatro guindalezas, parecía tan estable como un muelle, y su embarcadero tan iluminado como la marquesina de un teatro. Luego todo aquello se perdió en la distancia y otra embarcación más vieja y más pequeña surgió de la noche en nuestra dirección. No era una cosa demasiado digna de verse. Un carguero de altura reformado, de casco sucio y oxidado, la superestructura cortada a la altura del puente, y por encima únicamente dos mástiles mochos, justo de la altura suficiente para poder colocar una antena radiofónica.

También había luz en el Montecito y la música flotaba sobre el mar, oscuro y húmedo. Las parejas que se estaban besuqueando retiraron los dientes del cuello del otro, contemplaron el barco y estallaron en risitas.

El taxi describió una amplia curva, aceleró lo justo para proporcionar un estremecimiento a los pasajeros, y luego se acercó con más calma a los amortiguadores de cáñamo a todo lo largo del embarcadero. El motor del taxi se puso al ralenti y petardeó en la niebla. El rayo de un reflector sin prisa describió un círculo a unos cincuenta metros del barco.

El taxista enganchó la lancha a la plataforma y un muchacho de ojos color azabache, chaquetilla corta azul de botones brillantes, una sonrisa esplendorosa y boca de gánster, ayudó a saltar a las chicas desde la lancha. Yo fui el último. La mirada en apariencia despreocupada pero atenta con que me examinó de arriba abajo me dijo algo acerca de él. La manera despreocupada pero atenta con que se tropezó con la funda sobaquera donde llevaba la pistola me dijo aún más.

—No —dijo con suavidad—. No.

Tenía una voz delicadamente ronca, la de un tipo duro con pañuelo de seda. Le hizo un gesto con la barbilla al piloto del taxi, que echó un cabo corto alrededor de una bita, giró un poco el volante y trepó al embarcadero, colocándose detrás de mí.

—Nada de artillería a bordo, muchacho. Lo siento y todo eso —ronroneó el de la chaquetilla de uniforme.

—Puedo dejarla en el guardarropa. Es parte de mi vestuario. Soy una persona que quiere ver a Brunette, por negocios.

Mi interlocutor pareció vagamente divertido.

—No he oído nunca ese nombre —sonrió—. En marcha, amigo. El del taxi me sujetó una muñeca por dentro del brazo derecho. —Quiero ver a Brunette —dije. Mi voz sonó débil y frágil, como la de una anciana.

—Vamos a no discutir —respondió el chico de ojos color azabache—. Aquí no estamos ni en Bay City ni en California y, según algunas opiniones autorizadas, ni siquiera en Estados Unidos. Largo.

—Vuelva a la lancha —gruñó el taxista detrás de mí—. Le debo veinticinco centavos. Vámonos.

Regresé a la lancha. El de la chaquetilla corta me contempló con su elegante sonrisa silenciosa. La estuve contemplando hasta que dejó de ser una sonrisa, ni siquiera un rostro, tan sólo una figura oscura sobre las luces del embarcadero. La contemplé, lleno de frustración. El viaje de vuelta me pareció más largo. No hablé con el piloto ni él conmigo. Al apearme en el muelle me devolvió la moneda de veinticinco centavos.

—Lo dejaremos para otra noche —dijo con tono cansado—, cuando tengamos más sitio para ajustarle las cuentas.

Media docena de clientes que esperaban para embarcar se me quedaron mirando al oír sus palabras. Los dejé atrás, crucé la puerta de la diminuta sala de espera en el embarcadero, y me dirigí hacia los escalones de poca altura que me devolverían a tierra firme.

Un grandullón pelirrojo, calzado con unas sucias playeras, pantalones manchados de alquitrán, al igual que un lado de la cara, y los restos de un jersey azul de marinero, se apartó de la barandilla y tropezó conmigo casualmente.

Me detuve. Parecía demasiado grande. Ocho centímetros y quince kilos más que yo. Pero me estaba llegando el momento de ponerle el puño en los dientes a alguien, aunque todo lo que sacara en limpio fuese un brazo insensible. Había poca luz y casi toda tras él.

—¿Qué le pasa, compadre? —dijo arrastrando las palabras—. ¿Ha pinchado en hueso en el barco del pecado?

—Anda y zúrcete la camisa —le dije—. Vas por ahí enseñando la tripa. —Podría ser peor —dijo—. La artillería abulta más de la cuenta debajo de ese traje tan liviano.

—¿Quién te manda meter la nariz en eso?

—No se sulfure. Curiosidad, nada más. No he querido ofenderle. —Bien, pues ya te puedes marchar con viento fresco.

—Claro. No hago más que descansar.

Me obsequió con una lenta sonrisa cansada. Tenía una voz suave, soñadora, tan delicada para un hombrón como él que resultaba sorprendente. Me hizo pensar en otro gigante de voz suave que, extrañamente, me había caído simpático.

—No es ése el camino —dijo con tristeza—. Sólo tiene que llamarme Red. —Hazte a un lado, Red. Hasta las mejores personas cometen equivocaciones. Noto una que me está reptando por la espalda.

Red miró pensativamente en una y otra dirección. Me tenía acorralado en una esquina del espacio cubierto dentro del embarcadero. Y estábamos más o menos solos.

—¿Quiere subir al Monty? Se puede. Si tiene usted un motivo.

Gente con ropa alegre y expresión risueña cruzó por delante de nosotros, camino de la lancha motora. Esperé a que estuvieran a bordo.

—¿Cuánto es el motivo?

—Cincuenta pavos. Diez más si sangra en mi barco.

Hice intención de marcharme.

—Veinticinco —dijo en voz baja—. Quince si vuelve con amigos.

—No tengo ningún amigo —dije, y me marché. No intentó detenerme.

Tomé la calzada de cemento por donde iban y venían los tranvías casi de juguete que avanzaban con lentitud de cochecitos de niño y tocaban unas campanitas que no sobresaltarían ni a una embarazada. Al pie del primer muelle había un local de bingo profusamente iluminado y lleno de gente hasta la bandera.

Entré y me coloqué contra la pared, detrás de los que jugaban, en el lugar donde otras muchas personas que querían sentarse esperaban de pie a que quedaran sitios libres.

Vi cómo aparecían unos cuantos números en el tablero eléctrico, oí vocearlos a los crupieres, traté de localizar a los jugadores de la casa y no pude, y me di la vuelta para marcharme. Una masa azul de considerable tamaño que olía a alquitrán se materializó a mi lado.

—¿No tiene el dinero o es un problema de tacañería? — me preguntó al oído la voz suave y delicada.

Lo contemplé de nuevo. Tenía los ojos que nunca se ven, de los que sólo se sabe que existen por lecturas. Ojos de color violeta. Ojos de muchacha, de muchacha bonita. Y la piel tan suave como seda. Ligeramente enrojecida, pero nunca se broncearía. Demasiado delicada. Más grande que Hemingway y más joven, con una diferencia de muchos años. No tan grande como Moose Malloy, pero daba sensación de gran agilidad. Su cabello tenía ese tono de rojo que se vuelve dorado cuando brilla. A excepción de los ojos, sin embargo, su cara era una cara normal de campesino, sin nada de apostura teatral.

—¿A qué se dedica? —preguntó—. ¿Detective privado?

—¿Por qué te lo tendría que decir? —gruñí.

—Había pensado que podía tratarse de eso —dijo—. ¿Veinticinco es demasiado? ¿No le pagan los gastos aparte?

—No.

Suspiró.

—Era una locura de todos modos —dijo—. Le harían pedazos allí arriba. —No me sorprendería nada. ¿A qué te dedicas tú?

—Un dólar aquí, un dólar allá. En otro tiempo era policía. Me echaron. —¿Por qué me lo cuentas?

Pareció sorprendido.

—Es la verdad.

—Debiste decir alguna inconveniencia.

Sonrió de manera casi imperceptible.

—¿Conoces a un tipo llamado Brunette?

La sombra de la sonrisa no se le borró de la cara. Una detrás de otra, tres personas hicieron bingo. Se trabajaba deprisa en aquel local. Un tipo alto con cara de pájaro, cetrinas mejillas hundidas y un traje muy arrugado se acercó mucho a nosotros y se apoyó contra la pared sin mirarnos. Red se inclinó apenas hacia él y le preguntó:

—¿Hay algo que podamos contarle, socio?

El individuo alto con cara de pájaro sonrió y se alejó. Red también sonrió e hizo que retemblara el edificio al recostarse de nuevo contra la pared.

—He conocido a un tipo que podría contigo —dije.

—Ojalá hubiera más —respondió con mucha seriedad—. La gente grande cuesta dinero. Las cosas no están pensadas para ellos. Cuesta alimentarlos, vestirlos, y no pueden dormir con los pies dentro de la cama. Le voy a decir cómo están las cosas. Quizá no le parezca un buen sitio para hablar, pero sí que lo es. Si se acerca algún soplón los conozco a todos y el resto de la gente está pendiente de esos números y de nada más. Dispongo de una lancha con un silenciador submarino. Quiero decir que la puedo conseguir prestada. Hay un muelle mal iluminado al otro extremo del puerto. Y conozco una puerta de carga en el Monty que sé cómo abrir. Llevo alguna que otra carga allí de vez en cuando. No hay mucha gente por debajo de las cubiertas.

—Tienen un reflector y vigilantes —dije yo.

—Podemos evitarlos.

Saqué la cartera, extraje un billete de veinte y otro de cinco junto al estómago y luego los doblé varias veces. Los ojos de color violeta me vigilaban sin dar la sensación de hacerlo.

—¿Sólo la ida?

Asentí.

—Habíamos quedado en quince.

—Han subido los precios.

Una mano manchada de alquitrán hizo desaparecer los billetes. Red se alejó sin hacer ruido y desapareció en la calurosa oscuridad exterior.

El individuo con cara de pájaro se materializó a mi izquierda y dijo sin levantar la voz:

—Me parece que conozco al fulano con ropa de marinero. ¿Amigo suyo? Creo que lo he visto antes.

Me enderecé para apartarme de la pared y me marché sin responder, abandonando el local. Torcí hacia la izquierda, vigilando una cabeza —destacada sobre las demás— que avanzaba, unos treinta metros por delante de mí, siguiendo la hilera de los faroles eléctricos con varios brazos. Al cabo de un par de minutos me detuve entre dos puestos. Enseguida apareció el de la cara de pájaro, paseando con los ojos en el suelo. Me puse a su lado.

—Buenas noches —dije—. ¿Me deja que le adivine el peso por veinticinco centavos? —Me apoyé en él. Había una pistola debajo de la chaqueta llena de arrugas.

Me miró sin manifestar emoción alguna.

—¿Me vas a obligar a que te detenga, hijo mío? Soy el encargado de mantener la ley y el orden en este trozo de calle.

—¿Quién está haciendo nada contra la ley y el orden en este momento? —Tu amigo me resulta familiar.

—No me extraña. Es poli.

—Claro. Eso es —dijo cara de pájaro pacientemente—. Ahí es donde lo he visto. Buenas noches. Giró en redondo y se volvió por donde había venido. A Red no se le veía ya. No me preocupó. Nada de lo que hiciera aquel muchacho volvería a preocuparme.

Seguí caminando despacio.

Había llegado más allá de los faroles de varios brazos, más allá del traqueteo y el resonar de las campanas de los pequeños tranvías, más allá del olor a grasa caliente y a palomitas de maíz, más allá de los gritos de los niños y de los voceadores de los espectáculos de striptease, más allá de todo lo que no fuese el olor del océano, la línea de la costa, repentinamente clara, y el romper de las olas hasta convertirse en espuma entre guijarros. Ya casi caminaba solo. Los ruidos morían detrás de mí, y las chillonas luces mentirosas se convertían en resplandor incierto. Luego un muelle —dedo oscuro— se proyectó en dirección al mar. Debía de ser aquél. Torcí para seguirlo. Red se alzó de un cajón situado junto al comienzo de los pilares y me dirigió la palabra:

—Bien —dijo—. Siga adelante y deténgase en los escalones que descienden hasta el nivel del mar. Voy a buscar la lancha y a calentar el motor.

—El poli de los muelles me ha seguido. El tipo del bingo. Tuve que pararme y hablar con él.

—Olson. Se ocupa de los rateros. Competente. Aunque de tarde en tarde arrambla con una cartera y se la cuelga a alguien para dar más brillo a su historial de detenciones. Eso es pasarse un poco, ¿no le parece?

—Tratándose de Bay City yo diría que es casi perfecto. Pongámonos en marcha. Me parece que se está levantando el viento y no quiero que desaparezca la niebla. No parece gran cosa pero puede ayudarnos mucho.

—Durará lo bastante para burlar al reflector —dijo Red—. Tienen metralletas en la cubierta de ese barco. Siga adelante por el embarcadero. No tardaré.

Red se fundió con la oscuridad y yo avancé por tablas a veces un poco resbaladizas a causa de los restos de pescado. Al fondo había una barandilla baja de hierro. Una pareja estaba apoyada en un rincón. Se alejaron, el hombre murmurando, molesto.

Durante diez minutos escuché el golpetear del agua contra los pilares. Un pájaro nocturno se agitó en la oscuridad: el gris ligero de un ala cruzó mi campo de visión y desapareció al instante. En lo alto del cielo zumbó un avión. Luego, a lo lejos, un motor tosió y rugió y siguió rugiendo corno si se tratara de media docena de camiones. Al cabo de un rato, el ruido fue disminuyendo hasta que, de repente, dejó de existir.

Pasaron más minutos. Volví a la escalera que llevaba al nivel del agua y descendí por los peldaños con la cautela de un gato que camina sobre suelos húmedos. Una forma oscura surgió de la noche y algo vibró sordamente.

—Todo listo. Suba —dijo una voz.

Monté en la lancha y me senté junto a Red en la cabina. La embarcación se deslizó sobre el agua. El tubo de escape no emitía ruido alguno: tan sólo un furioso borboteo a ambos lados del casco. Una vez más las luces de Bay City se convirtieron en lejanos puntos luminosos más allá del subir y bajar de las olas. De nuevo las luces chillonas del Roya! Crown quedaron a un lado, dando la sensación de que el barco se exhibía corno una modelo en una pasarela.

Y una vez más los costados del Montecito brotaron de la oscuridad del Pacífico y el lento barrido uniforme del reflector fue rodeándolo como el haz de luz de un faro.

—Tengo miedo —dije de pronto—. Estoy muerto de miedo.

Red disminuyó la velocidad y dejó que la lancha se deslizara como si el agua se moviera por debajo y la embarcación siguiese en el mismo sitio. Volvió la cabeza y me miró.

—Tengo miedo de la muerte y la desesperación —dije—. De aguas oscuras, rostros de ahogados y cráneos con las órbitas vacías. Tengo miedo de morir, de no ser nada, de no encontrar a un individuo llamado Brunette.

Red rió entre dientes.

—Casi me había convencido durante un minuto. Se ha echado una buena arenga. Brunette puede estar en cualquier sitio. En uno de los dos barcos, en el club del que es propietario, en la costa este, en Reno, en zapatillas en su hogar. ¿Es eso todo lo que quiere?

—Quiero a un individuo que se llama Malloy, una bestia muy grande que salió no hace mucho de la penitenciaría del estado de Oregón después de cumplir una condena de ocho años por robar un banco. Estaba escondido en Bay City. —Le hablé de todo ello. Le conté mucho más de lo que me proponía contarle. Puede que fueran sus ojos.

Al final estuvo pensando y luego habló despacio y lo que dijo tenía retazos de niebla colgando, como gotitas en un bigote.

Quizá eso hacía que pareciera más juicioso de lo que era, quizá no.

—Parte tiene sentido —dijo—. Parte no. De algunas cosas no sé nada, de otras un poco. Si ese Sonderborg llevaba un refugio para delincuentes, vendía marihuana y mandaba a sus chicos a robar las joyas de señoras ricas un poco salidas de madre, parece razonable que tuviera un acuerdo con las autoridades de la ciudad, pero eso no significa que esas autoridades supieran todo lo que hacía ni que todos los policías del cuerpo supieran que tenía un acuerdo. Puede que Blane lo tuviera y Hemingway, como usted lo llama, no. Blane es mala gente, el otro tipo no es más que un poli duro, ni malo ni bueno, ni vendido ni honesto, con muchas agallas y lo bastante estúpido, como yo, para creer que ser de la policía es una manera razonable de ganarse la vida.

El vidente ese ni entra ni sale en todo esto. Se compró un sistema de protección en el mejor mercado, Bay City, y lo utilizaba cuando tenía que hacerlo. Nunca se sabe qué es lo que está haciendo un tipo como él, de manera que nunca se sabe lo que tiene sobre la conciencia ni qué es lo que le asusta. Puede que tenga algo de ser humano y de vez en cuando se haya liado con alguna cliente. Esas señoras con dinero caen más deprisa que los muñecos del pimpampum. De manera que mi explicación sobre su estancia en la clínica es sencillamente que Blane sabía que Sonderborg se asustaría cuando descubriera quién era usted (y la historia que le contaron es probablemente la que él le contó, que lo encontraron perdido y desorientado) y Sonderborg no sabría qué hacer con usted y le daría el mismo miedo dejarlo ir que eliminarlo, y cuando pasara el tiempo suficiente Blane aparecería por allí y pediría más dinero. Eso es todo lo que hay.

Sucedió que podían utilizarlo a usted y lo hicieron. Cabe que Blane supiera además lo de Malloy. No me extrañaría nada. Yo le escuché y vigilé el lento recorrido del reflector y las idas y venidas del taxi acuático mucho más a la derecha.

—Sé los cálculos que hace esa gente —dijo Red—. El problema con los polis no es que sean estúpidos, ni venales ni duros, sino el que crean que por el hecho de ser polis tienen un algo más que antes no tenían. Quizá eso fuera verdad en otro tiempo, pero no ahora. Se ven desbordados por demasiada gente lista. Eso nos lleva a Brunette. No dirige la ciudad. No le hace falta molestarse. Dio mucho dinero para elegir a un alcalde y conseguir así que dejaran en paz a sus taxis acuáticos. Si hubiera algo en particular que quisiera, se lo darían de inmediato. Como cuando hace algún tiempo a uno de sus amigos, un abogado, lo detuvieron por cometer un delito grave cuando conducía borracho y Brunette consiguió que la acusación quedara reducida a imprudencia temeraria. Para hacerlo cambiaron el registro de la policía, y también eso es un delito grave. Lo que sirve para que se haga usted una idea. El tinglado de Brunette es el juego, y en los tiempos que corren todos los tinglados están conectados. De manera que quizá distribuya marihuana o reciba un porcentaje de alguno de sus subordinados al que ha cedido el negocio. Tal vez conozca a Sonderborg y tal vez no. Pero el robo de joyas hay que excluirlo. Imagínese todo lo que esos muchachos han tenido que trabajar por ocho grandes. Es como para reírse pensar que Brunette esté relacionado con eso.

—Sí —dije—. Pero también asesinaron a un hombre, ¿te acuerdas?

—Tampoco hizo eso, ni mandó a nadie para que lo hiciera. Si Brunette lo hubiera hecho, no se habría encontrado el cadáver. Nunca se sabe lo que puede estar cosido a la ropa de un individuo. ¿Por qué correr riesgos? Fíjese en lo que estoy haciendo para usted por veinticinco dólares. ¿Qué no podría conseguir Brunette con el dinero del que dispone?

—¿Haría asesinar a alguien?

Red pensó unos momentos.

—Tal vez. Quizá lo haya hecho. Pero no es un tipo duro. Estos mafiosos de ahora son distintos. Los equiparamos con ladrones de cajas de caudales a la antigua usanza o con gamberros drogados hasta las cejas. Comisarios de policía gritan por la radio que son todos ratas cobardes, que asesinan a mujeres y niños pequeños y aúllan pidiendo clemencia si ven un uniforme de policía. Deberían tener el sentido común suficiente para no vender al público esas tonterías. Hay policías cobardes y hay pistoleros cobardes, pero muy pocos de unos y otros. En cuanto a los que están arriba, como Brunette, no han llegado ahí asesinando gente. Han llegado con agallas e inteligencia, y sin contar con el valor colectivo que sostiene a los policías. Pero sobre todo son hombres de negocios. Lo que hacen, lo hacen por dinero. Igual que otros hombres de negocios. A veces hay algún tipo que les estorba muchísimo. De acuerdo. Fuera. Pero se lo piensan despacio antes de hacerlo. ¿Por qué demonios le estoy dando una clase?

—Un tipo como Brunette no escondería a Malloy —dije—. Después de que hubiera matado a dos personas.

—No. A no ser que hubiera alguna otra razón aparte del dinero. ¿Quiere volver a tierra?

—No.

Red movió las manos sobre el timón. La velocidad de la lancha aumentó. —No piense que simpatizo con esos hijos de mala madre —dijo—. Me caen tan bien como una patada en el estómago.

El reflector giratorio era un pálido dedo enturbiado por la niebla que apenas iluminaba las olas hasta unos treinta metros alrededor del barco. Se trataba más de una operación de imagen que de otra cosa, sobre todo a aquellas horas de la noche. Cualquiera que planease robar la recaudación de uno de aquellos casinos flotantes necesitaría ayuda en abundancia y trataría de dar el golpe a eso de las cuatro de la madrugada, cuando el público quedara reducido a unos pocos jugadores empedernidos, y la tripulación estuviera agotada por el cansancio. Incluso entonces sería una manera poco afortunada de ganar dinero. Ya lo habían intentado en una ocasión.

Un taxi acuático describió una curva para llegar al embarcadero, descargó al pasaje y se dirigió de nuevo hacia tierra firme. Red mantuvo su lancha motora al ralenti en el límite del recorrido del reflector. Si lo hubieran levantado un par de metros, sólo para cambiar un poco..., pero no lo hicieron. Pasó lánguidamente y el agua apagada brilló un momento y nuestra lancha motora se deslizó del otro lado y se acercó muy deprisa, dejando atrás las dos enormes y sucias guindalezas de popa. Nos pegamos a las grasientas planchas del casco con la misma discreción con que un detective de hotel se dispone a echar a una buscona del vestíbulo de su establecimiento.

Muy por encima de nosotros aparecieron dos puertas de hierro que me dieron la impresión de estar demasiado altas para alcanzarlas y que eran demasiado pesadas para abrirlas aunque pudiéramos llegar hasta ellas. La lancha motora rozó el viejo costado del Montecito mientras, bajo nuestros pies, el oleaje palmeaba sin fuerza el casco. Una alta silueta se levantó a mi lado en la oscuridad y una cuerda enrollada salió disparada hacia lo alto, golpeó, se enganchó y el extremo volvió a caer hasta tropezar con el agua. Red lo pescó con un bichero, tiró hasta poner tensa la cuerda y lo ató a algo sobre la cubierta del motor. Había la niebla suficiente para hacer que todo pareciese irreal. El aire húmedo estaba tan frío como las cenizas del amor.

Red se inclinó mucho en mi dirección y su aliento me cosquilleó la oreja. —Sobresale demasiado del agua. Un buen golpe de mar acabaría por dejar al aire las hélices. Pero tenemos que trepar por esas planchas de todos modos. —Me mata la impaciencia —dije, tiritando. Me colocó las manos sobre el timón, lo giró hasta la posición donde quería tenerlo, fijó el acelerador y me dijo que mantuviera la lancha tal como estaba. Había una escalerilla de hierro, atornillada al casco, del que iba siguiendo la curva, y con unos travesaños probablemente tan resbaladizos como una cucaña.

Ascender por ella parecía tan tentador como caminar por la cornisa de un rascacielos. Red se agarró como pudo, después de restregarse con fuerza las manos en los pantalones para manchárselas un poco de alquitrán. Luego se elevó sin ruido, sin siquiera un resoplido, sus playeras encontraron los travesaños de metal, y fue subiendo casi en ángulo recto para conseguir mejor tracción.

El haz del reflector pasó muy lejos de nosotros. La luz saltó del agua y pareció convertir mi rostro en algo tan llamativo como una bengala, pero no sucedió nada. Después se oyó un chirriar de pesadas bisagras sobre mi cabeza. El débil resplandor de una luz amarillenta se derramó por la niebla y murió. Apareció la silueta de media puerta de carga abierta. Era imposible que estuviera cerrada desde el interior. Me pregunté por qué.

El susurro fue un simple sonido, sin significado. Dejé el timón y me dispuse a subir. No he hecho un viaje más duro en toda mi vida. Lo terminé, jadeante, en una bodega maloliente, llena de cajas de embalaje, barriles, rollos de cuerda y montones de cadenas oxidadas. En los rincones oscuros chillaban las ratas. La luz amarilla procedía de una puerta estrecha en el tabique más alejado.

Red me pegó la boca al oído.

—Desde aquí vamos directamente a la pasarela de la sala de calderas. Tendrán una auxiliar encendida, porque en esta cafetera carecen de motores diesel. Probablemente encontraremos a alguien abajo. La tripulación hace un doble papel en las cubiertas donde se juega; también son crupieres, vigilantes, camareros y todo lo demás. Pero han de alistarse como miembros de alguna profesión relacionada con el mar. En la sala de calderas le enseñaré un ventilador que no tiene rejilla y que desemboca en la cubierta de botes, en zona prohibida. Pero toda suya..., mientras siga con vida.

—Debes de tener familiares a bordo —dije.

—Cosas más extrañas han sucedido. ¿Volverá deprisa?

—No hay duda de que haré bastante ruido al caer desde la cubierta de botes —dije, al tiempo que sacaba el billetero—. Creo que eso se merece algún dinero más. Toma. Trata mis restos mortales como si fueran los tuyos.

—No me debe nada más, socio.

—Me estoy comprando un viaje de vuelta..., incluso aunque no lo utilice. Coge el dinero antes de que me eche a llorar y te moje la camisa.

—¿Necesita un poco de ayuda ahí arriba?

—Lo que necesito es un pico de oro, pero en este momento me parece que sólo estoy capacitado para graznar.

—Guárdese el dinero —dijo Red—. Ya me ha pagado el viaje de vuelta. Me parece que está asustado. —Me tomó de la mano. La suya era fuerte, dura, tibia y estaba un tanto pegajosa—. Sé que está asustado —susurró.

—Lo superaré —dije—. De una manera o de otra.

Se dio la vuelta con una curiosa expresión que no pude interpretar con aquella luz. Lo seguí entre los cajones de embalaje y los barriles, hasta cruzar el umbral de hierro de la puerta y llegar a un largo pasadizo oscuro con olor a barco. De allí salimos a una plataforma con rejilla de acero, resbaladiza a causa del aceite, y descendimos por una escalera en la que era difícil sujetarse. El lento silbido de los quemadores de aceite llenaba ahora el aire y silenciaba todos los demás sonidos. Nos dirigimos hacia el silbido atravesando montañas de hierro silencioso.

Al llegar a un cruce vimos a un espagueti, sucio y bajito, con una camisa de seda morada, acomodado en un viejo sillón de oficina reparado con alambres, debajo de una bombilla sin pantalla, que leía el periódico de la tarde con la ayuda de un dedo índice negro de carbón y unos lentes con montura de acero que probablemente habían pertenecido a su abuelo. Red se colocó tras él sin hacer ruido.

—Hola, chaparrito —dijo amablemente—. ¿Qué tal los bambinos?

El italiano abrió la boca con un chasquido y se llevó una mano a la abertura de su camisa morada. Red le golpeó en el ángulo de la mandíbula y lo sujetó antes de que cayera. Lo dejó con cuidado sobre el suelo y procedió a convertir en tiras su camisa morada.

—Esto le va a doler más que el golpe que le he dado —dijo Red sin alzar la voz—. Pero la idea es que alguien que sube por la escalera de un ventilador hace muchísimo ruido abajo. Arriba, en cambio, no oirán nada.

Ató y amordazó limpiamente al italiano y luego plegó las gafas y las puso en un sitio seguro. Nosotros seguimos hasta el ventilador que no tenía rejilla. Miré hacia arriba y no vi más que oscuridad.

—Adiós —dije.

—Quizá necesite un poco de ayuda.

Me sacudí como un perro mojado.

—Necesito una compañía de infantes de marina. Pero o lo hago solo o no lo hago. Hasta la vista.

—¿Cuánto tardará? —Aún había preocupación en su voz.

—Una hora o menos.

Me miró fijamente y se mordió el labio. Luego asintió con la cabeza.

—A veces hay cosas que uno tiene que hacer —dijo.

Pásese por el bingo si dispone de un rato. Echó a andar despacio, dio cuatro pasos y regresó.

—Esa puerta de carga que estaba abierta —dijo—. Quizá le sirva para comprar algo. Utilícela. Después se marchó a buen paso.

Por el ventilador bajaba con fuerza aire frío. Me pareció muy largo el camino hasta arriba. Después de tres minutos que me pesaron como una hora, asomé cautelosamente la cabeza por la abertura en forma de trompa. Cerca, botes cubiertos con lonas no eran más que manchas grises.

Un murmullo de voces me llegó desde la oscuridad. El haz del reflector se movía lentamente en círculo. Procedía de un punto situado más arriba, probablemente una cofa en lo alto de uno de los cortos mástiles. Allí, además, habría alguien con una metralleta, o incluso una ametralladora ligera. Un trabajo gélido, con muy pocas compensaciones cuando alguien dejaba una puerta de carga tan oportunamente mal cerrada.

A lo lejos la música vibraba como los falsos bajos de una radio de mala calidad.

Una luz brillaba en lo alto de un mástil y a través de las capas más altas de niebla algunas estrellas heladas miraban en nuestra dirección. Salí del ventilador, saqué la pistola del 38 de la funda sobaquera y la mantuve pegada a las costillas, ocultándola con la manga. Di tres pasos en silencio y escuché. No sucedió nada. Los murmullos habían cesado, pero no por mi culpa. Ahora los situé ya entre dos botes salvavidas. Y procedente de la noche y de la niebla, como, misteriosamente, es capaz de hacerlo, se congregó en un punto focal la luz suficiente para dejar al descubierto la silueta glacial de una ametralladora montada sobre un trípode y asomada por encima de la barandilla de la cofa. A su lado había dos hombres inmóviles, sin fumar, y sus voces empezaron de nuevo a murmurar, un susurro tranquilo que nunca se transformaba en palabras. Lo estuve escuchando demasiado tiempo. Otra voz habló con claridad detrás de mí.

—Lo siento, pero los invitados no deben entrar en la cubierta de botes.

Me volví, sin darme demasiada prisa, y le miré las manos. Eran manchas claras y estaban vacías. Me aparté al tiempo que asentía con la cabeza, y el extremo de una lancha nos ocultó. El otro me siguió sin precipitarse, sin que sus zapatos hicieran ruido sobre la cubierta húmeda.

—Debo de haberme perdido —dije.

—Eso parece. —Tenía una voz juvenil, sin resonancias pétreas—. Pero hay una puerta al final de la escalera de toldilla que tiene una cerradura de resbalón. Es una buena cerradura. Antes había una escalera abierta con una cadena y un cartel. Pero descubrimos que los más curiosos se la saltaban.

Llevaba mucho tiempo hablando, ya fuera para mostrarse amable o porque estaba esperando. Yo no sabía cuál de las dos cosas.

—Alguien —dije— debe de haber dejado abierta esa puerta.

La cabeza en la sombra asintió. Estaba por debajo de la mía.

—Ya se da usted cuenta de que eso nos coloca ante una disyuntiva. Si alguien la dejó abierta, al jefe no le va a gustar un pelo. Si no es así, nos gustará saber cómo ha llegado usted hasta aquí. Estoy seguro de que lo entiende.

—No parece difícil de entender. Podemos entrar y hablar con él para aclararlo.

—¿Viene usted con alguien?

—Con alguien muy agradable.

—No deberían haberse separado.

—Yasabe lo que pasa... Uno vuelve la cabeza y otro la está invitando a una copa.

Mi interlocutor rió entre dientes. Luego movió ligeramente la barbilla arriba y abajo. Me agaché y salté hacia un lado y el silbido de la cachiporra fue un largo suspiro que se perdió en el aire tranquilo. Empezaba a tener la impresión de que todas las cachiporras de la zona se lanzaban sobre mí automáticamente. El más alto dijo una palabrota.

—Intentadlo de nuevo y os convertiréis en héroes —dije. Amartillé la pistola haciendo bastante ruido.

A veces una escena detestable consigue que el teatro se venga abajo con los aplausos. El alto se inmovilizó y vi la cachiporra colgándole de la muñeca. Mi interlocutor se lo pensó sin prisa.

—Eso no le va a servir de nada —dijo con mucha seriedad—. No conseguirá salir del barco. —He pensado en eso. Y luego pensé en lo poco que les importaría a ustedes. Seguía siendo una escena detestable.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo con calma.

—Tengo una pistola cargada —dije—. Pero no hay por qué dispararla. Quiero hablar con Brunette.

—Ha ido a San Diego por cuestión de negocios.

—Hablaré con el que haga sus veces.

—Tiene agallas —dijo el simpático—. Iremos abajo. Pero entregará ese juguete antes de que pasemos por la puerta.

—Entregaré el juguete cuando esté seguro de que voy a pasar por la puerta. Mi interlocutor rió discretamente.

—Vuelve a tu sitio, Slim. Ya me ocupo yo de esto.

Se movió sin prisa delante de mí y el alto pareció desaparecer en la oscuridad. —Sígame. Recorrimos la cubierta uno detrás de otro. Descendimos por escalones resbaladizos con bordes de latón. Al final había una pesada puerta. Mi acompañante la abrió y examinó el cierre. Sonrió, movió afirmativamente la cabeza, sostuvo la puerta, y yo crucé, guardándome la pistola. El cierre automático hizo clic detrás de nosotros.

—Una noche tranquila hasta ahora —dijo él.

Había un arco dorado delante de nosotros y más allá una sala de juego, no muy llena. Se parecía mucho a cualquier otra sala de juego. Al fondo divisé un pequeño bar con espejos y algunos taburetes. Desde el centro del local descendía una escalera por la que subía a ráfagas la música. Oí ruedas de ruletas. Un crupier jugaba al faraón con un único cliente. No había más de sesenta personas en la sala. Sobre la mesa de faraón había billetes suficientes como para justificar la apertura de un banco. La persona que jugaba era un caballero de edad y pelo cano que miraba al crupier con cortés atención, pero nada más.

Dos individuos silenciosos, vestidos de esmoquin, cruzaron el arco con aire despreocupado, sin mirar a nada. Era de esperar. Se dirigieron hacia nosotros y la persona esbelta y de poca estatura que me acompañaba los esperó. Habían pasado con creces el arco cuando buscaron con la mano un bolsillo lateral, para sacar cigarrillos, por supuesto.

—A partir de ahora tenemos que organizarnos un poco —dijo mi acompañante—. Supongo que no le importará.

—Usted es Brunette —dije de repente.

Se encogió de hombros.

—Por supuesto.

—No parece tan duro —dije.

—Espero que no.

Los dos individuos con esmoquin me fueron llevando discretamente. —Aquí —dijo Brunette— podremos hablar con tranquilidad. Abrió una puerta y los otros dos me metieron dentro. La habitación sólo parecía en parte un camarote. Dos lámparas de latón colgaban de suspensiones de cardán encima de un escritorio oscuro que no era de madera, probablemente plástico. Al fondo había dos literas en madera vetada. La cama de abajo estaba hecha y sobre la de arriba descansaba media docena de montones de álbumes de discos. En un rincón había un mueble de gran tamaño, combinación de radio y fonógrafo. Completaban el mobiliario un sofá de cuero rojo, una alfombra roja, ceniceros muy altos, un taburete con cigarrillos, una licorera con vasos y un barecito colocado en diagonal en el extremo opuesto a las literas.

—Siéntese —dijo Brunette, dando la vuelta alrededor de la mesa, sobre la que había muchos papeles de aspecto comercial, con columnas de cifras, hechas con una máquina de calcular, y sentándose en un sillón de respaldo alto; después lo echó un poco para atrás y me examinó detenidamente. A continuación se levantó otra vez, se desprendió del abrigo y la bufanda y los arrojó a un lado. Finalmente se sentó de nuevo. Cogió una pluma y se acarició con ella el lóbulo de la oreja. Tenía sonrisa de gato, pero a mí me gustan los gatos.

No era ni joven ni viejo, ni gordo ni delgado. Pasar mucho tiempo en el mar o cerca del mar le había dado aspecto de disfrutar de muy buena salud. Cabello castaño con ondas naturales que el aire del mar acentuaba. Frente estrecha, aire inteligente y algo sutilmente amenazador en sus ojos, de color un tanto amarillento. Tenía manos agradables, no mimadas hasta la insipidez, pero sí bien cuidadas.

Su esmoquin era de color azul marino, razón por la que parecía completamente negro. También tuve la sensación de que la perla que llevaba en la corbata era un poco demasiado grande, pero puede que fueran celos. Me estuvo mirando durante mucho tiempo antes de decir:

—Tiene una pistola.

Uno de los elegantes tipos duros apoyó sobre el centro de mi columna vertebral algo que, probablemente, no era una caña de pescar. Manos exploratorias me quitaron la pistola y buscaron otras armas.

—¿Algo más? —preguntó una voz.

Brunette hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ahora no.

Uno de los guardaespaldas empujó mi automática por encima de la mesa en dirección a Brunette, que dejó la pluma, cogió un abridor de cartas y dio vueltas suavemente a la pistola encima de su secante. —Bien —dijo tranquilamente, mirando por encima de mi hombro—. ¿Tengo que explicar lo que quiero ahora?

Uno de ellos salió rápidamente y cerró la puerta. El otro se quedó tan quieto como si no estuviera allí. Hubo un largo silencio sin tensión, roto por un distante murmullo de voces, una música de acordes graves y, en algún lugar mucho más abajo, una monótona vibración, casi imperceptible.

—¿Whisky?

—Gracias.

El guardaespaldas preparó dos en el bar. No trató de ocultar los vasos mientras lo hacía. Luego colocó uno a cada lado de la mesa, sobre dos posavasos de cristal negro.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

—¿Le parecen bien los egipcios?

—Por supuesto.

Encendimos los pitillos y bebimos. El whisky parecía de buena calidad. El guardaespaldas no se había servido.

—Lo que quiero... —empecé.

—Perdóneme, pero eso tiene muy poca importancia, ¿no es cierto?

La suave sonrisa como de gato y el perezoso cerrarse a medias de los ojos amarillos. La puerta se abrió para dar paso al otro guardaespaldas; iba acompañado del muchacho de la chaquetilla corta, con su boca de gánster y todo lo demás. Al reconocermé palideció.

—Yo no le dejé pasar —dijo muy deprisa, torciendo la boca.

—Tenía una pistola —dijo Brunette, empujándola con el abrecartas—. Ésta. Incluso me encañonó con ella, más o menos, en la cubierta de botes.

—No pasó por donde estaba yo, jefe —dijo el de la chaquetilla corta, hablando siempre a gran velocidad.

Brunette alzó ligeramente las cejas y me sonrió.

—¿Y bien?

—Échelo —dije—. Aplástelo en otro sitio.

—El piloto del taxi corroborará lo que digo —gruñó el de la chaquetilla. —¿Has dejado la plataforma desde las cinco y media?

—Ni siquiera un minuto, jefe.

—Esa respuesta no me sirve. Un imperio puede venirse abajo en un minuto. —Ni un segundo, jefe.

—Pero se le puede comprar —dije, y me eché a reír.

El de la chaquetilla adoptó una postura de boxeador y disparó el puño como si fuera un látigo. Casi me alcanzó en la sien. Se oyó un golpe sordo. El puño pareció derretirse a mitad de camino. Mi fallido agresor se derrumbó de lado e intentó agarrarse a la esquina de la mesa, pero acabó cayendo boca arriba. Era agradable, para variar, ver cómo ponían fuera de combate a otra persona. Brunette siguió sonriéndome.

—Espero que no haya sido usted injusto con él —dijo—. Aún está sin resolver el asunto de la puerta de la escalera de toldilla.

—Abierta por accidente.

—¿Se le ocurre alguna otra explicación?

—No en medio de una multitud.

—Hablaemos a solas —dijo Brunette, sin mirar a nadie excepto a mí.

El guardaespaldas alzó al de la chaquetilla por los sobacos, cruzó el camarote y su compañero abrió una puerta interior. Los tres pasaron del otro lado. La puerta se cerró.

—Bien —dijo Brunette—. ¿Quién es usted y qué es lo que quiere?

—Soy detective privado y quiero hablar con un individuo llamado Moose Malloy.

—Demuéstreme que es detective privado.

Le enseñé la licencia. Me devolvió la cartera arrojándola por encima de la mesa. Sus labios, curtidos por el viento, seguían sonriendo, pero la sonrisa empezaba a ser excesivamente teatral.

—Estoy investigando un asesinato —dije—. Un tipo llamado Marriott, en el acantilado que está cerca de su club Belvedere, el jueves por la noche. Se trata de una muerte relacionada con otro asesinato, el de una mujer, obra de Malloy, ex presidiario, ladrón de bancos y tipo duro donde los haya.

Brunette asintió con la cabeza.

—No le voy a preguntar todavía qué tiene todo eso que ver conmigo. Doy por sentado que llegaremos a ello. Pero supongamos que antes me dice cómo ha entrado en mi barco.

—Ya se lo he dicho.

—No me ha dicho la verdad —dijo amablemente—. ¿Es Marlowe su apellido? No me ha dicho la verdad, Marlowe. Y usted lo sabe. El chico de la plataforma no miente. Selecciono a mis hombres con cuidado.

—Es usted dueño de una parte de Bay City —dije—. No sé de qué tamaño, pero el suficiente para sus necesidades.

Un sujeto llamado Sonderborg dirigía allí un lugar donde esconder gente. Distribuía marihuana, organizaba atracos y escondía a gente buscada por la policía. Como es lógico, todo eso no se hace sin estar bien relacionado. No creo que haya podido hacerlo sin usted. Malloy estaba en su clínica. Malloy se ha marchado de allí. Malloy mide dos metros y no resulta fácil de esconder. Creo, en cambio, que no costaría demasiado trabajo ocultarlo en un casino flotante.

—Es usted un ingenuo —dijo Brunette sin alterarse—. Supongamos que quisiera esconderlo, ¿por qué tendría que arriesgarme a traerlo aquí? —Bebió un sorbo de su whisky—. Después de todo, me dedico a otro negocio. Ya es bastante difícil mantener en funcionamiento un buen servicio de taxis acuáticos sin montones de problemas. El inundo está lleno de sitios donde esconder a un delincuente. Si tiene dinero. ¿No se le ocurre otra idea mejor?

—Se me podría ocurrir, pero al diablo con ella.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada por usted. Así que dígame cómo entró en el barco.

—No me apetece contárselo.

—Mucho me temo que tendré que conseguir que me lo diga, Marlowe. —Le brillaron los dientes con la luz de las lámparas de latón—. Ya sabe que se puede hacer.

—Si se lo cuento, ¿le hará llegar mi mensaje a Malloy?

—¿Qué mensaje?

Recogí mi cartera, que seguía encima de la mesa, saqué una tarjeta y le di la vuelta. Me guardé la cartera y saqué un lápiz. Escribí cinco palabras y empujé la tarjeta hacia el otro lado de la mesa.

Brunette la cogió y leyó lo que había escrito.

—Para mí no significa nada —dijo.

—Malloy lo entenderá.

Brunette se recostó en el asiento y me miró fijamente.

—No consigo entenderle. Se juega la piel para venir aquí, sin otro fin que entregarme una tarjeta para que se la pase a un delincuente que ni siquiera conozco. No tiene sentido.

—No lo tiene si no conoce a Malloy.

—¿Por qué no dejó la pistola en tierra y vino a bordo como todo el mundo?

—La primera vez se me olvidó hacerlo. Luego comprendí que el muchacho de la chaquetilla nunca me dejaría entrar. Y después me tropecé con alguien que conocía otro camino. Los ojos amarillos se encendieron como con una nueva luz. Sonrió y no dijo nada.

—Ese otro individuo no es un delincuente pero ha estado en la orilla con los oídos bien abiertos. Tiene usted una puerta de carga que ha sido desatracada desde el interior y un tiro de ventilación del que se ha retirado la rejilla. Basta con deshacerse de un tripulante para llegar a la cubierta de botes. Será mejor que repase la lista de sus hombres.

Brunette movió los labios muy despacio, uno sobre otro. Contempló de nuevo la tarjeta.

—Nadie llamado Malloy se encuentra en este barco —dijo. Pero si me ha dicho la verdad sobre esa puerta, trato hecho.

—Vaya y compruébelo.

Siguió mirando hacia abajo.

—Si hay alguna manera de hacer llegar el mensaje a Malloy, lo haré. No sé por qué me tomo esa molestia.

—Eche una ojeada a la puerta de carga.

Se quedó muy quieto durante un momento, luego se inclinó hacia adelante y empujó la pistola en dirección mía.

—Hay que ver qué de cosas hago —reflexionó, como si estuviera solo—. Gobierno ciudades, elijo alcaldes, corrompo a la policía, vendo droga, escondo a delincuentes, despojo a ancianas que han sido estranguladas con collares de perlas. ¡Cómo me cunde el tiempo! —Rió sin ganas—. ¡Muchísimo!

Recogí la pistola y volví a colocármela en la funda sobaquera. Brunette se puso en pie.

—No prometo nada —dijo, mirándome de hito en hito—. Pero le creo. —Por supuesto que no. —Se ha arriesgado mucho para averiguar muy poco. Sí.

—Bien... —Hizo un gesto desprovisto de sentido y luego me ofreció la mano por encima de la mesa.

—Estréchese la a un mastuerzo —dijo a media voz.

Le di la mano. La suya era pequeña y firme y estaba más bien caliente. —¿No me va a decir cómo ha descubierto lo de la puerta de carga?

—No me es posible. Pero la persona que me lo dijo no es un delincuente. —Podría hacer que me lo contara —dijo, pero al instante movió la cabeza—. No. Le he creído una vez. Le sigo creyendo. No se mueva y tómese otro whisky. Tocó un timbre. Se abrió la puerta de atrás y uno de los tipos duros que eran todo elegancia se presentó de nuevo.

—Quédate aquí. Dale de beber si quiere. Nada de violencia.

El pistolero se sentó y me obsequió con una sonrisa llena de benevolencia. Brunette salió rápidamente del despacho. Encendí un cigarrillo. Terminé el whisky y mi acompañante me preparó otro. Tuve tiempo de acabármelo y de fumar otro cigarrillo.

Brunette regresó y se lavó las manos en el rincón; luego se sentó de nuevo ante el escritorio e hizo un gesto con la cabeza al pistolero, que salió de la habitación sin decir nada.

Los ojos amarillos me estudiaron.

—Usted gana, Marlowe. Aunque tengo ciento sesenta y cuatro hombres en mi tripulación. Bien... —Se encogió de hombros—. Puede volver en el taxi. Nadie le molestará. Por lo que hace al mensaje, dispongo de algunos contactos. Los utilizaré. Buenas noches. Probablemente debería darle las gracias. Por la demostración.

—Buenas noches —respondí. Luego me levanté y salí del cuarto.

Había un tipo nuevo en la plataforma de embarque. Volví a tierra en un taxi distinto. Después me llegué hasta el bingo y me apoyé contra la pared entre la multitud. Red se presentó al cabo de unos minutos y se colocó a mi lado.

—Fácil, ¿eh? —dijo suavemente, en contraste con las voces fuertes y nítidas de los crupieres anunciando los números.

—Gracias a ti. Aceptó el trato. Está preocupado.

Red miró en una dirección y en otra y luego acercó los labios un poco más a mi oído.

—¿Agarró a su hombre?

—No. Pero confío en que Brunette encuentre la manera de hacerle llegar un mensaje.

Red volvió la cabeza y miró de nuevo a las mesas. Bostezó y se estiró, apartándose de la pared. El individuo con cara de pájaro había reaparecido. Red se acercó a él, dijo «¿Qué tal, Olson?» y casi consiguió tirarlo al suelo al abrirse paso para seguir adelante.

Olson se le quedó mirando con cara de pocos amigos y procedió a enderezarse el sombrero. Luego escupió con rabia en el suelo. Tan pronto como se marchó, dejé el bingo y volví al aparcamiento, cercano a las vías, donde había dejado el automóvil.

Regresé a Hollywood, dejé el coche y subí a mi apartamento. Me quité los zapatos y paseé por las habitaciones en calcetines, sintiendo el suelo con los dedos de los pies. Aún se me volvían a dormir de vez en cuando. Luego me senté en el borde de la cama plegable y traté de calcular el tiempo. No era factible. Quizá se necesitaran días para localizar a Malloy. Quizá no se le encontrara nunca hasta que la policía diera con él. Si es que lo encontraban... vivo.

Eran cerca de las diez de la noche cuando llamé al teléfono de los Grayle en Bay City. Temía que quizá fuera demasiado tarde para encontrarla en casa, pero me equivocaba. Tuve que pelearme primero con una doncella y después con el mayordomo, pero finalmente me llegó su voz a través del hilo. La señora Gray le parecía despreocupada y tuve la impresión de que ya se había tomado alguna copa para preparar la velada.

—Prometí llamarte —dije—. Es un poco tarde, pero he tenido mucho que hacer.

—¿Me vas a dejar plantada otra vez? —La voz se le llenó de frialdad. —Quizá no. ¿Hasta qué hora trabaja tu chófer?

—Hasta la hora que yo le diga.

—¿Qué tal si pasaras a recogerme? Estaré metiéndome como pueda en el traje de graduación.

—Qué amable por tu parte —dijo arrastrando las palabras

—. ¿Merece la pena que me moleste?

Amthor había hecho sin duda un trabajo maravilloso con sus centros del lenguaje..., si es que alguna vez había tenido algún problema con ellos.

—Te enseñaré mi aguafuerte.

—¿Sólo tienes uno?

—Es un apartamento de soltero.

—Me han dicho que los solteros tienen cosas así. —Arrastró otra vez las palabras, luego cambió de tono—. No te hagas el difícil. Tienes una carrocería que no está nada mal. Y no te creas a nadie que te diga lo contrario. Vuelve a darme la dirección.

Se la di y el número del apartamento.

—La puerta del vestíbulo está cerrada —dije—. Pero voy a bajar a abrirla. —Eso está bien —dijo ella—. No necesitaré la palanqueta.

Acto seguido colgó, dejándome la curiosa impresión de haber hablado con alguien que no existía. Bajé al vestíbulo y descorrí el pestillo. Luego me duché, me puse el pijama y me tumbé. Podría haber dormido durante una semana, pero salí de nuevo de la cama para quitar el seguro de la puerta de mi apartamento, algo que había olvidado hacer; luego me costó tanto trabajo llegar a la cocina y sacar dos vasos y una botella de buen scotch (reservado para una seducción de mucha altura) como si hubiera tenido que atravesar la nieve acumulada durante varias ventiscas.

A continuación volví a tumbarme en la cama.

—Reza —dije en voz alta—. No queda otra cosa que hacer excepto rezar.

Cerré los ojos. Las cuatro paredes de la habitación parecían contener la vibración de un barco, y el aire inmóvil rezumar niebla y susurrar con el viento del mar. Me llegó el olor rancio y agrio de una bodega abandonada. Olí aceite de máquina y vi a un espagueti con una camisa morada leyendo bajo una bombilla sin pantalla con las gafas de su abuelo. Trepé y trepé por el tiro de un ventilador. Coroné el Himalaya y al llegar a la cima me encontré rodeado por tipos con metralletas. Hablé con un hombrecillo de ojos amarillos, pero con mucha humanidad, que era mafioso y probablemente algo peor. Pensé en el gigante de pelo rojo y ojos de color violeta, que era, tal vez, la mejor persona con quien me había tropezado.

Dejé de pensar. Hubo un movimiento de luces detrás de mis párpados cerrados. Estaba perdido en el espacio. Era un infeliz de primera clase de regreso de una aventura inútil. Era un paquete de dinamita de cien dólares que estallaba con un ruido como el de un prestamista ante un reloj de plástico. Era un coleóptero de color rosa trepando por la pared del ayuntamiento. Estaba dormido.

Me desperté despacio, sin ganas, y mis ojos contemplaron la luz de la lámpara reflejada en el techo. Algo se movía con muchas precauciones por la habitación. El movimiento era furtivo, silencioso y de mucho peso. Lo escuché atentamente. Luego volví despacio la cabeza y descubrí que estaba mirando a Moose Malloy.

Había sombras y él se movía en las sombras, tan en silencio como ya se lo había visto hacer en otra ocasión. La pistola que empuñaba tenía un oscuro brillo lustroso muy eficiente. Llevaba el sombrero echado hacia atrás sobre el pelo negro y rizado y su nariz olisqueaba como la de un perro de caza. Me vio abrir los ojos. Se acercó sin prisa al borde de la cama y se me quedó mirando.

—Me pasaron su nota —dijo—. Creo que no hay nadie más aquí. Y tampoco he visto polis fuera. Pero si esto es una encerrona, nos harán a los dos el pijama de pino.

Me aparté un poco y Malloy comprobó que no escondía nada debajo de la almohada. Seguía teniendo una cara ancha y pálida y los ojos, muy hundidos en las órbitas, conservaban un poso de amabilidad. Llevaba un abrigo que le quedaba estrecho y que, ya al ponérselo, probablemente, se le había descosido por un hombro. Sería la talla más grande que hubiera en la tienda, pero no lo bastante para Moose Malloy.

—Tenía la esperanza de que pasara a verme —dije—. Ningún piesplanos sabe nada de esto. Sólo quería verlo a usted.

—Adelante —dijo.

Se movió de lado hasta una mesa, dejó la pistola, se quitó el abrigo y se sentó en mi mejor butaca, que resistió, no sin lanzar un crujido ominoso. Malloy se recostó sin prisa y colocó la pistola de manera que estuviese cerca de su mano derecha. Agitando un paquete de cigarrillos que se sacó del bolsillo, consiguió que quedara uno suelto, y se lo puso en la boca sin tocarlo con los dedos. Luego encendió un fósforo con una uña.

El intenso olor del humo se paseó por la habitación.

—¿No está enfermo ni nada parecido? —dijo.

—Sólo descansando. He tenido un día muy duro.

—La puerta estaba abierta. ¿Espera a alguien?

—Una prójima.

Me miró pensativo.

—Quizá no venga —dije—. Si aparece, me las apañaré para librarme de ella. —¿Qué prójima?

—Nada más que una prójima. Si viene me libraré de ella. Prefiero hablar con usted.

Su tenue sonrisa apenas le movió la boca. Aspiró el humo torpemente, como si el cigarrillo fuese demasiado pequeño para que sus dedos lo sujetasen con comodidad.

—¿Qué le hizo pensar que yo estaba en el Monty? —preguntó.

—Un poli de Bay City. Es una historia larga y he dado demasiados palos de ciego.

—¿Los polis de Bay City me están buscando?

—¿Le molestaría que fuese así?

Sonrió de nuevo de la misma manera casi imperceptible. E hizo un mínimo gesto negativo con la cabeza.

—Ha matado a una mujer —dije—. Jessie Florian. Y ha sido una equivocación. Pensó y luego asintió.

—Yo me olvidaría de eso —dijo con calma.

—Pero lo ha echado todo a perder —dije—. No le tengo miedo. Sé que no es usted un asesino.

No tenía intención de matarla. Con el otro, el tipo de Central Avenue, aunque con dificultad, podría haberse arreglado. Pero aplastarle la cabeza a una mujer contra el pie de la cama es otra historia.

—Le gusta demasiado jugar con fuego, hermano —dijo sin levantar la voz. —Teniendo en cuenta cómo me han tratado —repliqué—, ya no noto la diferencia. No era su intención matarla, ¿no es cierto?

Sus ojos se movieron inquietos. Tenía la cabeza inclinada en actitud de escuchar.

—Ya va siendo hora de que aprenda a medir su propia fuerza —dije. —Demasiado tarde —dijo.

—Quería que Jessie Florian le contara algo —dije—. La agarró por el cuello y la zarandeó. Ya estaba muerta cuando le golpeó la cabeza contra el pie de la cama.

Se me quedó mirando.

—Sé lo que quería que le dijera —continué.

—Adelante.

—Había un poli conmigo cuando la encontramos. Tuve que decir la verdad. —¿Cuánta verdad?

—Bastante —dije—. Pero nada sobre esto de ahora.

Me miró fijamente.

—De acuerdo, ¿cómo supo que estaba en el Monty? —Ya me lo había preguntado antes. Parecía haberlo olvidado.

—No lo sabía. Pero la manera más segura de escapar era hacerlo por mar. Tal como funcionan las cosas en Bay City, podía usted trasladarse a uno de los casinos flotantes. Y desde allí desaparecer. Con la ayuda adecuada.

—Laird Brunette es un buen tipo —dijo abstraídamente—. Eso he oído. No he hablado nunca con él.

—Le hizo llegar mi mensaje.

—Radio macuto funciona en todos los ambientes, socio. ¿Cuándo hacemos lo que decía usted en la tarjeta? Tuve la corazonada de que no me estaba engañando. No me hubiera arriesgado a venir aquí de lo contrario. ¿Dónde vamos?

Aplastó lo que le quedaba del cigarrillo y se me quedó mirando. Su sombra —la sombra de un gigante— ocupaba toda la pared. Malloy era tan grande que resultaba irreal.

—¿Qué le hizo pensar que yo liquidé a Jessie Florian? —preguntó de repente.

—La distancia entre las huellas de dedos que tenía en el cuello. El hecho de que había algo que usted quería que le dijera, además de que tiene la fuerza suficiente para matar a alguien sin proponérselo.

—¿También me lo ha colgado la policía?

—No lo sé.

—¿Qué quería yo de Jessie Florian?

—Usted pensaba que tal vez conociera el paradero de Velma.

Asintió en silencio y siguió mirándome.

—Pero no lo sabía —dije—. Velma era demasiado lista para ella. Se oyeron unos suaves golpes en la puerta.

Malloy se inclinó un poco hacia adelante, sonrió y cogió la pistola. Alguien movió el tirador de la puerta. Malloy se levantó despacio, se inclinó, agachándose, y escuchó. Luego se volvió hacia mí después de mirar hacia la puerta. Me incorporé en la cama, puse los pies en el suelo y me levanté. Malloy me miró en silencio, sin moverse en lo más mínimo. Me dirigí hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunté con los labios pegados a la madera.

—Abre, tonto. —No había duda de que era su voz—. Soy la duquesa de Windsor.

—Un segundo.

Me volví para mirar a Malloy. Tenía el ceño fruncido. Me acerqué mucho y le dije en voz muy baja:

—No hay otra manera de salir. Métase en el vestidor detrás de la cama y espere. Me libraré de ella.

Escuchó lo que le decía y pensó. Su expresión resultaba indescifrable. Era una persona que tenía ya muy poco que perder y que no conocería nunca el miedo, algo que no entraba en la composición de aquel cuerpo gigantesco.

Asintió finalmente con un gesto, recogió sombrero y abrigo y se movió en silencio alrededor de la cama para entrar después en el vestidor. La puerta se cerró, pero dejando una mínima rendija.

Miré alrededor para comprobar que no quedaba ningún otro rastro suyo. Nada, excepto la colilla de un pitillo que podría haber fumado cualquiera. Me dirigí a la puerta del apartamento y abrí.

Malloy había puesto otra vez el seguro después de entrar. La señora Grayle sonreía a medias, con la capa de zorro blanco y cuello alto de la que me había hablado. Los pendientes de esmeraldas casi se hundían en la suave piel blanca. Sus dedos, también suaves, se curvaban sobre el bolso de noche, más bien pequeño, que llevaba en la mano. La sonrisa se le murió en los labios al verme. Me miró de arriba abajo. En sus ojos ya no quedaba más que frialdad.

—Es éste el programa —dijo con severidad—. Pijama y bata. Para mostrarme su encantador aguafuerte. Estúpida de mí.

Me aparté y sujeté la puerta.

—No es éste el programa. Me estaba vistiendo cuando se presentó un poli. Acaba de marcharse.

—¿Randall?

Asentí. Mentir con un movimiento de cabeza sigue siendo mentir, pero es una mentira fácil. La señora Grayle vaciló un momento y luego entró, acompañada de un remolino de pieles perfumadas.

Cerré la puerta. Mi visitante cruzó despacio la habitación, mirando a la pared sin verla, y luego se dio la vuelta muy deprisa.

—Entendámonos mutuamente —dijo—. No soy tan pan comido como todo eso. No me interesan las aventuras que van directamente del vestíbulo a la cama. En otra época de mi vida tuve más de las necesarias. Ahora me gustan las cosas con cierta elegancia.

—¿No tomarás una copa antes de marcharte? —Yo seguía apoyado contra la puerta, al otro extremo de la habitación.

—¿Me voy a ir?

—He tenido la sensación de que no te gusta este sitio.

—Quería dejar las cosas claras. Y tengo que mostrarme un tanto vulgar para hacerlo. No soy una de esas hembras que se van con todos. Se me puede conseguir..., pero no basta con extender la mano. Sí, acepto una copa.

Pasé a la cocina y preparé un par de whiskis con mano no demasiado segura. Volví con ellos al dormitorio y le ofrecí uno. No llegaba el menor ruido del vestidor, ni siquiera el de una respiración. La señora Grayle aceptó el vaso, probó el whisky y miró más allá, a la pared del fondo.

—Me molesta que los hombres me reciban en pijama —dijo. Es curioso. Me gustabas. Me gustabas mucho. Pero lo puedo superar. Lo he hecho con frecuencia.

Hice un gesto de asentimiento y bebí de mi vaso.

—La mayoría de los hombres no son más que animales asquerosos —dijo—. Si quieres saberlo, el mundo entero es una cosa bastante asquerosa.

—El dinero debe ayudar algo.

—Eso lo piensas cuando no siempre has tenido dinero. En realidad sólo sirve para crear nuevos problemas. —Sonrió de una manera peculiar—. Y para olvidar lo difíciles que eran los problemas antiguos.

Sacó del bolso una pitillera de oro y yo me acerqué y le ofrecí una cerilla encendida. Luego lanzó una incierta bocanada de humo y se quedó contemplándola con los ojos medio cerrados.

—Siéntate a mi lado —dijo de repente.

—Hablemos un poco antes.

—¿Sobre qué? Ah, ¿mi collar de jade?

—Sobre asesinatos.

No se produjo cambio alguno en su expresión. Lanzó otra bocanada de humo, esta vez con más cuidado, más despacio.

—Es un tema muy desagradable. ¿Tenemos que hacerlo?

Me encogí de hombros.

—Lin Marriott no era un santo —dijo—. Pero de todos modos no quiero hablar de eso.

Me miró fríamente durante un buen rato y después hundió la mano en el bolso en busca de un pañuelo.

—En mi opinión, tampoco creo que fuera confidente de una banda de ladrones de joyas —dije—. La policía finge creerlo, pero ya se sabe que los polizontes fingen una barbaridad. Ni siquiera creo que fuera chantajista, en el sentido estricto de la palabra. Curioso, ¿no es cierto?

—¿Sí? —Su voz se había vuelto más que fría, helada.

—Bueno; en realidad, no —asentí, antes de acabarme el whisky—. Ha sido muy amable al venir aquí, señora Grayle. Pero parece que el ambiente no es de lo más propicio. Ni siquiera creo, por ejemplo, que a Marriott lo matara una banda. Tampoco creo que fuese a aquel sitio tan apartado a comprar un collar de jade. Ni siquiera creo que alguien llegara a robar un collar de jade. Creo que fue a aquel sitio a que lo asesinaran, aunque pensó que iba allí para ayudar a cometer un asesinato. Pero Marriott era un asesino detestable.

La señora Grayle se inclinó un poco hacia adelante y su sonrisa se crispó un poco. De repente, sin que se produjera ningún cambio real en ella, dejó de ser hermosa. Parecía tan sólo una mujer que podría haber sido peligrosa cien años antes, y osada hacía veinte, pero que en la actualidad no pasaba de serie B hollywoodense. No dijo nada, pero con la mano derecha tamborileaba sobre el broche del bolso.

—Un asesino deplorable —dije—. Como el Segundo Asesino de Shakespeare en aquella escena de Ricardo III. El tipo al que aún le quedan algunos posos de conciencia, pero sigue queriendo el dinero y al final no hace el trabajo que le han encomendado porque no acaba de decidirse. Asesinos como ése son muy peligrosos. Hay que eliminarlos..., a veces con cachiporras.

La señora Grayle sonrió.

—¿Y quién supones que se disponía a asesinar?

—A mí.

—Eso debe de ser muy difícil de creer..., que alguien te odie tanto. Y has dicho que nadie robó mi collar de jade. ¿Tienes alguna prueba de todo eso? —No he dicho que la tuviera. Sólo he dicho que era lo que pensaba. —Entonces, ¿por qué has sido tan estúpido como para hablar de ello?

—La prueba —dije— es siempre una cosa relativa. Es la acumulación de probabilidades lo que termina por inclinar la balanza. E incluso entonces es un problema de interpretación. Había un motivo para asesinarme, muy poca cosa: el hecho de que estuviera tratando de localizar a una antigua cantante de tres al cuarto en el mismo momento en que un preso llamado Moose Malloy salía de la cárcel y también empezaba a buscarla. Quizá le estaba ayudando a encontrarla.

Evidentemente, era posible encontrarla, de lo contrario no hubiera merecido la pena convencer a Marriott de que había que acabar conmigo y lo antes posible. Como es lógico, él no se lo hubiera creído de no ser así. Pero había un motivo mucho más importante para asesinar a Marriott, motivo que él, por vanidad o por amor o por avaricia, o una mezcla de las tres cosas, no supo valorar. Marriott tenía miedo, pero no se sentía amenazado. Tenía miedo de la violencia de la que él era parte y por la que se exponía a ser condenado. Pero, por otro lado, estaba luchando por lo que le daba de comer. De manera que se arriesgó. Dejé de hablar.

Asintió con la cabeza y dijo:

—Muy interesante. Si una sabe de lo que estás hablando.

—Y una sabe —dije.

Nos miramos. La señora Grayle tenía otra vez la mano derecha dentro del bolso. Yo estaba bastante seguro de lo que empuñaba. Pero no había empezado aún a sacar el arma. Todos los acontecimientos requieren su tiempo.

—Dejémonos de bromas —dije—. Estamos completamente solos. Nada de lo que diga uno tiene más valor que lo que diga el otro. Nos anulamos mutuamente. Una chica que empezó en el arroyo se convirtió en esposa de un multimillonario. En su camino hacia la cumbre, una vieja venida a menos la reconoció; probablemente la oyó cantar por la radio, reconoció la voz y fue a ver..., y aquella vieja había que tenerla callada. Pero sus apetencias eran modestas y sabía muy poco en realidad. El hombre que trataba con ella, en cambio, el que hacía los pagos mensuales, poseía un contrato fiduciario y podía echarla a la calle si causaba la menor molestia..., ese hombre lo sabía todo y era caro. Pero eso tampoco importaba, siempre que no lo supiera nadie más. Aunque algún día un tipo duro llamado Moose Malloy iba a salir de la cárcel y empezaría a enterarse de cosas acerca de su antigua amiguita. Porque el muy tonto la quería, y todavía la quiere. Eso es lo que hace que todo sea tan divertido, tan trágicamente divertido. Y por entonces también un detective privado empezó a meter la nariz en el asunto. De manera que el eslabón más débil de la cadena, Marriott, dejó de ser un lujo para convertirse en una amenaza. Si llegaban a él, se vendría abajo. Era una de esas personas. Con el calor, se derretía. Lo asesinaron antes de que pudiera derretirse. Con una cachiporra. Y lo hizo usted.

La señora Grayle se limitó a sacar la mano del bolso de noche, empuñando una pistola. Luego se limitó a apuntarme con ella y a sonreír. Yo me limité a no hacer nada.

Pero no fue aquello todo lo que pasó. Moose Malloy salió del vestidor con el Colt 45, que seguía pareciendo un juguete en su peluda manaza. A mí no me miró en absoluto. Sólo a la señora de Lewin Lockridge Grayle. Se inclinó hacia adelante, le sonrió y le dirigió la palabra con todo el afecto del mundo.

—Me ha parecido que conocía la voz —dijo. He pasado ocho años escuchándola..., todo lo que lograba recordar. Aunque creo que me gustaba más tu pelo cuando lo llevabas rojo. Qué tal, cariño. Mucho tiempo sin vernos.

La señora Grayle cambió la dirección de la pistola.

—Apártate de mí, hijo de la gran puta —dijo.

Malloy se detuvo en seco y bajó el brazo que empuñaba el Colt. Aún se hallaba a un metro de ella. Se respiración se hizo agitada.

—Nunca lo había pensado —dijo en voz baja—. Pero se me ha ocurrido de pronto. Fuiste tú quien me denunció a los polis. Tú. Mi pequeña Velma.

Tiré una almohada, pero no llegó a tiempo. La señora Grayle le disparó cinco veces en el estómago. Los proyectiles no hicieron más ruido que dedos al entrar en un guante. Luego giró la pistola y disparó contra mí, pero el cargador estaba vacío. Entonces se lanzó a por el Colt de Malloy, caído en el suelo.

No fallé con la segunda almohada. Y había dado la vuelta a la cama y lo había puesto fuera de su alcance antes de que se la apartara de la cara. Recogí el Colt y volví a dar la vuelta a la cama empuñándolo.

Malloy aún estaba en pie, pero se tambaleaba. Tenía la boca desencajada y movía las manos a ciegas. Luego se le doblaron las rodillas y cayó de lado sobre la cama, el rostro hacia abajo. Sus estertores llenaron la habitación.

Alcancé el teléfono antes de que la señora Grayle se moviera. Sus ojos eran de color gris mate, como agua medio helada. Corrió hacia la puerta y no traté de detenerla. La dejó completamente abierta, de manera que cuando terminé de telefonar fui a cerrarla. A Malloy le moví un poco la cabeza sobre la cama para que no se asfixiara. Seguía vivo, pero después de cinco balas en el estómago, ni siquiera un Moose Malloy vive demasiado tiempo.

Descolgué otra vez el teléfono y llamé a Randall a su casa.

—Malloy —dije—. En mi apartamento. Cinco disparos en el estómago, obra de la señora Grayle, que no se ha quedado a comprobar el daño causado. He llamado a urgencias.

—De manera que ha tenido que hacer la guerra por su cuenta —fue todo lo que dijo Randall antes de colgar.

Volví junto al herido, de rodillas ahora junto a la cama, tratando de levantarse, un revoltijo de sábanas en una mano. El sudor le caía a chorros por la cara. Parpadeaba de cuando en cuando y se le habían oscurecido los lóbulos de las orejas.

Aún seguía de rodillas y todavía trataba de levantarse cuando llegó la ambulancia. Se necesitaron cuatro personas para colocarlo en la camilla.

—Tiene una remota posibilidad..., si los proyectiles son del 25 —dijo el médico que llegó con la ambulancia—. Todo depende de lo que hayan alcanzado dentro. Pero tiene una posibilidad.

—No la querrá —dije.

Así fue. Murió aquella misma noche.

—Tendrías que haber organizado una cena —dijo Anne Riordan, mirándome desde el otro lado de su alfombra marrón con dibujos—. Plata y cristal resplandecientes, blanca mantelería almidonada (si es que todavía usan mantelerías en los sitios donde se dan cenas), candelabros, las damas con sus mejores joyas y los caballeros con corbata de lazo, los criados discretamente atentos con botellas de vino envueltas en servilletas, los policías un poco incómodos en sus esmóquines alquilados, como le pasaría a cualquiera, los sospechosos de sonrisas crispadas y manos inquietas, y tú, a la cabecera de una larga mesa, explicándolo todo, paso a paso, con tu encantadora sonrisa casi imperceptible y un falso acento inglés a lo Philo Vance.

—Claro —dije—. ¿Qué tal un poco de algo para tenerlo en la mano mientras te dedicas a ser inteligente?

Anne se fue a la cocina, hizo ruidos diversos, regresó con dos whiskis con mucho hielo y volvió a sentarse.

—Las facturas de licores de tus amigas deben de ser temibles —comentó antes del primer sorbo.

—Y de repente el mayordomo se desmayó —dije—. Aunque no era él el asesino. Se desmayó para llamar la atención.

Bebí parte de mi whisky.

—No era ese tipo de historia —dije—. No era ágil e inteligente, sino oscura y llena de sangre.

—¿De manera que la señora Grayle escapó?

Asentí con la cabeza.

—De momento. No ha vuelto a casa. Debía de tener un escondite donde cambiar de ropa y de aspecto. En realidad vivía en peligro, como los marineros. Estaba sola cuando vino a verme. Sin chófer. Llegó en un coche pequeño y lo dejó a unas cuantas manzanas.

—La atraparán..., si de verdad se lo proponen.

—No pienses tan mal. Wilde, el fiscal del distrito, es buena gente. Trabajé para él en otro tiempo. Pero si le echan el guante, ¿qué pasará después? Tendrán en contra a veinte millones de dólares, un rostro encantador y a Lee Farrell o a Rennenkamp. Va a ser terriblemente difícil probar que mató a Marriott. Todo lo que tiene la policía es algo que parece un motivo sólido y su vida pasada, si es que pueden rastrearla. Probablemente carece de antecedentes, porque de lo contrario hubiera jugado sus cartas de otra forma.

—¿Y Malloy? Si me hubieras hablado antes de él, habría sabido de inmediato quién era ella. Por cierto, ¿cómo lo supiste tú? Esas dos fotos no son de la misma mujer.

—No. Ni siquiera estoy seguro de que la vieja señora Florian supiera que le habían dado el cambiazo. Pareció más bien sorprendida cuando le puse la foto (la que tenía escrito Velma Valento) delante de las narices. Pero puede que lo supiera. O tal vez la escondió con la idea de vendérmela más adelante, sabiendo que era inofensiva, que se trataba de la foto de otra chica que le había proporcionado Marriott.

—Todo eso no son más que suposiciones.

—Tenía que ser así. Del mismo modo que cuando Marriott me llamó y me contó toda una novela sobre el pago para rescatar unas joyas, el motivo era que yo había ido a ver a la señora Florian preguntándole por Velma. Y a Marriott lo mataron porque era el eslabón más débil de la cadena.

La señora Florian ni siquiera sabía que Velma se había convertido en esposa de Lewin Lockridge Grayle. No es posible. Compraron su silencio por muy poco dinero. Grayle dice que fueron a Europa a casarse y que ella contrajo matrimonio con su verdadero nombre. No ha querido decir ni dónde ni cuándo. Tampoco cuenta cuál era su verdadero nombre. Ni dónde está ahora. A mí me parece que no lo sabe, pero la policía no se lo cree.

—¿Por qué tendría que ocultarlo? —Anne Riordan apoyó la barbilla en las manos entrelazadas y me miró fijamente con ojos ensombrecidos.

—Está tan loco por ella que no le importa en qué regazo se siente.

—Espero que disfrutara sentándose en el tuyo —dijo Anne Riordan con entonación mordaz.

—Jugaba conmigo. Me tenía un poquito de miedo. No quería matarme porque es mal negocio liquidar a alguien que es algo así como un policía. Pero probablemente lo hubiera intentado al final, como también hubiera acabado con Jessie Florian si Malloy no le hubiera evitado la molestia.

—Apuesto a que es bien divertido que jueguen con uno rubias despampanantes —dijo Anne Riordan—. Incluso aunque se corra algún riesgo. Como, imagino, sucede de ordinario.

Yo no dije nada.

—Supongo que no podrán hacerle nada por matar a Malloy, puesto que empuñaba un arma.

—No. No con las influencias que tiene.

Los ojos con motas doradas me estudiaron solemnemente.

—¿Crees que tenía intención de matar a Malloy?

—Le tenía miedo —dije—. Lo había denunciado ocho años antes. Malloy acabó por darse cuenta. Pero no le hubiera hecho daño. También él estaba enamorado de Velma Valento. Sí, creo que estaba dispuesta a matar a todos los que hiciera falta. Era mucho lo que tenía que defender.

Pero no se puede seguir haciendo una cosa así indefinidamente. Disparó contra mí en mi apartamento, pero no le quedaban proyectiles. Tendría que haberme matado cuando acabó con Marriott.

—Estaba enamorado de ella —dijo Anne casi con dulzura—. Me refiero a Malloy. No le importó que llevara seis años sin escribirle ni que no hubiera ido a verlo mientras estuvo en la cárcel. Tampoco le importó que lo hubiera denunciado para cobrar la recompensa. Se compró ropa de buena calidad y lo primero que hizo al salir de la cárcel fue ponerse a buscarla. De manera que ella le metió cinco balas en el cuerpo a manera de saludo. Él, por su parte, había matado a dos personas, pero estaba enamorado de ella. ¡Qué mundo!

Acabé mi whisky y puse otra vez cara de sed. No me hizo caso.

—Y tuvo que decirle a Grayle de dónde había salido y tampoco a él le importó. Se marchó al extranjero para casarse con ella utilizando otro nombre y vendió la emisora de radio para romper todo contacto con cualquiera que pudiese conocerla y le dio todo lo que se puede comprar con dinero y ella le dio..., ¿qué le dio?

—Eso es difícil de decir. —Agité los cubos de hielo en el fondo del vaso, pero tampoco me sirvió de nada—. Imagino que le dio algo así como la satisfacción de que un hombre más bien mayor tuviera una mujer joven, hermosa y elegante. La quería. ¿Para qué demonios estamos hablando de eso? Cosas así suceden todo el tiempo. Daba lo mismo lo que hiciera o con quién tuviera líos o lo que hubiera sido en otro tiempo. La quería.

—Como Moose Malloy —dijo Anne sin alzar la voz.

—Salgamos a dar un paseo en coche por la orilla del mar.

—No me has dicho nada de Brunette ni de las tarjetas que había dentro de aquellos porros, ni de Amthor ni del doctor Sonderborg ni de aquella pista insignificante que te puso en el camino de la gran solución.

—Le di una de mis tarjetas a la señora Florian, y ella le puso encima un vaso que estaba mojado.

Una tarjeta así apareció en los bolsillos de Marriott, señal de vaso incluida. Marriott no era una persona descuidada. Eso era una pista, si se le puede llamar así. Una vez que sospechas algo es fácil descubrir otros vínculos, como que Marriott poseía un contrato fiduciario sobre la casa de la señora Florian, con la finalidad evidente de tenerla controlada. En lo referente a Amthor, es un tipo de cuidado. Lo han localizado en un hotel de Nueva York y dicen que es un estafador internacional. Scotland Yard tiene sus huellas y también están en la Sureté de París. Cómo demonios han conseguido todo eso desde ayer o anteayer es algo que ignoro. Esos muchachos trabajan deprisa cuando les da por ahí. Creo que Randall lo había preparado todo desde hace días y temía que yo metiera la pata. Pero Amthor no estaba relacionado con el asesinato de nadie. Ni tampoco con Sonderborg, a quien siguen sin encontrar. Creen que tiene antecedentes, pero no estarán seguros hasta que le echen el guante. En cuanto a Brunette, no se puede probar nada contra un tipo como él. Pueden llevarlo ante un jurado de acusación y negarse él a hablar, basándose en sus derechos constitucionales. No tiene que preocuparse por su reputación. Pero aquí en Bay City están llevando a cabo una agradable reorganización. Han puesto al jefe de patitas en la calle, la mitad de los detectives han sido degradados a simples policías en funciones y un tipo estupendo llamado Red Norgaard, que me ayudó a entrar en el Montecito, ha recuperado su puesto.

Es el alcalde quien está haciendo todo esto, y se cambia de pantalones cada hora mientras dura la crisis.

—¿Por qué tienes que decir cosas como ésta?

—El toque a lo Shakespeare. Vayámonos a dar ese paseo en coche. Después del último whisky.

—Puedes beberte el mío —dijo Anne Riordan; levantándose, me ofreció su vaso, que no había tocado. Se quedó delante de mí sosteniéndolo, los ojos muy abiertos y un poco asustados.

—Eres tan maravilloso —dijo—. Tan valiente, tan decidido, y trabajas por tan poco dinero. Todo el mundo te golpea en la cabeza y te estrangula y te machaca la mandíbula y te atiborra de morfina, pero tú sigues adelante con la cabeza baja hasta que los destrozas a todos. ¿Qué es lo que te hace ser tan maravilloso?

—Sigue —gruñí—. Pide por esa boca.

Anne Riordan dijo con aire pensativo:

—Me gustaría que me besaran, ¡maldita sea!

Se necesitaron tres meses para encontrar a Velma. Insistieron en no creerse que Grayle no sabía dónde estaba y que no la había ayudado a escapar. De manera que todos los policías y cazanoticias del país buscaron en todos los sitios donde el dinero podía tenerla escondida. Y no era el dinero lo que la escondía. Aun que una vez que se supo lo que había hecho, todo el mundo pensó que la cosa saltaba a la vista.

Cierta noche, un detective de Baltimore con memoria fotográfica, que es una cosa tan poco frecuente como una cebra de color rosa, entró por casualidad en un club nocturno, y escuchó a la orquesta y a su vocalista — intérprete de canciones románticas—, guapa, cabellos y cejas de color azabache, que cantaba como si se creyera lo que decía. Algo de aquel rostro despertó un eco, y aquel eco siguió sonando después.

El detective regresó a jefatura, sacó el fichero de los delincuentes buscados y empezó a repasar el montón de expedientes. Cuando llegó a la que le interesaba la estuvo mirando mucho tiempo. Luego se enderezó el jipijapa, volvió al club nocturno y localizó al encargado. Juntos se dirigieron a los camerinos situados detrás del escenario. El encargado llamó a una de las puertas.

No estaba cerrada. El detective apartó a su acompañante, entró en el camerino y echó el pestillo. Debió de advertir el olor a marihuana, porque era eso lo que ella estaba fumando, pero en aquel momento no le prestó atención. La vocalista, sentada delante de un espejo de tres cuerpos, examinaba las raíces de sus cabellos y de sus cejas, que no eran pintadas. El detective cruzó el camerino sonriendo y le presentó el boletín de búsqueda y captura.

La cantante debió de mirar la fotografía del boletín casi tanto tiempo como el detective en jefatura. Se podía pensar en muchas cosas mientras ella contemplaba aquella imagen. El policía se sentó, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Tenía buen ojo, pero se había especializado en exceso. No sabía lo bastante acerca de las mujeres. Finalmente ella se rió un poco y dijo:

—Eres un chico listo, piesplanos. Pensaba tener una voz que la gente recordaría. Un amigo me reconoció hace tiempo oyéndola por la radio. Pero llevo un mes cantando con esta orquesta (y dos veces a la semana por la radio) y nadie se ha parado a pensar.

—Yo no había oído nunca su voz —dijo el detective sin dejar de sonreír. —Supongo que no será posible que lleguemos a un acuerdo —dijo ella—. No sé si lo sabes, pero hay mucho dinero de por medio si lo llevas bien. —Conmigo no —respondió el otro—. Lo siento.

—Salgamos en ese caso —dijo ella, poniéndose en pie.

Recogió el bolso y el abrigo que colgaba de una percha. Se acercó al detective sosteniendo el abrigo para que pudiera ayudarla a ponérselo. El otro se levantó y le sostuvo el abrigo como un caballero.

Velma se volvió, sacó una pistola del bolso y le disparó tres veces a través del abrigo. Le quedaban dos proyectiles cuando rompieron la puerta para entrar. Pero sólo les dio tiempo a cruzar la mitad del camerino antes de usarlos. Utilizó los dos, aunque el segundo disparo debió de ser un simple reflejo. La sujetaron antes de que cayera al suelo, pero la cabeza le colgaba ya como un trapo.

—El detective vivió hasta el día siguiente —dijo Randall, al contarme lo sucedido—. Habló cuando le fue posible. Por eso disponemos de la información. No entiendo cómo pudo descuidarse tanto, a no ser que en realidad estuviera pensando en dejarse convencer y llegar a algún tipo de acuerdo. Quizá eso le impidió ver claro. Pero no me gusta pensar en esa posibilidad, por supuesto. Le contesté que suponía que existía esa posibilidad.

—La señora Grayle se atravesó el corazón..., dos veces —dijo Randall—. Y he conocido a expertos que afirmaban ante un tribunal que eso no es posible, aunque yo he sabido siempre que sí. ¿Y sabe usted otra cosa?

—¿Qué?

—Hizo una tontería matando a ese detective. Nunca la habríamos condenado, no con su belleza y el dinero de su marido y la historia de mujer perseguida que esos tipos que cobran un dineral acabarían montando. Pobre muchachita del arroyo llega a ser la esposa de un hombre rico y los buitres con los que antes se trataba no la dejan en paz. Ese tipo de cosas. Rennenkamp habría presentado ante el tribunal a media docena de decrepitas artistas de varietés para confesar entre gemidos que la habían chantajeado durante años, y lo habría hecho de manera que nosotros no pudiéramos acusarlas de nada al mismo tiempo que el jurado se tragaba el anzuelo. Hizo una cosa inteligente cuando se escapó por su cuenta y dejó a Grayle fuera de todo este asunto, pero aún hubiera sido más inteligente volver a casa cuando la atraparon.

—Ah. ¿De manera que ahora cree usted que dejó a Grayle al margen? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—¿Cree que tenía algún motivo particular para hacerlo? —quise saber. Se me quedó mirando.

—Estoy dispuesto a creérmelo, sea lo que sea. —Era una asesina —dije—. Y aunque Malloy también lo era, estaba muy lejos de ser un completo canalla. Quizá el detective de Baltimore no era tan honesto como dice el informe.

Quizá Velma vio una posibilidad..., no de escapar..., estaba cansada de esconderse para entonces..., pero sí de portarse bien con el único hombre que de verdad se había portado bien con ella. Randall se me quedó mirando con la boca abierta y la incredulidad en la mirada.

—Caramba, no tenía por qué disparar contra un policía para hacer eso —dijo.

—No estoy diciendo que fuera una santa; ni siquiera medio buena. Ni hablar. No pensó en suicidarse hasta que se vio acorralada. Pero lo que hizo, y la manera en que lo hizo, impidió que volviera aquí para ser juzgada. Piense en ello un momento. ¿A quién le iba a hacer más daño ese proceso? ¿Quién sería el menos capaz de soportarlo? Y tanto si ganaba, como si perdía o hacía tablas, ¿quién iba a pagar el precio más alto por el espectáculo? Un anciano que no había amado con mucha prudencia, pero sí con todo su ser.

—Demasiado sentimental —dijo Randall con voz cortante.

—Claro. Eso era lo que estaba pareciendo mientras lo decía. Probablemente todo es una equivocación en cualquier caso. Hasta la vista. ¿Volvió aquí mi bicho de color rosa?

Randall no supo de qué demonios le estaba hablando. Descendí en el ascensor hasta la altura de la calle y bajé por los escalones del ayuntamiento. Era un día fresco y la atmósfera tenía una gran transparencia. Se veía hasta muy lejos..., pero no tan lejos como había ido Velma.

FIN

librosparatablet.com